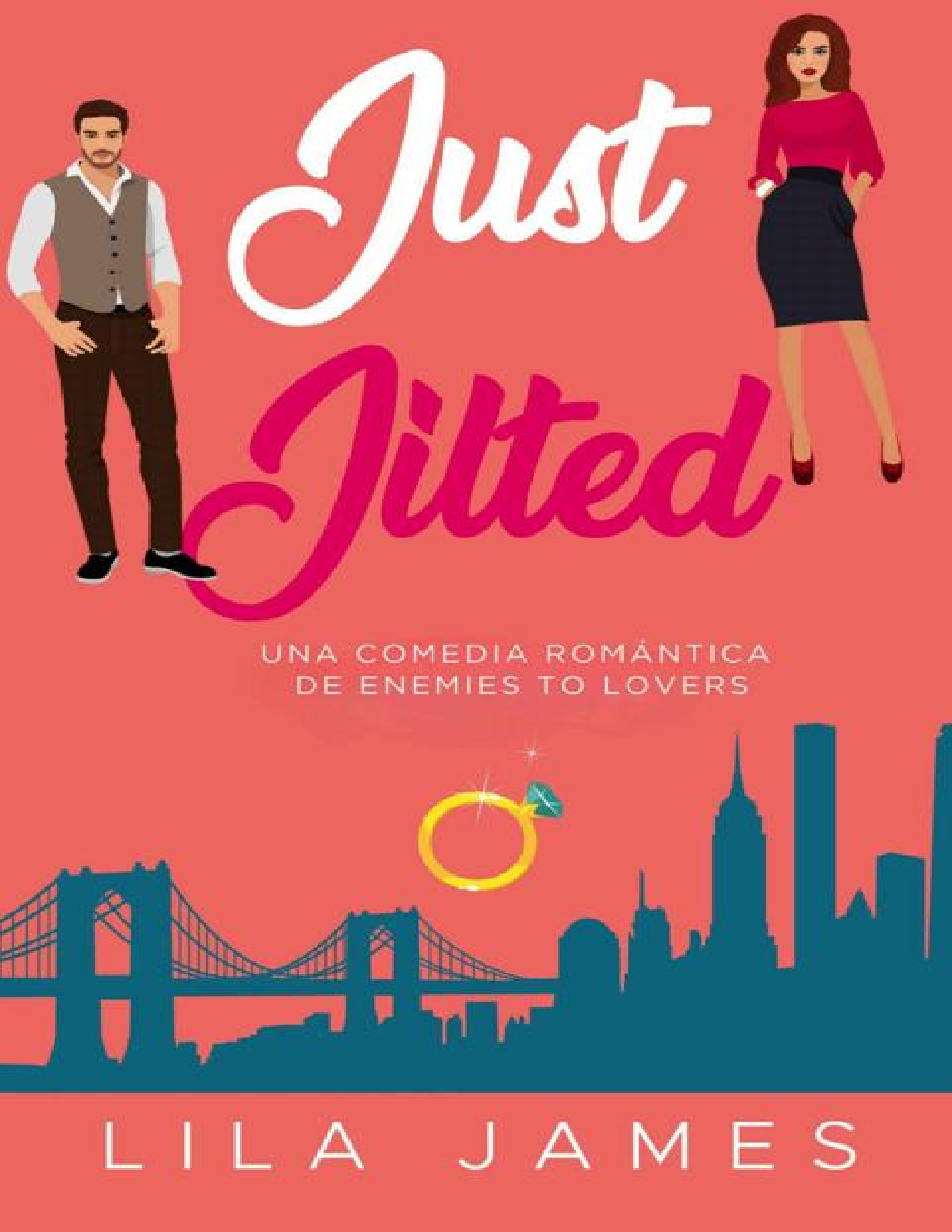

Just
Jilted
UNA COMEDIA ROMÁNTICA
DE ENEMIES TO LOVERS
LILA JAMES

JUST JILTED

Una comedia romántica de enemies to lovers

LILA JAMES

ÍNDICE

1. El Plantón
2. Cuartel General De La Relación
3. Poniendo Buena Cara
4. Llueven Parejas
5. Supermodelos Amazónicas De Piernas Largas
6. El Rebote
7. El Británico Atractivo
8. El Consuelo De Lo Familiar
9. Solteros Amargados Contra Parejas Felices
10. La Teoría Del Todo
11. Si No Tienes Éxito
12. Dejando El Hábito
13. El Juego Del Engaño
14. Saliendo De La Ciudad
15. Secretos Y Mentiras
16. ¿Es La Honestidad La Mejor Política?
17. Fuera Lo Viejo, Dentro Lo Nuevo
18. El Corazón Delator
19. No Eres Tú, Soy Yo
20. La Boda Real
21. Los Fantasmas De Las Relaciones Pasadas
22. Cuando Llueve, Diluvia
23. El Verdadero Adiós
24. Riesgo
25. El Próximo Gran Amor

Epílogo

¡Corre La Voz!

Sobre La Autora

Copyright © 2025 por Lila James

Todos los derechos reservados.

Este libro o cualquier parte del mismo no puede ser reproducido, almacenado en un sistema de recuperación, o transmitido de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopiado, grabado o de otra manera, sin el permiso expreso por escrito del editor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia.

Para el Sr. James. Gracias por encontrarte conmigo en el altar.

Capítulo Uno

EL PLANTÓN

En quizás la mañana de sábado más fatídica de toda mi vida, me encontraba sentada en un estrecho cubículo del baño de mujeres de Macy's. Mi vestido de novia estaba arrugado sobre mis rodillas para evitar miradas curiosas de las ocupantes de los cubículos vecinos. Apoyé mi costoso peinado contra la pared metálica y solté un suspiro, cerrando los ojos.

Apenas quince minutos antes, había huido de la iglesia donde se celebraba mi "boda" porque mi prometido, Marcus —ahora ex prometido— decidió que simplemente no podía casarse conmigo. Había logrado escabullirme por la puerta trasera de la iglesia, agachándome detrás de los coches estacionados al mejor estilo de película de acción. Sabía que Macy's estaba a solo tres manzanas, así que una vez que me alejé del perímetro visual de la iglesia, caminé lo más casualmente posible hacia la tienda, entrando por la puerta lateral y escabulléndome en el baño de mujeres.

Nadie me prestó demasiada atención mientras llevaba a cabo mi pequeña misión de escape. Apenas parecía una novia fugitiva, ya que mi vestido de novia era sencillo, así que solo parecía una mujer amargada con un vestido blanco muy bonito. Por el momento, parecía que estaba a salvo y podía digerir toda la situación caótica por mi cuenta.

—Oh, Adrian.

Me puse tensa al escuchar la voz de mi mejor amiga, Liz. Hice una mueca, mirando mis delatores zapatos blancos de tiras. Parece

que no era tan incógnita después de todo. Maldición.

—¿El baño de Macy's? Pensé que irías a un lugar más dramático. ¿No se supone que las novias fugitivas tienen lugares más exóticos a los que huir? ¿Los brazos de otro hombre? ¿Fiyi?

La puerta de mi cubículo se abrió de golpe y solté un grito. En mi enojo y desesperación, ni siquiera me había molestado en correr el pestillo. Liz estaba allí, mirándome con preocupación. Estaba vestida con su sexy vestido de dama de honor, un modelo negro con cuello halter que yo había elegido especialmente para ella. Logré recuperarme de mi sorpresa y la miré con enojo, tratando de parecer indignada por su invasión a mi privacidad.

—Adrian —continuó, sin inmutarse por mi expresión molesta—. Una mujer que vive al otro lado de la calle de la iglesia dijo que vio una figura fantasmal con un vestido blanco, haciendo todo tipo de movimientos locos solo para cruzar la calle. Estaba tan asustada que iba a llamar a la policía.

Evité la mirada penetrante de Liz, optando por permanecer en absoluto silencio. Aunque adoraba a Liz, no quería hablar. Con nadie. Principalmente porque aún estaba en estado de shock. Incluso si supiera exactamente qué decir en ese momento, estaba tan aturdida que no sabía cómo expresar mis palabras de forma coherente. Liz, como siempre, pareció leerme la mente.

—No necesito escuchar discursos largos ni explicaciones. No hasta que estés lista. Me asignaron la tarea de asegurarme de que estés bien.

—Bien —logré decir con voz ronca. Bien. Una palabra.

—¿Solo bien? —insistió Liz.

—Sí. Bien —murmuré, evitando su mirada perspicaz.

—Así que huyes de la iglesia minutos antes de casarte con Marcus para esconderte en un cubículo de baño, ¿y todo está de maravilla?

Cerré los ojos mientras imágenes de la iglesia, todos nuestros invitados y Marcus inundaban mi mente. Pero no podía pensar en Marcus ni en nada relacionado con la "boda" en ese momento. No sin sentir una oleada de dolor y rabia.

—¿Todavía hay gente en la iglesia? —pregunté.

—No. Marcus lo canceló oficialmente. Su padrino tuvo que dar lo que estoy segura fue un discurso bastante incómodo a los invitados.

Mantuve los ojos cerrados. Liz se apretujó, cerrando la puerta detrás de ella. Solo podía imaginar la curiosidad de mi vecina de cubículo.

—Adrian. Está bien. No tienes que ser tan fuerte. Soy yo. Si no pudiste seguir adelante, lo entiendo completamente.

—Yo sí podía —susurré.

—¿Qué?

—Yo sí podía seguir adelante. Él no pudo.

—Oh, no —dijo Liz, su voz llena de compasión. Se arrodilló frente a mí, apretando mis manos—. Hablaremos de ello más cuando estés lista. Pero... ¿podemos salir de este cubículo del baño, por favor?

Después de cada ruptura hay un período de duelo, uno de los pasos dolorosos pero necesarios que uno debe soportar para poder seguir adelante con éxito. Decidí quedarme en casa de Liz por un tiempo después de mi "boda" para pasar por mi período de duelo personal. También era necesario que me quedara con Liz, ya que Marcus y yo vivíamos juntos, y no tenía ningún deseo de enfrentarme a él en un futuro cercano.

Liz era una de las pocas bendecidas habitantes de Manhattan cuyo apartamento era más grande que un armario. Vivía en un apartamento bastante espacioso de dos habitaciones en el Upper East Side que había heredado de su tía abuela. Cuando llegamos al apartamento de Liz, me encerré en la seguridad del baño mientras me cambiaba y me ponía una sudadera y pantalones viejos de la NYU de Liz.

Mientras me cambiaba, intenté con todas mis fuerzas no pensar. No pensar era algo difícil de hacer, especialmente pocas horas después de haber sido plantada en mi propia boda. Temas que estaba tratando de evitar: Marcus. Marcus. Marcus. Mis padres, especialmente mi madre. El costo de la boda. Boletos sin usar para

la luna de miel en Grecia. Los invitados a la boda. Marcus. Ah, y Marcus.

—¿Estás bien ahí dentro? —preguntó Liz, asomando la cabeza en el baño.

—Tienes la mala costumbre de irrumpir cuando estoy en el baño.

—Bueno, estas no son exactamente circunstancias normales. Es decir, ¿has pensado en lo que le vas a decir a tus padres? ¿Qué pasa con los invitados? ¿Y la recepción?

—¡Arrgghbhurbarjoyaconclaus! —chillé.

—¿Qué? —preguntó, luciendo atónita y preocupada.

Simplemente negué con la cabeza. Mi arrebato de incoherencia era un escudo para no escuchar los temidos temas, temas en los que me prometí no pensar. Por el momento.

—No quiero pensar en todo eso ahora.

—Adrian. Vamos.

—Sé que tendré que hacerlo. Ni siquiera he hablado con... él.

—¿Marcus?

—¡Bla, bla, bla! —chillé—. Sí. Él. El Que No Debe Ser Nombrado de ahora en adelante. Simplemente no quiero lidiar con nada de eso ahora. Y sé que tengo que hacerlo en algún momento. Algún momento muy pronto. Pero por ahora, realmente no quiero. No puedo.

Liz dudó por un momento. Finalmente, asintió y salió del baño. Tan pronto como se fue, apoyé mi frente contra el espejo. Cerré los ojos con fuerza mientras una ola de lágrimas se hinchaba detrás de mis párpados.

Unas horas más tarde, Liz y yo estábamos desparramadas en su sofá frente al televisor, con varias cajas de pizza y cervezas delante de nosotras. Liz tenía mi teléfono celular en la mano, respondiendo cada llamada que entraba. Se había convertido en su trabajo filtrar mis llamadas. Era mi portavoz temporal. Solo escuchaba su lado de las llamadas. Iban más o menos así:

—Sí. No, ella... ¿qué? Por supuesto que no. No, no nos hemos fugado juntas. Dios. No. Bien.

—Sí. Lo sé. Está bien. No salió corriendo de la iglesia como una loca, caminaba a paso ligero. No me importa lo que diga la gente.

No, está en Nueva York. Mi apartamento. ¿Ahora? Oh, um, está dormida. ¿Qué? Oh. Ja ja.

—Adrian está durmiendo. ¿Podría dejar de gritarme al oído, por favor? No, no la convencí de hacerlo. Solo fui tras ella, ¿recuerda? Y para que conste, es Marcus quien... Señora Lexley. Señora Lexley. ¡Señora Lexley! *¡Haré que Adrian la llame!*

Fingí no notar que Marcus no llamó. ¿Por qué lo haría? Probablemente era mejor que no lo hiciera. Además, él era un tema en el que no debería estar pensando. Me forcé a mantener mis pensamientos enfocados en la insulsa comedia que se transmitía en la televisión en un esfuerzo fútil por evitar todos los pensamientos sobre Marcus. El Que No Debe Ser Nombrado.

Cuando mi teléfono celular se calmó, Liz pudo atender la primera llamada de la noche en su propio celular de su novio, Stewart. Liz le murmuró a Stewart que yo estaba "perfectamente bien", pero que me estaba vigilando de cerca. Traté de no poner los ojos en blanco ante esto. ¿Todos pensaban que *yo* era un riesgo de fuga? Marcus era el culpable aquí, no yo. Estaba considerando decirle a Liz que le hiciera saber a Stewart exactamente quién había plantado a quién cuando Liz cerró su teléfono de golpe y me lanzó una larga mirada inquisitiva.

—Solo una cosa, Adrian —dijo—. Y no lo tomes a mal...

Me preparé. Las declaraciones que comenzaban con "No lo tomes a mal", o "No te lo tomes personal", o "Sin ofender, pero" siempre terminaban con una ofensa velada. Era una forma educada de insultar a alguien. Por ejemplo: "No lo tomes a mal, pero ¿le pediste que te cortara el pelo así?". O: "Sin ofender, pero ¿has engordado?". No hace falta decir que sabía que no me iba a gustar el resto de la frase.

—¿Estás segura de que querías casarte con Marcus? —preguntó Liz. Solté un pequeño suspiro. Eso no era tan malo.

—Por supuesto que sí. Él es el que no quería casarse conmigo —dije, sintiendo otra oleada de lágrimas. Liz, con expresión arrepentida, me pasó una cerveza y otra rebanada de pizza.

—Soy una perra. No debí preguntar. ¿Esa cerveza no es lo suficientemente fuerte? ¿Quieres vodka? ¿Ginebra? —preguntó Liz,

como una madre del fútbol preocupada pero retorcida. Rechacé su oferta con un gesto, tomando un trago de cerveza.

—Sabes, Marcus debería haberte hablado antes del...

—¡Blahwargabble! —grité.

—Lo siento. Por favor, deja de hacer eso —dijo Liz con un suspiro cansado.

"Permítete tiempo para hacer el duelo". Esto es lo que me susurré a mí misma mientras yacía sobre las sábanas en la habitación de invitados de Liz. Me volví de lado, vislumbrando mi vestido de novia, que ahora estaba guardado en el armario. ¿Qué iba a hacer con él? La idea de devolverlo a la boutique donde lo había comprado con entusiasmo tres meses antes era mortificante. Solo podía imaginar los susurros compasivos del personal de la boutique. Pero sabía que tendría que hacer algo con el vestido de novia. Brillaba con la luz de la farola de fuera de la ventana, burlándose de mí con su belleza. Su belleza de 3.000 dólares.

Ahora podía recordar a Marcus mirándome con ese vestido, con lágrimas en los ojos, justo antes de decirme que no podía casarse conmigo. Pero me obligué a detener ese pensamiento, decidida a no detenerme en ese doloroso momento. En su lugar, me permití recordar el compromiso. Un poco menos doloroso.

Fue en la fiesta de Navidad de Marcus el año pasado. Habíamos estado juntos durante un año y medio hasta ese momento. Marcus era ingeniero de software en una elegante firma de ingeniería técnica del centro. Su oficina estaba llena de estos tipos increíblemente inteligentes pero frikis que no salían mucho. No hace falta decir que sus habilidades para las fiestas no estaban muy refinadas. Así que Marcus y yo pasábamos la mayor parte del tiempo acurrucados en un rincón con nuestras cervezas, hablando solo entre nosotros, sin hacer ningún esfuerzo por socializar. Fuimos interrumpidos por Megan, la recepcionista de su empresa.

—Marcus —dijo Megan, dándole una mirada extraña a Marcus—. ¿Quieres ayudarme en la cocina?

En retrospectiva, debería haber notado que algo pasaba. En primer lugar, no había cocina, solo una minúscula sala de descanso con una cafetera. Y las cejas de Megan estaban sospechosamente altas. Pero en ese momento, no le di importancia.

Marcus me dio un beso en la mejilla y dejó mi lado para seguir a Megan a la "cocina". Tan pronto como desaparecieron, las luces se apagaron. Me agarré a la pared y solté un grito infantil.

Las luces volvieron a encenderse y, milagrosamente, todos se habían reunido en el lado opuesto de la habitación. Yo era la única persona que permanecía de pie frente a ellos. No tenía idea de cómo habían logrado esto. Todos estaban bien coordinados, en un semicírculo rodeando a Marcus, quien había reaparecido de la nada, acercándose a mí con una expresión solemne. Por un segundo aterrador, me pregunté si estaba tratando de iniciarme en algún tipo de culto friki de software.

—Eh, ¿Marcus?

Ignorando mi nerviosa pregunta, Marcus simplemente se arrodilló frente a mí. En ese momento, supongo que debería haber adivinado lo que estaba sucediendo.

—¿Marcus? —insistí.

—Adrian —susurró, tomando mi mano entre las suyas. Me sonrojé, agudamente consciente de todas las miradas sobre nosotros.

—Levántate —le siseé, completamente avergonzada.

—Adrian —repitió, levantando algo. Una pequeña caja de terciopelo.

Fue solo entonces cuando me di cuenta de su intención. Y recuerdo haberme quedado paralizada en el lugar con absoluto pánico.

—Te amo, Adrian. Quiero que seas parte de mi vida. Hoy, mañana. Todos mis días. ¿Quieres casarte conmigo?

Se escucharon emocionados *aaahs* y jadeos de la galería de espectadores al otro lado de la habitación, aunque tenían que haber sabido lo que Marcus estaba planeando. Yo, sin embargo, todavía

estaba en puro modo de pánico. La respuesta de lucha o huida. Estaba temblando, y supongo que todos lo tomaron como pura alegría instantánea porque todos —incluido Marcus— sonrieron. En mi aturdimiento de pánico, estaba molesta con Marcus por su chantaje involuntario: ¿cómo podía hacerme tal pregunta frente a toda esta gente cuando la única respuesta que podía dar era sí? De lo contrario, habría parecido una completa y total imbécil. Debo haber dicho que *sí* o algo que sonó como *sí*, porque un anillo que nunca llegué a ver realmente estaba en mi dedo y hubo adulación, abrazos y aplausos.

Pero cuando todo se calmó, por supuesto que estaba emocionada. Levanté mi mano, examinando el anillo de compromiso con un solitario diamante que no había podido quitarme, brillando incluso en la oscuridad de la habitación. Al igual que el vestido de novia, ahora se burlaba de mí.

Mientras intentaba conciliar el sueño, tuve el impulso abrumador de llamar a Marcus y decirle unas cuantas verdades. Tenía un buen mareo debido a los dos vodka gimlets que había bebido esa noche. (En realidad, había tomado cuatro vodka gimlets. Pero me convencí de que estaba bien beber tanto ya que acababa de ser plantada en el altar).

Me senté cuando una ira justa alimentada por el alcohol se apoderó de mí. Es decir, ¿quién diablos se creía que era? ¿Cómo puedes dejar a alguien momentos antes de que se supone que debes jurar pasar la eternidad con ellos?

Me levanté de la cama, tropezando con la mesita de noche. Ignorando el dolor punzante en mi pierna, me tambaleé hacia mi teléfono celular y marqué su número. Al cuarto timbre, la voz adormilada de Marcus contestó. Interesante saber que podía dormir tan profundamente después de pisotear mi corazón.

—¿Hola?

Al escuchar su voz, me quedé paralizada de miedo. Un miedo helado. Toda mi ira se desvaneció. Había un millón de cosas que quería decir. Gritar. Chillar. Llorar. Pero las palabras murieron en mi garganta.

Bueno, todo el maldito alcohol que había consumido habló por mí. Antes de que pudiera detenerlo, un fuerte eructo escapó de mi garganta. Mortificada, me quedé helada.

—¿Adrian? Adrian, lo siento tant...

Colgué abruptamente. Maldición, maldición, maldición. Por supuesto que reconocería convenientemente mi eructo. Una vez había dicho que mis eructos provocados por el alcohol eran los más lindos que jamás había escuchado. Y ahora sabía que lo había llamado a las —entrecerré los ojos para ver el reloj— dos de la mañana, claramente borracha e incapaz de dormir. Maldición, maldición, maldición. Llamar borracha a un ex nunca era una buena idea.

Me limpié las lágrimas de rabia y me arrastré de vuelta a la cama, tratando de analizar el tono de su voz. ¿Comprensivo? ¿Arrepentido? ¿Amoroso? Pero no llegué a ninguna conclusión, y después de dar más vueltas, finalmente logré conciliar el sueño.

Capítulo Dos

CUARTEL GENERAL DE LA RELACIÓN

Lo mejor de despertar en una cama desconocida era la bendita amnesia momentánea. Olvidar lo que había sucedido para llegar allí. Olvidar dónde estaba. Quién era.

Lo peor era el momento en que todo volvía. Y todo volvió a mí de golpe. El vestido de novia. El cubículo del baño. No poder hablar con Marcus cuando lo llamé. El eructo que se oyó en todo el mundo. Marcus. Lo llamé. Oh. Dios. Mío.

Miré hacia la puerta y grité. Liz estaba rondando por la entrada, observándome con preocupación. Se veía asquerosamente arreglada para —de nuevo entrecerré los ojos para ver el reloj— las siete de la mañana. Siempre había sido una persona madrugadora.

—¿Cómo estás? —preguntó.

Rompí en llanto.

Treinta minutos después estaba en un taxi de camino a mi apartamento. Nuestro apartamento. Solo estaba parcialmente recompuesta después de mi crisis matutina, pero estaba decidida a superar el siguiente paso agotador de mi ruptura, que era retirarme del Cuartel General de la Relación, siendo este el apartamento que Marcus y yo habíamos compartido antes de la ruptura.

Sabía que retirarme del Cuartel General de la Relación era un paso absolutamente esencial para seguir adelante. Todos nuestros momentos importantes de la relación habían ocurrido allí. Peleas, sesiones de besos, sexo apasionado, noches de películas, cenas románticas. Era simplemente un recordatorio físico de nuestra relación muerta.

Marcus y yo vivíamos en un antiguo edificio de ferrocarril en el borde de Chelsea. Entré al edificio familiar y subí las escaleras con dificultad. A medida que me acercaba al apartamento, tuve el impulso abrumador de darme la vuelta y huir. ¿Y si Marcus estaba dentro? Ciertamente no estaba lista para enfrentarlo todavía.

Cuando llegué a nuestro apartamento, dudé frente a la puerta. Presioné mi oreja contra ella, escuchando cualquier sonido del interior. El apartamento estaba en silencio. Tomando aire, abrí la puerta y entré al Cuartel General de la Relación.

Al entrar, miré alrededor de nuestro pequeño apartamento de una habitación. Se veía exactamente igual a como estaba antes de que todo se derrumbara. Allí estaban las esculturas extravagantes que habíamos comprado en un mercadillo en Chinatown. Las pinturas africanas que habíamos adquirido en SoHo. La colección de fotografías que había tomado de nosotros en varias vacaciones, clavadas descuidadamente en un tablón de anuncios. Tuve el impulso más fuerte de que todo lo demás estuviera justo como era antes de la "boda" y el compromiso que al final resultó sin propósito.

No pude evitar mirar las fotografías, todas las cuales reflejaban instantáneas de nuestra felicidad: Marcus y yo en nuestro bar favorito. Marcus y yo en la parte trasera de un taxi, enfrascados en un apasionado beso. Marcus y yo escuchando a una orquesta tocar música clásica en Central Park. Estudié cuidadosamente nuestros rostros en cada foto. Nos veíamos tan felices. Antes de que el compromiso complicara tanto las cosas. Cuando Marcus y yo éramos solo dos personas enamoradas, no dos personas con títulos. Prometido y prometida. Marido y mujer. Sr. y Sra. Lo que sea. Solo Marcus y Adrian.

Marcus salió del dormitorio, agarrando dos maletas, llevando mi ensoñación a un abrupto final. Se congeló cuando me vio parada en

la entrada. Lo miré de vuelta, igual de paralizada. Por supuesto, era el mismo Marcus que conocía y amaba. Alto y torpemente desgarbado, con cabello oscuro y rizado y ojos color avellana. Pero en ese momento, bien podría haber sido un extraño. Durante casi un minuto completo nos quedamos allí, mirándonos el uno al otro en un silencio de shock, como si fuéramos dos extraños en lugar de dos amantes que habían pasado años juntos. La pareja casi casada.

Después de otros incómodos treinta segundos, Marcus habló.

—Ya me iba. Ya di mi aviso de treinta días. Estaré sacando la mayoría de mis cosas durante la semana.

Con sus palabras, logré salir de mi leve shock y procedí a darle un pedazo de mi mente. Le dije secamente a Marcus que podía hacer lo que quisiera, siempre y cuando no tuviera que estar en su presencia. Marcus tuvo el descaro de parecer herido —¡después de lo que había hecho!— e insistió en que lo que había hecho era lo mejor para ambos a largo plazo.

Eso realmente me enfureció. Estaba tratando de justificar el haberme dejado plantada en el altar, y no iba a dejar que aliviara su conciencia culpable.

—¡Eso es basura, Marcus! Si tenías dudas, podrías haberme hablado. No esperar una hora... no, *quince minutos* antes de que se supone que nos casáramos para decir casualmente: "Oye, mujer a la que le propuse matrimonio, de quien supuestamente estoy enamorado, ¿adivina qué? Ya no quiero casarme contigo. Supongo que simplemente cambié de opinión de repente. Bonito vestido de novia, por cierto. ¡Bonito vestido de novia de tres mil dólares!"

—Estás omitiendo una parte importante, Adrian. No, ¡estás omitiendo dos partes muy importantes de todo esto!

—¿En serio? ¿Qué? ¿Qué estoy omitiendo?

—Primero que nada, te amo. Sabes que siempre lo haré. Nunca dije que esa fuera la razón por la que no podía casarme contigo.

—¡Oh, por favor!

—En segundo lugar, ¡tú no querías casarte conmigo! ¿Recuerdas lo que te pregunté? Y no pudiste responder a mi pregunta.

—No pude responder a una pregunta. Tiene sentido. Es mi culpa por una pregunta sin respuesta. No intentes darle la vuelta a esto

solo para sentirte mejor por lo que me hiciste.

—¿Lo que te hice? Escúchate a ti misma. Nunca puedes asumir la responsabilidad de lo que tú... —Marcus espetó, deteniéndose a mitad de la frase mientras se alejaba de mí con frustración.

—¿Que no puedo asumir la responsabilidad? ¡Hice una promesa y la iba a cumplir! ¡A diferencia de ti! —grité.

—¡No estás escuchando! ¿Sabes qué? No voy a hacer esto. Solo nos estamos repitiendo. Sigo intentando explicar, pero no quieres escuchar. Ni aquí, ni en la iglesia el otro día. ¡No quieres escucharme a mí ni a ti misma! —ladró Marcus.

—¿Qué demonios se supone que significa eso?

Pero Marcus pasó junto a mí, abriendo la puerta de un tirón y dirigiéndose al rellano. Lo seguí, cegada por la furia.

—¿Que no quiero escucharme a mí misma? ¡Eso ni siquiera tiene sentido!

—He terminado, Adrian —dijo Marcus con resignación, luchando por bajar las escaleras con sus maletas.

—¡Ya sé que has terminado! Lo dejaste claro ayer. ¡Y yo ya no quiero esto! —grité, quitándome el anillo de compromiso y lanzándome hacia Marcus, apuntando a su cuello mientras bajaba ruidosamente las escaleras.

Sabía que el acto de arrojar el anillo al hombre era un gran cliché, pero estaba furiosa. Mi puntería solía ser terrible, pero la ira debió ser una gran motivadora, porque el anillo golpeó a Marcus justo en el cuello.

—¡Ay! —gritó Marcus justo cuando llegaba al final del rellano. Logró atrapar el anillo cuando rebotó en su cuello, metiéndolo en su bolsillo.

—¡Y no quiero el estúpido apartamento!

—Haz lo que quieras, Adrian —gruñó Marcus, saliendo del edificio.

—¡Lo haré! —grité, pero Marcus ya había salido por la puerta.

Regresé a nuestro apartamento, cerrando la puerta de un golpe detrás de mí. Me desplomé contra la puerta, luchando contra las lágrimas de rabia. Las peleas post-ruptura eran inútiles, noté con amargura. Como si no hubiéramos logrado herirnos lo suficiente la

primera vez. Era como arrancar una tirita de una herida que estaba sanando y hurgar en ella con una hoja de afeitar.

Después de calmarme un poco, traté de empacar con la mente lo más clara posible, aunque las palabras de Marcus resonaban en mis oídos. ¿Que no quería casarme? ¿Habría estado en ese vestido de novia si no hubiera querido casarme? Debía haber querido realmente limpiar su conciencia tratando de convencerse de eso. Qué imbécil.

Tomé un descanso media hora después, dejándome caer en nuestro sofá. Miré fijamente otra foto de Marcus y yo en la mesa lateral en la que nuestros brazos estaban envueltos alrededor del otro mientras nos mirábamos profundamente a los ojos. Qué asco.

Agarré la foto y la arrojé al otro lado de la habitación, observando con mórbida satisfacción cómo se hacía añicos contra la pared lejana. Miré alrededor de la habitación, ansiosa por encontrar más fotos para destruir. El suave trino de mi teléfono celular me interrumpió. Contesté, solo para ser recibida por la voz chillona de mi madre.

—¿Sabes lo que la gente me está preguntando? —exigió mi madre sin siquiera molestarse en decir hola.

—Mamá, ¿puedes bajar la voz, por favor? —pedí, frotándome la oreja.

—"¿Qué tipo de medicamentos está tomando?" ¡Medicamentos, Adrian! ¡La gente piensa que estás loca! —gritó mamá.

—Mamá, por favor.

—¡Mi teléfono no ha dejado de sonar en las últimas cuarenta y ocho horas! ¿Sabías que tu tía Francine no ha subido a un avión desde 1975? Voló todo el camino desde Wisconsin para ver a su sobrina favorita.

—Soy su única sobrina.

—No puedo creer que hayas salido corriendo de la iglesia como una loca.

—Marcus lo canceló, mamá.

Hubo un silencio atónito al otro lado de la línea.

—Oh, cariño. ¿Qué hiciste?

—Voy a colgar.

—Lo siento. No lo dije con esa intención.

—Sí, sí lo hiciste. Voy a colgar.

—¿Al menos te reunirás conmigo para cenar? No estoy en la ciudad muy a menudo. Y hay algunos detalles de la boda que necesitamos revisar.

—Está bien, está bien. ¿Puedo invitar a papá?

—Yo no llevo la agenda de tu padre. Puede que tenga algo planeado con esa nueva fulana suya.

—¿Fulana? Esa ni siquiera es una palabra. Y la he conocido. Es agradable.

—Oh, ¿en serio? ¿Y con qué frecuencia la has visto?

—Mamá, no tengo tiempo para esto. Plantada en el altar, ¿recuerdas?

—Lo siento, cariño. Si veo a Marcus, le voy a decir unas cuantas verdades. Cenemos esta noche. ¿Qué tal ese restaurante tailandés en University? Nos vemos pronto.

—Mamá... —empecé, pero ya había colgado.

Miré con furia mi teléfono celular. Mamá me había engañado para ir a cenar con ella y discutir una boda en la que estaba tratando de no pensar. Suspiré, agarrando más de mi ropa del armario, y me largué del Cuartel General de la Relación.

—Afortunadamente pudimos obtener un reembolso de los proveedores de catering. Los floristas fueron sorprendentemente tacaños. Solo nos devolvieron la mitad del depósito. Les pregunté para qué necesitaban tanto dinero —parloteó mamá, hundiéndose en su ensalada.

Era más tarde ese día, y estaba sentada en una mesa del Restaurante Thai Village con mis padres (afortunadamente) divorciados y la nueva novia de mi padre, Janet. Mamá había logrado dominar la conversación con dolorosos y exasperantes detalles de mi "boda", todo el tiempo ignorando a papá y a Janet, quienes parecían sentir mi dolor. Mis padres se habían divorciado hace cinco años y apenas eran ex cónyuges amistosos, pero ninguno

de los dos vivía en la ciudad (papá en Nueva Jersey, mamá en Westchester, justo al norte de la ciudad), y todos teníamos horarios tan discordantes que este era el único espacio de tiempo disponible para todos. Y aquí estábamos.

—¿Te pusiste en contacto con el hotel en Grecia? ¿Y qué hay de tus billetes de avión? —continuó mamá.

—La aerolínea me ha dado un billete de ida y vuelta gratis para cualquier vuelo nacional o internacional a cambio de los billetes cancelados —murmuré, fingiendo disfrutar de mi pollo con limoncillo —. Y el hotel no nos cobró nada, ya cancelé la reserva. Pero realmente quiero agradecerte por recordarme que se supone que debería estar en Grecia en mi luna de miel ahora mismo. Lo aprecio. Vaya, este pollo está genial.

Esperaba que mi mordaz sarcasmo fuera suficiente para poner fin al doloroso desenterramiento de todo lo relacionado con la boda por parte de mamá. Ella siempre había odiado mi sarcasmo, llamándolo "malintencionado", pero era algo que había funcionado desde mis años de adolescencia para que dejara de sermonearme sobre ciertos temas (es decir, el sexo prematrimonial, el apodo de "Machacador" de mi primer novio, lo que debería hacer con mi vida, el largo de mis faldas, el número de tarjetas de crédito que adquiría, etcétera).

—Lo siento —respondió mamá, sin sonar nada arrepentida—. Pero por doloroso que sea todo esto, necesitamos asegurarnos de que todos los detalles estén resueltos. Es decir, no hubo ceremonia. Así que la mayoría de los costos de la recepción pueden ser reembolsados.

—¿No hubo ceremonia? ¿En serio? Ah, claro. Estaba escondida en el baño de Macy's tratando de no llorar a mares.

—Adrian, cariño. Cuanto antes aclaremos todo, antes podremos dejar de hablar de todo esto para siempre. Ahora, ¿sabes qué vas a hacer con tu vestido?

—Ya basta, Marilyn —dijo papá, notando mi expresión miserable —. Estoy seguro de que Adrian ya tiene suficiente con lo que lidiar.

Le di a papá una mirada de agradecimiento. Pero mamá se tensó al notar nuestro intercambio silencioso, frunciendo los labios.

—Repito: tarde o temprano alguien tiene que asegurarse de que todo esté resuelto —dijo ella.

—Ya hablé con Marcus sobre la mayoría de los detalles de la boda que aún estaban pendientes —dijo papá, llamando al camarero con un gesto.

—¿Qué? ¿Tú hablaste... no puedo... qué... tú solo... —balbuceé, mirando con horror a mi previamente santificado padre. Janet, claramente incómoda y atrapada en medio, me dio una mirada comprensiva.

Papá estaba irritantemente tranquilo mientras le pedía la cuenta al camarero. Mamá, noté, parecía complacida. Este era su jaque mate en la sutil batalla de toda la vida sobre qué padre es el favorito del hijo.

—Me llamó después de que te fueras de la iglesia ayer. Me explicó que lo que pasó fue su culpa. Nos reembolsará lo que sea necesario. Y eso fue todo.

—¿Entró en detalles? —pregunté, pasando del shock a la mortificación. Papá y Marcus siempre habían sido cercanos, y la idea de que tuvieran una conversación íntima...

—No. Y no se lo habría permitido si lo hubiera intentado. Lo que haya pasado entre ustedes dos es precisamente eso: entre ustedes dos.

—Oh. Uf —dije, sintiendo un pequeño alivio.

—Espero que al menos le hayas dicho unas cuantas verdades —resopló mamá—. Lo que Marcus le hizo a Adrian fue horrible.

—Una vez más —replicó papá, y reconocí su tono. Un tono que escuché repetidamente mientras crecía, un tono que siempre precedía a una de las peleas emblemáticas de mis padres—. Lo que pasó entre Marcus y Adrian es asunto de ellos. No es mi lugar, ni el tuyo, intervenir.

—Eres su padre, Robert. Lo mínimo que podías haber hecho es reprenderlo por lo que le hizo.

—¿Lo mínimo que podía haber hecho? Al menos yo no estoy torturando a mi hija con detalles minuciosos de una boda que nunca ocurrió.

—Papá, está bien.

—No estaba intentando torturarla. Solo quería aclarar todos los detalles. Estaba siendo práctica. Tú solo estás tratando de hacerme quedar como la mala.

—De nuevo, estás haciendo que todo sea sobre ti.

—Mamá. Papá. ¿Pueden parar, por favor? —intenté intervenir, lanzándole a Janet una mirada de disculpa. Podía ver que estaba experimentando una muestra de cómo me sentía yo al crecer con estos dos constantemente atacándose el uno al otro.

—Solo quería tener una cena agradable con mi hija, a quien no he visto en siglos, no verte a ti con tu noviecita.

—Mamá, por favor.

—No hables así de Janet.

—Robert. Está bien. No pasa nada —susurró Janet, luciendo tan mortificada como yo me sentía.

—No, no está bien. Yo he podido seguir adelante con mi vida, Marilyn, pero tú claramente no —gritó papá.

—¡Blawarcapadac! —vociferé.

Mamá y papá se volvieron para mirarme con preocupación.

—Adrian, ¿estás bien? —preguntó mamá.

—No, no lo estoy. Quería verlos a ambos, pero obviamente no pueden estar en la misma proximidad sin gritarse el uno al otro. He tenido un par de días realmente difíciles, y ustedes dos no lo están haciendo nada más fácil.

Ambos tuvieron la decencia de parecer avergonzados. Pero yo estaba harta. Tiré mi servilleta y me puse de pie.

—Adrian —comenzó mamá, sonando genuinamente arrepentida esta vez, pero negué con la cabeza.

—Solo necesito algo de paz. Y obviamente no voy a conseguirla estando cerca de ustedes dos —dije, agarrando mi chaqueta y girándome para salir del restaurante.

Concluí que cenar con mis padres amargamente divorciados y la nueva novia de mi padre no había sido una buena idea. Pero sabía que esta situación era menor comparada con lo que tendría que enfrentar a continuación: poner buena cara ante el resto del mundo después de haber sido plantada en el altar.

Capítulo Tres

PONIENDO BUENA CARA

Sabía que poner buena cara era definitivamente una de las cosas más importantes que debía hacer después de ser plantada. Era como darme una patada en las espinillas (físicamente difícil, pero hablando metafóricamente) y obligarme a enfrentar a todos los que conocían algún detalle de mi relación o de cómo me habían dejado. Era estar preparada para discutir despreocupadamente lo que había sucedido con un gesto casual de mi mano mientras pasaba a temas mucho más interesantes, como el clima o lo adorables que eran mis zapatos nuevos. Era poner una sonrisa alegre y reírme de mi corazón roto —mi herida sangrante de cuchillo— como si fuera un simple rasguño. Era, en esencia, mentir.

Porque incluso después de mi periodo de duelo, la herida abierta de la ruptura seguía sangrando. Y poner buena cara y actuar como si el dolor fuera insignificante era el equivalente a poner una tirita en una herida que necesitaba un torniquete. Pero sabía que valdría la pena al final. Cuanto antes pusiera buena cara y actuara como si todo estuviera de maravilla, más pronto sería cierto. La frase "finge hasta que lo consigas" se aplicaba en esta situación.

Esto es lo que me decía a mí misma mientras me preparaba para el trabajo el lunes por la mañana temprano. Era periodista y trabajaba como redactora de artículos para una revista llamada *New York Woman*. Varios de mis compañeros de trabajo habían asistido a mi "boda", así que todos estaban al tanto de lo que había sucedido.

Estaba segura de que toda la oficina lo sabía a estas alturas. Y yo iba a estar preparada, maldita sea.

Me arreglé un poco más de lo habitual esa mañana. Iba a verme extra, extra, extra fabulosa. Mi atuendo, peinado y maquillaje dirían: "Estoy bien. ¿Marcus quién? ¿No te encanta mi nuevo bolso?"

Di un paso atrás frente al espejo. Llevaba un traje de vestir gris oscuro y zapatos de tacón negros nuevos con tacones lo suficientemente altos como para ser considerados casi stilettos. Había alisado cuidadosamente mi largo cabello negro y llevaba una sombra de ojos mate color rojo oscuro que resaltaba mis ojos marrones. Incluso me había puesto un tono de lápiz labial rojo brillante que realzaba mi boca. Satisfecha, salí del baño y me dirigí al trabajo. Decidida a poner buena cara.

—Adrian. Si necesitas tiempo... cualquier tiempo, lo entenderé. De hecho, tal vez deberías tomarte unos días libres. Nunca usas tus días de vacaciones —murmuró Jean, mi editor y jefe, mientras estaba sentado frente a mí, con sus manos sosteniendo las mías.

Había llegado al trabajo un poco temprano, con mi sonrisa de "estoy bien" pegada en la cara. Apenas me había acomodado en mi escritorio cuando levanté la vista y me encontré con la cara preocupada de Jean. Jean me había contratado, y nos llevábamos bastante bien, incluso salíamos ocasionalmente a tomar una copa o cuatro fuera de la oficina. Aparte de Liz, había sido un importante consultor para mi vestido de novia y el esquema de colores de la boda. Así que, por supuesto, había estado en la "boda". Pero yo estaba preparada para él. O eso pensaba.

Antes de que pudiera lanzarme a mi discurso de "estoy bien" cuidadosamente ensayado, me había llevado a su oficina, donde procedió a tratarme como si fuera una sobreviviente de algún horrible accidente aéreo.

—Estoy perfectamente bien, Jean —dije, dándole una amplia sonrisa—. De hecho, estoy mejor que bien. Hay tantas cosas que

puedo ponerme al día ahora. Creo que incluso podría tener tiempo para más tareas.

Pero Jean no parecía convencido. Se reclinó en su silla, lanzándome una mirada crítica.

—Cariño, tienes papel higiénico pegado en la parte trasera de tu zapato. También tienes algo de ese lápiz labial escandalosamente brillante manchado en los dientes. ¿Estabas llorando esta mañana mientras te arreglabas?

Miré hacia la pared lateral, donde Jean tenía un espejo. Efectivamente, el lápiz labial estaba visiblemente manchado en mis dientes. Me froté furiosamente la boca, agachándome y arrancando el papel higiénico de mi zapato.

—No, no estaba llorando, Jean. Te lo dije. Estoy fantástica. La ruptura fue mutua.

—Leah me dijo que estabas corriendo de manera descontrolada alejándote de la iglesia, justo antes de la ceremonia. Yo estaba en la iglesia, cariño. Todos se preguntaban si habías perdido la cabeza.

—Es complicado —dije, sonrojándome de vergüenza—. De nuevo, la ruptura fue mutua. Estoy genial. Bien.

—¿Por qué estás sonriendo así? ¿Estás segura de que estás bien?

—Jean. No puedo enfatizar lo suficiente lo bien que me siento. Estoy feliz. La gente que sonríe es feliz.

—La gente que sonríe como tú lo estás haciendo está clínicamente loca.

Esto iba a ser más difícil de lo que había anticipado. Antes de que pudiera replicar, Nora, nuestra editora de artículos, asomó la cabeza en la oficina de Jean.

—Jean, necesito subir estos artículos y... ¡Adrian! ¡Dios mío! ¡No puedo creer que ya estés de vuelta en el trabajo! —chilló.

—Estoy perfectamente bien —comencé, pero antes de que pudiera lanzarme a mi discurso preparado, Nora se apresuró a entrar en la oficina de Jean y me abrazó. Me dio palmaditas en la espalda como si estuviera consolando a una niña que lloraba histéricamente.

—Esto también pasará, Adrian. Esto también pasará. Sabes, hay un viejo proverbio que dice...

—¿Es esa Adrian Lexley? ¿Qué haces de vuelta tan pronto? ¡Pobrecita! —gritó Leah, la chismosa, otra de nuestras redactoras de artículos, mientras se apresuraba a entrar en la oficina de Jean.

—Estoy teniendo una conversación privada con Adrian —interrumpió Jean—. ¿Podrían darnos algo de privacidad, por favor?

—Está bien. Pero estaremos justo afuera, Adrian —arrulló Leah.

—Y vamos a llevarte a almorzar. Nosotras invitamos —añadió Nora, dirigiéndose a regañadientes hacia la puerta.

—No será necesario. Estoy bien —insistí.

—Por supuesto que lo estás, Adrian. Por supuesto que lo estás —respondió Leah, con una compasión exasperante.

—Fuera —dijo Jean.

Lanzándome más miradas compasivas, Leah y Nora finalmente salieron corriendo. Observé su partida con fastidio. Irónicamente, había pensado que Leah y Nora eran las empleadas más sensatas de la revista, y eran buenas conocidas mías. Pensé que era una buena idea tenerlas en la "boda". Vaya, cómo me estaba arrepintiendo de esa decisión ahora.

—Puede que tenga que tomarme unas vacaciones para alejarme de esas dos —murmuré, pero mantuve mi sonrisa de "estoy bien" pegada a mi rostro.

—Por favor, deja de sonreír, Adrian. Parece doloroso. Soy tu amigo. Puedes ser honesta conmigo —dijo Jean, inclinándose hacia adelante en su silla.

—Estoy siendo honesta contigo —mentí lo más sinceramente que pude—. Estoy totalmente bien. Lo he superado. He seguido adelante. ¡Eufórica! Más feliz que nunca.

—Basta, basta. Siempre has sido una pésima mentirosa, Adrian. Cuando estés lista para hablar, aquí estaré.

—No será necesario. Estoy bien.

—La dama protesta demasiado —dijo Jean, estirándose sobre su escritorio para coger unas carpetas.

—De nuevo, estoy completamente disponible para cualquier tarea pendiente.

—De hecho, hay algo en lo que puedo usar tu ayuda —dijo Jean, hojeando una carpeta—. Leah está atrasada con un par de sus

reportajes. Hay un perfil que quiero que se haga sobre este autor de best-sellers. Escribió un libro de autoayuda sobre citas.

—Puedo hacerlo —dije con entusiasmo. Con demasiado entusiasmo. Jean me miró fijamente durante un largo momento antes de entregarme la carpeta.

—Su nombre es Jackson Taylor. Su libro se llama *El Elegido*. Supongo que has oído hablar de él, ¿no? Ha sido un éxito de ventas sorpresa, sigue subiendo constantemente en todas las listas. Te conseguiré una copia del libro más tarde hoy. Toda su información de contacto está en esa carpeta. Ya sabes lo que busco; has hecho perfiles de autores antes. Una entrevista, un poco sobre su pasado, su libro, en qué está trabajando a continuación.

—Me pondré a ello de inmediato.

—Adrian —comenzó Jean, justo cuando llegaba a su puerta. Pero yo ya sabía lo que venía, y ya estaba harta.

—Por última vez, Jean. Estoy bien. No sabía que mi vida personal estaba abierta a discusión en esta oficina. No lo está. Eres un amigo, y te estoy diciendo la verdad. Marcus y yo decidimos separarnos de mutuo acuerdo. He seguido adelante.

—No era eso lo que iba a decir.

—Oh —dije, desanimada.

—Todavía tienes lápiz labial en los dientes. De hecho, te lo has manchado en la mejilla. Y también tienes papel higiénico en el otro zapato.

De vuelta en el apartamento de Liz más tarde ese día, tenía toda la información para mi artículo sobre Jackson Taylor esparcida sobre el sofá, incluyendo su libro, que aún no había leído. Me estaba inclinando para coger una carpeta cuando capté una vista poco favorecedora de mi perfil en el espejo de cuerpo entero de Liz.

Me puse de pie, examinándome desde todos los ángulos, notando algunos bultos poco atractivos. La pizza y la cerveza que había engullido el otro día habían actuado más rápido de lo que

esperaba. Decidí que otra cosa post-ruptura que hacer era perder entre dos y cinco kilos. Oí llaves en la cerradura y Liz entró.

—¿Quieres unirte al gimnasio conmigo? —pregunté, levantando la vista del espejo. Pero me quedé helada.

Liz se veía miserable. Liz era una de esas personas extrañas que siempre estaban alegres, radiantes y felices. Así que verla miserable era bastante impactante. Lágrimas secas manchaban sus mejillas, y estaba aferrada a un pequeño bote de helado de galletas con chispas de chocolate. Sabía que una combinación de lágrimas y helado solo podía significar una cosa: problemas con chicos.

—Liz, ¿qué pasa?

—Realmente, realmente, realmente, realmente no quiero hablar de ello —respondió Liz, dejándose caer en el sofá. Abrió de un tirón el cartón de helado y sacó una cuchara de la bolsa, ofreciéndome una. Negué con la cabeza.

—Liz, sabes que puedes hablar conmigo.

—No quiero hablar de eso. ¿Cómo fue tu día? —ladró Liz.

Me quedé allí, observando cómo Liz masacraba el helado con su cuchara. Estaba genuinamente demasiado asustada para responder.

—Vamos, Adrian. Quiero saber cómo te fue el día —prácticamente gritó Liz, mirándome fijamente.

—Todos fueron, por supuesto, excesivamente comprensivos, lo cual fue molesto. Liz, realmente no puedo hablar contigo mientras me miras así.

Liz dirigió su mirada fulminante al helado. Cerró los ojos, sus hombros se hundieron.

—Lo siento.

Me apresuré a sentarme en el sofá junto a ella. Liz finalmente abrió los ojos, volviéndose para mirarme.

—¿Estás teniendo problemas con Stewart?

Liz bajó la mirada. Fruncí el ceño. Esto no era bueno. Liz y su novio, Stewart, habían estado saliendo durante cuatro años, más tiempo del que Marcus y yo habíamos estado juntos. Eran una de esas parejas aparentemente perfectas que nunca peleaban y que encajaban tan bien, que era casi nauseabundo. La idea de que Liz y Stewart tuvieran problemas me hizo preguntarme si lo que pasó con

Marcus y conmigo era tóxico, y nuestra ruptura tendría algún tipo de efecto dominó de perturbar relaciones perfectamente saludables a nuestro alrededor.

—Más o menos. Pero realmente no quiero discutir esto contigo ahora mismo. Lo siento —dijo Liz—. Creo que voy a tomar una siesta. Estoy agotada.

—Vamos. Puedes decirme qué está pasando.

—Está bien. Estoy bien —dijo Liz, desapareciendo en su habitación.

Me hundí de nuevo en el sofá. ¿Qué quería decir con no querer discutirlo *conmigo*? Tal vez sí tenía algo que ver con Marcus y conmigo. Me quedé en la sala de estar hasta más tarde esa noche, esperando que Liz saliera, pero nunca lo hizo. Incluso me quedé un rato fuera de la puerta de su dormitorio, tratando de pensar en algo reconfortante que decir.

Estaba a mitad de crear mentalmente un monólogo divertido para animarla cuando una criatura vestida con una cosa negra de plástico con tapones verdes por ojos salió de la habitación de Liz. Grité, tropezando hacia atrás. La criatura también gritó.

—¡Adrian! ¡Jesús! —gritó la criatura, quitándose los ojos para revelar los asustados ojos marrones de Liz.

—Liz —dije, aliviada, aunque mi corazón aún estaba en mi garganta—. ¡Me has asustado de muerte! ¡Pareces una criatura! ¿Qué demonios llevas puesto?

Di un paso atrás, observando el atuendo de Liz. Llevaba puesto algo extraño de plástico negro que parecía estar a medio camino entre una capa de vampiro y un traje de buceo. Era realmente un atuendo desconcertante. Tenía el pelo echado hacia atrás desde la cabeza, también cubierto por ese extraño traje negro, y llevaba pepinos en los ojos. Raro.

—Es una cosa de belleza que hago de vez en cuando. Exfolia la piel —dijo Liz, sonrojándose—. ¿Y qué hacías tú parada frente a mi puerta, murmurando para ti misma?

—¿Estaba murmurando para mí misma?

—Sí. A veces me preocupas. ¿Qué haces aquí fuera?

—Solo quería que supieras que siempre estoy aquí para ti, sin importar lo que esté pasando.

—Lo sé —dijo Liz, pasando junto a mí para dirigirse al baño—. No hay nada de qué hablar.

—Pero quería decirte que estoy aquí para ti.

—Buenas noches.

Liz entró al baño, cerrando firmemente la puerta tras ella. Decidí que sería paciente y comprensiva. Liz podría contarme lo que le molestaba cuando estuviera lista.

Por favor. ¿A quién quería engañar? Sabía que iba a seguir acosándola hasta que se quebrara. Con ese pensamiento, me dirigí a mi habitación y me quedé dormida mientras intentaba no pensar en Marcus. (Pero lo hice, por supuesto, seguido de un sueño bizarre en el que mi furioso vestido de novia me perseguía por la calle, lo cual resultó ser un sueño sorprendentemente aterrador).

—Oficialmente di el aviso. Dijiste que tampoco querías el apartamento, así que puse nuestros dos nombres en la carta para el casero. Ya he sacado la mayoría de los muebles. Volveré el sábado por el resto —dijo Marcus.

Apreté el teléfono contra mi oreja, con el corazón acelerado. Me había levantado temprano para hacer algo de trabajo preparatorio para el perfil de Jackson Taylor mientras vigilaba que Liz saliera de su habitación. (Realmente esperaba que ya no estuviera en ese extraño traje de criatura). Mis pensamientos inevitablemente habían comenzado a derivar hacia Marcus cuando mi teléfono sonó estridentemente con un ominoso pero intrigante "Número privado" parpadeando en la pantalla. Supuse que era mi madre, y como me sentía culpable por haberles gritado a ella y a papá la última vez que los vi, contesté de inmediato, solo para ser recibida por la fría voz de Marcus.

—¿Adrian? ¿Estás ahí? —preguntó Marcus.

—Sí —susurré, maldiciéndome al instante. No quería responder a la pregunta de Marcus con un susurro. Mostraba debilidad y vulnerabilidad.

—Creo que deberías quedarte con el apartamento —insistí, alzando la voz a lo que esperaba fuera un nivel aceptable, pero en su lugar solo soné aguda y estridente.

—¿Qué?

—Dije que deberías quedarte con el apartamento —repetí, bajando la voz a un nivel audible.

—Ya hemos pasado por esto, Adrian.

—Te estoy diciendo que te quedes con el apartamento. Yo me mudaré.

—¡Y yo te dije que no quiero el maldito apartamento!

—¡Estás gritando!

Sabía que mi declaración era provocadora, y anteriormente me había aconsejado evitar meterme en discusiones post-ruptura, pero de ninguna manera iba a dejar que usara ese tono de voz conmigo después de haberme plantado en el altar.

—No estoy gritando. Puede que haya elevado un poco la voz, pero no estoy gritando.

—¡Elevar la voz es la definición de gritar!

—Ahora *tú* estás gritando. Y tu voz sonaba rara hace un par de segundos. ¿Qué demonios fue eso? ¿Intentabas hacer que tu voz sonara como un silbato para perros humanos?

—Oh, eso es mezquino. Pero tan típico de ti darle la vuelta a esto. Tú eres el que me plantó, ¿recuerdas?

—Adrian, ¡tú tampoco querías casarte!

—¿Puedes dejar de decir eso? Deja de intentar sentirte mejor convenciéndote a ti mismo de que yo no quería casarme.

—¡No necesito convencerme de nada! ¡Esta llamada era solo para arreglar las cosas!

—¿Arreglar las cosas? ¿Qué es esto, un divorcio? ¡Los divorcios tienen que ocurrir *después* de los matrimonios!

—Adrian, ¡por el amor de Dios!

—*¡Deja de gritar!*

Liz salió de su habitación, con las cejas arqueadas inquisitivamente. Yo solo negué con la cabeza, dándome la vuelta.

—Mira, es obvio que ya no podemos hablar entre nosotros —dijo Marcus lentamente, como si le estuviera hablando a un niño—. Si hay algo más, puedes hacer que Liz me transmita cualquier mensaje y yo haré que Gerry te transmita cualquiera a ti, ¿de acuerdo? Ya he terminado.

Y antes de que pudiera soltar una respuesta mordaz, Marcus hizo lo único que puedes hacer para ganar una discusión telefónica. Me colgó.

Liz se acercó y se sentó a mi lado, sin decir nada. Simplemente puso su mano en mi hombro. Le di una sonrisa agradecida.

Marcus tenía razón en una cosa: ya no podíamos hablarnos. Había demasiada ira. Demasiada amargura. Tendríamos que dejar pasar algo de tiempo. O peor aún... no hablarnos en absoluto.

Capítulo Cuatro

LLUEVEN PAREJAS

Hice una observación irritante mientras me dirigía a la oficina de Jackson Taylor para entrevistarlo para mi artículo de perfil en una lluviosa mañana de miércoles: las parejas parecen surgir en multitudes después de una ruptura. Ahora parecía que había parejas *por todas partes* a donde iba. El supermercado, la farmacia, las calles, los taxis, las azoteas. Era como si el mundo hubiera encontrado el amor y todos quisieran restregarlo en mi cara de corazón roto. Y como si su mera presencia no fuera suficiente, también se dedicaban a demostraciones públicas de afecto como tomarse de las manos, abrazarse, besarse y gritar: —¡Te amo! — Como si no hubiera suficiente miseria en el mundo. Era verdaderamente repugnante.

Crucé la calle mientras luchaba con mi paraguas. Había decidido darse la vuelta por el viento y la lluvia, y me estaba empapando. Observé con los dientes apretados cómo un hombre a mi lado protegía a su novia con su abrigo mientras pasaban apresuradamente junto a mí.

Ya estaba de mal humor, y la repentina plétora de parejas felizmente enamoradas solo empeoró mi estado de ánimo. Todo el mundo y su madre parecían tener una relación feliz. En la esquina de Broadway y la Décima, me detuve en seco: literalmente, todo el mundo y su madre estaban en una relación. Porque allí estaba mi madre en un pequeño bistró francés al otro lado de la calle, tomada

de la mano de un tipo lo suficientemente joven como para ser su hijo.

Me apresuré a cruzar la calle para ver mejor. Sostuve mi inútil paraguas frente a mí como un escudo, tratando de ser lo más discreta posible. Me coloqué junto a la ventana del restaurante. Sí, definitivamente era mi madre. Y su cita era muy joven; no podía tener más de veintidós o veintitrés años. Aparentemente acababa de decir algo hilarante porque mi madre echó la cabeza hacia atrás, riendo de manera descaradamente coqueta. Aún aferrado a las manos de mi madre, el Casanova se inclinó y la besó.

Me di la vuelta, sin querer ver más. *Asqueroso*. No podía decidir qué me molestaba más: el hecho de que mi madre estuviera saliendo con alguien de quien ni siquiera me había hablado, el hecho de que estuviera saliendo con un cigoto, o el hecho de que fuera una de las innumerables parejas que habían aparecido por Nueva York. Las tres cosas, decidí mientras empujaba a otra pareja que se había plantado fuera del bistró para mirarse a los ojos.

Ahora estaba especialmente agradecida de que Jean me hubiera dado la tarea sobre Jackson Taylor; me mantenía la mente alejada de la identidad del feto que estaba saliendo con mi madre y de la dureza en la voz de Marcus la última vez que hablamos. Bueno, no era así, pero al menos tenía algo más en lo que intentar concentrarme.

Llegué a la oficina de Jackson Taylor unos diez minutos después de presenciar la transgresión de mamá con el joven Casanova, y revisé cuidadosamente las notas que había preparado para mi entrevista mientras esperaba. Había leído su libro la noche anterior y, francamente, no me impresionó. Básicamente, todo el libro les decía a los hombres, de manera condescendiente, cosas que probablemente ya sabían. Por ejemplo, que el mejor lugar para conocer mujeres no es en los bares, sino a través de amigos y familiares en común. O cómo no es aceptable, bajo ninguna circunstancia, quedarse con una mujer que engaña. Cómo su libro se convirtió en un best seller estaba más allá de mi comprensión. Pero me obligué a encontrar algunas cosas menores sobre el libro

que me gustaran, ya que estaba feliz de tener algo que mantuviera mi mente ocupada.

Satisfecha con mis notas, me puse de pie, mirando alrededor. La oficina de Jackson era en realidad un gran estudio en una impresionante casa de piedra rojiza en la Quinta Avenida. La oficina estaba escasamente amueblada, con solo un escritorio de caoba y dos enormes estanterías repletas de libros ostentosos como *Moby Dick* y *Mientras agonizo*. Sabía que había un *Maxim* y un *Playboy* por ahí escondidos en alguna parte.

Me detuve en una fila de marcos de fotos en una de sus estanterías. A pesar de llamar a su libro la Biblia para el antijugador, Jackson mismo parecía ser todo un mujeriego. Casi todas las fotografías lo mostraban posando con varias mujeres. Saqué mi teléfono, decidiendo grabar algunas observaciones para alejar mi creciente aburrimiento.

—Jackson Taylor guarda muchas fotografías de sí mismo con mujeres, que sospecho son modelos. Obviamente, es un egocéntrico que está dejando que sus quince minutos de fama se le suban a la cabeza —dije, deteniéndome junto a una copia de *Las mejores obras de Shakespeare*, poniendo los ojos en blanco—. El sujeto también guarda una serie de libros ostentosos. Nadie lee seriamente todos los libros que se supone que debes leer. Sospecho que tiene un alijo oculto de *Playboys* escondido en algún lugar de esta oficina excesivamente elaborada.

—En realidad, los guardo en el baño —dijo una voz masculina divertida detrás de mí. Me di la vuelta.

Jackson Taylor en carne y hueso fue una sorpresa. Había visto una foto suya en la contraportada de su libro, pero realmente no le hacía justicia. Era extremadamente atractivo. No tan atractivo como probablemente pensaba, pero agradable a la vista, sin duda. Tenía eso de alto, moreno y guapo. Tenía el pelo oscuro y los ojos marrón claro, y vestía lo que parecía un traje hecho a medida que se ajustaba bastante bien a su sólido y musculoso cuerpo de un metro ochenta y ocho o noventa.

—¿Quiere que me dé la vuelta? —preguntó Jackson, ampliando su ligera sonrisa—. Porque puedo hacerlo. Si usted quiere. Pero tiene

que devolverme el favor.

Apagué la grabadora, sonrojándome mientras me alejaba de la estantería. Ahora era muy consciente de que todavía parecía una rata ahogada.

—Um, se ve diferente. De su foto.

—¿En serio? —preguntó Jackson, adentrándose más en la habitación—. ¿Más alto? ¿Más en forma? ¿Más guapo?

Otra sonrisa arrogante y ladeada apareció en su atractivo rostro mientras me evaluaba. Mentalmente me di una patada por aceptar esta tarea. Ya podía ver que este tipo estaba enamorado de su propio reflejo.

—Más bajo, en realidad. Y mucho más delgado —dije, disfrutando de la forma en que la sonrisa flaqueó en su rostro. Después de una breve pausa, Jackson me lanzó un ceño juguetón, dio un paso adelante y extendió su mano.

—Jackson Taylor.

—Adrian Lexley.

Jackson tomó mi mano y comenzó a levantarla hacia sus labios. Retiré mi mano bruscamente. Jackson abrió los ojos de par en par, levantando las manos en un gesto de *soy inofensivo*.

—Llámame anticuada, pero así es como me gusta saludar a las mujeres. Especialmente a las bonitas. ¿Empezamos?

Asentí, ignorando su sutil cumplido (o acoso sexual). Tomé asiento frente a su escritorio. Jackson caminó para apoyarse en el borde del escritorio. Intenté no reaccionar ante su cercanía, rebuscando en mi bolso un bolígrafo.

—En realidad, ¿te importa si hacemos esto en otro lugar? Sé que está lloviendo a cántaros, pero me gusta salir de la oficina tan a menudo como pueda. Respirar el aire fresco y contaminado de la ciudad.

—Claro —respondí, poniéndome de pie. Él se levantó y casi chocamos. Extendió la mano cortésmente para enderezarme, pero me aparté de su alcance—. ¿Adónde quieres ir?

—Conozco el lugar perfecto.

—No puedes hablar en serio —dije con incredulidad, negándome a sentarme.

El encantador Jackson Taylor había decidido llevarme a un sórdido y dudoso club de striptease (¡topless!) en el Upper East Side. Al principio, había asumido que era un bar por su modesto exterior. Pero tan pronto como entramos, con las strippers en topless contoneándose en los tubos y la clientela masculina ebria, me sentí furiosa.

—Completamente en serio. Disculpe, preciosa, ¿podemos pedir una bebida para esta adorable mujer? —le preguntó Jackson a una camarera escasamente vestida.

—No será necesario. Me voy.

Comencé a darme la vuelta, pero Jackson se puso de pie, colocando su mano en mi brazo. Traté de ignorar el calor pulsante que sentí ante su contacto.

—Me siento cómodo aquí. Eso es todo —dijo Jackson con un encogimiento de hombros casual, mirando hacia el escenario mientras una de las strippers hacía un impresionante movimiento boca abajo en su tubo.

—Pues yo no —dije, liberándome de su brazo—. Obviamente soy la persona equivocada para hacer un perfil sobre ti, ya que me desagradas y te conozco desde hace solo quince minutos. Estoy segura de que hay muchas mujeres ansiosas a las que les encantaría hacer este perfil. Yo no soy una de ellas.

Y con eso, me fui enfadada, ignorando las miradas lascivas de los clientes masculinos. Me detuve a medio camino, fulminando con la mirada a un grupo de tipos que parecían banqueros de inversión y me miraban con descaro.

—Dejen de mirarme así. No soy una stripper.

—Sí, sí, lo sabemos. Obviamente —dijo uno de ellos, molesto, esforzándose por mirar más allá de mí—. ¿Puedes apartarte? Estás bloqueando mi vista.

Salí del club de striptease y me dirigí de vuelta a mi oficina. Habría entrado para decirle a Jean exactamente lo que pensaba de Jackson Taylor y del encargo, pero convenientemente estaba fuera de la oficina. Me vi obligada a soportar las miradas compasivas de mis compañeros de trabajo hasta que me fui temprano con una sonrisa forzada. Mientras salía, escuché a Leah murmurar: «Probablemente se va a casa a llorar a mares, pobrecita». Apreté los dientes, pero seguí caminando fuera de la oficina.

Me detuve en una tienda de deportes y fitness en Broadway para comprar algo de equipo de ejercicio antes de volver al apartamento de Liz. Tan pronto como regresé, me cambié a ropa deportiva y comencé a levantar intensamente las pesas libres que había comprado. Para cuando Liz llegó a casa, estaba lo suficientemente alterada como para quejarme de Jackson.

—Quiero decir, ¡qué descaro! El descaro absoluto —le espeté a Liz mientras hacía flexiones de bíceps. No había nada como la ira justificada para alimentar la motivación de hacer ejercicio—. ¿De verdad pensó que iba a entrevistarlo en un bar de striptease? ¿Y mencioné lo arrogante que era? Quiero decir, su libro está tan sobrevalorado.

—Sabes, para alguien que dices odiar a primera vista, no has parado de hablar de él —reflexionó Liz mientras se dejaba caer en el sofá. Noté que llevaba otro cartón de helado de galletas con chispas de chocolate.

—Es porque es un idiota. Quiero decir, pensé que Marcus era un imbécil por lo que me hizo. Pero ¿este tipo? Solo puedo imaginar lo que les ha hecho a las pobres mujeres con las que ha salido. Y luego va y escribe este libro pretencioso sobre enamorarse. Por favor. ¿Liz? ¿Qué pasa?

Liz se había quedado inmóvil, con los ojos pegados a la pantalla del televisor detrás de mí. Miré la televisión, frunciendo el ceño cuando vi el final de un anuncio de De Beers.

—No es nada. ¿Qué decías? ¿Sobre que Jackson es un idiota?

—Liz, esto ya ha durado demasiado —dije, dejando la pesa y uniéndome a ella en el sofá—. ¿Me dirás por favor qué está pasando?

—No pasa nada.

—No voy a dejarte en paz hasta que me digas qué pasa. Estoy aquí para ti. Habla conmigo.

—Dadas las circunstancias, no puedes enojarte conmigo —dijo Liz, después de una breve pausa.

—¿Por qué me enojaría contigo? —pregunté, desconcertada.

Liz se removió en su asiento. Cerró los ojos, y pude distinguir vagamente la siguiente exclamación:

—Stewartacabadencontraranillonopuedocreerloestripeando —soltó Liz, mirándome como si acabara de revelar la razón de la existencia del universo.

Intenté parecer solemne, como si hubiera entendido su farfullo. Pero no pude mantener la actuación.

—¿Qué? —pregunté sin poder evitarlo.

—¡Estaba en el apartamento de Stewart el otro día, y encontré un anillo de compromiso y sé que va a proponerme matrimonio pronto, y estoy enloqueciendo!

—Oh —dije, tratando de no mostrar mi confusión—. ¿Por qué es eso un problema? Siempre me has dicho que probablemente te casarías con él algún día. Simplemente asumí que era hacia donde se dirigían.

Liz estalló en lágrimas. Esta era una inversión inusual en nuestra amistad de diez años. Yo era la que normalmente estallaba en lágrimas histéricas mientras Liz se mantenía entera.

—¡Por eso no podía decírtelo! No sé cómo me siento sobre todo eso ahora. Y tengo miedo de que si digo que sí, sea yo quien lo deje plantado en el altar, y entonces todo será un desastre y seremos como tú y Marcus. Y luego me desmoronaré completamente como te ha pasado a ti. No. Espera. Lo siento, Adrian. No quise que sonara así.

—No me he desmoronado —dije con rigidez.

—No quise... mira, sabía que reaccionarías así. Solo quería decir que has estado bastante alterada, Adrian.

—¡Por última vez, estoy bien! Podrías haberme dicho lo que pasaba, y te habría dado un consejo. En cambio, elegiste ocultármelo porque crees que soy patética.

—Sabes que no lo dije de esa manera. Estás poniendo palabras en mi boca.

—No, dejaste bastante claro lo que querías decir. Y para que conste, no soy yo la que está aparcada en el sofá con un litro de helado.

—Adrian, por favor.

—No, no. Te dejaré que lo resuelvas sola. Estaré en mi habitación, sollozando. Ya sabes, ¡porque me he desmoronado por completo! —grité, marchando hacia mi habitación.

Al día siguiente en el trabajo, me senté en mi escritorio intentando avanzar con mi columna. Pero las histéricas palabras de Liz de la noche anterior aún resonaban en mi cabeza. ¿Desmoronándome? En mi opinión, me había recuperado rápidamente de mi ruptura. Estaba perfectamente bien.

—¿Adrian? —preguntó Jean, apareciendo junto a mi escritorio. Su tono tranquilizador me irritó.

—Estoy bien. No me estoy desmoronando —espeté.

Debí haber dicho esa segunda frase un poco alto porque un par de mis compañeros de trabajo me miraron con (¡*arrgh!*) preocupación. Pero Jean no pareció nada perturbado por mi arrebato.

—Eso sigues diciendo —respondió Jean secamente—. Tienes una visita.

—Sigo diciendo que estoy bien porque estoy bien. ¿Una visita? —exigí, entrecerrando los ojos con sospecha—. ¿Un terapeuta?

—Estás paranoica, querida. No es un terapeuta, aunque empezaré a considerarlo. Es tu antiguo sujeto de entrevista.

—¿Jackson Taylor? ¿Está aquí?

—No, está en Australia. Sí, aquí. Está en la sala de conferencias. Quiere hablar contigo.

—Bueno, no quiero verlo. Te dije lo ofensivo que fue. Ya no estoy en esa asignación.

—Quiere disculparse. Al menos habla con el hombre, Adrian. Vino a hacer las paces.

Miré a Jean por un largo momento. Estaba reacia, pero sabía que si me negaba a ver a Jackson, solo haría un problema más grande de toda la situación.

—De acuerdo.

Sin pensarlo, alcancé un espejo compacto, revisando mi aspecto. Jean alzó las cejas. Cerré rápidamente el espejo, poniéndome de pie.

—Solo quiero asegurarme de que me veo profesional.

—Por supuesto —murmuró Jean, pero capté el toque de sarcasmo que sombreaba sus palabras. Pasé de largo a Jean, ignorando las miradas curiosas (¡y compasivas!) de mis compañeros, y me dirigí a la sala de conferencias.

Jackson estaba de pie en el extremo más alejado, mirando por la ventana. Aclaré mi garganta para alertarlo de mi presencia. Se dio la vuelta lentamente, dedicándome lo que sospechaba era su característica sonrisa torcida. Noté que su cabello estaba húmedo. Probablemente acababa de salir de la ducha. Con gran dificultad logré suprimir la imagen de él saliendo de la ducha en toalla. Me quedé junto a la puerta, dándole una sonrisa forzada.

—¿Puedo ayudarlo, señor Taylor? —pregunté. La sonrisa de Jackson se ensanchó y dejó escapar un silbido bajo y juguetón.

—Señor Taylor. Vaya. Debes seguir realmente enojada.

—Si no tiene nada que decir, tengo trabajo que hacer —dije, girándome para irme.

—Espera, espera, espera.

Jackson cruzó la habitación en tres zancadas largas, poniendo una mano conciliadora en mi brazo. Me tensé, y Jackson retiró rápidamente su mano.

—Lo siento. Lo siento mucho. Fue inapropiado llevarte a un club de striptease para la entrevista.

—E insultante.

—E insultante —concedió—, llevarla a un club de striptease para hacer la entrevista. Me disculpo sinceramente. Fue de mal gusto, y lo siento.

Jackson me estudiaba con aparente sinceridad. Me forcé a apartar la mirada de su intensa mirada.

—Disculpa aceptada —dije, dándole un breve asentimiento y girándome hacia la puerta para salir.

—Entonces, ¿cuándo vamos a reprogramar la entrevista?

—Lo siento. Pensé que Jean te lo había dicho. Reasignó la historia a petición mía. Alguien más hará tu perfil.

—No, no lo hizo.

—¿Qué?

—No reasignó el perfil —repitió Jackson, luciendo desconcertado —. Me dijo que lo harías tú como estaba planeado originalmente. Siempre y cuando aceptaras mis disculpas, lo cual acabas de hacer. Especialmente después de que insistí en que solo haría el perfil contigo ya que hemos establecido tal rapport.

Me di la vuelta para mirar a través de las ventanas de la sala de conferencias hacia la oficina de Jean. Jean estaba de pie junto a la puerta de su oficina, observándonos. Al captar mi mirada fulminante, se escabulló en su oficina.

—¿Qué te parece el martes a las tres? Hay un gran café cerca de mi oficina. Mucho menos escandaloso que un club de striptease. Y es un verdadero café. Lo prometo.

Me volví para enfrentar el rostro molestamente atractivo de Jackson. Parecía que me habían acorralado.

—De acuerdo —dije entre dientes.

—Genial. Es una cita —dijo con un guiño, saliendo de la sala de conferencias.

—¡No es una cita! —le grité mientras se iba.

Jackson continuó saliendo, asintiendo cordialmente a mis compañeros de trabajo. Leah y Nora se inclinaron sobre sus escritorios mientras él salía, mirándolo descaradamente. Leah se enderezó, abanicándose. Nora fingió desmayarse. Y luego ambas procedieron a disolverse en risitas de niñas. Puse los ojos en blanco ante ellas mientras me dirigía de vuelta a mi escritorio, pero no pude evitar echar un vistazo a la oficina exterior mientras Jackson se dirigía a los ascensores. Solo un vistazo rápido. El hombre *era* agradable a la vista.

El sábado me obligué a volver a mi antiguo apartamento para recoger el resto de mis cosas. La mayoría de los muebles del apartamento habían pertenecido a Marcus, y noté con amargura que él se había encargado de sacarlo todo. Nuestro apartamento parecía un caparazón vacío del hogar lleno de amor que había sido apenas un par de semanas antes. Cuando sonó un golpe en la puerta, hice una mueca, pensando que sería Marcus. Miré por la mirilla, sorprendida al ver que era una Liz de aspecto arrepentido.

Liz se había disculpado conmigo por el comentario sobre desmoronarme que había hecho la otra noche, y yo lo había aceptado, pero podía notar que aún se sentía un poco culpable. Sonreí, haciéndome a un lado para dejarla entrar. Tener la compañía de mi mejor amiga mientras empacaba el Cuartel General de la Relación parecía una buena idea. Liz aferraba una pequeña bolsa marrón mientras entraba, mirando con incredulidad el apartamento casi vacío.

—Es raro verlo así —reflexionó, dejando la bolsa en el suelo.

—Ni que lo digas.

—Sé que ya hemos hablado de esto. Pero realmente no quise decir lo que dije la otra noche —dijo Liz apresuradamente—. Estás manejando todo esto muy bien. Mucho mejor de lo que yo lo habría manejado, eso es seguro. Porque creo que yo me habría desmoronado. Si hubiera sido yo, quiero decir.

—Eso no es cierto —dije, sacudiendo la cabeza.

—No, en serio. Eres muy fuerte. Estoy orgullosa de ti.

Le di a Liz una sonrisa forzada. Si tan solo supiera que durante todo el camino hasta aquí había estado apartando la mirada de cada pareja que veía.

—He traído refrigerios —dijo Liz metiendo la mano en la bolsa y sacando un pequeño cartón de helado de menta con trozos de chocolate. No pude evitar sonreír. Liz tenía ese tipo de metabolismo que le permitía consumir cantidades enormes de comida sin ganar ni un gramo.

—Estoy a dieta, ¿recuerdas?

—Tú te lo pierdes —dijo Liz encogiéndose de hombros y sentándose en una de mis maletas empacadas—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Ya casi termino. Sin embargo, puedes contarme sobre Stewart. ¿Le has mencionado algo sobre el anillo?

—No —respondió Liz mientras yo empezaba a guardar más cosas en una maleta—. Pero tengo que hacer algo porque es obvio que solo es cuestión de tiempo antes de que me proponga matrimonio. ¿Marcus actuó de alguna manera en particular antes de proponerte? Sigo esperando señales reveladoras.

—No. Actuó perfectamente normal. Poco sabía yo que estaba a punto de soltar la bomba que finalmente destruiría nuestra relación. Ups. Lo siento. Tú y Stewart son totalmente diferentes. Ah. Ahora entiendo por qué no querías contármelo de inmediato.

Liz se rio, tragando un bocado de su helado. Por un momento pareció perdida en sus pensamientos.

—¿Puedes creer que estemos aquí, Adrian?

—¿Aquí dónde? —pregunté, dirigiéndome al armario.

—Aquí. Adultas. Tú has estado comprometida y casi te casas, y Stewart está a punto de proponerse. ¿Recuerdas cuando nuestro mayor problema en las relaciones era preguntarnos cuándo iba a llamar? Echo de menos tener diecinueve años.

—Tenemos veintiocho —dije, lanzándole una mirada—. Aún no estamos precisamente en nuestros años dorados.

—Sí, pero esos días despreocupados están llegando a su fin. Puedo sentirlo. Los treinta están ahí como un obstáculo en el camino. No puedes retroceder para pasarlo. No puedes rodearlo. Simplemente está ahí. Y no hay nada que podamos hacer al respecto.

—Vaya, qué bonito panorama pintas —dije, tratando de sonar despreocupada, pero sus palabras estaban causando que creciera una leve sensación de ansiedad en la boca de mi estómago.

—Sabes a lo que me refiero —continuó Liz—. Si tú y Marcus se hubieran casado, ahora mismo serías la esposa de alguien. Como en

señor y señora. Como en casa con cerca blanca, hijos y práctica de fútbol.

—Íbamos a quedarnos en la ciudad —protesté, pero mi estómago dio un vuelco ante la imagen que Liz estaba comenzando a pintar.

—Las cosas aún así habrían sido diferentes. Estarías casada. Las cosas inevitablemente habrían cambiado.

—Cierto —murmuré. Cuanto más hablaba Liz sobre mi posible vida de casada, más náuseas sentía.

—Lo siento —dijo Liz, sacudiendo la cabeza—. Estoy hablando demasiado. Pero desde que encontré ese anillo, es todo en lo que puedo pensar.

Asentí, pero no podía sacarme de la cabeza la imagen de llevar a una docena de niños a la práctica de fútbol en una camioneta. Jardinería frente a mi casa en un vecindario donde todas las casas se veían iguales. Intentando cocinar asados y socializando con otras esposas. Me sentí mareada. ¿Por qué no había pensado en esto mientras estaba comprometida? Me había convencido a mí misma de que nada importante habría cambiado. Pero Liz tenía razón. Todo habría cambiado. No drásticamente de la noche a la mañana, sino en lentos incrementos a lo largo del tiempo hasta que tal vez no me reconocería a mí misma. Sacudí la cabeza, intentando despejarla de esos pensamientos inquietantes.

—Oh Dios, ahora estás pensando en ello. Mejor me callo.

—Por favor, Liz, desahógate todo lo que quieras. Quiero ser tu confidente. Y oye, supongo que podemos decir que me libré de una bala, ¿no?

—Cada pareja es diferente. Solo estoy entrando un poco en pánico.

—Siéntete libre de entrar en pánico todo lo que quieras —dije, dándole lo que esperaba fuera una sonrisa despreocupada mientras abría la puerta del armario. Y la sonrisa se congeló en mi rostro.

En el estante superior del armario había una docena de fotografías enmarcadas. Algunas solo mías, otras de Marcus y yo. Una nota adhesiva había sido pegada en una de ellas que decía:

No estoy seguro de qué hacer con estas, puedes quedártelas si quieres. Saludos, M.

Lentamente alcancé una de las fotos tomadas de Marcus y yo en Vermont un año antes. Habíamos estado esperando un telesilla, y uno de los amigos de Marcus nos había tomado una foto rápida. Marcus me tenía rodeada con sus brazos, dándome un beso cariñoso en la mejilla, y yo estaba riendo. Nunca te das cuenta en ese segundo en que tomas la foto que quizás la felicidad que sientes en ese momento no durará para siempre.

—Oh, Adrian —dijo Liz mientras se acercaba a mí, su mirada siguiendo la mía para ver el surtido de fotos. Pero en los pocos segundos que tuve entre leer la nota y el acercamiento de Liz, mis emociones habían pasado de una tristeza nostálgica a una indignación enojada.

—¡"Saludos"!

—¿Qué?

—Escribió *saludos*-Marcus. "Aquí están todos nuestros recuerdos como pareja, puedes tirarlos por el inodoro si quieres; obviamente no me importa un carajo. *Saludos*, Marcus." —gruñí, mirando con furia la inocua nota adhesiva—. Y usó una nota adhesiva vieja y cutre. Una reusada. ¿Le habría matado usar una hoja de papel limpia para apuñalarme el corazón una vez más? ¿Y qué es eso de "saludos"? Me habría conformado al menos con un *atentamente*. Quiero decir, hasta los completos desconocidos reciben un *atentamente*. Incluso las cartas enojadas que recibo del departamento de cobros de American Express terminan con "atentamente".

—Adrian, cálmate.

—¡Le voy a enseñar lo que voy a hacer con estas estúpidas e inútiles fotografías! —grité. Agarré tantas fotografías enmarcadas como pude con una mano. Liz parecía aterrorizada. Sabía que se estaba arrepintiendo de su discurso de "lo estás manejando muy bien" que había pronunciado momentos antes.

—¡Adrian!

—Quítate de en medio, Liz —exigí, pasando junto a ella y dirigiéndome directamente hacia la ventana. Con una fuerza

increíble que no sabía que tenía, abrí la ventana de un tirón y arrojé todas las fotografías.

—*¡Oye!* —chilló un transeúnte abajo cuando algunas de las fotografías apenas rozaron su cabeza.

—¡Apártese! ¡Vienen más! —grité.

—¡Lo siento! ¡Es una larga historia! —le gritó Liz al enojado transeúnte, que seguía frunciendo el ceño hacia la ventana. Logró apartarme de la ventana mientras la cerraba.

—Adrian, abusar de transeúntes inocentes que tienen la mala suerte de caminar debajo de esta ventana es un poco de locos. Ahora, ¿podrías calmarte, por favor?

—Vale, vale —murmuré, secándome los ojos al sentir un pequeño torrente de lágrimas. Me di la vuelta alejándome de la ventana—. Solo me pregunto cuándo todo esto dejará de doler tanto.

—Lo importante es que dejará de doler —dijo Liz, dándome un apretón tranquilizador en los hombros—. Ahora. Si has terminado de arrojar objetos por las ventanas, recojamos tus cosas y larguémonos de aquí.

Recogimos el resto de mis cosas y salimos veinte minutos después. Me permití quedarme un momento de pie en el apartamento vacío. Mientras estaba allí, recordé brevemente los recuerdos que Marcus y yo habíamos compartido en este apartamento: los besos, las peleas, las reconciliaciones, las risas. Pero solo por un momento. Creo que es importante señalar esto sobre el pasado... cuanto más tiempo te permitas permanecer en él, más difícil es escapar.

—¡Vamos, Adrian! ¡Para ser una maleta que solo está llena de zapatos, es sorprendentemente pesada! —gritó Liz desde el pasillo.

Y con eso, cerré la puerta de mi antiguo apartamento, cerrando metafóricamente la puerta a mi pasado.

Capítulo Cinco

SUPERMODELOS AMAZÓNICAS DE PIERNAS LARGAS

Logré pasar el fin de semana evitando todos los pensamientos sobre Post-its, fotografías o incluso la palabra *mejor*. El martes me reuní con Jackson para hacer la entrevista. Decidí que simplemente terminaría con su perfil para poder pasar a asignaciones más grandes y mejores, y no dejaría que él o su arrogancia se me subieran encima. Quiero decir, que me afectaran. Que me *afectaran*. Lapsus freudiano.

Honestamente, había intentado librarme de hacer la entrevista. Discutí con Jean el lunes, pero insistió en que no podía asignar a nadie más para hacer el perfil de Jackson, y todas las publicaciones de Nueva York estaban clamando por una entrevista con él y no podíamos perder la historia, así que tenía las manos atadas.

Cuando me acerqué a Jackson en la pequeña e íntima cafetería que había elegido en el Village, se puso de pie. Al parecer, Jackson era una de esas personas que siempre lucían bien. Yo albergaba la secreta esperanza de que le saliera un lunar o una cicatriz debilitante que opacara lo que parecía ser su atractivo natural. Pero, si acaso, el hombre solo se volvía más guapo.

—Quiero disculparme de nuevo contigo por lo de la última vez —dijo Jackson, apartando mi silla. Siempre había pensado que los actos de caballerosidad masculina eran dulces pero anticuados, y en el caso de Jackson, probablemente una completa fanfarronería. Pero sonreí agradecida, desestimando su disculpa. Estaba decidida a no dejar que alterara mi cuerpo. Mis plumas. Plumas. *Plumas*.

—Tu editor me contó lo que pasó en tu boda. Y luego yo tuve que comportarme como un completo idiota —dijo Jackson, sacudiendo la cabeza mientras doblaba su largo cuerpo en la silla.

—¿Jean te contó sobre mi boda? —pregunté, tratando de sonar casual a pesar de mi creciente rabia hacia Jean.

—Sí. Se le escapó sin querer. No creo que tuviera la intención de contármelo.

—Aunque no es asunto tuyo, estoy bien. El fin de mi relación fue mutuo. Y Jean no tenía por qué contarte eso.

—¿En serio? —preguntó Jackson, frunciendo el ceño—. Por la forma en que Jean lo describió, el imbécil te dejó plantada en el altar.

—Eso no es necesariamente lo que pasó —dije, con la voz temblorosa. Iba a asesinar a Jean.

—Creo que el tipo es un completo idiota por lo que hizo —continuó Jackson, sacudiendo la cabeza—. Quiero decir, ¿cuán insensible tienes que ser para hacer algo así?

—Basta. Estoy bien. Total y completamente bien. Así que solo tengo unas pocas preguntas rápidas, y luego podemos seguir cada uno por su lado.

—Una última cosa.

—¿Qué?

—Obviamente, el tipo no te merecía —dijo Jackson, extendiendo la mano a través de nuestra pequeña mesa para colocarla brevemente sobre la mía. Sostuve su mirada por un momento antes de poner mis manos en mi regazo, dándole una sonrisa tensa.

—Bien. Gracias. Gracias. Solo tengo unas pocas preguntas.

—¿Puedo hacerte preguntas a ti?

—¿Qué?

—Que si puedo...

—No. Jackson, realmente quiero terminar con esto. Necesito volver a la oficina.

—De acuerdo —dijo Jackson, acomodándose en su silla—. Pero.

—¿Pero?

—Me dejas hacerte una pregunta. Solo una. Al final de la entrevista. Y tienes que responderla. Prometo que no será

indecente.

—Está bien —dije después de una larga pausa—. Ahora, ¿puedo hacerte estas preguntas?

—Absolutamente.

Aprendí que Jackson era de un pueblo costero de Virginia. Sus padres se divorciaron cuando era joven. No veía mucho a su padre después del divorcio, pero se mantuvo cercano a su madre. Se fue a la universidad para asistir a Columbia University aquí en Nueva York, donde se quedó para obtener su maestría en periodismo. Trabajó para varias revistas después de graduarse, pero dejó el periodismo para dedicarse a escribir a tiempo completo una vez que su libro se convirtió en un best seller. Cuando le pregunté si algo en su vida personal lo impulsó a escribir el libro, se volvió sorprendentemente reservado.

—¿Jackson? —pregunté, levantando la vista cuando mi pregunta fue recibida con un silencio inusual.

—¿Qué has oído? —preguntó, con el brillo juguetón desaparecido de sus ojos. Fruncí el ceño. No tenía idea de dónde venía este cambio abrupto.

—N-nada —tartamudeé, tratando de no retorcerme bajo su intensa mirada—. Es solo una pregunta simple.

Jackson cerró los ojos y dejó escapar un suspiro agudo, tomando un sorbo de su café. Bajó la taza y cuando volvió a mirar, me dio una sonrisa casual.

—No pasó nada personal. Simplemente pensé que debería haber una guía para hombres y citas, como las hay para mujeres y citas. Existe una gran idea errónea de que los hombres son solo jugadores que solo se interesan por la conquista.

—¿Eso es una idea errónea?

—Ja, ja. Pero sí, lo es. Los hombres están tan decididos a encontrar a la Indicada como las mujeres. Con suerte, mi libro los ayudará a hacer precisamente eso.

—¿Y tú alguna vez has encontrado a la Indicada?

De nuevo, vi a Jackson cerrarse brevemente ante mis ojos. Pero salió de eso, reclinándose en su silla con una sonrisa perezosa.

—¿Y tú?

—No puedes responder a una pregunta con otra pregunta. Además, yo soy la que está haciendo la entrevista. Te prometí una pregunta y eso es todo.

—Esa es mi pregunta entonces, supongo.

—No, no lo he hecho —titubeé, bajando los ojos. Había pensado que Marcus era el Indicado. Qué equivocada estaba.

—¿Qué hay de tu ex prometido? —insistió Jackson, pareciendo leer mis pensamientos.

—Eso no es asunto tuyo —dije—. Bueno, eso es todo por mis preguntas. Puede que tenga algunas preguntas de seguimiento. Supongo que puedo contactarte en tu oficina, ¿verdad?

—Toma —dijo Jackson, metiendo la mano en su bolsillo y deslizando una tarjeta hacia mí—. Mi celular. Puedes contactarme más fácilmente a ese número que en la oficina.

—Gracias.

—Por supuesto. ¿Y tal vez debería tener tu número de celular también? —preguntó Jackson.

—Eso no será necesario. Puedes contactarme en mi oficina si tienes alguna pregunta. ¿Puedes dejar de hacer eso? —pregunté, exasperada.

Jackson se había inclinado hacia adelante en su silla y me había clavado una mirada profunda y penetrante. Era desconcertante.

—¿Qué?

—Eso de mirarme fijamente.

—¿Te estoy incomodando?

—No. Molestando, sí.

—Digamos que no puedo evitarlo —dijo, riéndose mientras yo ponía los ojos en blanco—. En realidad no te caigo muy bien, ¿verdad?

—¿Por qué pensarías eso? Sé que te has disculpado oh tan sinceramente, pero no empezamos con el pie derecho. Y coqueteas conmigo de una manera que solo puede considerarse acoso sexual en el límite. Y tienes un ego exagerado. Y tú...

—Ya entendí. ¿Qué tal esto? Te invito a salir alguna vez. Comemos algo. O tomamos algo. Te muestro que soy un tipo normal.

—¿C-como una cita? —tartamudeé, mirándolo horrorizada.

—Llámalo como quieras. Y gracias por esa mirada que me estás dando. Realmente lo aprecio. Hace maravillas por mi ego.

—Lo siento —dije, intentando suavizar mi expresión de horror a una de leve consternación—. Es solo que no creo que sea una buena idea. Eres el sujeto de mi entrevista, y no salgo con mis sujetos. Así que... um, gracias pero no, gracias.

—De acuerdo. Disculpas. En realidad no ha pasado tanto tiempo desde que terminaste con tu prometido —dijo Jackson, encogiéndose de hombros.

Me quedé helada, con la cara sonrojada. Qué descaro. ¿Era tan arrogante como para pensar que la única razón por la que no saldría con él era por mi ex?

—El no querer salir contigo no tiene nada que ver con mi ex, lo cual, de nuevo, no es asunto tuyo —dije, recogiendo mis cosas de la mesa—. Pero tiene todo que ver con que no me agradas porque eres obviamente un narcisista enamorado de sí mismo.

Y con eso, di media vuelta y me dirigí hacia la salida, satisfecha de haber tenido la última palabra.

—¡Estoy ansioso por leer mi perfil! —gritó Jackson detrás de mí, sin parecer en absoluto molesto.

No fue hasta que salí de la cafetería que me di cuenta de que había evitado responder a mi pregunta sobre "la elegida". Interesante.

—Es solo alguien que conocí —dijo mamá fríamente.

Más tarde esa noche, estaba a punto de meterme en la cama cuando mamá finalmente devolvió la llamada que le hice después de verla en una cena íntima con el Cigoto.

—¿Alguien que conociste? ¿Dónde? ¿En el parque infantil? ¿Qué edad tiene?

—Debería preguntarte qué hacías espiándome. ¿No deberías estar buscando un nuevo apartamento? ¿Sigues quedándote con

Liz?

—No me cambies de tema. ¿Dónde lo conociste?

—¿Por qué debería importar eso? ¿No debería ser lo importante que he conocido a alguien que me hace feliz?

—¿Te hace feliz? ¿Cómo es que nunca lo has mencionado? ¿Y qué edad tiene?

—¿Quién es la madre aquí y quién es la hija?

—Nunca has mencionado al tipo. ¿Y por qué no me dices qué edad tiene? ¿Es legal?

—Por supuesto que es legal. Tiene veintitrés años, pero es muy maduro para su edad.

—Es un cigoto.

—Su nombre es Laurence. Es modelo, y es dulce.

—¿Un modelo? ¿El Cigoto es un modelo? ¿Cómo conociste a un modelo cigoto de veintitrés años?

—¿Puedes dejar de referirte a él con el término médico para un feto? Su nombre es Laurence. Y lo conocí en un sitio web de citas que me recomendó una amiga.

—¿Estás en un sitio de citas?

—No hay necesidad de sonar tan crítica, jovencita. Las citas en línea son...

—Sé todo sobre las citas en línea, mamá. Pero si vas a hacer eso, ¿no puedes encontrar a alguien...

—¿Qué? ¿Encontrar a alguien de mi edad?

—Bueno, sí —concedí.

—Nunca pensé que fueras tan crítica, Adrian. Laurence es maravilloso y me hace feliz. Eso es todo lo que debería importar. Solo porque tú sigas lamentándote por Marcus no significa que todos tengan que estar lamentándose.

—No me estoy lamentando por Marcus. Solo estoy preocupada por ti. ¿Cuánto tiempo llevas viéndolo? ¿Qué modela?

—De nuevo, ¿quién es la madre y quién es la hija aquí? Como te dije, lo único que debería importar es mi felicidad. Y él me hace feliz. Fin de la discusión.

—Mamá.

—Tengo que irme. Hablaremos pronto.

—¡Mamá! —grité al tono de marcado. Maldita sea.

Finalmente logré meterme en la cama, tratando de ignorar las visiones de la cara presumida de Jackson y la posibilidad de que mamá caminara hacia el altar con el Cigoto. No hace falta decir que fue una noche difícil.

Logré dormir unas pocas horas y me arrastré al trabajo un poco temprano. Tan pronto como encendí mi computadora, mi correo electrónico personal emitió un pitido, alertándome de un nuevo mensaje. Era de Marcus. Me tensé pero hice clic en él. Era un correo electrónico cortante y sin rodeos que decía:

Adrian,

El arrendador me devolvió hoy la mitad del depósito. Tengo tu parte. Hazme saber si quieres que te lo envíe por correo o si quieres que nos encontremos en persona. Espero que todo esté bien.

Saludos,

Marcus

Miré fijamente el *saludos* durante al menos cinco minutos completos. ¿Qué tan difícil era escribir *atentamente*? Nueve míseras letras. Apreté los dientes, tratando de descifrar el contexto del correo electrónico. ¿Preferiría enviar el cheque por correo para evitar verme? ¿Pensaba que yo no podría manejar verlo?

—Adrian, ¿cómo va el perfil? Oh, Dios mío, ¿es un correo electrónico de Marcus?

Jean tenía la molesta costumbre de aparecer en mi escritorio de la nada. Minimicé el correo electrónico, abriendo el documento de Word en el que ya había comenzado a escribir mi perfil.

—El perfil va bien. Lo tendrás la próxima semana.

—¿Qué quería Marcus? ¿Está arrastrándose de vuelta a ti? Lo sabía.

—Jean, te quiero, pero no es asunto tuyo. Especialmente porque vas por ahí contando detalles íntimos de mi vida personal a los sujetos de mis entrevistas.

—Ah. Jackson te lo contó. Fue un accidente.

—Como sea. Pero te diré que nadie va a volver.

—Bien —respondió Jean, lanzando otra mirada curiosa al correo electrónico minimizado antes de escabullirse.

Respiré hondo y abrí el correo electrónico. Podía hacerlo. Podía demostrarle que era capaz de verlo en persona sin gritar, lanzar cosas o derrumbarme. Iba a ser casual, despreocupada y ligera. Iba a demostrarle que había seguido adelante. Iba a demostrarle que estaba totalmente bien.

Marcus:

Puedo reunirme contigo para recoger el cheque, no es gran cosa. Puedo ir a tu oficina o encontrarnos en algún lugar del Village. Hazme saber qué te funciona mejor.

-Adrian

Tan pronto como hice clic en "Enviar", me arrepentí. Sonaba demasiado desesperada por verlo. ¿Ir a su oficina? ¿Querer saber qué le funciona mejor a él? ¿A *él*? ¿El desalmado que decidió que no podía casarse conmigo? Rápidamente redacté un nuevo correo electrónico.

Marcus:

En realidad, he estado bastante ocupada últimamente, pero hay una casa de té justo en la calle de mi oficina. Podemos reunirnos allí cuando termine, pero tendrá que ser el jueves, ya que estoy bastante ocupada esta semana.

-Adrian

Un poco mejor. Me pregunté si debería mencionar que tenía una cita. No, demasiado vengativo. Y ya había enviado el segundo correo electrónico. No podía enviar otro más. ¿O sí? Decidí que un correo electrónico más, cuidadosamente redactado, no haría daño.

Marcus:

Disculpas por todos los correos electrónicos. Reunámonos a las 6:30 el jueves. Estaré de camino a una cena. Pasaré por tu oficina de camino allí.

-Adrian

Mejor. Y un aire de misterio sobre la "cena". Veinte minutos después, recibí una respuesta.

Adrian:

Estoy un poco confundido por tus múltiples correos electrónicos, así que voy a asumir que el último es el que debo tomar en cuenta.

Tengo un compromiso en esa zona también, así que las 6:30 PM en el vestíbulo de mi edificio de oficinas está bien. Nos vemos entonces.

Saludos,

Marcus

Oh, ¿así que él tenía un compromiso? ¿Y por qué tenía que usar ese término? ¿Muy sensible, no? Miré mi calendario. El jueves era casi una semana después. Ya había perdido dos kilos desde que comencé mi plan de emergencia de pérdida de peso post-ruptura. Si trabajaba realmente, realmente duro, tal vez podría perder dos más para cuando tuviera que reunirme con él. Iba a verme fabulosa.

Tan pronto como llegué a casa esa noche, convertí la sala de estar de Liz en un gimnasio improvisado. Estaba completo con las pesas requeridas, una cuerda para saltar, DVDs de ejercicios, una pelota de equilibrio, una esterilla de yoga y una cosa elástica de goma con la que creo que se suponía que debía hacer entrenamiento de fuerza adicional.

Estaba escuchando una mezcla de canciones de ruptura que había preparado específicamente. Me apegué a canciones clásicas de empoderamiento como la pionera "I Will Survive" de Gloria Gaynor, "These Boots Are Made for Walkin'" de Nancy Sinatra, y para una melodía más moderna, "Irreplaceable" de Beyoncé. Iba a mantenerme alejada de canciones lacrimógenas de ruptura como "Can't Smile Without You" de The Carpenters y "I Will Always Love You" de Whitney Houston. Incluso escuchar un fragmento de esas canciones me haría querer acurrucarme en una bola y llorar desconsoladamente con autocompasión. Las canciones de ruptura enojadas eran mucho más motivadoras.

Estaba en medio de un complicado levantamiento de pesas con los pies cuando Liz llegó a casa.

—¿Qué estás haciendo? —exigió Liz con voz ronca.

—¿Qué parece? Estoy haciendo ejercicio —dije, levantando la pesa de dos kilos entre mis pies con gran dificultad—. ¿Qué pasa con tu voz?

—Parece que te estás torturando —dijo Liz, cerrando la puerta detrás de ella e ignorando mi pregunta—. Y no necesitas perder peso. Estás delirando.

—Me voy a reunir con Marcus para recoger mi mitad del depósito el jueves. Tengo que verme estupenda.

—Siempre te ves estupenda —insistió Liz, tomando asiento en el sofá.

Bajé la pesa y me senté. De nuevo, se veía tensa, y había lágrimas secas en su rostro.

—Tuve una pelea con Stewart. Acabo de pasar la última hora gritándole. De ahí la voz ronca.

—Oh, no —dije, levantándome y sentándome junto a ella en el sofá.

—Es una de esas discusiones que comienzan por algo estúpido. Creo que entramos en un debate sobre en qué año se emitió por primera vez *Plaza Sésamo* y qué trabajos se suponía que tenían Beto y Enrique. No importa. No preguntes. Y luego se convirtió en una gran explosión. Por qué no me comprometo a mudarme con él, paso demasiado tiempo en el trabajo y no suficiente tiempo con él, etcétera, etcétera, bla, bla, bla.

—¿Él quiere que te mudes?

—Sí. Pero este apartamento es increíble. Y pertenece a mi familia. No quiero renunciar a él. Y él no quiere renunciar a su lugar en Park Slope.

—¿Dijiste algo sobre el anillo? ¿Hiciste alguna insinuación?

—No, pero desde que lo encontré ha estado en el fondo de mi mente. He estado caminando de puntillas con él. Sigo preguntándome cuándo me lo va a pedir. Me está causando toda esta ansiedad.

Traté de no preguntarme si así era como Marcus se sentía en los días previos a nuestra "boda".

—¿Quieres romper con él? Porque cuanto más esperes, más doloroso va a ser. Para ambas partes. Quiero decir, no querrás esperar hasta diez minutos antes de la boda para decidir que realmente no puedes casarte con él —dije, intentando reír, pero salió como una carcajada dolorosa en su lugar—. *Aargh.* Lo siento, lo siento. Deberías hacer lo que sientas que es correcto. No me hagas caso.

—No, tienes razón. No debería darle falsas esperanzas. Pero es como... Stewart es esa vieja camiseta negra descolorida. En mi caso, la que tiene a Michael Jackson de los ochenta. Puede que esté pasada de moda y vieja, pero es tan cómoda. Se ajusta perfectamente. Pero se vuelve un poco aburrida. Y hay todas estas camisetas nuevas y brillantes por ahí. Pero tendrías que pasar por todo el proceso de encontrar una que te quede bien —dijo Liz apresuradamente, dándome una mirada suplicante.

Asentí, pero en el fondo me sentía bastante mal por Stewart, la camiseta usada de Michael Jackson de los ochenta. ¿Era yo una vieja camiseta de Cyndi Lauper de los ochenta para Marcus? ¿Había encontrado una camiseta de Lady Gaga del 2017?

—O mejor aún —continuó Liz—, escuchas esta estación de radio. Pero toca el mismo tipo de música. Todo. El. Tiempo. Y no me malinterpretes, te gusta la música. Pero mientras escuchas tu canción favorita, hay todas estas canciones nuevas sonando en todas las otras estaciones. Y te estás perdiendo todas las canciones nuevas porque estás atrapada escuchando esa única canción.

—Ya veo —murmuré, sintiéndome absolutamente terrible por Stewart ahora.

—¿Lo haces? ¿De verdad lo haces?

Podía ver que realmente, realmente necesitaba mi opinión. Desterré mentalmente la imagen de las caras mías y de Stewart pegadas en viejas camisetas negras descoloridas.

—Sí —mentí, poniendo mi mano sobre la suya—. Pero tienes que decidir qué vas a hacer. Y pronto. Si sabes con certeza que el matrimonio no es lo que quieres, no dejes que te lo proponga.

Liz asintió, hundiéndose más en el sofá.

—Tienes razón. Tienes toda la razón. Gracias por escucharme.

—Cuando quieras —respondí, tratando sin éxito de bloquear la imagen de Stewart y yo siendo arrastrados a la fuerza a un metafórico páramo de los ochenta, atrapados entre George Michael, Cyndi Lauper, Michael Jackson y las Go-Go's mientras Liz y Marcus se divertían con las estrellas de moda de hoy.

Ese jueves a las 6:30 p.m. en punto, estaba en el vestíbulo del edificio de Marcus. Por el milagro combinado de una dieta intensiva y ejercicios, había bajado cinco libras adicionales, para una pérdida total de casi diez libras desde mi "boda". Estaba ataviada con el clásico vestido negro y tacones. Si Marcus sentía curiosidad por saber adónde iba, le diría despreocupadamente pero de manera evasiva que tenía una cita y observaría con placer cómo se consumía de celos. Cerré los ojos, tratando de saborear la expresión que tendría en su rostro cuando me viera.

—¿Adrian?

Mis ojos se abrieron de golpe. Marcus estaba frente a mí. Mi corazón dio un vuelco involuntario en mi pecho. Estar en su presencia física era más difícil de lo que había anticipado. Pero estaba decidida a no mostrarle que me afectaba de ninguna manera.

Le di una sonrisa casual. Se veía bien, admití a regañadientes para mí misma. Dejar plantada a la gente en el altar debe estar haciéndole maravillas. Pero Marcus siempre había sido effortlessly guapo. Muy parecido a Jackson.

Borré el rostro de Jackson de mi mente mientras Marcus me miraba de arriba abajo. Pero definitivamente no era el tipo de mirada que esperaba. Parecía preocupado. Su frente se arrugó con un ceño.

—Te ves delgada. ¿Has estado enferma? ¿Estás bien?

—Estoy fantástica. He empezado a ir al gimnasio —respondí, sorprendida por su reacción.

—Oh. Estás muy arreglada. Pero te ves bien —añadió apresuradamente.

Ahora podía ver que Marcus parecía preocupado e incómodo. Como si prefiriera estar en cualquier otro lugar que aquí conmigo. Esto no estaba saliendo como lo había planeado.

—Tengo una cita —solté, esperando algún tipo de reacción. Noté con placer que Marcus no parecía nada feliz de escuchar esto, ya que se puso rígido y un músculo se tensó en su mandíbula.

—Oh. Bueno, aquí tienes —dijo Marcus, entregándome un sobre.

—Gracias. Me va a llevar a ese bistró francés al que solíamos ir en el centro. Lo han renovado. Estoy deseando volver.

Sentí otra macabra sensación de alegría ante la ira que invadió la expresión de Marcus. Sabía que mi mentira estaba forzando un poco las cosas, pero se merecía una pequeña pulla después de todo el asunto de dejarme plantada que me hizo.

—Mmm. Me alegro de que te esté yendo bien, Adrian.

—Marcus, ¿estás listo? Llevo diez minutos esperando —arrulló una voz femenina sensual.

Marcus y yo nos giramos, y juro que fue como si el tiempo se detuviera. La leve alegría que había estado sintiendo se desvaneció, porque una morena de casi un metro ochenta, de piernas largas, vestida con tacones de aguja y un elegante traje de vestir, y chorreando alguna fragancia cara se acercó a Marcus. Mientras caminaba por el vestíbulo (tenía que estar caminando a cámara lenta), hombres y mujeres se volteaban para mirarla. Era increíble, devastadora, desgarradoramente hermosa.

Sentí que las náuseas casi me abrumaban cuando se acercó al hombre que había amado, enlazando su delgado brazo con el suyo, como solía hacer yo. Luché como una fiera para evitar que la humedad que me picaba en la parte posterior de los párpados cayera.

—Lo siento —respiró la belleza de piernas largas, dándome una sonrisa de disculpa—. No sabía que Marcus estaba ocupado.

—Esta es Gabrielle —dijo Marcus, luciendo como si quisiera que la tierra se lo tragara. Éramos dos—. Gabrielle, esta es Adrian.

Gabrielle me dio una generosa sonrisa, y pude notar que no tenía idea de quién era yo. Ni idea de que casi un mes atrás, llevaba puesto un vestido de novia de 3.000 dólares, a punto de caminar hacia el altar para casarme con el hombre al que acababa de pegarse.

—Es un placer conocerte, Adrian —dijo la diosa, irritantemente educada.

—No quiero llegar tarde. Así que. Está bien. Um, adiós. Adiós. Marcus. Gabrielle. Marcus. Adiós —dije rápidamente, girando sobre mis talones y dirigiéndome directamente hacia la salida.

Antes de que pudiera alcanzar la seguridad de las puertas de salida, de alguna manera logré chocar con una pareja de ancianos, y nos enredamos en una masa de extremidades retorcidas mientras me estrellaba contra el suelo. La amazona de piernas largas y Marcus se apresuraron a ayudar mientras yo me ponía de pie tambaleándome, rechazando despreocupadamente sus miradas de preocupación mientras retrocedía hacia la salida, chocando con varias personas que intentaban pasar junto a mí hacia el vestíbulo. Finalmente llegué a las puertas giratorias, tropezando fuera del edificio, dejando que el aire enfriara las lágrimas en mis mejillas.

Capítulo Seis

EL REBOTE

Marcus obviamente había decidido seguir adelante apenas unas semanas después de una seria relación de dos años (que incluía un compromiso de seis meses y una "boda"). Podía lidiar con eso. Si quería salir con una supermodelo de metro ochenta con piernas interminables, cintura diminuta, pechos perfectos y trasero firme, pues... Que lo hiciera. Mejor para él. Porque las acciones de Marcus me revelaron un paso muy importante para superar una ruptura que casi pasé por alto.

El clásico y tradicional Rebote. Me proporcionaría una distracción desesperadamente necesaria para no tener que imaginar a Marcus en la cama con la supermodelo larguirucha. Una distracción viva y respirante.

Liz llegó más tarde esa noche con Stewart y me encontraron sentada en el suelo de la sala de estar, con una botella de vino y una bolsa de Doritos a mi lado. El vino y los Doritos combinan sorprendentemente bien, había descubierto. Después de enviar a Stewart a su habitación, Liz se me acercó.

—¿Quieres hablar de ello?

—Hombres —respondí, atiborrándome la boca con varios Doritos y bebiendo un trago de vino.

—Hombres —repitió Liz, tratando de seguirme.

—Necesito encontrar algunos. Llévame a un bar —balbuceé.

—Es un poco tarde. ¿Qué tal este fin de semana? —preguntó Liz, sin desconcertarse en absoluto por la petición.

—Necesito encontrar hombres ahora —repetí, limpiándome una lágrima perdida mientras alcanzaba la botella de vino. Liz la alejó de mi alcance.

—Oye —protesté.

—Creo que ya has tenido suficiente. ¿Puedo preguntar qué ha provocado tu repentina necesidad de hombres?

—Creo que todas las supermodelos son engendros del demonio —dije, limpiándome otra maldita lágrima. ¿Por qué no podía dejar de llorar? Se suponía que debía estar enojada, no afligida. La ira era mucho más productiva.

—Las modelos existen para hacer que la gente normal se sienta fea. ¿Y sabes qué? No lo somos. Tenemos buenas personalidades. Pero con solo su presencia me sentí como un elefante de doscientos kilos con pelo desgreñado.

—Los elefantes no tienen pelo, cariño. Al menos, no de la manera que probablemente estás pensando. ¿De quién estás hablando?

—De la nueva novia de Marcus —dije, secándome los ojos—. Es una malvada supermodelo larguirucha. Cuando me reuní con él para recuperar el depósito, ella estaba allí. Y tiene un trasero genial. Y pechos. Todo estaba firme, por cierto. Yo ya estoy flácida por todas partes. ¡No se supone que estés flácida a los veintiocho!

—No estás flácida.

—Comparada con ella, sí lo estoy.

—Nada en ti está flácido, Adrian. Eres preciosa y lo sabes.

—Dios, ¿y si ha estado saliendo con ella desde hace tiempo? —pregunté, sintiendo un creciente sentimiento de horror, ignorando el cumplido de Liz—. ¿Y si me dejó por ella?

—Basta, Adrian. Deja los Doritos. Estás siendo paranoica. ¿Cómo sabes siquiera que está saliendo con ella?

—¿Qué? —pregunté, con un pequeño rayo de esperanza filtrándose a través de mi zumbido inducido por el vino.

—Podría haber sido un familiar atractivo. Una cliente. Incluso una amiga.

—No, deberías haber visto cómo lo tocaba. Definitivamente están juntos.

—No lo sabes. ¿Qué te parece esto? Puedo preguntarle al amigo de Marcus, Gerry. Todavía hablamos.

—No, ni se te ocurra. Sabrá que lo estoy espiando.

—Gerry todavía tiene un libro que le presté hace un par de meses. Puedo llamarlo para que simplemente me lo envíe por correo, y haré la educada pregunta de "¿cómo va todo?". Confía en mí, soy buena sondeando sutilmente información.

—O... —dije mientras se me ocurría una idea.

—¿O?

—Puedo llamar a Marcus y preguntarle directamente.

—De ninguna manera, Adrian. Especialmente ahora no. Las llamadas borrachas al ex son una pésima idea.

—De acuerdo. No lo llamaré.

Liz me observó con sospecha mientras me tambaleaba hacia mi habitación.

Una vez de vuelta en la seguridad de mi cuarto, me lancé hacia mi teléfono móvil. La cama hizo un fuerte chirrido cuando aterricé en ella. Me quedé momentáneamente congelada, rezando para que Liz no lo hubiera oído. Abrí mi teléfono móvil, marcando el número de Marcus que, por supuesto, me sabía de memoria.

—¡Adrian! —gritó Liz desde detrás de mí justo cuando estaba a punto de presionar "Enviar" para hacer la llamada. Liz se precipitó en la habitación y me arrebató el teléfono móvil.

—¡Devuélvemelo!

—¡No! Solo vas a hacer... ¡*aargh*!

Logré un impresionante placaje a Liz alrededor de su cintura, tomándola por sorpresa. Liz cayó de espaldas con un golpe seco mientras yo conseguía arrancar el teléfono móvil de su agarre. En un movimiento impresionante, Liz golpeó el teléfono de mi mano, y salió volando por la habitación.

Liz y yo nos lanzamos por él al mismo tiempo, pero de alguna manera Liz logró agarrarlo primero, sosteniéndolo triunfalmente sobre su cabeza durante una milésima de segundo hasta que la placé de nuevo.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó Stewart desde la puerta, con una expresión que era una mezcla de diversión,

confusión y excitación. *Hombres*.

—¡Liz se llevó mi teléfono! ¡Devuélvemelo!

Liz se enroscó en una sólida posición fetal, protegiendo mi teléfono móvil mientras yo intentaba agarrarlo.

—¡No! ¡Me lo agradecerás más tarde! ¡Hago esto por ti! —gritó Liz.

Empecé a hacerle cosquillas a Liz debajo de las axilas. Se rió, aflojando su agarre sobre mi teléfono, mientras yo hacía otro intento desesperado por alcanzarlo.

—Ya basta, ustedes dos —dijo Stewart mientras agarraba a Liz (que aún mantenía su agarre mortal sobre mi teléfono móvil) y a mí, separándonos, poniéndose entre nosotras mientras nos mirábamos con furia.

Hubo un momento tenso mientras Liz y yo nos sosteníamos la mirada con determinación. Finalmente, Liz comenzó a reír. La seguí, con los hombros temblando. Stewart nos miraba alternativamente, desconcertado.

—Aun así voy a quedarte con tu teléfono hasta mañana —dijo Liz mientras su risa se apagaba.

—De acuerdo —dije, agotada—. Lo siento, Stewart.

—Supongo que ya puedo irme, ¿no? ¿Han terminado de pelear? —preguntó Stewart.

—Por ahora —dije, sonriendo.

—Créeme, me lo agradecerás después por guardarte el teléfono. ¿Estarás bien? —preguntó Liz.

—Claro. Solo sé que mis sueños estarán llenos de visiones de supermodelos de piernas largas caminando hacia el altar con Marcus.

—¿Necesitas que me quede? —ofreció Liz.

—No, puedes irte. Estaré bien —dije, dedicándole una sonrisa agradecida.

—¿Segura? —insistió Liz.

—Sí. Pero de verdad deberías irte.

—¿Por qué?

—Porque estoy tentada a saltarte encima otra vez para conseguir mi teléfono.

Al día siguiente, entré tambaleándome a la oficina, luchando contra una resaca infernal. El suave zumbido del vino era engañoso. También tenía varios arañazos por la pelea del teléfono con Liz. Así que estaba completamente ida mientras me sentaba frente a Jean mientras él revisaba el perfil que había escrito sobre Jackson.

—¡Esto es maravilloso! —exclamó entusiasmado.

—¿En serio? —pregunté aturdida, frotándome la frente.

—Este es uno de tus mejores trabajos. Y el hecho de que seamos una de las pocas revistas que consiguieron una entrevista con Jackson Taylor... —continuó Jean, sonriéndome—. El desamor debe hacer maravillas contigo, Adrian. Esto es fantástico.

—No tengo el corazón roto —dije, pero me detuve antes de continuar. No tenía caso—. Gracias.

—De hecho —continuó Jean—, lo disfruté tanto que ya se lo mostré a la gente de Jackson. Les gusta revisar los perfiles sobre él antes de que se publiquen. En fin, han estado recibiendo ofertas de otras revistas para que haga un artículo conjunto con uno de sus escritores. Una especie de punto de vista dual masculino y femenino.

—Ajá —dije mientras un sentimiento de temor se enroscaba en la boca de mi estómago.

—Así que sugirieron que ustedes dos hagan un artículo juntos.

—Absolutamente no. Solo accedí a hacer ese perfil de Jackson porque prácticamente me chantajeaste para hacerlo.

—Tú fuiste quien se ofreció a expandirse, ¿recuerdas?

—Me expandí haciendo ese perfil. Estoy segura de que hay mucha gente aquí que le encantaría trabajar con Jackson. Yo, sin embargo, no soy una de ellas.

—Jackson solo quiere trabajar contigo, Adrian. Y, ¿por qué te desagrada tanto, de todos modos? Tu perfil es halagador.

—Estaba siendo una periodista objetiva. Entre tú y yo, creo que es arrogante, egocéntrico y sobrevalorado.

—Claro —respondió Jean, sonando divertido—. Bueno. Sé cómo va a sonar esto. Pero todos los demás están atados a sus propias

historias, y necesitamos que cubras algunos artículos adicionales de todos modos. No quiero tener que decirles a los jefes que te niegas rotundamente a hacer el trabajo.

—Jean, vamos.

—Lo siento, querida. Tengo las manos atadas. Y hay cosas peores en el mundo que tener que hacer un artículo sobre encontrar el amor en la gran ciudad con Jackson Taylor.

—Oh, Dios. ¿Encontrar el amor en la gran ciudad? ¿Podría ser un cliché más grande?

—Una perspectiva dual inteligente de hombre y mujer sobre encontrar el amor siempre es interesante. Duplica nuestros lectores.

—Está bien, está bien —dije, levantando las manos—. ¿No puedo simplemente escribir un artículo desde mi punto de vista y que Jackson escriba uno separado?

—No. Tiene que ser juntos —dijo Jean alegremente, justo cuando sonó su teléfono—. Él se pondrá en contacto contigo hoy o el lunes.

—Jean, por favor.

—Tengo que atender esta llamada, amor. Cierra la puerta al salir.

Me escabullí de la oficina de Jean y me dirigí de vuelta a mi escritorio. Alcancé la botella de TYLENOL Extra Fuerte al lado de mi escritorio, vaciándola con agua. Parecía que mi día iba empeorando minuto a minuto. Cuando sonó mi teléfono, lo agarré sin pensar.

—Adrian Lexley.

—Adrian. —La tranquila voz de Marcus al otro lado de la línea me sobresaltó. Estaba empezando a aprender que las interacciones repentinas con ex eran como accidentes de coche: podían ocurrir de repente y sin previo aviso.

—Marcus.

—¿Estás ocupada?

—Bueno, estoy en el trabajo. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Solo quería asegurarme de que estuvieras bien.

—Estoy bien —dije secamente—. He seguido adelante. Tú has seguido adelante. Obviamente.

—No quería que te enteraras de lo de Gabrielle de esa manera —continuó Marcus. Mi corazón se encogió por la forma en que dijo

Gabrielle. Como solía decir mi nombre. No sé por qué hice la siguiente pregunta, pero estaba obsesionada con saberlo.

—¿Cuánto tiempo? —pregunté.

—¿Cuánto tiempo qué?

—¿Cuánto tiempo llevas viéndola? ¿Desde antes o después de la boda que nunca fue?

—Oh, vamos, Adrian. Dame algo de crédito.

—¿Darte a *ti* crédito? ¿Sabes qué? Por favor, no me llames. Nunca, nunca, nunca más. No hay nada más que discutir entre nosotros.

—Adrian, ¿podrías simplemente hablar conmigo?

—¡Diviértete con Giselle!

Colgué. Dos escritorios más allá, Leah me miraba fijamente. Le di una brillante sonrisa. El día había empezado de maravilla. Simplemente maravilloso.

Pero logré superarlo, y tan pronto como regresé al apartamento de Liz esa tarde, decidí que tenía que destruir el vestido de novia. Ahora que Marcus me había reemplazado oficialmente, tenía que destruir oficialmente cualquier vestigio de nuestra "boda".

Con esto en mente, saqué el vestido de novia del armario, lo metí en una bolsa para ropa y lo llevé al centro a una boutique favorita mía que también arreglaba vestidos. Decidí acortar el vestido para convertirlo en un sexy vestido de cóctel que usaría en una de mis primeras citas con mi rebote.

Por suerte, la dependienta no hizo demasiadas preguntas y, después de darle instrucciones detalladas, me dijo que haría que la costurera empezara a trabajar en ello de inmediato, todo por un precio razonable. Satisfecha con mi idea creativa, decidí recompensarme con algunas compras.

Me atreví a probarme un par de vestidos que eran dos tallas más pequeñas que mi talla real. Para mi absoluto deleite, el primero que me probé me quedaba perfecto. Me sentía genial. Puede que Giselle fuera una talla menos dos, ¡pero yo era una talla dos de verdad! Me probé el segundo, un vestido rojo sin espalda. Tuve que contener un poco la respiración para ponérmelo, pero me quedaba bien. Me giré,

admirándome en el espejo. Me quedaba espectacular. ¡Mi dieta post ruptura había sido un éxito!

Empecé a moverme para quitarme el vestido, pero no pude. Con gran dificultad, logré alcanzar la cremallera e intenté bajarla. Bajó hasta la mitad antes de atascarse. Desesperada, comencé a tirar de la prenda talla dos, pero la muy terca no se movía ni un centímetro. ¡Realmente estaba atrapada en el vestido! Asustada, intenté varias veces más quitarme el maldito vestido. Pero no cedía.

—¿Señora? —llamó la dependienta desde fuera del probador. Sin duda había visto mis pies moviéndose frenéticamente mientras intentaba quitarme el vestido—. ¿Está todo bien ahí dentro?

No respondí de inmediato. Tenía la horrorosa imagen de un equipo de bomberos teniendo que recurrir a las pinzas hidráulicas para extraerme del vestido. Sería objeto de divertidos titulares en todo el mundo, como:

Mujer de talla media intenta ponerse un vestido talla dos y queda atrapada de por vida

Mujer de talla media es enterrada con el vestido en el que intentó meterse sin éxito hace ochenta años

—¡Estoy bien! —exclamé con forzado entusiasmo—. ¿Le importa si compro este vestido mientras aún lo llevo puesto?

Y me vi obligada a hacer precisamente eso. La dependienta me cobró mientras yo intentaba ocultar mi dolor con una sonrisa, que probablemente parecía más bien una mueca.

Paré un taxi porque no había forma de que pudiera tomar el metro hasta el apartamento de Liz con el vestido cada vez más doloroso. Cuando por fin entré tambaleándome en el apartamento de Liz, pedí ayuda a gritos. Ella corrió alarmada a la sala de estar.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¡Vaya, qué vestido tan genial! —dijo Liz, todo de un tirón.

—Estoy atrapada en este "genial" vestido, por el que acabo de pagar trescientos dólares para salvarme de una vida de vergüenza. Por favor, ayúdame a quitármelo.

—¿Te has quedado atrapada?

—Sí. En el probador. Es una talla dos.

—Tú no eres una talla dos.

—Sí, ahora lo sé. Convencida. Por favor, ayúdame.

Liz intentó sacarme de él, pero la cremallera solo bajó tres cuartos del recorrido.

—Mete un poco la barriga, Adrian —dijo Liz, conteniendo lo que sospechaba que era una risita mientras daba un paso atrás.

—Espero que no te estés divirtiendo con mi dolor —murmuré, metiendo el estómago—. *He* perdido mucho peso. Y el otro vestido talla dos que me probé me quedaba perfectamente.

—Te creo —dijo Liz, sonriendo abiertamente ahora mientras intentaba de nuevo bajarme la cremallera—. Este es uno de mis miedos, ¿sabes? Está lo de que te atropelle un taxi, que te caiga un rayo, ahogarte con una semilla de ciruela y quedarte atrapada en un vestido en el probador.

—Bueno, realmente sucede —dije, exhalando un suspiro de alivio cuando Liz logró bajar la cremallera por completo—. ¿Ahogarte con una semilla de ciruela es uno de tus miedos?

—Tuve un incidente de niña. Larga historia.

Salí del vestido y tomé aire. Decidí en ese momento que nunca más daría por sentado el poder respirar sin restricciones. Luego procedí a contarle a Liz sobre la llamada telefónica de Marcus. Tan pronto como mencioné el nombre de Marcus, los ojos de Liz se agrandaron y se dio una palmada en la frente.

—¡Oh, eso me recuerda! Hablé con su amigo Gerry. Fui casual cuando pregunté cómo le iba a Marcus. Mencionó que Marcus está saliendo con una mujer argentina. Por la forma en que habló de ello, es más una relación casual de rebote que otra cosa.

—Oh, eso me hace sentir mucho mejor —dije sarcásticamente, con el corazón hundiéndose—. ¿Qué dijiste sobre mí?

—Dije que te estaba yendo muy bien y que ya estabas saliendo con alguien.

—Buena jugada.

Liz parecía que iba a decir algo más cuando mi teléfono móvil sonó. Era mamá. Liz se retiró a su habitación mientras yo contestaba.

—Si quieres redimirte por haber sido grosera conmigo la última vez que hablamos, voy a cenar con Laurence a dos manzanas del

apartamento de Liz. Tendrás la oportunidad de conocerlo y ver por ti misma lo maravilloso que es —dijo mamá, saltándose el saludo.

—Mamá, realmente no tengo tiempo —empecé a decir, hundiéndome en el sofá.

—Nada de excusas, cariño. Te veré en una hora.

Y así terminé cenando con mamá y el cigoto con el que estaba saliendo. (Aunque sabía que su nombre era Laurence, *Cigoto* me parecía mucho más apropiado.) Decidí sacar el mejor partido de la incómoda situación. Todavía estaba avergonzada por el incidente del probador, conmocionada por saber que Marcus estaba saliendo con una sexy supermodelo de piernas largas, lo que se agravaba por el hecho de que estaría atrapada con Jackson Taylor en lo que era obviamente un acto de chantaje profesional por parte de mi jefe, así que decidí emborracharme con todo el vino que pudiera. Además, el Cigoto, en un desesperado intento por ganarse mi simpatía, estaba pagando por todo.

—¿No has bebido suficiente vino, Adrian? —preguntó mamá.

—No —dije dulcemente, llenando mi copa con más merlot.

—Así que, eh —dijo mamá, mirándome mientras tomaba otro trago de vino—, Laurence acaba de volver de una sesión de fotos en el Caribe. ¿Verdad, Laurence?

—Sí. Fue maravilloso —respondió Laurence, con un ligero acento francés.

Me estremecí. Las sesiones de fotos me recordaban a las modelos. El Cigoto era un modelo. Esto solo me recordaba a la amazona de piernas largas con la que Marcus seguramente estaba durmiendo.

—Fascinante —dije, mirando la botella de vino ya vacía—. ¿Hay alguna forma de que podamos pedir otra?

—No —espetó mamá.

—No pasa nada —dijo el cigoto modelo, haciendo señas al camarero. Mamá me fulminó con la mirada mientras él pedía otra botella de vino.

—Oye, ¿conoces a alguna modelo llamada Gabrielle? —le pregunté al Cigoto, intentando sonar casual.

—Conozco a muchas Gabrielle.

—Esta mide como dos metros. Morena. Un cuerpo increíble. Una belleza. Tetas y culo perfectos —balbuceé, conteniendo un eructo.

—Adrian —siseó mamá, estirándose por encima de la mesa y quitándome la copa de vino.

—No, está bien. ¿Dices que mide siete pies de altura? —preguntó el Cigoto, sonriendo. Probablemente era la cena más divertida que había tenido en mucho tiempo—. De nuevo. Has descrito a muchas de las Gabrielles que conozco.

—¡Ja! —resoplé, hipando mientras trataba de sofocar mis risitas.

Algunos de los otros comensales empezaban a mirar. Mamá me fulminaba con la mirada. El Cigoto comenzó a decir algo, pero se detuvo cuando sonó su teléfono móvil. Lo miró, dándonos una mirada de disculpa.

—Lo siento. Tengo que atender esta llamada. Denme solo un segundo —dijo el Cigoto, besando la mano de mamá antes de alejarse. Intenté agarrar sigilosamente mi copa de vino, pero mamá me apartó la mano de un manotazo.

—Te estás comportando terriblemente, Adrian.

—¿Comportándome? ¿Qué edad tengo? ¿Doce? Oh, espera. Ese es el Cigoto.

—¿Qué demonios te pasa? —preguntó mamá.

Me encogí de hombros, evitando su mirada. La expresión de mamá cambió abruptamente.

—Oh, cariño. Sigo olvidando que no ha pasado tanto tiempo desde tu boda. Todavía estás disgustada por lo de Marcus.

—¡Marcus Schmarcus! —chillé, ganándome más miradas curiosas de los otros comensales del restaurante—. Es solo estrés laboral. Y el hecho de que mi madre esté saliendo con un cigoto.

—Deja de llamarlo así —dijo mamá—. Sabes que puedes confiar en mí, ¿verdad...?

—Marcus Schmarcus —la interrumpí, mirando el mantel. Pero mamá mantuvo su mirada fija en mí.

—Sé que esto es por Marcus. ¿Y sabes por qué? Porque es exactamente cómo me comporté justo después de que tu padre y yo nos separáramos y me enterara de que estaba saliendo con esa

zorra. Oh. ¿Es eso, cariño? ¿Marcus está saliendo con alguien más? ¿Ya?

Me puse de pie, parpadeando para contener las lágrimas. Odiaba, odiaba, odiaba que mamá fuera tan perceptiva a veces. Y también me perturbaba saber que aparentemente nos comportábamos de manera similar después de descubrir que nuestros ex estaban saliendo meros segundos después de nuestras rupturas.

—Marcus Schmarcus —repetí, agarrando mi bolso—. Por favor, agradece al Cigoto por la cena. Estuvo maravillosa.

Mamá permaneció en silencio, dándome una mirada comprensiva mientras me dirigía fuera del restaurante. Marcus Schmarcus. Marcus Schmarcus. Necesitaba encontrar un rebote lo antes posible.

Capítulo Siete

EL BRITÁNICO ATRACTIVO

—Así que vamos a trabajar juntos. Estoy deseándolo —dijo Jackson con voz arrastrada.

Era temprano a la mañana siguiente en el trabajo, y Jackson me había llamado en cuanto me senté en mi escritorio. Una vez más, la enorme cantidad de vino que había consumido la noche anterior estaba haciendo estragos en mi cerebro, así que el tono suave de Jackson me irritó de inmediato. Apreté el teléfono contra mi oreja, girándome para mirar con furia a la oficina de Jean. Él estaba al teléfono. Me sonrió y me hizo un gesto de aprobación con el pulgar hacia arriba. Le lancé dagas con los ojos y giré de vuelta en mi silla.

—Sí, así es —respondí entre dientes.

—No pareces muy emocionada al respecto.

—Es una asignación. Soy periodista. Estoy haciendo mi trabajo.

—Pero va a ser divertido. Una locura. Yo, el gurú de las citas. Compartiendo mis secretos con las masas.

—Difícilmente te llamaría gurú de las citas. De nuevo, esto es solo una asignación. Entonces, ¿cómo quieres hacerlo? Podemos enviarnos correos electrónicos. Eso sería lo mejor.

—Realmente no me soportas —dijo Jackson con un suspiro, perdiendo el humor irónico de su tono—. No soy malo. Para nada. Realmente deberíamos tomar un café alguna vez.

—No voy a salir contigo.

—No una cita. ¿Nunca tomas café con tus amigos?

—No creo que sea necesario un pequeño encuentro. Puedo enviarte algunas ideas para el artículo por correo electrónico.

—Nah. No trabajo así.

—¿Cómo trabajas? —espeté.

—Vaya. Alguien está irritable —replicó Jackson—. Sugiero que nos reunamos en persona para repasar nuestras ideas. Ya sabes, a la antigua usanza. Cara a cara.

—¿Dónde quieres reunirte? ¿Otro club de striptease?

—Touché. No, te dejaré elegir esta vez. Donde sea. Cuando sea. Estoy disponible —respondió Jackson. Podía escuchar la sonrisa en su voz.

—¿Qué tal una oficina de verdad?

—Qué aburrido. ¿No puedes ser más imaginativa?

—¿Qué tal una oficina?

—Está bien, está bien. Puedo ir a tu oficina.

—No, aquí no —dije rápidamente, imaginando las miradas curiosas de mis compañeros de trabajo—. Tu oficina.

—Tú mandas —respondió—. ¿Cuándo?

—El miércoles. A las dos de la tarde.

—Estupendo. Estaré contando los segundos.

—Yo también. Por diferentes razones.

—Eres un rayo de sol, Adrian. Estoy deseando trabajar contigo. Tengo que irme. Mis fans me esperan. Nos vemos pronto.

Colgué, alcancé mi confiable botella de Tylenol Extra Fuerte e intenté hacer algo de trabajo. Trabajar con Jackson Taylor iba a ser simplemente maravilloso.

—¿Qué tal ese chico, John St. no sé qué? —preguntó Liz entre bocados de helado de plátano.

Yo estaba haciendo ejercicio con pesas libres en la sala de estar. Liz estaba acurrucada detrás de mí en el sofá, comiendo helado alto en grasa mientras yo sudaba. Nosotras, o más bien Liz, estábamos repasando una lista de posibles rebotes para mí. Esto fue provocado

por un comercial de Victoria's Secret, que me recordó a las modelos, que me recordó a la Modelo Amazónica de Piernas Largas, lo que casi me hizo romper en urticaria, lo que hizo que Liz inmediatamente comenzara a elaborar una lista de rebotes.

—Es republicano. Y su apellido empieza con *Saint*. Tiene pretensión escrita por todas partes.

—Tú misma dijiste que no ibas a ser demasiado exigente con un rebote porque es probable que no dure de todos modos.

—Lo sé, lo sé. Pero todavía tengo derecho a algunos estándares.

—¿Kenneth Leighton? Ese chico con el que trabajo, ¿recuerdas? Lo conociste en esa cosa de hora feliz a la que fuimos hace unas semanas.

—Dije que no quería chicos que trabajen en tu trabajo —protesté.

Liz trabajaba como gerente de cuentas en una pequeña firma de inversiones. Había ido con ella a un par de fiestas de la empresa, y me parecía que todos sus compañeros de trabajo eran un poco extraños. No podía precisarlo, pero había algo raro en todos ellos.

—Y Kenneth parece un yeti —añadí.

—Adrian.

—Lo parece. Siguiente.

—Bruce Knightley.

—Ugh. Odio la forma en que se ríe.

—¿La forma en que se ríe?

—Siguiente —repetí, tomando el control remoto y cambiando de otro comercial de Victoria's Secret.

—Tim Halpern. Scott Yardley. James Perry.

—Tim me recuerda a mi imbécil novio de la escuela secundaria. Scott es demasiado... algo. No puedo precisarlo. Y me cuesta mirar a James. Sé que es malo, pero es verdad.

—¿Qué hay de ese chico con el que te están haciendo trabajar? ¿Jackson Taylor?

—¿Qué? —graznó, mirándola con horror.

—Dijiste que coquetea contigo. Te invitó a salir una vez, ¿no? Debe estar haciéndolo bien con ese libro suyo. Y qué bombón. Vi su foto en su sitio web. Está bueno.

—Liz, de ninguna manera. De ninguna manera, de ninguna manera, de ninguna manera. Sí, es guapo, pero ni siquiera me cae bien. Está tan lleno de sí mismo que es ridículo. Y estoy segura de que coquetea con todo el mundo. Solo está disfrutando de sus quince minutos de fama. Y ni siquiera me hagas empezar con su arrogancia.

—Dios, cálmate —respondió Liz, molesta—. Bueno, eso es todo. Todos los chicos solteros y disponibles que conozco. Has logrado encontrar algo malo en todos ellos.

—Eso es porque hay algo malo en todos ellos.

Liz empezó a decir algo, pero su teléfono móvil comenzó a sonar. Rápidamente silenció el timbre.

—¿Quién era?

—Nadie —Liz se puso de pie y guardó su móvil de forma segura en su bolsillo—. Ya he cumplido con mi parte. Tendrás que encontrar tu propio rebote.

—Lo haré a la antigua —dije, apretando los dientes mientras aparecía un anuncio promocionando un próximo desfile de moda, con aún más modelos—. Iré a un bar. Y tú vendrás conmigo como mi ala.

—Adrian. Vamos. Tú y yo no hemos ido a un bar juntas, solas, desde antes de que salieras con Marcus.

—¿Y qué? Razón de más para salir. Será divertido.

—¿Intentas convencerte a ti misma?

—Sí. Y no estás ayudando —dije, dejando las pesas—. Vamos. Este sábado. Iremos de bar en bar. Conoceremos gente. Si conozco a un chico, bien. Si no, también.

—Está bien, está bien. Pero solo voy contigo para hacerte sentir mejor.

—Estoy bien.

—Claro —dijo Liz con sarcasmo juguetón mientras se dirigía a su habitación.

Cuando llegó el sábado, arrastré a una Liz aún reacia a un bar. Y tengo que admitir que estaba nerviosa. Salir de fiesta recién soltera es el equivalente a ser arrojada a aguas infestadas de tiburones. Mi relación había sido un puerto seguro, por así decirlo. Había habido

un escudo virtual a mi alrededor en la escena del "mercado de la carne" cuando estaba felizmente involucrada con Marcus.

Había llegado a la conclusión de que existía una línea divisoria entre Solteros y Parejas. Aquellos que estaban del lado de las Parejas observaban a los Solteros desesperados intentando hacer esa rara conexión —o, menos rara, conexión física— mientras se agarraban amorosamente de la mano, sonriendo con suficiencia. Marcus y yo habíamos sido una de esas Parejas, observando desde los márgenes con divertida ironía cómo los Solteros intentaban convertirse en Parejas. En ese momento no pude evitar mirar a algunos de los Solteros con lástima mientras intentaban ligar, agradeciendo a mi buena estrella no ser una de ellos. Pero ahora, por primera vez en más de dos años de feliz vida en pareja, era una de las Solteras a las que una vez había mirado con lástima. Era una sensación extraña, por decir lo menos.

Así que mientras caminábamos por la calle, pasando junto a otros Solteros que navegaban por los diversos bares abarrotados a lo largo de Bleecker Street, estaba un poco nerviosa. Habían pasado dos años, después de todo, y estaba bastante oxidada en toda la escena de ligar. Me sentía como si fuera una visitante en un país al que no había ido en años, y desconocía cualquier nueva regla o costumbre desarrollada.

—No me he puesto esta blusa en siglos. ¿Crees que está demasiado ajustada? —preguntó Liz, tirando de su top halter negro mientras nos acercábamos al bar. Liz estaba tan incómoda como yo por ir a un bar, especialmente considerando que ella formaba parte de una de las veneradas Parejas.

—Te ves genial. Y por favor no pongas esa cara, asustarás a los chicos —dije, mirando la cara arrugada de Liz mientras seguía ajustándose el top—. Aquí estamos.

—¿O'Reilly's? —preguntó Liz, horrorizada—. Cualquier lugar menos este, Adrian. ¿Te acuerdas de aquella vez que me caí del taburete? ¿Y que casi te peleaste con ese turista francés?

—Todo eso fue hace años, Liz. Ahora somos mayores y más sabias. Nadie nos va a recordar.

—¡Elizabeth Hamilton y Adrian Lexley! —retumbó una fuerte voz masculina con incredulidad.

Liz y yo nos pusimos tensas, girando en dirección a la voz. Allí estaba Max Goddard, uno de los dueños del bar, que claramente nos recordaba de nuestros días más jóvenes, salvajes y despreocupados.

—Max —dije, logrando recuperarme de mi leve shock.

—Ustedes dos siguen tan hermosas como siempre. El bar las ha echado de menos. Pasen a charlar antes de irse.

—Lo haremos —gorjeé mientras nos hacían pasar.

—Vamos a tomar dos copas, y eso es todo. Ahora somos adultas —susurró Liz mientras entrábamos al bar.

—Habla por ti —le susurré de vuelta—. Tu ex prometido no está saliendo con una doble de supermodelo.

—¡Ella quiere mi corazón y me siento bien! —canté, balanceando mi botella de Amstel Light al ritmo de la música.

Tres horas después. Estaba en mi primera copa. Segunda. Vale, tercera. Normalmente no bebía mucho, pero las circunstancias de las últimas semanas me habían hecho convertirme temporalmente en bebedora. Liz y yo habíamos ocupado un pequeño rincón cerca de la rocola, y yo estaba cantando a todo pulmón.

Lo estaba pasando genial. Mi borrachera había evitado que pensamientos molestos entraran en mi mente, como Marcus en la cama con la Helena de Troya con la que estaba saliendo. Y el hecho de que ahora tenía que trabajar con Jackson casi a diario.

Liz, por su parte, había cumplido su palabra y se había detenido en dos copas. Pero estaba cantando conmigo al ritmo de la música. La canción llegó a su fin, y me volví hacia la rocola para buscar más canciones cuando escuché una voz masculina británica detrás de mí.

—Creo que ustedes dos están acaparando la rocola.

Me di la vuelta y miré hacia arriba. Y más arriba. Y más arriba. Un hombre alto y atractivo estaba allí, mirándome con una sonrisa divertida.

—Aceptamos peticiones —dije, sorprendiéndome a mí misma por mi réplica coqueta.

—¿En serio? —preguntó el hombre (a quien instantáneamente apodé el Británico Guapo), levantando una ceja escéptica—. ¿Qué tal los Beatles? "Sexy Sadie".

—Enseguida.

Vi a Liz poner los ojos en blanco. La ignoré, haciéndome a un lado para dejar que el Británico Guapo se acercara más a la rocola. Y a mí. Desde mi posición podía ver que definitivamente estaba bien formado, y parecía tener poco más de treinta años. Era guapo de una manera más ruda que Jackson o Marcus.

Sacudí la cabeza, como para librarme del pensamiento de Jackson. Realmente era irritante cómo Jackson seguía apareciendo en mi mente. Al menos Marcus era alguien con quien realmente había tenido una relación.

Las elecciones de canciones del Británico Guapo iban desde los Beatles hasta Led Zeppelin, pasando por Wu Tang Clan, Johnny Cash y Radiohead. Muy ecléctico. Entre las elecciones de canciones, me enteré de que el Británico Guapo se llamaba Douglas Hammond. Era un recién llegado de Londres, un banquero de inversiones cuya empresa lo había trasladado a Nueva York. Tenía treinta y un años y vivía en un loft en Tribeca. Me impresionó mi capacidad para recordar todo esto, ya que había tomado un par de copas más.

A medida que avanzaba la noche, bailé con Douglas una canción de Billie Holiday y nos unimos para cantar "Hey Jude" de los Beatles. Perdí de vista a Liz, a quien vi hablando con un chico guapo que definitivamente no era Stewart. Me hice una nota mental para preguntarle sobre él más tarde.

—¿Puedo hacerte una pregunta, cariño? —preguntó Douglas.

Estábamos bailando al borde del bar. Se acercaba la hora de cerrar. Douglas me miraba intensamente.

—Claro —ronroneé, esperando no arrastrar las palabras.

—¿Te importa si te robo un beso? Siéntete libre de abofetearme —añadió, luciendo adorablemente tímido.

Dudé, pero entonces la imagen de Marcus besando a la amazona cruzó por mi mente. Eso fue todo lo que necesité. Agarré su corbata

y me puse de puntillas, besándolo. La dolorosa visión de Marcus se desvaneció mientras me dejaba envolver en el abrazo de Douglas.

—¡No puedo creer que lo hayas besado! —chilló Liz.

Me encogí, cubriéndome la cabeza con una almohada. A la mañana siguiente, a una hora dolorosamente temprana, Liz había irrumpido en mi habitación, donde se había encaramado al borde de mi cama y me había despertado.

—¿Qué somos, niñas de doce años? Ambas hemos hecho más que besar a un chico. ¿Tienes alguna aspirina? Mi cabeza está a punto de estallar.

—Justo a tu lado en la mesita de noche. Anticipé tu resaca. Anoche te estabas bebiendo los tragos uno tras otro.

—¿Puedes dejar de hablar tan fuerte? Estás gritando.

—Quiero detalles. Ustedes dos estaban pegados como lapas. ¡Dios mío, si yo no hubiera estado allí, probablemente te habrías ido a casa con él! —gritó Liz, sin bajar el volumen en absoluto.

Me tomé varias aspirinas con el agua, frotándome la frente.

—Suenas bastante enjuiciadora. Olvidas que Aquel Que No Debe Ser Nombrado está saliendo con una supermodelo. Y Douglas es lindo y británico. Por cierto, tú tampoco fuiste tan inocente anoche. ¿Quién era ese tipo con el que estabas hablando?

—Solo un tipo que intentó ligar conmigo. Lo que sea —dijo Liz, con un encogimiento de hombros casual—. Entonces, ¿qué va a pasar con el británico? ¿Lo vas a volver a ver?

—Sí —dije, recostándome contra mi almohada, rogando que el incesante latido de mi cabeza se detuviera—. Nos vamos a encontrar para tomar un café el miércoles.

—Bien. Ustedes dos se veían muy lindos juntos. ¡Ese beso! —chilló Liz, sonando envidiosa.

—Tú y Stewart tienen besos apasionados todo el tiempo.

—Claro —dijo Liz rápidamente. Se puso de pie—. Me alegro de que anoche haya sido un éxito para ti. Estabas bastante divertida.

¿Sabías que cantaste "Girls Just Wanna Have Fun" sin música de fondo?

—Oh, no.

Ahora podía recordar cantar cuando la música de la rocola finalmente se había apagado y Douglas mirando lo que esperaba fuera con divertida ironía.

—Sí. Y luego tú y Douglas se enfrascaron en un acalorado debate sobre las ramificaciones políticas de *Alicia en el País de las Maravillas*. Y después procediste a cantar la canción de los Oompa Loompa de *Charlie y la Fábrica de Chocolate*.

—Basta, basta —gemí, hundiéndome en las almohadas. Cada detalle mortificante de la noche anterior ahora se agolpaba en mi cabeza—. Probablemente espanté a mi rebote.

—Tal vez no deberías llamarlo un "rebote" —sugirió Liz—. Tal vez este sea el comienzo de una relación real.

—Créeme, si le estaba dando mi argumento de Alicia como metáfora feminista, y canté la canción de los Oompa Loompa, definitivamente es un rebote. Si es que vuelvo a saber de él.

—Habla por ti misma —dijo Liz con una sonrisa, dirigiéndose a la puerta—. ¿Quieres ir al Waverly a desayunar? La comida es buena para las resacas. Y puedo contarte qué más hiciste anoche.

—No puedo esperar.

Cuando Liz salió de la habitación, escuché el timbre de mi celular. Tratando de no imaginar un mensaje angustiado de Marcus diciéndome lo desesperadamente enamorado que aún estaba de mí y cómo esa doble de Gisele no significaba nada para él, alcancé mi teléfono. Para mi sorpresa, era un mensaje de texto de Douglas. Decía:

Fue encantador conocerte. Tu canción de Oompa Loompa estuvo perfecta. Espero con ansias seguir discutiendo el miércoles. Saludos, Douglas.

No pude evitar la sonrisa que se formó en mis labios. *Saludos* era mucho mejor que *un abrazo*. Me sentí aliviada de que mis payasadas de borracha no lo hubieran ahuyentado. Aún sonriendo, me levanté de la cama.

Siempre había una inevitable sensación de esperanza cuando me embarcaba en una nueva relación, fuera rebote o no. Esa maravillosa sensación de comenzar en un lienzo en blanco sobre el cual podía pintar una imagen completamente nueva. Así que decidí permitirme disfrutar de un pequeño atisbo de optimismo. Tal vez Liz tenía razón y Douglas resultaría ser más que solo un rebote después de todo.

Capítulo Ocho

EL CONSUELO DE LO FAMILIAR

El miércoles, el día de mi primera cita con Douglas, me reuní con Jackson en su oficina para revisar algunas ideas para nuestro artículo conjunto. Jackson lucía asquerosamente guapo como siempre, vestido con una camisa blanca de botones —que dejó parcialmente desabrochada. ¿Quién se creía que era, un modelo de Calvin Klein?— y vaqueros. Aparté la mirada de su pecho expuesto y deslicé varias fichas sobre su escritorio antes de tomar asiento frente a él.

—Ya he preparado una lista, así que realmente no es necesario que esté aquí —dije, encogiéndome de hombros—. Incluso podríamos ser más productivos si simplemente nos enviamos correos electrónicos como sugerí.

Jackson ignoró mi comentario, apenas mirando las fichas antes de arrojarlas a la papelera. Lo fulminé con la mirada. Había pasado toda la noche preparando esas fichas.

—¿No vas a mirarlas?

—No es necesario. Ya vi todo lo que necesitaba saber. Se lee como una de esas listas cliché de lugares para conocer hombres: cafeterías, supermercados, bares para solteros.

—Um, creo que yo sabría dónde conocer hombres —dije, aunque me sentí un poco herida por su casual rechazo de mi lista—. Esos son lugares ideales para conocer potenciales citas.

—Lo ideal es aburrido, Adrian. Muchas listas se leen así. Quiero que la nuestra sea diferente. Única. Por eso nos han pedido que

escribamos esto juntos.

Jackson se puso de pie, caminando por un momento antes de alcanzar sus llaves y billetera.

—¿Adónde vas? —pregunté, ofendida.

—Vamos a vivir nuestro artículo. A practicar lo que predicamos. Vamos.

Me puse de pie a regañadientes y seguí a Jackson mientras salía, preguntándome en qué me estaba metiendo.

—Mira eso —dijo Jackson, extendiendo la mano para agarrar mi brazo.

Me detuve, ignorando el calor que se encendió en mí ante su toque. Estábamos bajando por la Sexta Avenida, camino al metro.

—¿Qué? —pregunté, alejándome del agarre de Jackson.

—Hay como cinco, seis, siete conexiones sucediendo ahora mismo. Allá. Mira. Sé sutil.

Tan casualmente como pude, seguí la mirada de Jackson. Al otro lado de la calle, una joven estaba agachada, tratando de recoger algunas cosas que se le habían caído del bolso. Un hombre la estaba ayudando, y estaban envueltos en un coqueteo obvio, lo cual podía discernir por su lenguaje corporal.

—Supongo —dije—. Pero eso es más un ligue que otra cosa.

—Imaginé que dirías eso. Pero, ¿no es siempre un ligue cuando ves a alguien que te interesa y le pides una cita? ¿Cómo conociste a tu ex prometido?

Le lancé una mirada por mencionar a Aquel Que No Debe Ser Nombrado. Jackson sonrió, pareciendo leer mi mente.

—Lo siento. Solo intento hacer un punto.

—Nos conocimos en una fiesta —dije, alejando el doloroso recuerdo de mi mente.

—Y supongo que él te pidió salir, ¿no? Un ligue.

—Eso no es asunto tuyo.

—Entendido. Echa un vistazo alrededor. Dime qué ves.

Me alejé de Jackson, mirando a mi alrededor. Vi a una mujer detener a un hombre —¡un hombre guapo!— y pedirle indicaciones. Pero ninguno de los dos siguió su camino, y la conversación continuó.

—Esa mujer que pidió indicaciones. Parece que solo fue una excusa para hablar con él. Funcionó —dije, observando cómo intercambiaban números.

—Bien. Ese hombre de allá con la camisa Oxford. Está ligando con esa mujer que está a punto de entrar en el edificio de allí —dijo Jackson.

—Esa mujer junto al puesto de periódicos, ofreciendo compartir un taxi con ese tipo —ofrecí.

Detectamos varias "conexiones" más simplemente estando en la esquina de la Sexta Avenida y la Décima durante la hora del almuerzo. Al parecer, esta manzana se había convertido en un lugar de ligue muy concurrido, o tal vez yo había estado en una relación durante demasiado tiempo para darme cuenta. Estaba anotando nuestras observaciones en mi libreta cuando Jackson colocó educadamente su mano en mi espalda baja y me guió a través de la calle hacia la estación de metro.

Una vez más, mi cuerpo pareció reaccionar instintivamente a su toque. Mi ritmo cardíaco pareció acelerarse y me sentí un poco acalorada. Mi reacción física hacia él tenía que deberse al hecho de que estaba pasando por una abstinencia después de no haber tenido contacto con un hombre desde mi ruptura. Decidí que el beso con Douglas durante el fin de semana no contaba. En cualquier caso, iba a tener que mantener mis reacciones bajo control cada vez que Jackson estuviera cerca de mí.

—¿El metro? —pregunté mientras nos acercábamos a la estación de Union Square.

—Te sorprenderías.

Y efectivamente, detectamos un par de conexiones en el metro también. Cuando salimos en la parada de la calle Cincuenta y Nueve, me volví hacia Jackson.

—Hasta ahora, el metro y la calle. ¿Quién lo hubiera imaginado?

—El amor está en todas partes. Eso es lo que enfatizo en mi libro. Por eso es tan popular —dijo Jackson con arrogancia, sonriendo mientras yo ponía los ojos en blanco.

—Quiero decir, yo conocí a mi... —comenzó pero se detuvo—. Bien. Un destino más para esta salida. Y entonces creo que tendremos más que suficiente material para empezar.

Pero mi curiosidad se había despertado. Jackson lo sabía todo sobre mi trágico pasado romántico (como parecía saberlo medio mundo). Y *estaba* escribiendo un artículo con él sobre encontrar el amor en la gran ciudad. Decidí que era justo preguntarle sobre su misterioso pasado romántico.

Encontramos una cafetería cerca de Columbus Circle y nos sentamos con nuestros cafés. Jackson estaba siendo su habitual yo gregario, señalando las conexiones amorosas que estaban ocurriendo en el pequeño parque al otro lado de la calle, cuando decidí ir al grano y preguntar.

—¿Qué pasó entre tú y tu ex?

Ante mis ojos, el Jackson Taylor abierto, amistoso y encantador se cerró. Se reclinó en su silla, con la mandíbula tensa. Su mirada se volvió intensa y enojada.

—En serio. ¿Quién te lo dijo? —exigió.

—N-nadie —tartamudeé. Por mucho que me molestara el Jackson Taylor extrovertido y coqueto, lo prefería mil veces a este Jackson Taylor taciturno, enojado y un poco aterrador—. Solo tenía curiosidad.

—Claro —dijo sarcásticamente, pero no había ninguna picardía en su tono. Realmente parecía una persona diferente.

—Tú sabes todo sobre mi ex y la boda que no sucedió. Y estamos escribiendo un artículo sobre el amor y dónde encontrarlo.

—Mi vida amorosa o la tuya no tienen nada que ver con este artículo. Solo porque tú aún estés de luto por tu ex no significa que tengas que arrastrarme contigo —escupió Jackson, poniéndose de pie.

—¿De qué estás hablando? Te hago una simple pregunta y te vuelves loco. Tú mencionas a mi ex todo el tiempo.

—He terminado por hoy.

Sacó su billetera, arrojando varios billetes sobre la mesa por nuestros cafés. Lo miré desconcertada. Esto se estaba saliendo cada vez más de control.

—Mira, siento haberte molestado —dije, tratando de calmar la situación—. Pero solo te hice una pregunta. Sé que no es asunto mío, así que olvidémoslo. ¿De acuerdo?

—Tienes razón, no es asunto tuyo. Pero he terminado por hoy. Me pondré en contacto.

Y con eso, Jackson se fue. Varios clientes curiosos me dieron sonrisas de simpatía.

No tenía idea de lo que acababa de pasar.

Más tarde esa noche, mientras me preparaba para mi cita con Douglas, le conté a Liz los eventos del día, incluyendo el arrebato de Jackson.

—Así que has descubierto su talón de Aquiles.

—¿Su qué? —pregunté distraídamente, poniéndome mi vestido de novia, que había sido expertamente ajustado para convertirse en un vestido de cóctel más corto. Había decidido que nada era más simbólico de seguir adelante que usar mi vestido de novia (acortado y más sexy) en una cita con un nuevo hombre.

—Su debilidad, Adrian. Si me preguntas, Jackson siempre ha sonado demasiado perfecto. Imperturbable. Me pregunto qué habrá pasado.

—Lo que sea que haya pasado, no fue bueno —dije, examinándome en el espejo.

—Te ves estupenda, por cierto.

—Gracias.

—Qué imbécil por mencionar a Aquel Que No Debe Ser Nombrado —continuó Liz, sacudiendo la cabeza.

—En realidad me siento un poco mal —admití, alcanzando un cinturón azul y poniéndomelo—. Es decir, sí, tal vez exageró un poco. Pero debajo de todo, parecía realmente herido.

—Por favor. Solo le hiciste una simple pregunta. No hiciste nada malo.

—He sido un poco mordaz con él. Al menos puedo ser un poco más amable. Y bajo pena de muerte, nunca volveré a mencionar a su ex.

—Tal vez esté muerta. O está en una institución o algo así. Él podría haberla vuelto loca, y ahora se siente culpable por ello.

—No puedo creer que con una imaginación como esa solo estés en finanzas —dije, sacudiendo la cabeza divertida—. Probablemente sea solo algún asunto feo de relación del que no quiere hablar, y no lo volveré a mencionar. Créeme, puedo entenderlo.

—O tal vez está horrible, horriblemente desfigurada —continuó Liz, en racha ahora—. Pero él la amaba de todos modos. Y ella era tan insegura que lo alejó. Y él todavía la añora.

—O tal vez no es humana. Parte bestia o algo así. Y era demasiado peligroso para ellos estar juntos.

—Puede que estés en algo.

—Oh, Dios —dije, poniendo los ojos en blanco mientras mi teléfono celular comenzaba a sonar. Douglas estaba aquí.

—O tal vez ella no existe realmente. Él estaba solo y la inventó. Su terapeuta le dijo que sufría de esquizofrenia, y no hay novia. Pero él se niega a aceptarlo.

—Buenas noches, Liz.

Tres horas más tarde, todos los pensamientos sobre Jackson y el misterio que rodeaba a su ex habían desaparecido mientras me sentaba frente a Douglas tomando café. Lo estaba pasando genial. Douglas era verdaderamente hilarante, y tenía la maravillosa costumbre de recrear físicamente sus historias, sin importarle quién lo estuviera mirando. Era mucho más divertido de lo que Marcus había sido jamás, noté con deleite.

Me estaba riendo de una de sus historias cuando Douglas tomó mi mano y la apretó, mirándome seriamente.

—¿Puedo decirte algo? —preguntó Douglas.

—Lo que sea.

—Eres una mujer verdaderamente hermosa. Estoy tan contento de haberte conocido.

Sonreí radiante. La noche se ponía cada vez mejor.

—Gracias —respondí. Douglas mantuvo su mano firmemente sobre la mía. No pasó mucho tiempo antes de que sus labios se encontraran con los míos en un cálido y apasionado beso.

No hace falta decir que Douglas era sexy y yo me sentía sexy. Una cosa llevó a la otra, y después de una intensa conversación sobre la naturaleza psicodélica de *El Mago de Oz*, terminamos en su apartamento. Tal vez nos estábamos moviendo rápido, demasiado rápido, pero lo consideraba un rebote por el momento, y ese tipo de relaciones se movían mucho más rápido. Y estaba segura de que Marcus se estaba acostando con la chica de portada con la que estaba saliendo.

Douglas y yo ya estábamos enfrascados en un acalorado beso cuando entramos a su apartamento. Estaba un poco nerviosa por besarme con alguien nuevo después de haber estado en una relación monógama durante un par de años. Cuando estás con la misma persona durante un tiempo, el sexo se convierte en una especie de danza coreografiada: conoces tus movimientos y los de tu pareja, y te acostumbras a un ritmo particular. Así que ir a la cama con alguien nuevo era como aprender una danza completamente nueva.

Chocamos torpemente contra varias puertas y paredes en el camino hacia su dormitorio. Una vez que llegamos al dormitorio de Douglas, nos dirigimos al pie de la cama, todo el tiempo tratando torpemente de quitarnos la ropa. Por alguna razón, en las películas y en la televisión, este era un proceso fluido, a menudo acompañado por una melodía instrumental romántica o una moderna canción pop de moda.

Sin embargo, en la vida real, las camisas se atascan en la cabeza. Tiré de la camisa de Douglas para sacársela por la cabeza, pero no cedía. Al principio era divertido, pero después del cuarto tirón me preocupé. ¿Y si su camisa se quedaba permanentemente atascada en la parte inferior de su cabeza?

—Ya lo tengo, cariño —dijo Douglas, logrando quitarse la camisa de la cabeza con un tirón feroz.

Mi proceso de quitarme la ropa no fue mucho más suave. En primer lugar, estaba el asunto de uno de mis tacones que accidentalmente se clavó en el costado del tobillo de Douglas.

—¡Maldita sea! —gritó Douglas.

—Lo siento, lo siento —susurré, tratando de sonar sensual y sexy, presionando un suave beso en su frente.

Y luego estaba el asunto del cinturón azul que había añadido al vestido. El cinturón tenía que ser quitado para poder quitar el vestido, pero era un poco complicado. Había dos botones tanto en el exterior como en el interior, lo que hacía su remoción un poco difícil. Douglas intentó desabotonarlo durante dos minutos completos antes de intentar simplemente arrancarlo de un tirón, al diablo con los botones. Tuve que sentarme, encoger el estómago y desabrochar los botones del cinturón yo misma.

Pensamos que ya estaba todo despejado, y estábamos en medio de una acalorada sesión de besos cuando Douglas accidentalmente golpeó mi cabeza contra el cabecero.

—¡Ay! —grité.

—Lo siento mucho, cariño —se disculpó Douglas, frotándome la cabeza. Rechacé la disculpa, inclinándome para otro beso. Y las cosas se estaban calentando de nuevo cuando Douglas se detuvo, mirándome.

Me quedé helada, dándome cuenta de que estaba mirando un punto particular en mi abdomen.

Lo había olvidado por completo: había una marca de nacimiento en forma de ala en la parte superior de mi estómago. Era algo de lo que había sido consciente y normalmente advertía a mis antiguos novios. Marcus la había adorado, besado e incluso nombrado. En ese momento, me golpeó la repentina realización de que ya no tenía un amante que conociera cada rincón y recoveco de mi cuerpo. La comodidad de lo familiar era algo que había disfrutado cuando estaba en una relación monógama con Marcus.

—Es una marca de nacimiento —dije, sonrojándome—. Si te da asco o algo, lo entiendo.

—No, no, no. Soy un idiota. Solo me sorprendió, eso es todo —dijo Douglas, besando suavemente la marca mientras me miraba con

una sonrisa—. ¿Sabes qué? Creo que deberíamos empezar de nuevo. Siento que todos nuestros preliminares fueron un elaborado acto de comedia.

Aunque probablemente era un poco ridículo, empezamos de nuevo. Nos vestimos y todo. Y la segunda vez, no hubo camisas atascadas en la cabeza ni tacones clavados en tobillos. La segunda vez, una música instrumental romántica habría sido perfecta. Fue fantástico.

Hay algo que decir sobre despertar a la mañana siguiente después de una noche apasionada con un rebote. Y es que... la luz del día lo cambia todo.

Abrí los ojos con dificultad, parpadeando ante la dura luz del sol que se derramaba en la habitación, sufriendo una vez más el breve ataque de amnesia que siempre tenía cuando me despertaba en una cama extraña. A mi lado, Douglas murmuró en sueños y se movió, apretando sus brazos alrededor de mi cintura. Esto me despertó por completo. Recordé que estaba completamente desnuda bajo las sábanas blancas e inmaculadas de Douglas.

Miré alrededor de la habitación. Me sorprendió lo vacía que estaba. A pesar de que parecía estar amueblada de manera costosa, se veía estéril y sin vida. La habitación que Marcus y yo compartíamos estaba demasiado llena de nuestras cosas y estaba en un constante estado de desorden. Pero estaba llena de vida. Con una punzada, extrañé nuestra antigua habitación. Y la forma en que Marcus y yo dormíamos, ya sea en cucharita o tomados de la mano. Los brazos apretados y posesivos de Douglas alrededor de mi cintura ahora se sentían muy como los de un extraño.

Decidí simplemente largarme de allí. No tenía ganas de soportar la incómoda conversación post-coital matutina, que típicamente va así:

—¿Está mi sostén debajo de tu almohada? Oh, gracias. ¿Esas son mis bragas? ¿Ese es tu calcetín? Entonces, ¿dónde están mis

bragas? Um, ¿las estás usando tú?

Decidí que me escabulliría sin despertar a Douglas, evitando por completo la Charla de la Mañana Siguiente. Logré zafarme del apretado abrazo de Douglas.

Me levanté con cuidado de la cama, haciendo una mueca cuando hizo un fuerte chirrido. Me puse de pie. Douglas se movió pero no se despertó. Mis hombros se relajaron con alivio. *Uf.*

Empezaba a sentir como si mi silenciosa huida de la habitación de Douglas fuera una especie de evento olímpico, completo con un imaginario comentarista deportivo narrando cada uno de mis movimientos.

—Dos puntos para Adrian por lograr escapar inadvertida de sus brazos. Cinco puntos por salir de la cama. El árbitro acaba de restar un punto por ese sonido chirriante. Veamos si puede buscar su ropa y salir de allí sin problemas.

Busqué mi vestido y mi cinturón, que afortunadamente estaban en el suelo justo al lado de la cama. Con alivio recordé que había dejado mi bolso y todos los elementos esenciales necesarios para volver a casa en la sala de estar. Mis pendientes habían cumplido su deber y se habían mantenido en su lugar. Ahora solo necesitaba mi ropa interior.

Siempre es la ropa interior la que inexplicablemente desaparece. Al igual que ese calcetín solitario que todos tenemos que desaparece, para no ser visto ni oído nunca más. Ropa interior y calcetines. El Triángulo de las Bermudas de la ropa. Era un par caro de Victoria's Secret que compré después de mi "boda" para aumentar mi sensación de sensualidad. No los dejaría atrás. Apretando los dientes con determinación, hice un escaneo visual de la habitación.

—Y ahora, el gran final —diría el comentarista deportivo en un tono bajo, observando la habitación de aspecto inocente—. ¿Puede Lexley encontrar su ropa interior perdida y ganar? ¿Podrá lograrlo?

Me agaché, buscando debajo de la cama. Nada. Y ningún rastro de ellas en ninguna parte del suelo.

—Tú también eres un rumply lupp, cariñito —murmuró Douglas.

Me tensé mientras Douglas se movía, mordiéndome el labio con fuerza para evitar reírme del término *rumply lupp*. Douglas finalmente se quedó quieto, volviendo a caer en lo que debía ser un sueño extraño.

—Su oponente le lanzó una dura con ese asunto del 'rumply lupp' —diría el impresionado comentarista deportivo—. Pero ella está logrando mantenerse firme.

Examiné la cama y las vi: mis sexys bragas negras de Victoria's Secret, justo debajo del trasero de Douglas. Genial.

Con cautela, alcancé las bragas, tirando de ellas con un rápido tirón. Y no pude haber predicho lo que sucedió después.

Tan pronto como logré arrebatar mi ropa interior de debajo de Douglas, él saltó de la cama, aterrizando en una sólida postura similar al karate. Con sus brazos frente a él, extendidos en lo que se podría describir mejor como la pose del "golpe de karate", casi esperaba que chillara *—¡Hiya!* o peor aún, *—¡Rumply lupp!*

Afortunadamente, no hizo ninguna de las dos cosas. Se enfocó en mí y se enderezó, formándose una suave sonrisa en sus labios.

—Buenos días, amor —dijo con despreocupación—. Me has dado un poco de susto ahí.

Obviamente, aún tenía mucho que aprender sobre Douglas.

Capítulo Nueve

SOLTEROS AMARGADOS CONTRA PAREJAS FELICES

Cuando me reuní con Jackson más tarde ese día, estaba decidida a enterrar el hacha de guerra. Noté, al tomar asiento frente a él en la cafetería, que parecía más reservado. Normalmente me saludaba con una sonrisa coqueta. Hoy, apenas levantó la vista de su libreta cuando me dejé caer en mi asiento. Me sorprendió lo mucho que echaba de menos esa sonrisa.

—Buenos días —dije con una alegría forzada.

Sonrió, pero no le llegó a los ojos. Le entregué una carpeta mientras disfrutaba de mi chai latte.

—¿Qué es esto?

—Solo algunas sugerencias que anoté —dije. Mientras él examinaba mi trabajo, me incliné hacia adelante—. Escucha. Sobre el otro día: quiero disculparme. Tienes toda la razón. Lo que haya pasado no es asunto mío. Y he sido un poco antipática contigo. De ahora en adelante me comportaré lo mejor posible.

Jackson pareció sorprendido por mi disculpa. Pero su expresión pronto dio paso a una de sospecha.

—¿Quién te dijo...? —comenzó.

—Nadie me dijo nada sobre ti, Jackson. Ni Jean, ni tu gente, nadie. No sé nada. Solo me siento muy mal por lo de ayer.

—Vale —dijo Jackson después de una pausa, aún con una expresión ligeramente sospechosa—. Gracias. Supongo. Tu material está bastante bien. Pero estaba pensando en hacer algo diferente.

—Apenas lo miraste. —Intenté con todas mis fuerzas no rechinar los dientes. Había pasado casi toda la mañana desde que regresé del apartamento de Douglas componiendo una hoja de cálculo con posibles subtemas para el artículo, además de ensayar mi disculpa.

—Lo hice. Todo está bien, pero iba a sugerir que entrevistáramos a parejas que se conocieron de formas poco convencionales. Parece que esa es la dirección que está tomando el artículo. Lo inesperado. Creo que sería inspirador. Especialmente para nuestros lectores solteros que sienten que han buscado en todos los lugares convencionales y no han encontrado nada.

—Oh —dije, reprimiendo una oleada de envidia. ¿Por qué no se me había ocurrido eso?

—Puedo decir que fue toda idea tuya, si quieres.

—No es eso lo que estaba pensando —mentí, pero Jackson solo se rio.

—Puedo leerte bastante bien, Adrian. Entonces. ¿A qué se debe tu repentino buen humor?

—Nada —dije, sonrojándome al pensar en la noche anterior.

—¿Qué? —preguntó con curiosidad—. Vamos. ¿No podemos ser al menos amigos?

—Somos compañeros de trabajo.

—Ahí está otra vez. Sarcasmo. Hace segundos estabas prometiendo ser amistosa.

—Prometí ser educada.

—No estás siendo educada.

—Jackson.

—Lo siento —dijo con picardía. Sus ojos se entrecerraron y se reclinó en su silla—. Un chico. Tiene que ser un chico. ¿Una cita caliente, tal vez?

—¿Qué tal si no es asunto tuyo? —repliqué, pero mi sonrojo me había delatado. Jackson me estudió por un momento, y capté una extraña expresión acechando en sus ojos.

—¿Qué?

—Nada, nada. Me alegro por ti. Te mueves rápido. ¿No fue tu boda hace como un mes?

—De nuevo —dije, rechinando los dientes abiertamente esta vez —. Ni siquiera puedo preguntarte sobre tu vida personal mientras tú continuamente me sondeas sobre la mía.

—Punto entendido. Solo dime qué piensas de estos sujetos para la entrevista y podemos empezar.

Más tarde, mientras me dirigía a casa después de hacer algunos trabajos de seguimiento sobre el artículo en la oficina, todavía me sentía terriblemente juzgada por Jackson. El hecho de que hubiera seguido adelante tan rápido no debería preocuparle. Los rebotes siempre ocurrían rápidamente. Y si supiera con quién estaba saliendo Marcus...

Cuando llegué al apartamento de Liz, todavía estaba reflexionando sobre la reacción de Jackson a mi rebote. Al entrar, Liz salió de su habitación, vestida con un minivestido verde de punto trenzado.

—Te ves elegante. ¿Adónde vas? —pregunté, dejándome caer en el sofá.

—Solo a la inauguración de una galería de arte elegante en Tribeca con Stewart —dijo—. Te preguntaría si quieres venir, pero solo puedo llevar a un invitado.

—No, está bien —dije, dirigiéndome a mi habitación—. Tengo que prepararme para algunas entrevistas. Jackson tiene ideas decentes para este artículo. ¿Cómo van las cosas entre ustedes dos? ¿Ha mencionado algo sobre el anillo?

—Oh, resultó ser una falsa alarma —respondió Liz—. Stewart solo estaba guardando el anillo para un amigo que le va a proponer matrimonio a su novia. Me lo mencionó la semana pasada.

—Vaya. ¿Cómo es que no me lo mencionaste antes? Estabas teniendo un ataque de pánico importante.

—Solo quería dejar todo el asunto atrás. Me alegro de que esa presión haya desaparecido, ¿sabes? Me alteré por nada, eso es todo. ¿Cómo fue tu cita con Douglas?

—Bien.

—¿Solo bien? —insistió Liz, siguiéndome hasta mi habitación—. Volviste por la mañana. Te oí intentando ser silenciosa.

—Sabes que no puedo resistirme a los chicos británicos —dije con un encogimiento de hombros arrepentido—. Y es mi rebote. Es normal que me mueva un poco más rápido.

—Ajá. Puede que me quede en casa de Stewart esta noche, así que no me esperes. Nos vemos.

Liz se fue antes de que pudiera responder. Antes de que pudiera interrogarla más sobre cómo se sentía acerca de todo el pánico por el anillo de compromiso, noté. ¿Y qué pasaba con ese "ajá" sobre Douglas? Entre ella y Jackson, mi relación de rebote había sido criticada en exceso. Y eso es todo lo que era: un rebote. Sabía que al llamarlo por lo que era, no había expectativas reales, así que no podía decepcionarme. Podía sentirme libre de cometer cualquier error que quisiera hasta mi próxima relación real. Era como un amortiguador para mantenerme en marcha para no quedarme demasiado estancada.

A la noche siguiente, accedí a encontrarme con mamá y el Zigoto para ver una obra de teatro off-Broadway en la que actuaban un par de amigos suyos. Me sentía un poco culpable por mi comportamiento ebrio la última vez que los vi, así que esta vez estaba decidida a portarme lo mejor posible y darle una oportunidad al Zigoto. También sentía una curiosidad mórbida por ver cómo se comportaría mamá durante la obra. Ella era una de esas personas que no podía quedarse callada durante ninguna actuación pública. Esto incluía todas mis graduaciones, desde el preescolar. Me abucheaba, diciéndome que dejara de caminar como un pollo o que me ajustara la toga para no mostrar tanta pierna (esto fue durante mis graduaciones de secundaria y universidad). Quizás fue bueno que Marcus y yo no siguiéramos adelante con la boda. Solo podía imaginar cómo se habría comportado mamá durante la ceremonia:

—Cariño, ¿puedes girarte hacia mí cuando os beséis? Quiero sacar una foto. Ah, y asegúrate de abrir la boca lo suficiente para su lengua. ¡Quiero capturar un beso de verdad en cámara!

La idea era, como mínimo, mortificante.

Pero para mi sorpresa, mamá estuvo bastante recatada durante la función. Esa era la mejor manera de describir su comportamiento. De hecho, muchas cosas en ella parecían haber cambiado. Por un lado, llevaba un atrevido vestido azul marino que mostraba su escote. (Si yo usaba algo tan simple como una camiseta sin mangas, mamá se refería a ella como "ropa de prostituta".) En segundo lugar, se reía más de lo habitual. Mucho más. Y estaba más coqueta. Se inclinaba cerca del Zigoto y le susurraba algo al oído, a lo que él respondía riéndose y poniendo su brazo alrededor de sus hombros. En un momento durante el espectáculo, incluso apoyó la cabeza en su hombro izquierdo. Nunca la había visto mostrar este nivel de afecto público con mi padre, que era más apropiado para su edad.

Logré apartar mi atención de mamá y el Zigoto para concentrarme en la obra, que resultó ser una comedia bastante buena. Para mi alivio. Había estado recelosa de las obras off-Broadway desde que fui a una que consistía en un hombre en ropa interior de aluminio haciendo piruetas mientras lloraba. En serio. Esa era la obra.

Cuando la obra terminó, vi a mamá y al Zigoto salir del teatro cogidos de la mano. La boca del Zigoto estaba cerca de la oreja de mamá mientras parecía contarle algún chiste privado. Intenté reprimir una oleada de envidia. Era ese tipo de intimidad con alguien lo que echaba de menos de estar en una relación.

—¿Disfrutaste de la obra, Adrian? —preguntó el Zigoto cuando llegamos al vestíbulo. Tenía el brazo alrededor de la cintura de mamá, y estaban de pie frente a mí. La Pareja Feliz y la Soltera Amargada.

—Sí. Gracias —dije, sonriéndole por el bien de mamá. A pesar de su tierna edad, podía reconocer que parecía ser un buen tipo. Y parecía que a mamá realmente le gustaba.

—¿Te gustaría acompañarnos a cenar? Mis amigos del reparto van a un restaurante en la parte alta de la ciudad —continuó el Zigoto.

—No, gracias. Tengo que volver a casa porque hay un artículo que estoy... —empecé, pero me detuve a mitad de la frase. Algo al

otro lado del vestíbulo había llamado mi atención. O alguien, más bien.

Justo cuando pensaba que no podía sentirme más Amargadamente Soltera, ahí estaba Jackson. Y no estaba solo. Su mano descansaba cómodamente en la parte trasera de una morena delgada como un palo. Posiblemente otra modelo, tal vez incluso una de las amigas de Gisele. El Zigoto y mamá siguieron mi mirada.

—¿Es ese Jackson Taylor? ¿Ese escritor? —preguntó el Zigoto con interés—. ¿Lo conoces?

—No —dije—. Sí. Más o menos. Escuchen, realmente debería irme. Pero gracias de nuevo por la invitación.

—¡Adrian! —la voz fuerte de Jackson pareció resonar por todo el vestíbulo.

Reprimí un gemido mientras él cruzaba el vestíbulo, seguido por la morena delgada como un palo. Llegó hasta nosotros, dedicándole a mamá y al Zigoto una sonrisa deslumbrante antes de mirarme, esperando ser presentado.

—Soy Jackson Taylor —dijo finalmente, antes de que yo pudiera reunir el ingenio suficiente para hablar correctamente—. Adrian y yo estamos trabajando juntos en un artículo para su revista. Y ustedes son...?

—Laurence Beauvais —dijo el Zigoto, luciendo molestamente impresionado mientras estrechaba la mano de Jackson—. Es un placer conocerte. He leído tu libro. También algunos amigos míos. Les ayudó a superar una ruptura muy mala. Tu libro, quiero decir.

—¿En serio? Eso es maravilloso —dijo Jackson—. ¿Y quién es esta encantadora mujer? Déjeme adivinar. La hermana menor de Adrian.

—Oh, por favor —dijo mamá, luciendo encantada—. Soy Marilyn Lexley. La madre de Adrian.

—Nunca lo hubiera adivinado. Ya veo de dónde Adrian sacó su belleza —dijo Jackson, tomando la mano de mamá y besándola.

Jackson era muy hábil para desplegar su encanto. Miré a su cita, que parecía molesta por ser ignorada.

—Soy Adrian Lexley —dije, pasando junto a Jackson y extendiendo mi mano hacia ella.

—Katerina —respondió la mujer, su sonrisa apenas llegando a sus ojos mientras tomaba mi mano.

—¿Katerina? —pregunté, alzando las cejas en broma—. ¿Sin apellido?

—No —respondió, sin sonreír—. Soy cantante.

—Oh. Como Madonna. O Cher. Ya entiendo —dije, decidida a ser amable.

—No. Como Katerina.

—Ya veo.

Era obvio que Katerina me detestó a primera vista.

—¿Les gustaría acompañarnos? Vamos a encontrarnos con un grupo de gente del elenco y el equipo en la parte alta de la ciudad para cenar y tomar algo —preguntó el Zigoto.

—Suena genial —dijo Jackson, ignorando la mirada de consternación en el rostro de Katerina.

—En realidad, me voy a casa —dije.

—Tonterías, Adrian. Casi nunca te veo —protestó mamá. Al igual que el Zigoto, sus ojos también estaban pegados al apuesto rostro de Jackson. Me sorprende que siquiera notaran que yo estaba allí.

—¿Qué tal si nos encontramos para almorzar mañana? —pregunté.

—No estaré en la ciudad mañana. Ven con nosotros, Adrian. Insisto —dijo mamá, finalmente apartando la mirada del sonriente rostro de Jackson hacia el mío, tenso.

Todos me dirigieron miradas agradables (bueno, con la excepción de Solo Katerina) y expectantes. No me había sentido tan presionada para tomar una decisión desde que Marcus me propuso matrimonio frente a todos sus compañeros de trabajo. No tenía opción.

—Me pasaré un rato —dije con una sonrisa forzada.

—Genial —sonrió mamá, volviendo a centrar su atención en Jackson—. Tú y Katerina pueden compartir un taxi con nosotros.

—En realidad estoy cansada, cariño —hizo un puchero Katerina, poniendo sus uñas manicuradas —que me recordaban a garras— en el brazo de Jackson—. ¿Te importa si lo dejamos por esta noche?

Casi me río en voz alta al ver cómo se les cayó la cara a mamá y al Zigoto. Parecían pensar que Jackson era una gran estrella de cine en lugar del autor de un libro sobrevalorado.

—¿Qué tal si me reúno contigo más tarde? No tardaré mucho —dijo Jackson, apretando las garras de Katerina. Katerina no parecía nada contenta, su mirada se posó en mí durante un largo momento. Finalmente, asintió.

Veinte minutos después, estaba sentada en el asiento trasero de un taxi, apretujada entre mamá y Jackson. Me esforzaba por no reaccionar visiblemente ante la cercanía de Jackson, pero su muslo bien formado seguía rozando el mío, y olía demasiado bien para ser un hombre. En el asiento delantero, Laurence se había girado en su asiento, manteniendo una conversación incesante con Jackson.

—Y el capítulo sobre dejar ir. Guau. Fue fantástico —dijo entusiasmado—. Lo leí dos veces.

—Gracias.

—No puedo creer que esté en un taxi con *el* Jackson Taylor. Em, ¿te importa si llamo a un par de mis amigos y les digo que estoy... no, olvídalo. Eso es raro. Pero sería genial si pudieras firmar algo. Ya sabes. Para mi amigo.

—Por supuesto —respondió Jackson, sonriendo.

—¿Las cosas van en serio con Katerina, Jackson? Espero que no te moleste la pregunta personal —preguntó mamá, mirando a Jackson por encima de mí.

—¡Mamá!

Mamá me ignoró. En presencia carismática de Jackson, yo era la Mujer Invisible.

—Bueno, acabamos de empezar a salir —evadió Jackson.

—Oh. Porque Adrian está soltera.

—Dios mío, mamá, estoy sentada justo aquí —dije, horrorizada.

—Sí, lo sé —dijo Jackson, ignorando mi arrebato. Realmente *era* la Mujer Invisible—. Pero difícilmente está disponible. Para nadie.

Lo miré con furia. ¿Qué demonios se suponía que significaba eso? Abrí la boca para hacer una réplica enojada justo cuando llegamos al restaurante. Jackson salió, tomando cortésmente mi

mano y ayudándome a salir del taxi. Hizo lo mismo con mamá, quien rió como una colegiala.

—Qué caballero —arrulló mamá, lanzándome una mirada significativa. La ignoré, continuando mirando con enojo a Jackson mientras seguíamos a mamá y Laurence al interior del restaurante.

—¿Qué se suponía que significaba eso? —le siseé mientras Laurence nos guiaba a una mesa en la parte de atrás—. Estoy disponible. Estoy saliendo con alguien, ¿recuerdas? Aunque no sea asunto tuyo.

—Tienes razón. Por supuesto —dijo Jackson, pero vi el destello burlón en sus ojos.

—*¡No estabas bromeando!* —chilló un hombre delgado al ver a Jackson caminar hacia la mesa del fondo. Laurence le dirigió a Jackson una mirada de disculpa, pero Jackson la desestimó con un gesto.

—¡Tío, tengo tu libro! ¡Como, en mi bolso! ¿Quieres sentarte aquí? ¿Te importaría firmar mi libro?

Jackson era más popular de lo que pensaba. Presidió la mesa en el extremo con Laurence y sus amigos actores, que lo adulaban. Mamá y yo comimos en el otro extremo de la mesa. Sin embargo, mamá miró a Jackson durante tanto tiempo que no pude soportarlo más.

—Mamá, no es un dios griego. Es un escritor mediocre que se hizo popular con un solo libro.

—¿Mmm? ¿Qué dijiste, cariño? —preguntó mamá, volviéndose hacia mí.

—Nada. Soy invisible —dije, concentrándome en mi pasta.

—Es tan guapo, cariño. No parece en absoluto un escritor. Más bien un actor o algo así. Mucho más atractivo que Marcus, si me preguntas. No entiendo por qué no estás saliendo con él. No deja de mirar hacia aquí.

—Eso es porque tú lo estás mirando fijamente.

—No, definitivamente te está mirando a ti. ¿Y qué quiso decir con que no estás disponible?

—Ni idea. Pero mi vida amorosa no es asunto suyo. Solo estamos trabajando juntos en este artículo. Eso es todo.

—¿Todavía suspiras por Marcus?

—Por supuesto que no —dije mientras mamá arqueaba las cejas —. Marcus ciertamente no está suspirando por mí. Está saliendo con una supermodelo.

—Oh Dios, todavía suspiras por él. Adrian, no puedo enfatizar...

—Y yo no puedo enfatizar lo mucho que no voy a hablar de esto —la interrumpí—. ¿Y qué pasa contigo? ¿Ese vestido? ¿Estar toda coqueta con el Cigoto?

—Su nombre es Laurence.

—Lo que sea —continué—. No estás actuando como tú misma.

—Estoy actuando como si fuera feliz —espetó mamá, mirándome fijamente—. No he estado de muy buen humor desde el divorcio. A diferencia de tu padre, me tomó algo de tiempo empezar a salir de nuevo. Y ahora que estoy saliendo con alguien que me gusta, me siento feliz otra vez. Lamento si tienes un problema con eso.

—Mamá, por favor. No es eso lo que quería decir en absoluto.

—Adrian, la verdad es que no puedes reconocer la felicidad en los demás porque has estado tan envuelta en tu propia infelicidad por Marcus.

Auch. Me recliné en mi silla, tratando de ignorar el escozor de las lágrimas que me picaban en los párpados. El rostro de mamá se suavizó y extendió la mano para tocar la mía.

—Lo siento, Adrian. No quise sonar tan dura. Solo deja ir a Marcus, ¿de acuerdo? La vida es demasiado corta.

—Ya he dejado ir a Marcus —respondí bruscamente, frotándome los ojos.

—No creo que lo hayas hecho, cariño.

Antes de que pudiera responder, Laurence nos interrumpió.

—¡Marilyn! —llamó Laurence—. ¡Estamos tomando fotos! ¡Oh, tú también puedes venir, Adrian!

—Estoy comiendo —dije secamente. Bajé la voz y solo para los oídos de mamá, añadí—: Y estoy demasiado ocupada suspirando por mi ex prometido.

—Tómate una foto, jovencita —dijo mamá en un tono que me había asustado cuando era niña. En realidad, aún me asustaba.

Y así me vi obligada a tomarme fotos con el Rey Jackson, Laurence, mamá y un montón de alocados amigos actores de Laurence, que disfrutaban de una variedad de poses locas. Cuando la tortura finalmente terminó, informé educadamente al grupo que necesitaba irme para descansar un poco. Mientras abrazaba a mamá para despedirme, ella me instó a pensar en lo que me había dicho.

—No necesito hacerlo —dije, alcanzando mi bolso.

—¿Vas al centro? —preguntó Jackson, apareciendo de la nada—. ¿Quieres compartir un taxi?

—¿Tus fans ya te dejan irte?

—Ja, ja. Creo que solo bebieron demasiado. Solo les seguí la corriente. Vamos. Compartamos un taxi.

Antes de que pudiera protestar, Jackson me condujo fuera del restaurante a la calle y paró un taxi para nosotros. Una vez dentro del taxi, me aseguré de alejarme de él tanto como fuera posible sin ser demasiado obvia.

—¿Discusión acalorada con tu madre? —preguntó.

—¿Qué?

—Noté que tú y tu madre estaban como discutiendo.

¿Cómo lo había notado cuando estaba rodeado de una multitud de admiradores? ¿También me había visto contener las lágrimas?

—Solo estaba siendo entrometida. Cree que no he superado a mi ex.

Al instante me arrepentí de mencionar a Marcus, y esperaba que Jackson dejara el tema por completo. No tuve tanta suerte.

—¿Cómo podrías haberlo hecho? Lo que pasó entre ustedes dos fue bastante traumático.

—Yo... esto es... —comencé, sintiéndome aún más confundida. Pero me detuve. No iba a discutir sobre Marcus con Jackson—. Eso...

—No es asunto mío. Claro. Lo entiendo.

—Exactamente —dije, sorprendida por su disposición a dejarlo tan rápidamente.

Mientras reflexionaba sobre el sutil sondeo de Jackson acerca de mis sentimientos por mi ex, el taxi se detuvo frente al edificio de apartamentos de Liz. Jackson se inclinó sobre mí para abrir la puerta

del taxi. Y lo que sucedió a continuación lo analizaría durante noches venideras.

Giré la cabeza para agradecerle y darle las buenas noches. Me sorprendió encontrar su rostro increíblemente cerca del mío. El tiempo pareció ralentizarse mientras mis ojos (por voluntad propia, lo juro) se deslizaron hasta su boca, y no pude evitar inclinarme hacia adelante, muy ligeramente, hasta que nuestros labios quedaron a menos de un centímetro de distancia...

—Buenas noches —dijo Jackson abruptamente, alejándose de mí después de abrir la puerta del taxi. Me sonrojé, apartándome de él.

—Buenas noches —susurré, saliendo del taxi.

El vehículo se alejó y lo vi desaparecer en el centro de la ciudad, aún tratando de volver a la realidad. Me toqué suavemente los labios. Me pregunté si había imaginado ese momento íntimo. Si no lo había hecho, me pregunté si estaba viendo cómo se desvanecía para siempre en ese taxi.

Capítulo Diez

LA TEORÍA DEL TODO

Después de mi momento en el taxi con Jackson, decidí que era hora de probar una nueva teoría personal: la teoría del todo. Debería darle una oportunidad a todo porque nunca sabía cuál podría ser el resultado. Así que cuando Douglas me llamó al día siguiente, decidí que lo tomaría más en serio que simplemente como un rebote.

Mi razonamiento provenía de la desesperada necesidad de dejar atrás el momento con Jackson. ¿Y si en realidad no había sido un momento en absoluto? Él solo se había inclinado inocentemente hacia mí para abrir la puerta del taxi, y yo me moví hacia él como una mujer hambrienta. Además, si no me hubiera mirado así, si su boca no hubiera parecido tan invitadora, si no fuera tan insoportablemente guapo, si no hubiera olido tan bien, y si sus labios no hubieran estado tan cerca de los míos, entonces el "momento" nunca habría ocurrido.

Pero me detuve antes de continuar por ese camino mental. Él fue quien se echó hacia atrás, quien detuvo lo que podría haber sucedido. Y me alegré de que lo hiciera. De verdad. Ahora podía concentrarme en Douglas. Y quería concentrarme en Douglas. De verdad que sí. Sí.

Sugerí un restaurante en SoHo para nuestra próxima cita. Y esta vez, no habría sexo. Íbamos a conocernos adecuadamente.

Pero tuve que recordárselo a Douglas. Tan pronto como nos acomodamos en el taxi de camino al restaurante, metió su mano

debajo de mi camisa y se inclinó para meter su lengua en mi garganta.

—Douglas —dije, sacando su mano de mi camisa—. Me gustaría que solo habláramos esta noche.

—¿Hablar? —preguntó Douglas, desconcertado, como si hubiera dicho algo en otro idioma.

—Sí. Hablar.

—Oh. Claro. Lo siento —murmuró Douglas, recostándose y luciendo avergonzado—. Seré el perfecto caballero esta noche. Lo prometo. ¿Puedo decir una cosa?

—Por supuesto.

—Esa blusa que llevas. Es muy distractora —dijo, bajando la mirada hacia el top halter rojo que llevaba puesto (otra compra impulsiva post-ruptura)—. ¿Puedes ponerte esa chaqueta que trajiste?

—Sí —dije, sonriendo mientras me ponía mi chal. Intenté darle una mirada de reproche, pero tengo que admitir que me sentí halagada. Mi ego aún estaba un poco destrozado después del rechazo de Jackson la noche anterior.

No soy fan de las citas de cena, aunque creo que en la jerarquía de las citas, son más serias debido a su naturaleza forzada de uno a uno. Antes de mi malograda relación con Marcus, solo había tenido unas pocas. Me recordaban demasiado a las entrevistas de trabajo, aunque en un entorno más acogedor. Pero todos los demás elementos estaban allí: la cosa cara a cara, la sesión de preguntas y respuestas, la decisión al final de la comida sobre si lo has hecho lo suficientemente bien para proceder a la siguiente entrevista (cita) o si has conseguido el trabajo (potencial exclusividad).

Pero mi cita de cena con Douglas no fue en absoluto como una entrevista. Especialmente considerando que ya nos habíamos visto desnudos y que ya estaba al tanto de los extraños patrones de habla de Douglas mientras dormía. No tuvo el mejor comienzo, ya que ambos leímos nuestros menús y meditamos qué decir para iniciar nuestra conversación. Y extrañé un poco a Marcus durante este silencio porque Marcus y yo nos habíamos vuelto tan cómodos el uno con el otro que realmente no había silencios incómodos entre

nosotros. Nunca nos sentimos obligados a llenarlos con rellenos como:

—Qué clima tan loco hemos tenido, ¿eh?

—Sí. Una locura.

O:

—El tráfico estuvo loco hoy, ¿no?

—Sí. Una locura.

Temía que estos rellenos constituyeran la mayor parte de mi conversación con Douglas, hasta que dejó su menú y alcanzó mi mano.

—No sé lo suficiente sobre ti. Cuéntame todo —dijo, inclinándose hacia adelante.

—Um, ¿qué quieres saber?

Esta era la parte de la cita/entrevista de trabajo donde siempre metía la pata. Durante mi entrevista con Jean para la revista, cuando me pidió que le contara un poco sobre mí, me quedé en blanco. Desesperada por decir algo, cualquier cosa, solté que realmente disfrutaba comer queso.

—¿Adrian? —insistió Douglas.

—Soy redactora de reportajes para *New York Woman*. He trabajado allí un par de años ya.

—Eso ya lo sé. Algo nuevo.

—Crecí en el norte del estado de Nueva York. Me mudé a la ciudad para ir a NYU, donde estudié periodismo —comencé, solo para ser interrumpida por el gemido de Douglas.

—No, no la biografía oficial de Adrian Lexley. Algo que no mucha gente sepa. Mira. Te daré el ejemplo. Cuando era niño, quería ser Batman. No estoy bromeando. Investigué mucho sobre cómo uno podía convertirse en Batman. Me he enamorado cuatro veces. A los doce años, a los diecinueve, a los veintitrés, a los veintisiete. Lloro al final de las comedias románticas. Creo que eres increíblemente hermosa. Ahora. Tu turno.

Lo estudié, divertida por su franqueza y halagada por su cumplido. Era bueno. Me sentí presionada para salir con algo igual de bueno.

—Similar a tu obsesión con Batman, yo quería ser la Mujer Maravilla. De hecho, me disfracé de ella en Halloween durante años. Y años. Hasta que tenía dieciocho. Diecinueve. Veinticuatro, ya que estamos siendo honestos. Soy ambidiestra. Me atropelló un coche cuando tenía diez años. Mi culpa, por supuesto. Larga historia. Tuve una tarántula como mascota cuando era adolescente. A pesar de ser periodista, en realidad soy anormalmente buena en matemáticas. Mi prometido me dejó plantada en el altar.

Me estaba yendo bastante bien hasta que se me escapó lo último. Douglas, que había estado sonriendo, se quedó completamente quieto. Me encogí internamente. Desde que empecé a salir en mi adolescencia, sabía que nunca, nunca debía mencionar a un ex, especialmente durante las primeras citas. *Aargh.* ¿De dónde salió esa confesión?

—Pero fue hace tiempo. Ya lo superé —dije apresuradamente.

—¿Hace cuánto tiempo?

—Eh... unas semanas —admití.

—Así que solo soy el rebote —dijo Douglas lentamente, frunciendo el ceño.

—No. No eres el rebote. Ni siquiera sé por qué te conté eso —dije, deseando poder patearme a mí misma—. Um, veamos. ¿Qué más? Soy experta en el Electric Slide. Actué con un grupo de baile y todo. Hasta los diecisiete años.

—¿Te dejó literalmente plantada en el altar? —preguntó Douglas, reclinándose en su silla.

—No necesariamente. Solo en la iglesia. Con mi vestido de novia. Ja, ja —dije, forzando una sonrisa.

—Qué imbécil —dijo Douglas, negando con la cabeza. Se inclinó hacia mí, apretándome la mano—. ¿Estás bien?

—Estoy bien —aparté mi mano bruscamente—. Realmente desearía no haberlo mencionado. ¿Podemos cambiar de tema, por favor? ¿Por favor?

Douglas hizo una pausa antes de levantar las manos en un gesto de conformidad. Asintió.

—Gracias —dije, aliviada.

—Espera. Una cosa más.

—¿Qué?

—¿Sigues enamorada de él?

Ah, la pregunta del millón. Considerando que él estaba acostándose con esa supermodelo, Marcus ciertamente me había superado. Pero ¿seguía yo enamorada de él? Desafortunadamente, aún amaba a Marcus, y dudaba que mi amor por él se evaporara completamente alguna vez. Pero ¿haberlo superado? Absolutamente. Por supuesto. Sí, lo había hecho. Lo había hecho.

—Sí. Absolutamente. Y no, no estoy enamorada de él —dije, enfatizando el *enamorada*.

Afortunadamente, Douglas aceptó eso. Luego pudimos tener una cena sin contratiempos, incluso besándonos durante el postre mientras varios otros comensales nos lanzaban miradas molestas. Douglas me dejó en el apartamento de Liz, besándome antes de que yo entrara. Decidí no pasar la noche en su apartamento otra vez. No todavía. Ya que esto posiblemente podría convertirse en una relación real después de todo, quería ir más despacio con todo lo físico. Y para mi deleite, Douglas estuvo de acuerdo.

Mientras insertaba mi llave en la puerta del apartamento de Liz, escuché la voz asustada de Stewart chillar:

—¡Liz! ¿Qué demonios te ha pasado?

Dudé. Si estaban teniendo una pelea, no quería interrumpir. Pero si estaba ocurriendo algo físico, tenía que intervenir. No es que pensara que Stewart le haría daño a Liz... especialmente porque era él quien sonaba tan asustado. En cualquier caso, decidí entrar.

E inmediatamente me arrepentí de mi decisión. Stewart corría por la sala de estar, completamente desnudo, con la excepción de unas chaparreras de cuero alrededor de sus muslos y cintura. Liz, vestida con una bata diminuta, lo perseguía alrededor del sofá. Ahora podía ver que Stewart parecía más divertido que aterrorizado, y Liz se reía mientras lo perseguía por la habitación. Ambos se congelaron cuando entré.

—Adrian —dijo Liz, parpadeando rápidamente—. Pensé que te quedarías en casa de Douglas.

Me quedé allí, boquiabierta, viendo cómo Stewart trataba inútilmente de cubrirse.

—No me di cuenta de que tu apartamento era un salón de sadomasoquismo —logré decir finalmente—. Pero puedo irme.

—No, no, no. Lo siento —dijo Liz rápidamente mientras Stewart huía a la privacidad del dormitorio de Liz.

—¿Estás segura?

—Sí, por supuesto. Que tengas buena noche.

Liz escapó a su habitación antes de que pudiera decir algo más. Me quedé mirándola, desconcertada. *Justo cuando crees que conoces a alguien*, pensé mientras me dirigía a mi habitación.

Un par de días después, entré en la cafetería que servía como oficina de facto para Jackson y para mí mientras trabajábamos en el artículo. Estaba decidida a actuar como si el casi beso que compartimos en el taxi nunca hubiera ocurrido. No es que estuviera pensando en ello.

Jackson estaba encorvado sobre una pila de papeles, bebiendo una taza de café, luciendo atractivamente desaliñado. Desaliñado, quiero decir. Solo desaliñado. Apenas levantó la vista cuando me acerqué.

—Buenos días —dije, decidida a ser fría pero profesional.

—Hola —dijo Jackson, levantando la vista de sus papeles—. ¿Recibiste mi mensaje?

—No. Vine directamente aquí. ¿Llamaste a mi teléfono móvil?

—A tu oficina. Ya tengo las parejas con las que podemos hablar. Iba a sugerir dividir y conquistar. Tú te encargas de una pareja; yo me encargo de las otras dos. Una pareja puede hablar con nosotros hoy.

—¿Ya programaste las entrevistas? Pensé que estábamos coescribiendo esto.

—Eran contactos que me quedaron de mi libro. Pensé que nos ahorraría el trabajo. ¿Qué te parece esto? Tú puedes realizar las entrevistas.

—No estoy preparada. No tenía idea de que estábamos realizando una entrevista hoy. Esto es algo que podrías haber mencionado la otra noche, por cierto —Me arrepentí instantáneamente de mencionar la otra noche. La noche del casi beso. Sin embargo, Jackson parecía haber sufrido una pérdida de memoria completa porque solo se encogió de hombros.

—Tienes razón. Pero ya es agua pasada. ¿Qué te parece si te encargas de las otras dos entrevistas?

—Muchas gracias, Jackson. Aprecio que me dejes tener algo de participación en este artículo.

Jackson solo sonrió, poniéndose de pie mientras se ponía su chaqueta.

—¿Nos vamos ahora?

—Sí. Vamos. Es en Queens. Hay una excelente cafetería griega cerca de su casa. Podemos almorzar allí después.

—Queens. Qué divertido —dije, volviendo a ponerme mi chaqueta.

—Eres un verdadero rayo de sol. Déjame ayudarte —dijo Jackson, extendiéndose para sostener mi chaqueta mientras deslizaba mis brazos en las mangas.

Sus manos rozaron brevemente mis hombros, y no pude suprimir la oleada de calor que sentí ante su toque. Forzándome a pensar en Douglas, me volví y le di una rápida sonrisa como agradecimiento.

—Allá vamos en nuestra excursión —dijo Jackson, radiante.

Cuarenta y cinco minutos después, me aferraba a los pasamanos del tercer autobús en el que nos habíamos subido desde que salimos del metro.

—Pensé que dijiste que solo íbamos a Queens —dije mientras el autobús hacía otra parada más.

—Así es. Solo que está un poco lejos, eso es todo.

—¿Qué tan lejos? ¿Canadá?

—Cerca —respondió Jackson, con las comisuras de su boca temblando en una sonrisa.

El autobús finalmente se detuvo en una calle residencial tranquila y arbolada que era tan suburbana como se podía imaginar. Jackson se bajó y yo lo seguí, observando mis alrededores. Lo curioso de

vivir en Manhattan durante años y años es que cuando te encuentras en un lugar donde puedes ver árboles y cielo, te sientes como si estuvieras en un universo paralelo. Jackson, pareciendo sentir mi incomodidad, me dio una mirada divertida.

—No estamos en Marte. Manhattan está a solo unos kilómetros de distancia.

—Lo sé —dije, casi chocando con un buzón que estaba en el borde de uno de los jardines.

—¡Jackson! ¡Llegaste temprano! —gritó una alegre voz masculina.

Levanté la vista. Otro Jackson cruzaba el césped, sosteniendo a una bebé, con una amplia sonrisa en su apuesto rostro. Aterrorizada, me volví para asegurarme de que el Jackson original estuviera a mi lado. Lo estaba, y observaba al otro Jackson acercarse con una gran sonrisa. Dios mío. ¿Qué estaba pasando?

—Parece aterrorizada, Jackson —dijo Jackson Dos con una risita mientras se acercaba, mirando a Jackson Uno—. ¿No le dijiste que era tu gemelo?

Oh. Eso tenía sentido. Por supuesto. Ya lo sabía. Pero mis hombros se relajaron visiblemente, provocando que tanto Jackson Uno como Jackson Dos se rieran.

—Adrian —dijo Jackson Uno, aún sonriendo—. Este es mi hermano, Daniel. Y esta encantadora señorita es Samantha. Daniel, Samantha. Conozcan a Adrian Lexley.

Por muy molesta que estuviera con Jackson por no haberme dicho que los sujetos de la entrevista eran miembros de su propia familia, me encontré pasándolo bien. La esposa de Daniel, Emma, era cálida y amable, y cuando miraba a los ojos de Daniel, podía sentir la conexión genuina entre ellos.

—Esto va a sonar asqueroso. Completa y absolutamente repugnante —dijo Emma, deslizando su mano entre la de Daniel—. Pero mi corazón se detuvo cuando conocí a Danny. Dios, sé que esto

es muy cursi. Pero simplemente supe que era el indicado. En mis entrañas. Simplemente lo supe. Y sentí toda esta alegría. No más citas malas, no más revisar frenéticamente mi teléfono para ver si había llamado, no más preguntarme si alguna vez me establecería. Porque ahí estaba él. Parado justo frente a mí.

—Vaya —susurré. Definitivamente no tuve un momento eureka así cuando conocí a Marcus.

Jackson arqueó una ceja cínica.

—Tienes razón. Eso fue asqueroso, Emma —dijo con una sonrisa.

Emma le sacó la lengua a Jackson, acercándose a Daniel y tomando a Samantha en sus brazos. Se reclinó, mirando expectante a Daniel.

—¿Cómo te sentiste cuando me conociste, Danny? ¿Como si tu mundo se hubiera sacudido? ¿Como si nada volviera a ser igual?

—Pensé que tenías un buen par de tetas —respondió Daniel, agachándose mientras Emma le lanzaba un cojín a la cabeza.

—¡Sé serio! —le regañó.

—¿Recuerdas cuando eras un niño pequeño, de ocho o nueve años, en la mañana de Navidad? ¿Esa alegría y anticipación que sentías cuando bajabas corriendo las escaleras, esperando que ese regalo que querías estuviera allí? ¿Y no solo está ese camión de bomberos rojo allí, sino que también hay varias otras cosas que ni siquiera pensaste que recibirías? Así es como me sentí cuando puse mis ojos en esta mujer.

Tanto Emma como yo nos quedamos mirando a Daniel, luchando contra las lágrimas. Jackson gimió, poniendo los ojos en blanco.

—Oh, Dios. Volvamos a nuestro artículo. Y por favor, bájale a lo meloso. Estás hablando con dos neoyorquinos cínicos aquí.

—Un neoyorquino cínico —dije, lanzándole una mirada a Jackson mientras me limpiaba una lágrima perdida—. Eso fue dulce.

—Soy una chica con suerte —dijo Emma, guiñándole un ojo a Daniel.

Me sorprendió no sentir la molestia que solía sentir últimamente alrededor de las parejas. En su lugar, solo me sentí reconfortada estando cerca de Daniel y Emma. Era el mismo consuelo que sentía cuando escuchaba sobre una pareja que había estado casada

durante veinte o cincuenta años y aún seguía fuerte. Después de todo, yo era hija de padres amargamente divorciados y *había* sido plantada en el altar. Necesitaba un poco de esperanza.

Deslicé una mirada hacia Jackson, que rebuscaba entre sus notas, con el ceño fruncido en concentración. Ahora podía ver pequeñas diferencias entre Jackson y Daniel. Jackson tenía ligeras líneas de preocupación alrededor de los ojos, mientras que Daniel tenía líneas de risa. Jackson se mantenía más rígido de lo que había notado anteriormente, y Daniel estaba más relajado. Hmm.

—¿Vas a seguir mirándome fijamente, o quieres hacer algunas preguntas para nuestro artículo? —preguntó Jackson directamente, levantando la vista de sus notas.

Me sonrojé, pero Emma y Daniel solo se rieron.

—No te culpo. Es un tipo guapo. Pero soy parcial —dijo Daniel.

—N-no estaba mirando fijamente —tartamudeé—. Solo me preguntaba si ibas a hacer una pregunta o no.

—Podemos turnarnos. Tú preguntas. Yo pregunto.

—Eso funciona —dije, volviéndome hacia mi nueva pareja favorita—. ¿Cómo se conocieron exactamente?

—En el trabajo, de hecho —dijo Emma—. Ambos trabajamos en publicidad, y ambas empresas estaban haciendo una campaña conjunta para el lanzamiento de una nueva línea de libros. Danny y yo estábamos en el mismo equipo.

—Mi oficina tiene una puerta con paneles de vidrio, así que muchas veces es difícil saber si hay algo allí o no —dijo Daniel, tratando de contener la risa—. Emma caminó directamente hacia la puerta, cayó de culo. Cuando la ayudé a ponerse de pie, surgieron todos esos sentimientos de la mañana de Navidad.

—En mi defensa, esa puerta de vidrio realmente parecía aire. Sin manija ni nada —intervino Emma, pero sus hombros temblaban de risa.

Jackson y yo les hicimos algunas preguntas más a Daniel y Emma hasta que Samantha comenzó a inquietarse, y noté que ya había pasado la hora del almuerzo. Pero me resistía a irme. Realmente me gustaba estar en presencia de Daniel y Emma.

—Creo que ya hemos abusado de su hospitalidad —dijo Jackson.

—Oh, vamos, señor adicto al trabajo. Al menos quédense para un almuerzo tardío —insistió Daniel.

—No, la pequeña Sam está exhausta. Y tengo la sensación de que Adrian entra en abstinencia si la mantengo fuera de Manhattan por mucho tiempo —dijo Jackson, mirándome con un guiño.

—No me importa. De hecho, tengo algo de hambre. Un almuerzo tardío sería genial —dije antes de poder detenerme. Daniel y Emma parecían encantados.

—Entonces son tres contra uno, Jackson —dijo Daniel—. Está decidido. Y tú vas a ayudarme a cocinar.

—¿Estás segura, Adrian? —preguntó Jackson, viéndose cada vez más vacilante.

—Absolutamente —dije, sonriendo a Daniel y Emma—. Y por favor, déjenme ayudar.

—Ni hablar. Eres la invitada. Jackson es familia —dijo Emma, cambiando el peso de Samantha en sus brazos mientras se ponía de pie—. Mientras los chicos se esclavizan en la cocina, ¿qué te parece si tú y yo tenemos una charla de chicas?

—Suena como un plan —dije, disfrutando completamente de la mirada nerviosa de Jackson mientras seguía a Emma fuera de la sala de estar.

Emma y yo nos dirigimos a la habitación de Samantha. Observé cómo Emma colocaba a su hija en la cuna, descansando su mano sobre la pequeña cabeza de Samantha. Emma miró a su bebé por un largo momento.

—Es asombroso cuánto amo a esta niña —susurró.

—Es hermosa —dije, sonriendo a su diminuta forma dormida.

—¿Quieres tener hijos? —preguntó Emma mientras salíamos de la habitación.

—No lo sé —respondí.

Marcus y yo solo habíamos discutido tener hijos de pasada, y ninguno de los dos estábamos realmente seguros de si los queríamos o no. Habíamos decidido esperar unos años antes de determinar lo que realmente queríamos. Empezaba a ver lo poco preparados que hubiéramos estado para la vida matrimonial.

—Yo era igual hace unos años. No estaba segura. Y luego, no mucho después de conocer a Daniel, no sé. Parecía correcto. Dios, escúchame. Me he convertido en una de *esas* mujeres —dijo Emma.

—Para nada —dije, sonriendo. Mi enamoramiento amistoso hacia ella estaba creciendo.

Nos instalamos en el porche trasero mientras escuchábamos a Daniel y Jackson bromeando en la cocina.

—¿Cómo estás disfrutando trabajar con mi cuñado? —preguntó Emma.

—Es... interesante —evadí mientras Emma estallaba en carcajadas.

—Puedes ser honesta conmigo. No se lo diré a nadie.

—Eh... —dije, observando a Jackson por la ventana de la cocina —. Es un poco demasiado confiado. Pero es un buen tipo.

—Oh, por favor. No tienes que endulzarme los oídos. Yo también pensé que era arrogante cuando lo conocí. Pero te puedo asegurar que todo es una fachada. Es amable y tiene un corazón enorme. Como todavía está en medio de sus quince minutos de fama con el libro, su personalidad engreída ha sido una especie de escudo para él. Porque Dios no permita que el mundo conozca al verdadero Jackson.

Volví a mirar por la ventana donde Jackson estaba removiendo algo en una olla. Levantó la vista hacia mí y me guiñó un ojo coquetamente. ¿Una fachada? Lo dudaba. El hombre parecía estar enamorado de su propia sombra.

—Solo necesita tiempo para abrirse a la gente —dijo Emma, como si me leyera la mente—. Eso es todo.

Treinta minutos después, estábamos todos reunidos alrededor de una pequeña mesa en la cocina, almorzando. Normalmente, cuando comía en casa de un desconocido, me sentía obligada a ser extremadamente educada y a elogiar repetidamente al anfitrión por la comida (cada vez que iba a casa de los padres de Marcus en Nueva Jersey, por ejemplo). Pero con Daniel y Emma, me sentía como si estuviera acurrucada en mi propio sofá con una bolsa de Doritos y vino.

El ambiente cambió cuando Daniel estaba en medio de una divertida anécdota sobre una celebridad que había visitado su agencia de publicidad un par de semanas antes.

—Es esta gran estrella de acción, ¿sabes?, y todas las mujeres se están debilitando y mareando. Y yo pensando que puedo manejar su presencia porque soy un hombre. Pero tan pronto como pasó por mi oficina, empecé a sentirme débil. Y normalmente no me siento débil. Quiero decir, la última vez que me sentí débil fue en la boda de Jackson.

Daniel se detuvo al instante. Emma bajó la mirada a su plato. El rostro de Jackson se encendió de irritación. Y no pude evitarlo: mi mórbida curiosidad necesitaba ser satisfecha.

—¿Jackson estuvo casado? —pregunté.

Ahora tanto Emma como Daniel miraron a Jackson, como esperando ver cómo procedería.

—¿Está casado? —continué, de manera entrometida e imprudente, debo admitir, pero mi curiosidad sobre el pasado romántico de Jackson me estaba matando.

—Para alguien que no quiere hablar de su compromiso roto, eres bastante curiosa, Adrian —dijo Jackson, arrojando su servilleta mientras se ponía de pie. Y ahora era mi turno de contener la ira mientras Daniel y Emma me dirigían miradas compasivas.

—Jackson. Por favor, siéntate. Danny no quiso sacar todo eso a colación —dijo Emma.

—No, está bien. Creo que debería irme —dije, aún dolida por el comentario mordaz de Jackson.

—Ambos. Siéntense. Por favor. Son nuestros invitados. Insistimos en que se queden. Por favor —suplicó Daniel, mirando alternativamente nuestros rostros tensos.

Jackson y yo logramos terminar nuestra comida, aunque en un incómodo silencio. Por más enojada que estuviera con Jackson por sacar a relucir mi compromiso, la curiosidad aún me atormentaba. ¿Jackson también había sido plantado en el altar? ¿Seguía casado? ¿Divorciado? ¿Separado? ¿Viudo? ¿Y por qué estaba tan decidido a no mencionarlo? ¿Cuál era el gran problema?

—Parece que la cabeza de Adrian está a punto de explotar con preguntas sin respuesta, así que supongo que deberíamos irnos —dijo Jackson, usando su extraña habilidad para leer mi mente.

—En realidad, estoy pensando en otro artículo que tengo que terminar mañana —mentí, sonriendo a Daniel y Emma.

—Claro. Bueno, gracias a los dos por la entrevista y la comida. Nos vamos —dijo Jackson, sin creer mi mentira.

—Ha sido un placer —Daniel se puso de pie—. Y lo siento por...

—No tienes nada de qué disculparte —interrumpió Jackson—. ¿Adrian? ¿Estás lista?

Nos despedimos y nos fuimos. Terminamos haciendo un largo y finalmente silencioso viaje en taxi de vuelta a la ciudad.

—Sabes, si simplemente me cuentas lo que pasó, podemos dejarlo y seguir con nuestras vidas —solté cuando el taxi se acercaba al edificio de apartamentos de Liz.

—¿Te gustaría entrar en detalles sobre lo que Marcus te dijo minutos antes de tu boda, justo antes de que huyeras de la iglesia? —respondió Jackson.

—Punto entendido —murmuré, cerrando los ojos para alejar el doloroso recuerdo—. Y realmente desearía que dejaras de mencionar eso.

Mientras nos acercábamos al edificio de Liz, Jackson sacó su teléfono, sonriendo por algo en la pantalla. Vi que era un mensaje de Katerina, y mi estómago se tensó.

—Hablaré con Jean —dijo Jackson, aún sonriendo por el mensaje mientras levantaba la vista para encontrarse con mis ojos.

—¿Hablar con Jean? ¿Sobre qué? —pregunté, con la mano en la manija de la puerta.

—Sobre que trabajemos por separado. Realmente no creo que haya necesidad de que sigamos trabajando juntos en persona. ¿No crees? Quiero decir, puede ser como sugeriste inicialmente. Correo electrónico, teléfono, todo eso. Tú te encargas de una entrevista, yo de otra. ¿Cómo suena eso?

—Suena genial —dije, forzando una sonrisa.

—Hablaremos la próxima semana sobre el resto de las entrevistas y el artículo. Pero creo que lo tengo bastante cubierto —

dijo Jackson, llevándose el teléfono al oído—. Hola, cariño. No, me retrasé. Voy en camino.

Salí y ni siquiera me molesté en mirar cómo se alejaba el taxi, sintiéndome extrañamente desolada, pero no sabía por qué. Es decir, ya no tendría que lidiar con el arrogante, engreído, secreto y hiriente Jackson Taylor. En realidad, estas eran buenas noticias. Geniales, incluso. Intenté invocar alivio. Satisfacción. Felicidad. Ahora podría seguir con mi vida en paz.

Capítulo Once

SI NO TIENES ÉXITO

A la mañana siguiente, me desperté con una buena dosis de enojo. Jackson prácticamente me había sacado del artículo que nos habían asignado a ambos (por *mi* revista, maldita sea). ¿Quién se creía que era Jackson Taylor? El hecho de que no pudiera superar su matrimonio o lo que fuera que hubiera pasado no le daba derecho a despedirme prácticamente. Si quería salirse del artículo, tendría que ser *él* quien se retirara. No yo. Hay algo definitivo en mi personalidad de lo que siempre he estado orgullosa: soy perseverante. No me rindo. En nada.

En la escuela secundaria, era un desastre en los deportes. Pero realmente quería unirme al equipo de animadoras. Uno de los requisitos para unirse era la flexibilidad, y yo ni siquiera podía tocarme los dedos de los pies. Pero estaba tan decidida que continuamente saltaba desde el sofá de nuestra sala de estar e intentaba aterrizar en splits. Después de varios de estos intentos una noche fatídica, logré saltar del sofá, balanceando mis piernas en un elegante arco en el aire. ¡Aterricé dolorosamente, pero en splits! Bueno, inicialmente no noté que el sofá había comenzado a inclinarse mientras saltaba, ni el dolor desgarrador en ambas caderas y piernas al aterrizar. ¡Solo sentí el momentáneo deleite de estar en splits!

Podía recordar mis pensamientos exactos: *Por fin puedo unirme al equipo de animadoras y hacer que Colby Harris* (mi amor platónico de quinto grado) *me note*. Justo cuando tuve ese

pensamiento, miré hacia arriba y noté que el sofá estaba a dos segundos de caer sobre mí. Terminó derribándome y aplastándome contra el suelo.

Mientras me llevaban de urgencia al hospital con una rodilla rota y la pelvis esguinzada, todo en lo que podía pensar era en el hecho de que podía hacer splits. Mi perseverancia siempre había dado sus frutos, ya fuera intentando hacer splits, superando a mi ex o demostrándole a Jackson Taylor que no era un felpudo.

Me sentía tan justificadamente enojada que lo llamé a su celular poco después de despertarme.

—Teléfono celular de Jackson Taylor —respondió una voz femenina somnolienta.

Puse los ojos en blanco al reconocer la voz de la tal Katerina, reprimiendo un destello de celos. De fastidio, en realidad. Me importaba un bledo que Jackson obviamente hubiera tenido una noche apasionada con Katerina momentos después de sacarme de mi propio maldito artículo.

—¿Puedo hablar con Jackson, por favor? —pregunté.

—¿Quién es? —exigió la tal Katerina, sonando ahora muy despierta.

—Su otra novia —comencé, justo cuando escuché una risita y lo que parecía ser un colchón chirriante de fondo.

—Adrian Lexley —la voz suave de Jackson se escuchó en la línea. Sonaba como si estuviera conteniendo la risa, lo que me molestó aún más—. ¿A qué debo el placer? Es sábado, ¿sabes?

—Sí. Lo sé. Solo quería hablar contigo sobre el artículo.

—Pero es sábado —protestó Jackson con un gemido.

—Esto no puede esperar. ¿Puedes decirle a la tal Katerina que necesito hablar contigo a solas?

—¿Celosa? —murmuró Jackson con voz ronca.

—¿De ella? Nunca en un millón de años. Si acaso, me gustaría advertirle y decirle que eres un grosero y arrogante imbécil.

—Suéltalo, Lexley. No te caigo bien, lo entiendo. ¿Qué es lo que tenías que decirme con tanta urgencia un sábado por la mañana tan temprano? ¿No te mantuvo despierta tu ligue de rebote anoche?

—No voy a dignificar eso con una respuesta. Pero sí quería decirte que no puedes deshacerte de mí tan fácilmente.

—¿Qué? —preguntó Jackson, sonando exhausto.

—No puedes sacarme de este artículo —continué.

—No lo estoy haciendo. Solo estoy haciendo lo que inicialmente sugeriste.

—No. Vamos a hacer este artículo juntos, y seguiremos trabajando juntos. Influirá en el tono del artículo si trabajamos por separado. Haremos las entrevistas juntos y lo escribiremos juntos. Y si aun así vas con Jean, lucharé con uñas y dientes para mantenerlo así —dije, orgullosa de lo dura que sonaba.

Hubo silencio al otro lado de la línea, un silencio que se prolongó tanto que me pregunté si me había colgado.

—¿Jackson?

—Vaya —murmuró Jackson—. Realmente no puedes soportar la idea de estar separada de mí, ¿verdad?

—Eso no es... —me atraganté, luchando contra una creciente oleada de furia.

—Bromeaba, bromeaba —dijo Jackson con una risita—. Está bien. Que sea a tu manera. Seguiremos trabajando juntos hasta que el artículo esté completo.

—Bien —dije con alivio y un inesperado arrebato de júbilo—. Te veré en la cafetería el lunes. A la misma hora.

—Genial. Lo espero con ansias. Intenta no pensar demasiado en mí este fin de semana.

—Y tú intenta no enamorarte de tu propio reflejo —repliqué, colgando sobre la suave risa de Jackson.

—Creía que no eras una persona madrugadora —dijo Liz, saliendo de su habitación, con un aspecto inusualmente malhumorado—. Es bueno saber que estás lo suficientemente despierta a esta hora para tener discusiones a gritos en la sala de estar.

—No estaba gritando —dije, frunciendo el ceño. ¿Lo estaba?

—Sí, lo estabas.

—Oye —dije cuando se me ocurrió una idea—. ¿Puedo entrevistarlos a ti y a Stewart para el artículo que estoy escribiendo

con Jackson?

—¿Por qué? —preguntó Liz después de una pausa vacilante.

—Quiero aportar algo. Estamos entrevistando a parejas que han encontrado el amor con éxito en la ciudad. Tú y Stewart son perfectos. Quiero decir, um, ¿las cosas están bien entre ustedes dos? —pregunté.

—Sí. Por supuesto —dijo Liz abruptamente, dirigiéndose a la cocina. La seguí, observando cómo preparaba una cafetera.

—¿Estás segura?

—Sí, Adrian. Estamos bien. Déjame consultarlo con Stewart. Sabes que haré todo lo que pueda para ayudarte con tu artículo.

—Gracias. Entonces, ¿vas a contarme de qué iba esa exhibición de S y M con Stewart?

—No. ¿Por qué le gritabas a Jackson?

—Muy astuta, intentando cambiar de tema. Pero como somos mejores amigas que se lo cuentan todo, él intentó echarme del artículo porque es un imbécil, y yo me planté. Tu turno.

—No se suponía que vieras nada de eso, Adrian —dijo Liz—. Stewart y yo solo estábamos jugando.

—¿Dónde encontraste esos zahones de cuero? ¿Son de Stewart?

—Los conseguí para él —dijo Liz, avergonzada—. Pero si insistes en saber qué pasa en mi vida sexual...

—Insisto. Ese intento de hacerme sentir culpable combinado con una falsa evaluación psicológica no funcionará. Por favor, comparte.

—Las cosas se han vuelto un poco aburridas entre nosotros. En la cama. ¿Eso te pasó con Marcus? Quiero decir, ¿una vez que cumpliste un año? ¿Ya no hay... sorpresas?

—No —dije, apartando los dolorosos recuerdos de todas las horas que había pasado felizmente en la cama con Marcus—. Nuestra boda fue lo que detuvo todo entre nosotros. Sexual y de otras maneras. Ja, ja. Puedes reírte. En serio.

—El sexo entre nosotros se ha vuelto siempre lo mismo. Sin sorpresas.

—¿Por qué sigues con él? —exigí, incapaz de contener mi simpatía por el pobre Stewart.

—¿Qué?

—Todo lo que haces es quejarte de lo aburridas que son las cosas entre ustedes y de cómo siempre están peleando. No estabas nada emocionada cuando pensaste que te iba a proponer matrimonio. ¿Por qué no simplemente le dices que las cosas no están funcionando?

—Porque lo amo —dijo Liz simplemente.

—A veces el amor no es suficiente. Míranos a Marcus y a mí.

—Oh, Dios —gimió Liz—. Sabes, tu relación con Marcus no es la plantilla para todas las relaciones.

—Sé cómo se siente que te dejen. Y Stewart no tiene ni idea de que estás a punto de dejarlo.

—Espera, Adrian. Nunca dije nada sobre dejarlo.

—¿Qué hay de todas esas comparaciones ochenteras que hiciste? Marcus probablemente se sintió igual cuando decidió que no podía casarse conmigo.

—Ves, lo estás haciendo de nuevo. Estás haciendo que esto sea sobre ti y Marcus.

—Está bien. Pero creo que deberías ser honesta con Stewart.

—Solo quiero ponerle un poco de picante, eso es todo. Amo al chico, Adrian. Dios. Estoy tratando de arreglar las cosas.

Liz me dirigió una mirada suplicante. Realmente parecía atormentada por todo esto. Di un paso adelante, envolviéndola en un cálido abrazo.

—Lo siento —dije, apartándome y dándole una sonrisa de disculpa—. Si quieres que vaya contigo a comprar zahones de cuero, estaré encantada de ayudarte.

—En realidad —dijo Liz con una risa—, estoy buscando tacones de aguja, látigos y cadenas. Es broma, es broma. Deberías haber visto tu cara.

—Uf —dije, guiñándole un ojo mientras empezaba a salir de la cocina.

—Adrian —comenzó Liz. Me giré con una sonrisa paciente y expectante. Liz empezó a decir algo pero se detuvo—. Gracias por escuchar.

—Por supuesto —respondí, desconcertada. Tuve la sensación de que Liz aún ocultaba algo—. Te veré luego. Voy a almorzar con papá

y Janet.

—Que te diviertas —dijo Liz, pero su voz sonaba tensa.

Una hora después, estaba sentada frente a papá y Janet en el Restaurante Thai Village, el lugar de nuestra desastrosa comida apenas unas horas después de mi "boda". Esta vez la comida fue decididamente más agradable, probablemente porque mamá no estaba allí para lanzar dagas con los ojos a Janet o para regañar a papá con una de las muchas discusiones sin resolver que habían dejado de su matrimonio.

—Te ves mucho mejor, Adrian —dijo papá, sonriéndome.

—¿Me veía terrible antes? —pregunté, solo medio en broma.

—No fue hace mucho tiempo después de tu boda cuando te vimos por última vez —dijo papá encogiéndose de hombros, mirando a Janet—. Tus ojos aún estaban hinchados de tanto llorar.

—Lo he superado por completo. Las cosas pasan. La vida continúa.

—Mm-hmm —dijo papá, poco convencido.

—Es bueno verte de cualquier manera, Adrian. Pero tenemos que confesar que tenemos un motivo oculto para traerte aquí —dijo Janet, mirando con complicidad a papá.

—¿Qué? —pregunté, luchando contra una creciente sensación de pánico—. ¿Está Marcus aquí?

—No. Por supuesto que no. ¿Por qué lo invitaríamos?

—Porque ustedes dos siempre se cayeron bien. Mucho —dije, mirándolo con sospecha.

—Marcus no está aquí —dijo papá—. Solo queremos darte nuestra noticia en persona.

—¿Qué noticia?

—Janet y yo estamos comprometidos —respondió papá, sonriendo a Janet.

—¡Eso es maravilloso! —dije, emocionada y aliviada. Había esperado a medias que Marcus apareciera de algún lado.

—Tengo que admitir que al principio dudé en decírtelo, considerando lo que pasó contigo y Marcus.

—Oh, por favor —dije, poniendo los ojos en blanco exageradamente—. ¿Puedo ver el anillo, Janet?

Pero mi corazón se encogió un poco cuando miré el anillo de Janet porque se parecía mucho al anillo de diamante solitario que Marcus me había puesto con tanto amor en el dedo.

—Es hermoso. Y no es como si mi padre fuera a dejarte plantada en el altar, ¿verdad? —pregunté, tratando de sonar despreocupada. Papá y Janet intercambiaron una mirada nerviosa.

—Adrian, ¿estás bien? —preguntó papá.

—Mierda —murmuré, mientras una lágrima caía inexplicablemente de mi ojo. ¿De dónde demonios salió eso? Miré las caras comprensivas de Janet y papá con una sonrisa forzada—. Lágrimas de alegría. Lágrimas de alegría.

—No va a ser una gran boda —insistió papá, extendiendo la mano por encima de la mesa y apretando la mía—. Haremos una ceremonia tranquila en el ayuntamiento y luego una pequeña recepción privada. Veinte personas como máximo.

—No tienen que hacer eso por mí —dije, aunque secretamente estaba agradecida. La idea de acercarme a la iglesia donde Marcus y yo tuvimos nuestra "boda" me hacía sentir mal.

—No lo hacemos. Ambos hemos estado casados antes. Y mira cómo resultó —dijo papá con una sonrisa burlona—. Si te sientes incómoda asistiendo a la ceremonia real, lo entendemos.

—No seas ridículo. Estaré allí.

—Nos alegra mucho oír eso. Y otra cosa —continuó papá—, siéntete libre de decir que no. Pero ¿considerarías dar un discurso para nosotros? En la recepción. No tiene que ser nada extravagante. Pero nos encantaría que dijeras algo.

—Por supuesto. —Apenas me había sentido romántica durante las últimas semanas, pero pensé que podría armar algo aceptable.

Janet se disculpó para ir al baño un rato después, justo antes de que nos trajeran la cuenta. Una vez que se fue, papá se inclinó hacia adelante.

—Adrian, sobre tu madre... —comenzó.

—¿Le has contado? —pregunté.

—No. Esperaba que tú pudieras hacerlo.

—Papá. Vamos. ¿Es realmente necesario que lo sepa? —pregunté, solo medio en broma.

—Por supuesto que sí. Pero apenas podemos mantener una conversación civilizada. Preferiría que lo escuchara de ti.

—Papá, ¿no podemos simplemente no decírselo? Es broma. No, hablo en serio.

—Pensé en invitarla, pero sé que sería un desastre total.

—Dios, no —respiré. Solo podía imaginar a mamá abucheando a papá y Janet mientras intentaban decir sus votos matrimoniales.

—Por favor, díselo. Te lo agradecería mucho.

—De acuerdo —dije—. Y felicidades de nuevo. Lo digo en serio. Janet me cae muy bien.

—Sí —dijo papá, con los ojos un poco húmedos mientras Janet se acercaba a la mesa—. A mí también.

Después de salir del restaurante, consideré llamar a mamá para acabar con esto, pero decidí no hacerlo. Claro, ella estaba recuperándose con el Cigoto, pero no tenía idea de cómo reaccionaría. Y me aterraba que llamara a papá y empezara una pelea. Quería que él disfrutara de la alegría que parecía estar sintiendo. Honestamente, toda mi amargura sobre Marcus y nuestra "boda" se desvaneció cuando vi lo feliz que parecía papá. Bueno, la mayor parte de mi amargura. Estaba segura de que siempre tendría un poco de amargura por todo el asunto. Solo un poco.

En cualquier caso, la recién descubierta felicidad de papá con Janet era inspiradora. Y ciertamente respaldaba mi teoría de la perseverancia. Si papá podía encontrar la felicidad después de estar en un matrimonio de más de veinte años, yo ciertamente podría encontrar esa felicidad después de mi abandono. Me hizo estar aún más decidida a lanzarme de lleno a mi relación —sí, oficialmente la estaba llamando relación— con Douglas.

Lo llamé de camino a casa de Liz después del brunch. Sonó gratamente sorprendido, pero accedió a encontrarse conmigo para una película por la tarde. Cuando llegó, lo recibí con un beso apasionado. Se apartó del beso, mirándome con una sonrisa.

—Sabes, podríamos simplemente volver a mi apartamento —dijo en tono de broma. Le di un manotazo en el brazo, guiándolo hacia el cine.

—Fase de cortejo, ¿recuerdas?

—Por supuesto —dijo Douglas, tomándome del brazo.

Nos besamos durante la mayor parte de la película. Sentí una emoción cuando la persona a nuestro lado nos instó a buscar una habitación. Era exactamente el tipo de reprimenda que Marcus y yo recibíamos al principio de nuestra relación.

Salimos del cine y nos dirigimos al SoHo para recorrer algunas galerías de arte. En una galería en particular, nos paramos frente a una exposición de vanguardia, contemplando una hoja de papel que parecía un garabato hecho con crayón. Estaba acompañada por una seria música operística. Los otros visitantes de la galería observaban la pintura con silenciosa admiración, una mujer incluso tarareaba la pieza operística. Sentí un impulso abrumador de reírme de la seriedad forzada de todo el asunto, y por supuesto, cada vez que intentaba contener mi risa, las ganas de reír solo se hacían más fuertes.

Miré a Douglas de reojo, y para mi enorme alivio, vi que él también luchaba contra el impulso de no reírse. Cuando la pieza operística llegó a su clímax, fue como si una presa se rompiera. Comencé a reír. Douglas se unió, agarrándose los costados mientras se sacudía de risa. Pronto fuimos echados por el dueño de la galería, molesto.

—Eso fue jodidamente horrible —dijo Douglas.

—Juro que le dieron un crayón a un niño de dos años y lo dejaron suelto. Y luego lo emparejaron con música de ópera y ¡voilà! Obra maestra.

—Exactamente. Me alegro tanto de que estés de acuerdo. Quedarse ahí y guardar silencio fue doloroso.

Continuamos por una pintoresca calle empedrada, Mercer Street, tomados de la mano, y miré a Douglas. Todavía se estaba riendo. Levantó la palma de mi mano hasta la suya y la besó. Me encantó sentir una pequeña emoción por esto. Me detuve en seco.

—¿Qué? —preguntó.

—Esto —susurré.

Me puse de puntillas y presioné mis labios contra los suyos. No fue un beso explosivamente apasionado, pero se sintió seguro. Era una buena sensación estar con alguien de nuevo, sin la presión de

títulos o bodas o anillos de compromiso. Esa era la maravilla de seguir adelante. La sensación de libertad y seguridad a la vez. Libertad del dolor de mi antigua relación y la seguridad de entrar en una nueva.

Pero debería haber sabido que una vez que comenzara a sentir un indicio de seguridad emocional, que de hecho estaba bien encaminada para seguir adelante con mi vida, algo sucedería que detendría todo en seco. Y al instante sería arrojada de mi red de seguridad de vuelta a la zona de peligro.

Porque cuando regresé al apartamento de Liz más tarde esa noche, todavía embriagada por los besos de Douglas, Marcus estaba allí. Aquel Que No Debe Ser Nombrado. Físicamente allí. Sentado frente a Liz y Stewart, tamborileando con los dedos sobre sus rodillas. Se puso de pie mientras yo permanecía congelada en la puerta.

—Hola —dijo.

Capítulo Doce

DEJANDO EL HÁBITO

No había visto a Marcus desde nuestro encuentro con él y su nueva novia supermodelo en el vestíbulo de su edificio de oficinas. Antes de eso, estuvo la desastrosa reunión en nuestro antiguo apartamento. Y antes de eso, la diminuta sala trasera de la iglesia. Sabía que nunca sucedería, pero había esperado eventualmente olvidar cómo se veía, porque eso haría que el dolor de nuestra ruptura doliera un poco menos. Pero ahí estaban los familiares ojos color avellana en los que solía perderme, los labios que solía mordisquear por las mañanas, las manos que tiernamente deslizaron el anillo de compromiso en mi dedo. Su sola presencia física estaba trayendo de vuelta cada uno de los recuerdos de nuestra relación.

—¿Adrian? —preguntó Marcus.

Me di cuenta de que había estado pegada al marco de la puerta de Liz durante casi cinco minutos. Me obligué a moverme hacia adelante. Le lancé una mirada fulminante a Liz, quien se encogió de hombros sin poder hacer nada.

—¿Qué estás haciendo aquí? —logré decir con voz chillona.

¡Maldita sea! Tenía todo un discurso ensayado preparado para cuando lo viera de nuevo. Consistía en lo fabulosa que era mi vida y cómo me había librado de una bala al no casarme con él. Ahora apenas podía armar una frase coherente.

—Stewart lo dejó entrar —dijo Liz a la defensiva, poniéndose de pie. Stewart permaneció sentado, mirando alternativamente a

Marcus y a mí con gran interés, como si estuviera viendo la escena culminante de una película—. Le dije que no tienes nada que decirle.

Le di una mirada de agradecimiento, y ella hizo un gesto para que Stewart se pusiera de pie mientras se dirigía hacia su habitación. Él lo hizo de mala gana, sin apartar los ojos de Marcus o de mí.

—No, ustedes dos no tienen que irse. Estoy segura de que Marcus puede decir lo que sea que vino a decir y marcharse.

—Me gustaría hablar contigo a solas —dijo Marcus.

—Puedes decir lo que tengas que decir con Liz y Stewart aquí —insistí.

—Adrian, está bien. Estaremos en la otra habitación —dijo Liz, arrastrando a Stewart detrás de ella mientras se dirigía a su habitación.

—Adrian dijo que podíamos quedarnos —protestó Stewart, caminando hacia atrás mientras nos observaba a Marcus y a mí.

—Stewart —dijo Liz, llevando al reticente Stewart fuera de la sala de estar y cerrando la puerta de su habitación detrás de ellos, aunque sabía que tendrían sus oídos pegados a la puerta.

Arrastré mis ojos de vuelta al rostro familiar y apuesto (que me dejó plantada en el altar y que ahora sale con una supermodelo) de Marcus.

—¿Qué? —exigí. Aunque estaba tratando de parecer lo más hostil posible, secretamente esperaba que pronto estuviera de rodillas, rogándome que lo aceptara de vuelta.

—Recibí la invitación para la boda de tu padre —dijo.

—¿Qué?

¿Papá había invitado a mi ex prometido que me dejó plantada a su boda?

—Oh. —Marcus frunció el ceño—. Pensé que lo sabías. Solo quería...

—¿Recibiste una invitación por correo? —pregunté, horrorizada. ¿Era este algún plan retorcido que papá había ideado para que Marcus y yo volviéramos?

—No. Por correo electrónico. Una elegante. Parecía uno de esos correos masivos. Tal vez se olvidó de eliminarme. No lo sé.

—Oh —dije, mi enojo solo ligeramente aplacado.

—Um, por favor agradece a tu padre por la invitación. Pero si no quieres que esté allí, no iré. Lo entiendo completamente.

—¿Viniste hasta aquí solo para decirme eso? —pregunté con incredulidad—. Existen los teléfonos. Y el correo electrónico, por supuesto.

—Lo sé, lo sé. Pero me dijiste que nunca te volviera a llamar, ¿recuerdas? —dijo, intentando sonreír—. Y temía que ignoraras mi correo electrónico.

—Tienes razón —respondí, apartando la mirada de él mientras un destello de dolor cruzaba su rostro—. Podrías haber hablado simplemente con papá. Por supuesto que no quiero que vengas.

—Cierto —dijo Marcus, apretando la mandíbula ante mi frialdad —. Pero no vine aquí solo para decirte eso. Tu pequeña cómoda, la que solíamos tener junto al sofá, la tomé por error. Estoy conduciendo el auto de Gerry. Ha estado en su maletero durante semanas, y sigo queriendo pasar a dejártela.

—Oh —dije de nuevo, desanimada—. Realmente podrías haber llamado.

—Lo sé, Adrian. Pero estaba en el vecindario, y ahora estoy aquí. Además, intenté llamar a tu celular. Te dejé un mensaje.

—Estaba fuera —dije distraídamente—. Fui al cine y a esta galería de arte en SoHo con Douglas.

—¿Douglas?

—Mi novio —dije, y una oscura oleada de placer me invadió cuando Marcus se tensó. En realidad, Douglas y yo aún no habíamos alcanzado oficialmente ese estatus, pero Marcus no necesitaba saberlo—. ¿Cómo está Gisele?

—Gabrielle. Su nombre es Gabrielle.

—¿Cómo está ella?

—Está bien —dijo con tensión—. Subiré la cómoda. Luego me iré.

—Bien —dije. Decidiendo añadir más sal a la herida, agregué—: Pronto volveré a casa de Douglas.

—Ya veo —dijo Marcus—. Debo decir, Adrian... que te mueves rápido.

—¿*Yo* me muevo rápido? —pregunté, enfurecida por su hipocresía—. ¡Tú eres el que inmediatamente comenzó a acostarse con una supermodelo brasileña en el momento en que rompimos!

—No es una supermodelo brasileña —dijo Marcus, luciendo tanto molesto como ligeramente divertido—. Es abogada. Y es de Argentina.

—No me importa —mentí, luchando contra mi furia por el hecho de que no había negado acostarse con ella y el conocimiento de que la hermosa criatura también era exitosa—. Y todo esto fue tu elección, ¿recuerdas? ¡No tienes derecho a burlarte de mí por seguir adelante con mi vida, imbécil egoísta!

—¿Qué tal si te ayudo con esa cómoda? —preguntó Stewart mientras él y Liz salían de su habitación, sin parecer en absoluto avergonzados por su descarado espionaje.

Pero Marcus y yo apenas los notamos; seguíamos mirándonos fijamente con furia.

—Eso estaría genial —dijo Marcus finalmente, pasando junto a mí hacia la puerta. Me tensé cuando me rozó al pasar. Olía a una combinación de pino y limón. Un aroma maravilloso. Solía olfatear su cuello por las mañanas —lo cual era un poco raro, en retrospectiva— antes de que se fuera a trabajar para disfrutar de ese olor, que parecía ser su aroma natural. Una vez que Stewart y Marcus se fueron, Liz me apretó la mano.

—Lo siento mucho, Adrian. Salí y él estaba sentado en el sofá con Stewart, y no tenía idea de lo que estaba pasando.

—Está bien.

—Debería haberlo echado.

—En serio —insistí, dándole lo que esperaba fuera una sonrisa brillante—. Está bien.

Marcus y Stewart regresaron con la cómoda diez minutos después, depositándola en la sala de estar. Marcus se despidió educadamente de Stewart y Liz, deteniéndose junto a mí al llegar a la puerta.

—Adrian. Solo quería decir...

Pero Marcus se detuvo, mirándome fijamente por un largo momento. Finalmente, extendió los brazos para abrazarme.

Permanecí rígida en sus brazos, porque si cedía lo más mínimo, rompería en llanto. Después de lo que pareció el abrazo más largo del universo, dio un paso atrás.

—Adiós, Adrian —dijo, dándome otra larga mirada antes de salir del apartamento.

Tan pronto como estuve segura de que estaba fuera del alcance del oído, rompí en llanto. Liz corrió hacia mí.

—Ese imbécil. Venir aquí, después de lo que hizo. Gracias por dejarlo entrar, genio —dijo, mirando hacia atrás a Stewart.

—Oh, vamos. ¿Qué se suponía que debía hacer? Solo quería dejar una cómoda. Nunca he tenido problemas con él.

—Deberías tenerlos. Plantó a mi mejor amiga en el altar. Eso significa que tienes un problema con él. Somos el Equipo Adrian.

—¿Ahora estamos en equipos? —se quejó Stewart.

—Todo el mundo toma partido después de una ruptura. Así son las cosas —dijo Liz.

—Liz, olvídalo —dije, secándome las lágrimas—. Ustedes no hicieron nada malo. Creo que me voy a la cama.

—Son las siete y media —protestó Liz.

—Así es —murmuré, dirigiéndome a mi habitación.

Por supuesto, no me dormí de inmediato. Mi reacción a la presencia física de Marcus no fue buena. Para nada buena. Aparentemente, no estaba tan avanzada en el camino de la recuperación como pensaba. De hecho, parecía como si estuviera justo donde empecé. Maldito sea por aparecer aquí. Maldito sea por seguir viéndose tan bien y oliendo a limón y pino.

Le di un sermón a papá al día siguiente. Estaba arrepentido y confesó que usó la encantadora función de "Enviar a todos" en su correo electrónico cuando envió la invitación para la recepción de su boda, olvidando convenientemente que aún tenía la dirección de correo electrónico de Marcus en su libreta de direcciones. Prometió retirar la invitación, pero ya era demasiado tarde. El daño estaba hecho.

Todo el fin de semana, me obsesioné con Marcus y apenas pensé en otra cosa. Mi mente daba vueltas con preguntas sin respuesta. ¿Por qué vino aquí? ¿Me echaba de menos? ¿Se arrepentía de lo que

hizo? ¿Quería volver conmigo? ¿Quería yo volver con él si ese fuera el caso? Me inquietó darme cuenta de que no podía responder a esa pregunta.

Cuando llegó el lunes y me dirigí a la cafetería para reunirme con Jackson, todavía estaba sumida en pensamientos sobre todo el incidente de Marcus. Apenas podía concentrarme en lo que estábamos discutiendo.

—Tierra llamando a Adrian Lexley. Tierra llamando a Adrian Lexley.

—Lo siento —dije, sacudiendo la cabeza. Me había quedado absorta en otra ensoñación, tratando de analizar el significado de los evidentes celos de Marcus hacia Douglas—. ¿Qué estabas diciendo?

—Acabo de decir que los elfos están cayendo del cielo y los gnomos corren para recogerlos para los duendes. Asentiste y dijiste que es una gran idea —dijo Jackson, divertido.

—Oh. Lo siento. Supongo que estoy un poco distraída.

—¿Por qué? —preguntó—. Y no digas que no es asunto mío. Como tu colega, tengo derecho a saber qué te tiene tan preocupada.

—Solo tonterías. Lo siento. Prometo prestar atención. ¿Qué van a hacer los duendes con los elfos?

—No te voy a dejar escapar tan fácilmente. Suéltalo, Lexley.

—¿Quieres compartir lo que hiciste con Solo Katerina todo el fin de semana? —pregunté, arqueando las cejas.

—Claro. Pero lo pasamos principalmente en la cama.

—Mi ex prometido pasó por aquí el fin de semana y me desconcertó por completo —solté, sin querer escuchar sobre Jackson y Solo Katerina en la cama.

Procedí a contarle cómo papá invitó accidentalmente a Marcus a su boda, lo nervioso que parecía Marcus en mi presencia, así como sus celos de Douglas. Omití la avalancha de emociones que me invadió al ver a Marcus de nuevo y cómo rompí en llanto. En su lugar, enfaticé lo bien que me sentía y cómo me estaba enamorando totalmente de Douglas, aunque en realidad no había pensado en él desde que vi a Marcus.

Después de terminar de divagar, me sentí un poco avergonzada por lo mucho que había revelado.

Jackson me estudió por un largo momento.

—Una pregunta. Y por favor responde honestamente.

—De acuerdo —respondí intranquila.

—Si Marcus dijera que quiere volver contigo, no necesariamente para comprometerse y casarse de nuevo, sino solo para volver a como eran las cosas antes del compromiso... ¿lo harías?

Ahí estaba de nuevo. La pregunta del millón con la que me había torturado todo el fin de semana. La pregunta incluso había pasado por mi mente antes de la aparición de Marcus en el apartamento de Liz. Y aún no sabía la respuesta. *Quería* que fuera no. Un no firme y rotundo. Pero había anhelado que las cosas fueran justo como eran entre Marcus y yo antes de que la boda y el compromiso lo complicaran todo. Sin embargo, Jackson no necesitaba saber sobre mi incertidumbre.

—Eso no es importante. Estoy completamente interesada en mi nuevo novio. Ese barco ya zarpó.

—Claro. Pobre Douglas.

—¿Qué quieres decir con *pobre Douglas*?

—¿Cuándo se va a dar cuenta el tipo de que solo lo estás usando para superar a tu ex?

—En primer lugar, no sabes nada sobre nuestra relación —comencé.

—No. Por favor. Por mucho que disfrute de tus diatribas, realmente deberíamos ponernos a trabajar. Y fuiste tú quien insistió en trabajar conmigo, ¿recuerdas?

—Empiezo a arrepentirme —refunfuñé, sacando un bloc de notas de mi bolso.

Jackson solo sonrió, y procedimos a repasar los puntos clave de nuestra entrevista con Daniel y Emma, así como más material para el grueso del artículo. Le dije a Jackson que quería entrevistar a Liz y Stewart como una de las parejas para nuestro artículo. Pensé que Jackson estaría algo molesto por tener otra pareja más para entrevistar, pero pareció gratamente sorprendido.

—Genial. ¿Son felices juntos? Solo para estar seguros —añadió cuando levanté las cejas.

—Sí —decidí omitir el incidente de las chaparreras de cuero y el hecho de que Liz parecía inquieta y comparaba a Stewart con estrellas del pop de los ochenta—. Han estado juntos durante años.

—Genial —respondió Jackson, haciendo un gesto para pedir la cuenta.

—¿Ya hemos terminado?

—A menos que tengas algo más que agregar, creo que hemos cubierto todo. Le prometí a Katerina que me reuniría con ella para almorzar.

—Oh —dije, tratando de no darle importancia a que pareciera tan ansioso por alejarse de mí para encontrarse con la Tal Katerina—. Diviértete. Probablemente yo pasaré por la oficina de Douglas.

—Diviértete con el Sr. Rebote. Quiero decir, Douglas.

—Voy a fingir que no escuché eso —dije dulcemente.

Jackson y yo salimos de la cafetería al mismo tiempo. Me apretó el brazo a modo de despedida antes de darse la vuelta y bajar por la calle. Toqué mi brazo, observándolo mientras paraba un taxi, un poco desconcertada por su breve contacto. Su toque siempre parecía desequilibrarme un poco. *Porque siempre es inesperado*, me justifiqué.

Decidí no molestar a Douglas en el trabajo. Eso sería demasiado necesitado, y no quería asustarlo. Así que me dirigí de vuelta a la oficina para trabajar en el artículo. Para mi sorpresa, había un correo electrónico de Marcus en mi bandeja de entrada. Me quedé mirando el correo sin abrir durante cinco minutos completos, temiendo lo que había dentro. ¿Habría una súplica para que volviera con él? ¿Una declaración de amor? Tomé aire y abrí el correo.

Adrian:

Solo quería disculparme por mi comportamiento del otro día. No tenía derecho a ser tan grosero, y aparecí de la nada. Con toda honestidad, te he echado de menos, y realmente quería verte. Entiendo perfectamente por qué no quieres que esté en la boda de tu padre, y espero que podamos ser amigos en algún momento en el futuro. Así que... lo siento. Espero que estés bien.

Saludos,

Marcus

Ahí estaba ese maldito *saludos* otra vez. ¿Y por qué me estaba consultando cuando él fue quien decidió que simplemente no podía casarse conmigo? ¿No estaba durmiendo con esa supermodelo abogada apenas unas semanas después de dejarme plantada? ¿Cómo se atrevía a suponer que yo me arrastraría por las migajas de amistad de alguien a quien una vez amé tan profundamente, y que aparentemente no había sentido lo mismo? ¿Disfrutaba retorciendo el cuchillo en la herida?

En ese momento supe que si no ponía freno ahora, siempre sería la mujer con el corazón roto que había huido de la iglesia hace casi dos meses, en lugar de la mujer fuerte que había hecho todo lo posible por seguir adelante.

Marcus era el equivalente a un hábito adictivo que tendría que dejar. Era mi cigarrillo metafórico si fuera fumadora, mi copa de vino si fuera alcohólica. Si dejaba que la fuente de mi adicción siguiera rondando, ¿cómo iba a dejar el hábito? Me avergonzaba admitirme a mí misma que si Marcus hubiera pedido en su correo electrónico que considerara volver juntos, definitivamente lo habría hecho. Al menos, lo habría considerado. Y eso no sería una buena idea. Una vez que has terminado, eso es todo. Lo que está roto no se puede volver a unir.

Con gran dificultad, compuse el siguiente correo electrónico conciso:

Marcus:

Fui clara al pedirte que no volvieras a contactarme. Tú eres quien terminó nuestra relación, y creo que es mejor que las cosas sigan así. Gracias por la disculpa, así como por aceptar no asistir a la boda de mi padre, pero creo que es mejor que dejemos las cosas como están.

Saludos,

Adrian

Me recliné, leyendo el correo electrónico. Respiré profundamente y presioné "Enviar", cerrando los ojos.

—Vaya —dijo la voz tranquila de Jean detrás de mí—. Eso fue realmente impresionante.

—¡Jean! —Me giré en mi silla para encontrar a Jean mirando la pantalla de mi computadora—. Eso era privado.

—Lo sé, lo sé —dijo Jean, al menos teniendo la decencia de parecer avergonzado—. Solo pasaba por aquí.

—Agradecería que no miraras mis correos electrónicos privados. Y deja de mirarme así. Estoy bien. Marcus es quien sigue contactándome. Estoy saliendo con alguien y soy feliz con él.

—¿Estás saliendo con Jackson Taylor?

—¡No! Dios, no. Su nombre es Douglas. Es británico, encantador y sexy.

—Oh —dijo Jean, pareciendo aburrido—. Un rebote. Bien. De todos modos, iba a sugerirte eso.

—Al principio pensé que era un rebote. Pero mi relación con Douglas se está volviendo más seria, muchas gracias. Nos estamos conociendo, y me gusta mucho.

—Para alguien que está "bien", estás extremadamente irritable —respondió Jean, levantando las cejas mientras se alejaba con paso arrogante.

Intenté no revisar mi correo electrónico para ver si Marcus había respondido durante el resto del día, pero por supuesto lo hice. Y no respondió. Me dije a mí misma que estaba complacida, pero una duda persistente se coló en mí. ¿Había sido demasiado dura?

Pero entonces recordé la expresión en su rostro en la iglesia, la amazona enlazando su brazo con el suyo, su continuo uso de la palabra *saludos*, y decidí que había sido demasiado educada. Imbécil.

Me dirigí a casa con la intención de disfrutar de mi nueva comida reconfortante de vino y Doritos, y luego embarcarme en mis pasos post-ruptura una vez más. Ejercicio, mantenerme ocupada, etcétera. Realmente era como luchar contra una adicción. Una vez que sentía esa tentación, era hora de embarcarme en el viejo programa de diez pasos.

Mientras me acercaba al edificio de Liz, disminuí la velocidad. Liz estaba afuera, enfrascada en lo que parecía una acalorada discusión con un hombre que no reconocí. Liz comenzó a darse la vuelta para regresar al edificio, pero el hombre se estiró y la detuvo. Comencé a

dar un paso adelante para intervenir, pero para mi sorpresa, el hombre se inclinó y la besó.

Fue un beso apasionadamente intenso. Para mi horror, Liz respondió. Levantó los brazos para rodearle el cuello, acercándolo más. Di un paso atrás para mantenerme fuera de la vista. Observé cómo el hombre misterioso la llevaba lejos de su edificio hacia la calle, parando un taxi. Aún tomados de la mano, desaparecieron en el taxi y se perdieron de vista.

Capítulo Trece

EL JUEGO DEL ENGAÑO

Me quedé allí durante diez minutos enteros, observando incrédula el lugar donde Liz se había besado con su novio encubierto. Sentí una oleada de emociones... incredulidad, asombro, lástima por Stewart y traición. Ahora sabía que técnicamente Stewart era el traicionado, pero Liz me había estado ocultando esto: a mí, su supuesta mejor amiga. ¿Y cuánto tiempo llevaba pasando? ¿Quién era ese tipo? Al menos esto explicaba su extraño comportamiento durante las últimas semanas, así como su creciente distanciamiento de Stewart. Pero conocía a Liz desde hacía más de diez años, y era la última persona en el mundo que engañaría.

Entré en el apartamento de Liz, tratando de darle sentido a lo que había visto. Tal vez Liz no estaba saliendo con ese tipo. Quizás solo se besaba con sus amigos gays en público por diversión.

Pero sabía que ese no era el caso. Tampoco podía negar el hecho de que probablemente se estaba acostando con él. Y la masoquista en mí se preguntaba si Marcus también me había engañado hacia el final de nuestra relación.

Quería llamar a alguien, pero Liz era la persona a la que llamaba en situaciones como esta. Por alguna razón, consideré llamar a Jackson. Resistí el impulso, especialmente cuando recordé cómo había insistido en que Liz y Stewart eran sujetos perfectos para nuestro artículo sobre encontrar el amor en la gran ciudad. Ahora quería reírme de la ironía.

Para mi sorpresa, Liz regresó a casa solo una hora después. Yo estaba plantada frente al sofá viendo televisión. Noté que parecía un poco alterada, pero sonrió cuando me vio. Decidí ponerla a prueba.

—Hola, Adrian —dijo, dirigiéndose a la cocina—. ¿Te sientes mejor?

—Sí —dije, poniéndome de pie y siguiéndola a la cocina—. ¿De dónde vienes?

Liz palideció ligeramente antes de que su sonrisa volviera a aparecer.

—Del trabajo, por supuesto —respondió, caminando hacia los armarios—. ¿Por qué?

—¿Justo ahora? Es algo tarde.

—Normalmente llego a casa a esta hora —dijo Liz, luciendo tan desconcertada que casi me engaña.

—Qué raro. Porque podría jurar que te vi afuera besándote con un tipo que no es Stewart.

Ahora el color desapareció del rostro de Liz. Se quedó inmóvil pero mantuvo la apariencia.

—¿En serio? Eso es extraño porque acabo de llegar a casa —dijo apresuradamente, evitando mi mirada.

Mis hombros se desplomaron. Su mentira fue como un puñetazo en el estómago. ¿Por qué no podía ser honesta conmigo?

—Liz, vamos. Te vi.

Liz finalmente me miró. La culpa que vi en su expresión la delató.

—Lo siento —susurró—. Es... complicado.

—¿Por qué no pudiste simplemente decírmelo? ¿Cuánto tiempo ha estado pasando esto? ¿Y por qué aceptaste que te entrevistara para el artículo si planeabas dejar a Stewart? ¡Acabo de venderos a ti y a Stewart a Jackson como si fuerais la pareja perfecta!

—Oh, lamento haberte causado inconvenientes a ti y a tu artículo. Olvido que todo esto se trata de ti. Y no planeo romper con Stewart. Como dije, es complicado.

—¿No vas a romper con él? ¿Vas a seguir engañándolo? ¿Y cómo es complicado? ¿Te detuviste a pensar en Stewart? ¿Por qué le estás haciendo esto?

Los ojos de Liz se entrecerraron, y su expresión de culpa se convirtió en una de enojo.

—¿Esto es sobre Stewart o es sobre ti? —exigió, alejándose de la cocina.

Siempre odiaba cuando la gente se iba de la habitación en medio de una discusión. Especialmente después de decir algo particularmente irritante. Era algo que vi hacer a mis padres muchas veces durante sus discusiones mientras crecía. Exasperada, la seguí de vuelta a la sala de estar.

—¡No intentes cambiar de tema! —grité—. ¿Has pensado en cómo esto va a afectar a Stewart? ¿Te has acostado con él?

—No, no lo he hecho, ¡y por supuesto que he pensado en Stewart! Estoy enloqueciendo. Lo he estado desde que encontré ese estúpido anillo que ni siquiera era para mí. ¡Y estás siendo muy crítica cuando podría usar un poco de consejo!

—¿Consejo? ¿Qué te parece este consejo?: ¡no engañes al novio que te ama!

—Adrian, no lo entiendes.

—¿Cómo puedo darte consejos si me ocultas cosas como esta?

—Porque no tienes objetividad. Harás que todo se trate de ti y Marcus porque, quieras afrontarlo o no, lo que pasó entre ustedes te va a afectar por un tiempo. Mira cómo reaccionaste cuando Marcus vino aquí. Así que aunque creas que tu simpatía es por Stewart, ¡realmente es por ti misma! —gritó Liz.

La miré fijamente, decidida a no mostrar cuánto me afectaban sus palabras. Liz respiró hondo, colocando las palmas de sus manos en su frente y cerrando los ojos.

—Solo necesito que me dejes en paz mientras resuelvo las cosas. ¿Por favor? —pidió.

—¿Al menos se lo dirás a Stewart? —pregunté.

Hubo una larga pausa. Liz abrió los ojos y me miró.

—Sí. Pero a su debido tiempo. ¿De acuerdo?

Después de una larga pausa, asentí. Nos quedamos de pie en silencio una frente a la otra durante unos momentos antes de que Liz girara sobre sus talones y desapareciera en su habitación. Había una parte de mí que se alegraba de que Liz hubiera escapado al

santuario de su habitación, porque esta era definitivamente una discusión que no podía terminar con un abrazo. Era una pelea en la que ambas necesitábamos retirarnos a nuestras esquinas y tomar un respiro.

Volví a la sala e intenté concentrarme en la televisión, pero mi mente no paraba de dar vueltas. ¿Por qué Liz no podía simplemente dejar a Stewart en vez de engañarlo? ¿Por qué Marcus me propuso matrimonio en primer lugar? ¿Por qué parecía tan difícil ser honesto en las relaciones?

Mientras reflexionaba sobre esto, sonó mi teléfono móvil.

—Hola, ángel —me saludó mamá con una alegría forzada.

Por su tono, supe que algo andaba mal. Debía haberse enterado de la boda de papá.

—Hola, mamá —respondí, rogando estar equivocada.

—Así que acabo de recibir el correo electrónico más interesante —continuó mamá alegremente, aplastando mis esperanzas. Realmente, realmente, realmente necesitaba enseñarle a papá a no usar la función "Enviar a todos" en sus correos—. Ven a celebrar la boda de Robert y Chippy.

—¿Chippy? —pregunté, conteniendo una risita.

—Como se llame —continuó mamá, aún usando ese tono alegre —. Qué interesante que me haya invitado. Por correo electrónico. A su esposa de más de veinte años. Y qué interesante que mi hija de veintiocho años no me lo haya dicho. Maravilloso. Qué maravilloso.

—Lo siento. Iba a decírtelo antes. ¿Acaso él... ¿Mamá?

Mamá había estallado en lo que supuse era una risa pero sonaba como una asfixia dolorosa. Mamá siempre se había reído de una manera extraña. Si realmente empezaba un ataque de risa, comenzaba con un grito agudo y concluía con mucha tos. Pero esto era diferente.

—¿Mamá? —pregunté de nuevo con aprensión, mientras continuaba el doloroso ahogo.

—Lo siento, cariño —dijo mamá, jadeando por aire—. ¿Crees que estoy molesta por la boda de tu padre?

—Em, sí.

—Oh, cariño. No me importa. Estoy completamente enamorada de Laurence. Solo me molesta que Robert haya tenido el descaro de enviarme esto. Ocupó todo el almacenamiento de mi bandeja de entrada. Creo que es maravilloso que Robert se case con la fulana que conoce hace cinco minutos. Espero que sepa que él siempre tiene que tener la razón, se niega a ceder en cualquier cosa y hace la cara más molesta cuando bosteza. Además, es tacaño, odia todo lo que tenga que ver con la cultura o las artes, y si no estás hablando de algo que le interese, se dormirá mientras le hablas. Cree que es un genio en los crucigramas. ¡Como si fuera la única persona en el mundo que sabe que cinco vertical es Stalin! Tiene una extraña obsesión con el Scrabble e inventa palabras que no existen. Y él...

—*¡Para ya!* —solté.

Me había contentado con dejar que mamá se desahogara por lo que claramente era su negación a estar molesta por la boda de papá, pero realmente creía que seguiría para siempre. De hecho, mientras estaban pasando por su divorcio, a menudo dejaba mi teléfono móvil sobre la mesa de café mientras ella despotricaba sobre papá, salía a cenar, volvía... y ella seguía divagando.

—Obviamente la boda te molesta, y lo siento. De verdad iba a decírtelo antes. Pero ¿no es bueno que ambos hayan seguido adelante?

—Su boda no me molesta —insistió mamá—. Y sí, es maravilloso que él siga adelante. Ahora será el problema de la fulana. Hablando de seguir adelante, Laurence y yo nos vamos de viaje.

—¿Tú y el Cigoto?

—Ese no es su nombre.

—Lo siento. El Feto.

—Voy a ignorar eso. Te llamaba para invitarte a ti y a tu nuevo hombre a esquiar con nosotros el próximo fin de semana.

—¿Como una cita doble?

—Como pasar tiempo con tu madre y el novio que adora porque no pasas suficiente tiempo con ella.

—Podemos cenar. O puedo ir a verte. Absolutamente no esquío.

La única vez que había ido a esquiar en las pistas fue durante una desastrosa excursión en la escuela secundaria en la que pasé la mayor parte del viaje de culo en la nieve.

—¿No fuiste a esquiar el año pasado con Marcus? —insistió mamá.

—Solo fui porque él seguía insistiendo en lo romántico que sería. Pero no me acerqué a las pistas. Me quedé en el albergue con una taza de chocolate caliente todo el tiempo. Y creo que es un poco pronto en la relación para invitar a Douglas a pasar el fin de semana fuera.

—Ven sola, entonces.

—Mamá, realmente no quiero ir a esquiar. Lo siento.

—¡Que te diviertas en la boda de tu padre! —gritó mamá, justo antes de que la línea se cortara.

Me quedé mirando el móvil por un momento, poniendo los ojos en blanco. Mamá estaba usando al Cigoto para no pensar en las próximas nupcias de papá, y quería que yo siguiera el juego.

Mi teléfono sonó de nuevo. Esta vez miré el identificador de llamadas antes de contestar. Mamá otra vez. Con un profundo suspiro, respondí.

—Adrian —dijo mamá, sonando derrotada—. Mira, no puedo decir que esté encantada de que Robert se case de nuevo. Laurence y yo vamos a esquiar con un grupo de sus amigos, y no conozco a nadie. Si no vienes, tendré mucho tiempo libre para pasar sola. Sería maravilloso si estuvieras allí. Te lo agradecería mucho.

Ah, el viejo y confiable chantaje emocional. Tendría que tener un corazón de piedra para rechazarla.

—Está bien —cedí—. Solo dame todos los detalles. Estaré allí.

Más tarde esa noche, tenía una cita para cenar con Douglas en un bistró en Tribeca. Me lo estaba pasando muy bien, pero no podía quitarme de la cabeza la discusión con Liz. Douglas, por su parte, me dejó despotricar sobre todo el asunto durante unos buenos diez minutos antes de intervenir.

—¿Por qué estás tan molesta por esto? —preguntó.

—¿Por qué? Porque está engañando a un tipo perfectamente agradable. Eso está mal.

—¿Y tú nunca has engañado? —preguntó.

—No. ¿Tú sí?

—Cuando tenía seis años engañé a mi novia de primer grado besando a la hija de la vecina de la que estaba enamorado.

—Eso no cuenta. Espera, ¿tenías novia a los seis años?

—Sí. Y era bastante serio.

—¿A los seis? Esa es otra historia. El punto es que lo que Liz le hizo a Stewart está mal.

—No estoy diciendo que lo que hizo no esté mal. Pero ¿cuál es esa famosa cita? "El que esté libre de pecado, que tire la primera piedra". Intenta no ser tan crítica, amor. Todos cometemos errores.

Lo miré, preguntándome cómo podía ser tan indiferente sobre todo el asunto. Di un trago a mi agua, recostándome en la silla y levantando las manos.

—Bien. Me callaré sobre el tema. Lo siento.

—Puedes seguir desahogándote —dijo Douglas, estirándose para tomar mi mano—. Continúa.

—No, estoy siendo una aguafiestas. Pararé —insistí, apretando su mano—. Por cierto, mi madre me pidió que fuera a esquiar con ella y su novio.

—¿Esquiar? ¿Dónde?

—Olvidé el nombre del resort. En algún lugar al norte del estado.

—Hace siglos que no voy a esquiar —dijo Douglas con una mirada nostálgica.

—¿Te gustaría venir? —pregunté y me arrepentí de inmediato. Iba a espantar al chico. Pero Douglas sonrió, llevando mi mano a sus labios.

—Me encantaría —dijo.

Sonreí, pero un temor nervioso me invadió. ¿Estábamos yendo demasiado rápido?

Pero aplasté esa sensación. Cuanto antes visitara nuevos lugares con alguien más, antes se desvanecerían los recuerdos que tenía con Marcus. Definitivamente era hora de crear nuevos recuerdos.

Me incliné hacia adelante para capturar los labios de Douglas en un beso.

Capítulo Catorce

SALIENDO DE LA CIUDAD

Mientras empacaba ropa súper abrigada para el viaje de esquí al que me estaban presionando a ir, decidí sacar lo mejor de la situación. Unas vacaciones eran realmente solo una forma de escapar de la realidad, aunque fuera temporalmente. De hecho, debería haber tomado unas mini vacaciones después de que me dejaran plantada.

Eché un vistazo al reloj en mi mesita de noche, luchando por cerrar la cremallera de mi bolsa de lona. Douglas estaba en camino, y aunque todavía tenía algunas dudas sobre irme de vacaciones con él tan pronto, me alegraba tener a alguien que me hiciera compañía mientras veía a mamá intentar no pensar en la boda de papá besuqueándose con el Cigoto.

Como si fuera una señal, Douglas llamó.

—Hola —contesté, cerrando la cremallera de mi bolsa—. ¿Estás abajo?

—Me vas a odiar —dijo Douglas—. Pero me quedé atrapado aquí en el trabajo con una cuenta de emergencia que tiene que ser atendida de inmediato. No podré escaparme en todo el fin de semana. Lo siento muchísimo.

—No es tu culpa —dije, sorprendida por la poca decepción que sentí—. Pasaré el fin de semana en el albergue, evitando el frío y las pistas.

—Diviértete, cariño. Dale mis disculpas a tu madre.

Colgué, poniéndome rígida cuando sentí una presencia detrás de mí. Me di la vuelta y encontré a Liz de pie junto a la puerta de mi

habitación. No nos habíamos dicho una palabra desde la pelea. Había habido muchos gestos, asentimientos y gruñidos en los últimos días. Estábamos a punto de aprender lenguaje de señas para comunicarnos.

—¿Te vas a esquiar el fin de semana? —preguntó Liz con rigidez.

—Sí. No iba a irme sin decir nada. Iba a dejar una nota.

—Bueno... diviértete —dijo Liz, dándose la vuelta para irse antes de que pudiera responder.

Empecé a ir tras ella para disculparme porque odiaba que las cosas estuvieran tan tensas entre nosotras. Y luego me detuve. ¿Por qué debería disculparme? Ella fue quien me engañó y me mintió al respecto. Podía aprender lenguaje de señas si era necesario.

Media hora después estaba atrapada en la parte trasera del coche de alquiler de Laurence, junto a todo el equipo de esquí. Mamá y Laurence estaban en los asientos delanteros. El brazo de Laurence estaba alrededor de ella, y la cabeza de mamá descansaba cómodamente sobre su hombro. No tenía idea de cómo iban a conducir de manera segura hasta el norte del estado de Nueva York en esa posición.

—Probablemente sea mejor que Douglas no haya podido venir —dijo mamá, suspirando con satisfacción mientras Laurence le daba un cariñoso beso en la mejilla—. No hubiéramos tenido espacio para él con todo el equipo. Es bueno que tengas algo de tiempo a solas.

—Cierto —respondí, apretando los dientes mientras Laurence le daba otro beso amoroso en la mejilla a mamá. ¿Era realmente necesaria tanta demostración pública de afecto?—. Espero que estés manteniendo los ojos en la carretera, Laurence.

—Adrian —me regañó mamá, pero Laurence solo se rió.

—Es que me resulta difícil concentrarme cuando estoy sentado junto a una mujer tan hermosa —respondió Laurence, sonriéndole a mamá.

—Oh, Laurence.

Ni siquiera intenté ocultar mi gesto de exasperación. Sin duda, este iba a ser un largo viaje por carretera.

Y lo fue. Había estado tan preocupada por la situación con Liz que olvidé cargar completamente mi teléfono antes del viaje. Así que

me vi obligada a escuchar cómo Laurence y mamá cantaban cada canción que sonaba en la radio. Dios mío, es una canción hermosa, pero nunca más quiero escuchar "Isn't She Lovely" de Stevie Wonder en mi vida. Incluso me instaron a cantar algunas de las canciones con ellos, lo que me llevó a mirarlos con enfado por el espejo retrovisor.

Cuando llegamos al albergue de esquí, salí tambaleándome del coche para estirar mis doloridas articulaciones. Eché un vistazo al interior del coche, donde mamá y Laurence se estaban besuqueando. Asqueroso, asqueroso, asqueroso. Me alejé del coche, preguntándome si este viaje podría empeorar. Y tan pronto como tuve ese pensamiento, las cosas empeoraron.

Miré hacia el albergue de esquí y, para mi asombro, vi a Jackson saliendo por la puerta principal. Se veía tan apuesto y arreglado como siempre, vestido con un elegante traje de esquí. Me vio al mismo tiempo que yo lo vi a él, luciendo igual de sorprendido. Se acercó a mí con su característico gesto perezoso.

—Realmente no puedes soportar estar fuera de mi presencia, ¿verdad, Adrian? —preguntó, deteniéndose frente a mí.

—Mamá me arrastró para ir a esquiar con ella y Laurence. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Un par de amigos de Laurence me invitaron.

—*¡Jackson Taylor!* —La voz emocionada de Laurence nos interrumpió.

Laurence se apresuró hacia adelante, abrazando a Jackson como un oso. Ahogué un quejido de fastidio. Todavía no entendía el enamoramiento de Laurence por Jackson.

—¡Jackson! ¡No teníamos idea de que estarías aquí! —exclamó mamá, igual de encantada. Salió del coche, luciendo sonrojada por los besos de Laurence. Se acercó para abrazar a Jackson—. Quiero decir, Laurence mencionó que podrías venir, ¡pero esto es toda una sorpresa!

Le lancé una mirada a mamá. Por supuesto que sabía que Jackson estaría aquí, y simplemente no se le había ocurrido decírmelo.

—Siempre estoy dispuesto a unas mini vacaciones. Gracias por la invitación —dijo Jackson, volviendo su mirada divertida hacia mí. Tenía que reconocérselo. No parecía tomarse demasiado en serio la evidente adoración de mamá y Laurence.

—¿Qué vas a hacer más tarde? Una vez que nos instalemos vamos a cenar. ¿Te gustaría unirte a nosotros? —preguntó mamá apresuradamente.

—Mamá, estoy segura de que Jackson tiene planes.

—En realidad... —comenzó Jackson.

—¡Jackson! —gritó una voz femenina enojada.

Todos nos giramos. Sentí una fuerte combinación de temor y fastidio. Just Katerina flotaba cerca de la entrada del albergue de esquí, inexplicablemente vestida con un abrigo de visón falso y botas de tacón. Tacones de aguja en al menos un metro de nieve.

—Mis maletas. Realmente necesito tu ayuda —hizo un puchero.

—¿Trajiste a Just Katerina? —pregunté antes de poder contenerme. Jackson me escrutó por un largo momento.

—Por supuesto. Es mi novia —dijo, y traté de ignorar la sensación de hundimiento en mi pecho—. ¿Dónde está tu rebote?

—¡Jackson! ¡Hoy, por favor! —chilló Just Katerina.

—Debería irme —dijo Jackson, caminando hacia atrás en dirección a Just Katerina—. Si no podemos llegar a la cena esta noche, deberíamos salir todos juntos en algún momento este fin de semana.

—¡Te tomo la palabra! —le gritó Laurence.

Observé cómo Jackson regresaba junto a Just Katerina, pasando su brazo alrededor de sus hombros mientras la conducía de vuelta al albergue. *¿Nosotros?* ¿Se refería a él y a Just Katerina como "nosotros"?

—Ella no te llega ni a los talones, cariño —dijo mamá, dándome palmaditas en el brazo—. ¿Te diste cuenta de que solo tenía ojos para ti todo el tiempo que estuvimos hablando?

—Mamá, por favor. Me importa un bledo con quién venga. Y solo se centró en mí porque ustedes dos se estaban deshaciendo en halagos hacia él —dije, pero sentí un pequeño alivio que no pude

entender del todo. Me dirigí al coche para ayudar a Laurence a descargar nuestras maletas.

Por suerte, estaba en una habitación separada en un piso diferente al de mamá y Laurence. La idea de escuchar a mamá y Laurence en pleno éxtasis era demasiado perturbadora. Mi habitación era acogedora y bonita, e incluso tenía una pequeña chimenea. Miré hacia afuera, maravillándome con la vista. Tal vez mamá tenía razón por una vez: un poco de tiempo a solas sería genial. Todo lo que tenía que hacer era evitar a Jackson y Just Katerina y evitar ver a mamá besuqueándose con el Cigoto, y estaría perfectamente bien.

Me había instalado en mi habitación y estaba de pie junto a la ventana, disfrutando de la vista de las montañas y árboles nevados, cuando escuché que llamaban a la puerta. Esperando que fuera mamá, me dirigí hacia allí y la abrí de golpe, decidida a decirle que estaba perfectamente bien en mi habitación y que me dejara en paz, muchas gracias.

Jackson estaba allí, luciendo devastadoramente guapo con un suéter de cuello alto negro y unos vaqueros que solo ciertos hombres podían llevar. ¿Se había cambiado de ropa o algo así?

—Hola, Jackson. ¿Qué pasa? —pregunté, tratando de calmar mi corazón acelerado.

—Tu madre me envió a preguntarte si querías unirte a nosotros para cenar.

—¿"Nosotros"? —pregunté, entrecerrando los ojos—. ¿Just Katerina incluida?

—No —dijo, sus labios temblando de diversión ante mi referencia a Katerina—. Katerina está exhausta por el viaje hasta aquí. Se va a acostar temprano.

—Quieres decir que no come.

—Estás de un humor excelente, ¿verdad? —respondió Jackson—. ¿Tendremos el honor de contar con tu presencia en la cena?

Estaba a punto de decir que no, y entonces recordé que el objetivo de este viaje era pasar tiempo con mi madre emocionalmente afligida, quien estaba haciendo un gran trabajo

demostrándolo con todas sus muestras de afecto público con el Cigoto.

—Dame un segundo —dije, retrocediendo y empezando a cerrar la puerta. Pero Jackson me impidió cerrarla colocando su cuerpo en el umbral.

—Esperaré —dijo.

Le lancé una mirada, dirigiéndome al baño para retocar mi maquillaje y arreglar mi cabello despeinado. Cuando salí del baño, me encontré a Jackson de pie junto a la ventana, mirando la vista. Me pregunté en qué estaría pensando.

—La naturaleza. Solo estoy pensando en lo inspiradora que es —dijo Jackson, volviéndose para mirarme. Se rio de mi expresión sorprendida—. Todos nos preguntamos en qué piensan los demás cuando parecen tan pensativos.

—Eh, sí —respondí, pero todavía estaba desconcertada por la forma en que siempre parecía leer mi mente.

—Cuando era niño, mis padres nos llevaron a las montañas a acampar durante una semana. Realmente nos hizo apreciar la naturaleza. A veces te olvidas cuando vives en una ciudad, lidiando con tu vida agitada, que eres parte de algo más grande —dijo Jackson.

Me acerqué a la ventana para pararme junto a él, sorprendida de que me estuviera dejando entrar en algo de su vida personal cuando normalmente era tan reservado. Mientras contemplaba la impresionante vista, tuve que estar de acuerdo con él.

—Hace que las molestias en nuestras vidas parezcan tan pequeñas —dije, observando el vasto paisaje del cielo, los árboles y las montañas.

Jackson se apartó de la ventana y me miró durante un momento tan largo que tuve que apartar la mirada. A veces su mirada era demasiado íntima para que yo pudiera soportarla. Resurgió un recuerdo de nuestro casi beso, y mi cara se acaloró. Me volví hiperconsciente de que Jackson y yo estábamos solos en mi habitación, en un albergue de esquí algo romántico.

—¿Vamos? —preguntó Jackson, rompiendo el silencio cargado, alejándose de la ventana y dirigiéndose hacia la puerta. Asentí,

apartando la astilla de arrepentimiento que revoloteó en mí.

No solo estaban mamá y Laurence en nuestra gran mesa en la parte trasera del albergue de esquí, sino que también había varios amigos de Laurence. Ellos también tenían enormes enamoramientos platónicos con Jackson. Afortunadamente, parecieron cansarse de Jackson bastante rápido y volvieron a hablar entre ellos después de aproximadamente una hora de interrogarlo sobre su próximo libro. Cuando hubo un momento de silencio, Jackson se volvió hacia mí.

—¿Dónde está tu novio? —preguntó.

—Tuvo que trabajar. De lo contrario, estaría aquí —dije, sintiéndome un poco a la defensiva.

—Por supuesto —dijo Jackson después de una breve pausa.

—Entonces. ¿Cómo está Just Katerina?

—Tengo la sensación de que no te cae bien.

—No la conozco lo suficiente como para que me caiga mal. Todo lo que sé es que aparentemente no tiene apellido y usa abrigos de piel políticamente incorrectos y tacones de aguja en un metro de nieve.

—Es visón falso —dijo Jackson—. Hay mucho que apreciar. Es trabajadora y perseverante. Tiene un buen corazón. Y tiene una voz hermosa. Deberías venir a uno de sus espectáculos alguna vez.

—Estoy segura —dije, apartando la mirada de sus ojos intensos y dando un largo trago de sidra caliente. Era obvio que estaba encaprichado con Just Katerina.

—Y sobre todo —continuó Jackson, clavando sus ojos en los míos —, ella no intenta discutir conmigo constantemente ni morderme la cabeza.

—¿Qué se supone que significa eso? —exigí—. ¿Fue algún tipo de referencia indirecta a cómo te trato?

—Tú lo has dicho, no yo —respondió Jackson, brindando hacia mí con su sidra caliente mientras bebía un sorbo.

—Para que conste, no siempre intento discutir contigo. Me defiendo. Y no tengo que ser amable contigo. No soy tu novia.

—Cierto. Pero sería agradable hablar contigo sin la armadura emocional. Y no me digas que no tienes armadura o finjas no saber de qué hablo. Todo el mundo lleva armadura —dijo Jackson, y podría jurar que vi un destello de vulnerabilidad en sus ojos.

—Te concedo eso —dije con cuidado—. Pero si vamos a ser completamente honestos aquí, tú ni siquiera te has acercado a quitarte tu armadura metafórica conmigo. Y sabes exactamente de lo que hablo. Entonces, ¿por qué debería hacer yo lo mismo?

Jackson no respondió. Se puso de pie, con expresión cautelosa.

—Me voy a ir a la cama. *Just* Katerina me espera —dijo, sonriendo mientras usaba mi apodo para ella. Pero mi estómago se tensó al mencionarla—. Tal vez te vea en las pistas mañana.

—De ninguna manera —dije, sacudiendo la cabeza—. Yo no esquío.

—¿Por qué no me sorprende? —dijo, sacudiendo su propia cabeza con divertida ironía—. Bueno. Nos vemos.

—No te olvides de despedirte de tus fans —dije, señalando hacia mamá y Laurence, que habían estado observando a Jackson desde que se puso de pie.

—No lo haré —dijo Jackson, tomando mi mano y apretándola en señal de despedida.

Retiré mi mano de la suya con el pretexto de tener que dar otro trago de sidra. Me sonrió antes de dirigirse al otro lado de la mesa para despedirse de mamá y Laurence. Mientras lo veía salir del comedor, decidí que haría todo lo posible por evitarlo durante los próximos dos días. No podía ser tan difícil.

—Al menos intenta las pistas para principiantes, cariño —insistió mamá.

—*¡No!* —ladré.

Era dolorosamente temprano a la mañana siguiente, y mamá de alguna manera había entrado en mi habitación (aparentemente ella también tenía un juego de llaves) y procedió a rogarme que fuera a esquiar con ella y Laurence.

—¿Cuál es el punto de que vengas aquí si no vas a esquiar? —insistió.

—Exactamente —dije, sentándome para mirarla con el ceño fruncido—. Vine aquí porque estás de luto por el matrimonio de papá. Pero me pareces bien. Más que bien. Tú y el Cigoto.

—Laurence —corrigió mamá entre dientes.

—Ustedes dos no han hecho nada más que besuquearse desde que he estado aquí. Bien podría irme a casa —continué, volviéndome a acostar y poniéndome la almohada sobre la cara.

Mamá me arrebató la almohada, sentándose sobre ella cuando intenté alcanzarla de nuevo.

—Estoy decepcionada contigo, Adrian. Nunca te tomé por alguien que se rinde o que no acepta desafíos.

—¿De qué estás hablando? Por favor, devuélveme mi almohada.

—Todavía estás de luto por Marcus, ¿verdad?

—Oh, Dios —dije, cubriéndome los ojos con las manos—. Con toda honestidad, no le he dedicado ni un solo pensamiento desde que estoy aquí. No quiero esquiar porque soy terrible en eso.

—Todo lo que escucho es 'no' y 'terrible' y 'no puedo' —dijo mamá, poniéndose de pie—. Has dejado que una actitud negativa se filtre en tus huesos. Bien, de acuerdo. Quédate en la cama, lamentando tu vida por Marcus.

—*¡Aargh!* —grité, saliendo de la cama y mirando a mamá con furia—. Si quieres que me rompa todos los huesos esquiando para probar que he superado a Marcus, ¡lo haré!

—Genial —dijo mamá, radiante de placer—. Laurence y yo te esperaremos en el telesquí en treinta minutos.

Miré con incredulidad mientras mamá salía de la habitación. Ella acababa —una vez más— de manipularme psicológicamente para hacer algo que no quería hacer. Era un truco que había usado cuando yo era una niña de siete años que se negaba a comer espinacas, una de doce que se negaba a ponerse un vestido rosa

grotesco que ella quería que usara, y una de diecisiete que realmente quería usar un top de tubo "descarado" para la fiesta de un amigo. La mujer tenía un don.

Así fue como me encontré parada junto al telesquí con mamá y Laurence, envuelta en un abrigo gris bastante poco favorecedor y un traje de nieve holgado a rayas blancas y negras que había estado acechando en mi armario durante varios años. Ambos estaban engalanados con trajes de esquí bastante llamativos y coordinados.

—¿No pudiste encontrar un atuendo mejor, Adrian? —preguntó mamá, mirando mi traje de nieve—. Pareces un oso relleno. Con rayas negras y blancas extrañas.

—No pensé que iba a esquiar —dije entre dientes.

—¡Jackson! —gritó Laurence con deleite.

Gemí por lo bajo. Jackson siempre sabía los mejores momentos para aparecer. Y esta vez, no estaba solo. Jackson y Katerina se acercaron hacia nosotros, del brazo. Jackson se veía estupendo en un traje de esquí azul marino, y el traje de esquí de Katerina era elegantemente blanco y forrado de piel.

—Me alegro de verlos, chicos —dijo Jackson, mirándome de arriba abajo. Realmente deseaba haber tomado el tiempo para comprar un atuendo medianamente atractivo para esquiar—. ¿Recuerdan a Katerina?

Todos murmuramos nuestros saludos. Capté una mirada de diversión astuta en el rostro de Katerina al ver mi poco favorecedor atuendo de esquí.

—Estamos empezando en las pistas para principiantes por el bien de Adrian —dijo Laurence, añadiendo insulto a la injuria.

—Pensé que las pistas para principiantes eran para niños —dijo Katerina, sin el más mínimo rastro de ironía, mirándome con una combinación de simpatía y diversión.

—No, son para principiantes —dijo mamá fríamente—. Adrian está un poco oxidada, eso es todo.

—Tal vez deberíamos unirnos a ustedes —dijo Jackson—. Yo también estoy un poco oxidado.

—¿Qué? —se rió Katerina, apoyándose en el brazo de Jackson—. Eres un experto esquiador.

—Todos tienen espacio para aprender —respondió Jackson, encogiéndose de hombros.

—Eso sería genial —dijo Laurence, como si acabara de ganar la lotería.

Llegó nuestro telesilla, y mamá y Laurence se subieron. Yo luché para subir con mi voluminoso atuendo, y Laurence y mamá intentaron ayudarme. Sentí unos fuertes brazos asegurándose alrededor de mi cintura, impulsándome hacia el telesilla. Me giré justo a tiempo para ver que era Jackson quien me estaba subiendo al telesilla.

—Eh, gracias —dije, haciéndole un gesto cortés con la cabeza.

—No hay problema.

Retrocedió para unirse a Katerina, quien no había podido ocultar su diversión ante mis dificultades para subir al telesilla. No parecía muy contenta cuando Jackson me ayudó, y tan pronto como él retrocedió, ella enlazó posesivamente su brazo con el de él.

Llegamos a las pistas para principiantes diez minutos después, seguidos poco después por Jackson y Katerina. Mientras nos dirigíamos a la cima de las pistas, un instructor nos dio una breve introducción al esquí. Mamá, Laurence, Jackson y Katerina obviamente solo escuchaban por mi beneficio, ya que todos parecían aburridos.

—Puedes hacerlo, cariño —dijo mamá, mientras me dirigía a la posición de salida.

Miré hacia abajo, a la pista para principiantes. No podía creer que se llamara "pista para principiantes". Para mí, parecía una montaña empinada.

Me invadió una cantidad abrumadora de miedo. La gente moría esquiando. Todo el tiempo. ¿Y si salía volando y aterrizaba a treinta kilómetros de distancia? ¿Y si uno de mis bastones salía volando y empalaba a algún transeúnte inocente?

—Adrian —la voz calmante de Jackson pareció surgir de la nada, y colocó su mano en la parte baja de mi espalda—. Está bien. Si crees que no puedes hacerlo...

—Quizás yo debería ir primero —interrumpió Katerina, interponiéndose entre Jackson y yo—. ¿Eso te ayudará, Adrian?

—Eh, no tienes por qué hacerlo —respondí.

—Mira esto —dijo Katerina, ignorando mi respuesta.

Se colocó en la cima de la pendiente y, con un susurro, se lanzó. Esquió expertamente por la pendiente, llegando a una parada completa a unos tres cuartos del camino. Nos sonrió (principalmente a Jackson) como diciendo: "¿Ven? Pan comido". Tenía que admitir que lo hizo parecer fácil.

—Adrian, ¿estás segura? —preguntó Jackson.

—Claro. Por supuesto que puedo hacerlo —dije, decidida a superar a la presumida de Katerina—. Allá voy.

Me coloqué en la cima de la pendiente, respirando profundamente. Con una sonrisa casual a Jackson, me incliné hacia adelante sobre mis bastones de esquí y me lancé montaña abajo. Durante unos segundos de felicidad, estaba eufórica. ¡Lo estaba haciendo! El viento me azotaba, y el mundo pasaba volando en un vertiginoso borrón. Solté un grito de alegría mientras esquiaba montaña abajo.

Y entonces noté lo rápido que iba. Demasiado rápido. Muchísimo más rápido. Giré mis esquís de la manera que me habían enseñado si quería reducir la velocidad o detenerme, ¡pero no me detuve! Si acaso, estaba empezando a acelerar. Y Katerina estaba justo en mi camino. Detrás de mí, podía oír a Jackson, mamá y Laurence gritando algo, pero iba demasiado rápido y estaba demasiado asustada para oír exactamente lo que decían. Todo lo que sabía era que parecía estar ganando aún más velocidad y Katerina estaba cada vez más cerca.

Le grité que se apartara, pero era demasiado tarde. Antes de darme cuenta, había chocado con Katerina y estábamos enredadas en una masa de extremidades, esquís y bastones.

Me quedé allí, conmocionada durante varios segundos, intentando ponerme de pie. Pero mis esquís estaban enredados con los de Katerina, que estaba tendida muy quieta en el suelo.

—¿Estás bien? —preguntó Jackson mientras esquiaba hacia nosotras. Se inclinó e intentó desenredarnos.

—Creo que sí. ¿Está muerta? —pregunté, aterrorizada.

—Difícilmente —dijo Jackson, pareciendo divertido mientras lograba desenredar nuestros esquís y me ayudaba a ponerme de pie. Se arrodilló para atender a Katerina mientras mamá y Laurence esquiaban hacia mi lado.

—¡Adrian! —chilló mamá, echándome los brazos al cuello—. Lo vi todo a cámara lenta. Es culpa mía por obligarte a esquiar. Fue justo como cuando tenías ocho años y te caíste con tu triciclo en aquella zanja. Oh, lloraste durante días.

—Sí, lo recuerdo —dije, llena de vergüenza mientras miraba alrededor.

Otros esquiadores se detenían, observándonos con interés. Noté con horror que un adolescente estaba grabando todo con su teléfono, sus hombros temblando de risa silenciosa.

—¿Estás bien? —me preguntó Laurence, conteniendo su propia risa.

—Sí —respondí, mirando hacia donde Jackson estaba ayudando a Katerina a ponerse de pie. Un feo moretón empezaba a formarse en el lado de su cara, y me miró con abierta hostilidad.

—Katerina, lo siento mucho —dije, genuinamente arrepentida—. Seguía intentando detenerme pero iba cada vez más rápido y...

—Lo que sea —espetó Katerina—. ¡Quizás si no hubieras estado presumiendo para mi novio, habrías hecho un mejor trabajo mirando por dónde ibas!

La miré fijamente. No podía pensar realmente...

—Disculpa, no tienes derecho a hablarle así a mi hija —comenzó mamá, pero Jackson levantó la mano.

—Vamos a volver al albergue para limpiarla —dijo Jackson, tomando la mano de Katerina y alejándose.

—¡De verdad lo siento! —les grité. Jackson me ignoró, pero Katerina se dio la vuelta y me lanzó una mirada asesina.

—¡Qué descaro el de esa mujer! —siseó mamá, viéndolos alejarse—. Me alegro de que esté bien, pero quizás se merecía esa pequeña caída.

—Mamá, vamos —dije, pero estaba preocupada. Me sentía herida por la forma en que Jackson me había ignorado. ¿Realmente

pensaba que estaba presumiendo para él?—. Voy a volver al albergue. He tenido suficiente esquí para toda una vida.

Ignoré las protestas de mamá y me dirigí de vuelta al albergue, tratando de no hacer caso a las miradas de diversión que recibía de los otros esquiadores.

Lamí mis heridas pasando gran parte del día en mi habitación. Seguía reproduciendo el horrible momento del impacto con Katerina y su acusación de que estaba "presumiendo" para Jackson. Pero al final del día, decidí que me había escondido en mi habitación el tiempo suficiente y que no dar la cara solo empeoraría la humillación.

Me dirigí a la sala común para sentarme junto a la chimenea con mi portátil y ver si podía avanzar algo en el artículo. Estaba trabajando intensamente cuando escuché la voz de Jackson.

—Hola.

Levanté la vista. Jackson estaba allí, mirándome. Busqué detrás de él alguna señal de Katerina.

—Está arriba —dijo Jackson—. ¿Puedo sentarme?

—Claro —dije, mientras él se sentaba a mi lado en el sofá—. ¿Está bien? Ese moretón se veía bastante feo.

—Está bien. Se curará. Solo está un poco molesta.

—¿Un poco? ¿Viste la mirada en su rostro? Quería matarme.

—¿Puedes culparla? Desde nuestro punto de vista, parecía que ibas directamente por ella.

Jadeé. —¡Claro que no! —Pero los hombros de Jackson temblaban de risa. Agarré un cojín de un sillón cercano y se lo lancé.

—Lo siento. Definitivamente fue lo más entretenido que he visto en un viaje de esquí.

—Me alegra que mi dolor te divierta.

—Así es —dijo Jackson con una sonrisa—. Solo quería ver si estabas bien. Has estado escondida la mayor parte del día.

—Eso es porque escucho risitas por donde quiera que voy —dije, señalando hacia la esquina de la sala común, donde un pequeño grupo de adolescentes me miraba y cuchicheaba. Era como estar en la preparatoria otra vez.

—Me parece admirable que te lanzaras por esa colina con tanto entusiasmo, incluso cuando no estabas muy segura de tus habilidades para esquiar.

—No estaba presumiendo —dije rápidamente, recordando las duras palabras de Katerina con una punzada de dolor.

—Lo sé, lo sé. No creo que ella haya querido decir lo que dijo. Solo estaba molesta.

—Vale —dije, aunque sabía que Katerina había dicho cada palabra en serio—. Solo pensé, ¿por qué no intentarlo? Ese es mi nuevo lema en la vida. Simplemente probar todo. Aunque termines de trasero en la nieve, enredada en los esquís.

Jackson se rio. Me uní a él, relajándome. No pude evitar notar cómo la luz de la chimenea suavizaba sus atractivas facciones y cómo su sonrisa iluminaba todo su rostro. Cuando no estaba siendo un sabelotodo arrogante, realmente no era tan malo.

—Adrian —dijo mientras su risa se desvanecía. Su mirada se volvió intensa y seria mientras se inclinaba hacia adelante.

—¿Qué? —pregunté, con el corazón martilleando por su cercanía.

—Solo quería decir... —comenzó, pero mi teléfono empezó a sonar.

Me incliné para tomarlo y silenciar el timbre, y tanto Jackson como yo vimos que era Douglas. Douglas. Casi me había olvidado por completo de él. Recordé con una punzada de culpa que se suponía que debía llamarlo.

—Disculpa por eso —dije, metiendo mi teléfono de vuelta en mi bolsillo—. ¿Qué decías?

Pero Jackson ya se había puesto de pie.

—Nada. No era nada. Nos vemos luego.

Y se fue. Me quedé mirándolo, desconcertada. ¿Podría estar molesto porque Douglas me había llamado? Descarté ese pensamiento. ¿Por qué lo estaría? Él estaba encaprichado con Just Katerina. Pero me moría por saber qué iba a decir.

Me recosté en mi asiento, preguntándome por qué Jackson parecía ser un estudio de contrastes. Podía ser abierto y amigable en un momento, y cerrado y misterioso al siguiente. No sabía si alguna vez llegaría a entender completamente a Jackson.

—Es ella, tío. Se estrelló contra esa chica guapa. Fue épico —dijo una voz adolescente en voz alta.

Me aparté de la forma que se alejaba de Jackson para lanzar una mirada fulminante al grupo de adolescentes en la esquina. Retrocedieron nerviosamente cuando pasé junto a ellos, pero continuaron riendo por lo bajo mientras me dirigía a mi habitación. Esta "vacación" realmente no podía terminar lo suficientemente pronto.

Capítulo Quince

SECRETOS Y MENTIRAS

Por suerte, el resto del viaje pasó volando. No me acerqué a las pistas durante el resto de mi estancia allí, y los adolescentes burlones se marcharon a la mañana siguiente. Solo vi a Jackson de pasada, no es que lo estuviera buscando. Katerina iba de su brazo y me lanzó una de sus miradas malvadas, así que no había forma de que intentara disculparme con ella de nuevo.

Mamá revoloteó a mi alrededor todo el fin de semana, contándole a Laurence y a cualquiera que quisiera escuchar cómo mi pequeño accidente de esquí era similar a un accidente que tuve de niña con mi triciclo, en el que accidentalmente me caí en una zanja, aterricé de trasero en el barro, me quité toda la ropa y salí gateando desnuda y llorando, exigiendo que mi mami me recogiera. Sonreí forzadamente mientras Laurence me miraba, probablemente mordiéndose el interior de las mejillas para evitar estallar en carcajadas.

Estaba feliz de volver a Manhattan. Sin embargo, no esperaba con ansias el tenso silencio entre Liz y yo. Mientras abría la puerta y entraba en su apartamento, decidí que dejaría el pasado atrás y me disculparía por haberle gritado.

Dejé mis maletas junto a la puerta y me quedé paralizada. Stewart estaba sentado en el sofá de la sala, con un enorme bol de palomitas en el regazo, viendo una película. No parecía en absoluto alguien a quien le hubieran sido infiel. Parecía... feliz.

—Hola, Adrian. ¿Qué tal el viaje?

—Genial —respondí, buscando en su expresión algún signo de corazón roto.

Liz salió de su habitación justo en ese momento, deteniéndose en seco cuando me vio. Tras una breve pausa, se apresuró a abrazarme.

—Hola, Adrian. Me alegro de que hayas vuelto. Déjanos ayudarte con tus maletas.

Era lo más que me había hablado en días. Pero su expresión me suplicaba que siguiera el juego. Así que solo sonreí a Stewart mientras se levantaba de un salto para ayudarnos a Liz y a mí a arrastrar mis pesadas bolsas de lona a mi habitación.

Tan pronto como volvió a la sala de estar, cerré la puerta.

—¿Se lo dijiste?

—Todavía no. Pero lo haré. Por favor, no digas nada.

Después de un momento, asentí.

—Gracias. ¿Qué tal tu viaje? —preguntó Liz, con la voz llena de alivio.

—Larga historia. Te lo contaré más tarde —dije, empezando a abrir la puerta. Liz me agarró del brazo.

—Por favor, Adrian —susurró—. Voy a mi propio ritmo.

—Está bien. No diré nada.

Cuando volví a salir, Stewart insistió en que me uniera a ellos para ver la película.

Me senté junto a ellos en el sofá, sudando la gota gorda. Nunca se me había dado bien guardar secretos. De hecho, nadie me contaba secretos porque era famosa por soltar cosas como:

—¡Todo el mundo está planeando una fiesta sorpresa para ti!

—¡John piensa que te ves gorda con esa falda!

—¡Liz te ha estado engañando!

Vale, eso último solo era interno, pero estaba en la punta de mi lengua.

Observé al pobre, pobre Stewart mientras se reía de algún chiste de la película, pensando en cómo no tenía idea de que iba a sufrir. Justo como yo en los días antes de mi "boda". Se rio de nuevo, metiéndose un puñado de palomitas en la boca. Pobre infeliz. Él y yo éramos tan similares, riéndonos y disfrutando de nuestras vidas

hasta que personas como Liz y Marcus aparecieron, pisoteando nuestros corazones. Miré con furia a Liz por detrás de la cabeza de Stewart, y Liz, como si leyera mis pensamientos, me devolvió la mirada furiosa.

—Oye, Adrian —dijo Stewart, ajeno a la silenciosa guerra de miradas que Liz y yo compartíamos detrás de su cabeza—. ¿Cuándo vas a programar nuestra entrevista? Mis padres no dejan de molestarme con mis quince minutos de fama. Y tengo ganas de conocer a Jackson Taylor. Me gustó su libro.

Miré a Liz, horrorizada. Había olvidado por completo que se suponía que debía entrevistarlos para nuestro artículo. ¿Cómo podía hacer eso ahora? Liz me dirigió otra mirada suplicante.

—Aún no he fijado una hora con Jackson —dije, incapaz de mirar a los ojos inocentes y confiados de Stewart. Me recordaba a un vulnerable cachorro.

—De acuerdo —dijo Stewart, pasando el brazo por los hombros de Liz y volviendo su atención a la pantalla—. Avísame. Estoy libre mañana si quieren hacerlo entonces. No puedo esperar para que todo el mundo sepa lo afortunado que soy.

—Oh, Stewart —dijo Liz, inclinándose para besarlo, aunque su mirada desesperada estaba fija en mí.

—Oye, ¿a dónde vas? —preguntó Stewart cuando me puse de pie.

—Le prometí a Douglas que me reuniría con él en su casa —mentí. En realidad, apenas podía seguir sentada allí mientras el pobre tipo continuaba engañándose a sí mismo—. Nos vemos luego, chicos.

Salí del apartamento y llamé a Douglas a su celular, todavía furiosa por lo de Liz.

—¡Amor! —retumbó la voz de Douglas al contestar el teléfono—. ¿De vuelta del viaje de esquí?

—Sí, gracias a Dios —dije—. Fue terrible. Larga historia. ¿Dónde estás? ¿Por qué estás gritando?

—Estoy en el pub. ¡Podrían bajar la voz, idiotas! ¡Estoy hablando con Adrian! —gritó Douglas—. Lo siento, amor. Estos imbéciles están... ¡Basta ya! ¡Eso es asqueroso!

—¿Qué tal si paso más tarde? —pregunté, cautelosa. No estaba de humor para lidiar con un grupo de hombres bulliciosos en un bar en medio del día.

—Perdona por todo eso. ¿Por qué no pasas ahora? Voy a estar aquí un rato más y quiero que conozcas a mis amigos.

Conocer a los amigos en una relación es definitivamente el precursor de conocer a los padres, y era algo importante. No sentí la emoción que sentí cuando Marcus me presentó a sus amigos. Pero sabía que mi única otra opción era volver a la farsa en la que se había convertido la relación de Liz y Stewart en su apartamento. Así que acepté.

Encontré a Douglas y sus amigos en un pub irlandés en Midtown. Estaban viendo un partido de fútbol en la televisión de pantalla grande; todos parecían borrachos para ser una tarde de domingo. Douglas se puso de pie de un salto cuando entré.

—Esta hermosa dama —dijo Douglas, deslizando su brazo alrededor de mi cintura mientras se volvía para enfrentar a sus amigos— es mi novia: la extraordinaria periodista, Adrian Lexley.

Asentí y me senté junto a Douglas. De nuevo, no sentí la emoción que esperaba al escuchar a Douglas referirse a mí como su novia. Sin embargo, intenté ser una buena novia tratando de interactuar con sus amigos, pero me sentía como una completa extraña. Al menos con los amigos de Marcus tenía una buena relación con algunos de ellos y podía mantener conversaciones cómodas sin que Marcus estuviera presente. No era el caso aquí. Apenas podía oír mis propios pensamientos entre sus gritos durante el partido de fútbol, y uno de ellos no paraba de soltar frases británicas que nunca había escuchado, así que me sentía como si estuviera intentando interpretar un idioma diferente. De vez en cuando, Douglas me besaba en la mejilla y me miraba amorosamente a los ojos, pero se sentía forzado.

Me encontré preguntándome qué estarían haciendo Jackson y Solo Katerina, un pensamiento que me llenó de ligeras náuseas. ¿Qué hacían, además de lo obvio relacionado con la cama? Intenté imaginar a Katerina cantándole, pero la idea me daban ganas de reír. No, probablemente Jackson solo la menospreciaba, y Katerina

sonreía y asentía como la persona insípida de un solo nombre que era.

—Adrian, cariño —preguntó Douglas, sacándome de mi ensimismamiento.

—¿Mmm?

—Estás muerta de aburrimiento. No tienes que quedarte si no quieres.

Una punzada de culpa me atravesó. Aquí estaba yo, soñando despierta con Jackson y Solo Katerina mientras Douglas hacía un esfuerzo honesto por pasar tiempo conmigo.

—No soy la mayor fan del fútbol del mundo —admití—. Pero ¿qué te parece esto? Puedo venir mañana y prepararte la cena.

—¿En serio? —preguntó Douglas, mirándome con agradable sorpresa—. No me pareces del tipo que cocina.

No lo era. La única vez que intenté preparar una cena romántica para Marcus, incendié una parte de nuestra cocina. Literalmente. Tuvimos que llamar a los bomberos y todo. Llegaron y miraron la estufa y el fregadero quemados, luego se volvieron para mirarme como si fuera una especie de pirómana maestra.

—Nunca he visto nada parecido y llevo veinte años siendo bombero. ¿Cómo lograste que el fusible de la estufa se derritiera a través de esos cables? —me preguntó uno de los bomberos con incredulidad.

—Oye —dijo Marcus, rodeándome con el brazo mientras yo intentaba no romper en lágrimas de culpabilidad—. Estaba intentando hacer pollo a la parmesana. Es un plato complicado.

De vuelta al presente, le sonreí a Douglas.

—Puedo improvisar una comida —mentí.

—Entonces lo espero con ansias. Te eché de menos este fin de semana, por cierto. Contaré los segundos hasta mañana por la noche —respondió Douglas mientras me acompañaba a la puerta.

—Oh, qué romántico —dije, y mi corazón se agitó un poco.

Me aparté, mirándolo. Realmente era un gran chico. Me puse de puntillas y le di un suave beso en los labios.

Cuando volví al apartamento, Liz y Stewart se habían ido (gracias a Dios), pero Liz había dejado una nota cortante diciéndome que ella

y Stewart estarían disponibles para la entrevista al día siguiente si queríamos hacerla entonces. Sabía que no podía librarme de la entrevista sin dejar al descubierto la tapadera de Liz.

Al día siguiente, me reuní con Jackson en la cafetería. Me saludó con una sonrisa deslumbrante cuando tomé asiento.

—Buenos días, Adrian. ¿Algún moretón de tu pequeño accidente?

—Muchas gracias por mencionarlo. No hay moretones, estoy perfectamente bien. Supongo que tuviste un buen viaje de regreso. ¿Katerina sigue furiosa conmigo?

—Un poco, pero lo superará. Anoche ella seguía...

—Basta, basta —murmuré.

Su mención de que Katerina estuvo con él "anoche" me provocó una sensación desagradable en el estómago. Cambié de tema, diciéndole que podíamos hacer la entrevista con la pareja dorada en el apartamento de Liz ese día, si quería. Consideré contarle lo que realmente estaba pasando con su relación, pero decidí que cuanta menos gente supiera sobre toda la farsa, mejor. Jackson estaba ansioso por terminar la entrevista, así que llamé a Liz y le dije que Jackson y yo iríamos pronto.

—Estamos listos —dijo ella con un entusiasmo forzado.

Jackson pagó nuestros cafés y nos dirigimos al apartamento de Liz. Me sentía un poco incómoda por llevar a Jackson al lugar de Liz. Era como dejarlo entrar en mi santuario interior o algo así, aunque técnicamente no fuera mi apartamento.

—Así que. Esta es tu humilde morada —anunció dramáticamente, observando el apartamento mientras nos dejaba entrar.

—En realidad no es mi apartamento. Es de mi mejor amiga Liz.

—Oh, claro. Supongo que vivías con tu prometido. ¿Aún no has conseguido tu propio lugar?

—Este arreglo está funcionando hasta ahora —dije, sintiéndome un poco a la defensiva—. Es muy divertido vivir con tu mejor amiga.

Cuando no te está haciendo partícipe del hecho de que está engañando al novio que está desesperadamente enamorado de ella, añadí en silencio.

Liz salió de su habitación antes de que Jackson pudiera responder. Se acercó a él, evaluándolo con apreciación. Tuve que

contener un resoplido sarcástico. No era *tan* guapo.

—Jackson. Soy Liz. He oído mucho sobre ti.

—¿En serio? —la mirada astuta de Jackson se deslizó hacia mí—. Lamento que hayas tenido que escuchar sus quejas.

—Estoy acostumbrada —respondió Liz, sonriendo.

Stewart salió de la habitación de Liz en ese momento, mirando a Jackson con asombro mientras se acercaba. No tenía idea de qué era lo que hacía que cada hombre desarrollara instantáneamente un enamoramiento masculino por él.

—Me encantó tu libro, tío —dijo Stewart—. Tengo una copia aquí. ¿Te importaría firmarla?

—¡Stewart! —le reprendimos tanto Liz como yo.

—No pasa nada —dijo Jackson—. Estaré encantado de firmar tu libro.

—Vaya —dijo Stewart, pareciendo un completo tonto—. Gracias.

Logramos apartar a Stewart de Jackson. Senté a todos en la sala de estar, donde Jackson y yo procedimos a hacerles nuestras preguntas estándar, la mayoría de las cuales ya conocía la respuesta: cómo se conocieron, cuánto tiempo llevaban juntos, etcétera. Cuando Jackson les preguntó qué hacía que su relación funcionara, Stewart respondió.

—La honestidad —dijo Stewart, volviéndose hacia Liz y tomando sus manos entre las suyas. Hice todo lo posible por no vomitar—. Somos completamente honestos el uno con el otro. Si no tienes confianza, realmente no tienes una relación.

—Absolutamente —coincidió Liz, sin pestañear.

—¿Dirías que esa es la parte más importante de una relación? —pregunté, mirando fijamente a Liz.

—Por supuesto —respondió Stewart.

—El amor, también —añadió Liz, lanzándome dagas con los ojos y llevándose la mano de Stewart a los labios para besarla—. El hecho de que haya tanto amor entre nosotros. Soy una chica muy afortunada.

—Amor. Confianza. Y honestidad —dijo Stewart, apartando un mechón de pelo rebelde de la frente de Liz, mirándola a los ojos. Ja. Eso es lo que yo creía antes de que me dejaran plantada. Ingenuo.

—Entonces, ¿qué consejo tienen para... —comenzó Jackson, pero no pude contenerme.

—Y en una escala del uno al diez, ¿qué tan importante dirías que es que cada pareja sea cien por ciento honesta el uno con el otro? —le pregunté a Stewart.

—Adrian, ya respondió a la pregunta —intervino Liz.

—Diez, por supuesto —respondió Stewart, frunciéndome el ceño —. Adrian, ¿estás bien?

—Sobre todo, ¿verdad? —continué, ya en racha—. Porque cuando las personas no son completamente honestas entre sí, la gente sale lastimada. ¿No crees?

—Adrian, por favor —suplicó Liz.

—Eh, sí —replicó Stewart, lanzando una mirada de reojo a Liz.

—Porque Marcus no fue totalmente honesto conmigo sobre todo el asunto de casarnos. Así que sería mucho más fácil si todos fuéramos completamente honestos entre nosotros. La honestidad es la base de una relación sólida —dije.

—Adrian —dijo Stewart lentamente—. No sé de qué estás hablando.

—¡Así que seamos completamente honestos entre nosotros! —despotricaba yo, mirando a Liz, quien me fulminó con la mirada—. Liz, ¿por qué no eres honesta con Stewart?

—¡Se acabó la entrevista! —espetó Liz, poniéndose de pie.

—¡Tú fuiste quien insistió en ella, a pesar de ya-sabes-qué! —grité, también poniéndome de pie.

—Chicos, vamos —intervino Jackson—. Tomemos un descanso y calmémonos.

—Buena idea —ladró Liz, continuando fulminándome con la mirada—. Creo que hemos respondido suficientes preguntas.

—¿Quieres que nos vayamos? ¿Para que puedas seguir mintiéndole al pobre tipo? —exigí.

—Liz, ¿de qué está hablando? —preguntó Stewart, mirando alternativamente a Liz y a mí.

—¡Liz te está engañando! —le grité a Stewart, más allá del punto de no retorno.

Un silencio atónito siguió a mi arrebato. Liz abrió la boca y la cerró mientras sus ojos se llenaban de lágrimas de rabia. Miró a Stewart, que se había quedado inmóvil. Jackson miró al suelo, obviamente deseando estar en cualquier otro lugar menos aquí.

—¿Qué? —susurró Stewart, mirando a Liz con asombro—. ¿Es cierto eso?

Pero Liz estaba concentrada en mí, con lágrimas derramándose por sus mejillas.

—Ya que estamos siendo tan honestos aquí, ¿qué tal esto?: ¡Yo sabía que Marcus no quería casarse contigo! —gritó.

—¿Qué? —repetí, mirándola con asombro—. ¿De qué estás hablando?

—Fue dos días antes de tu boda. Marcus me llevó aparte y me preguntó si tú tenías alguna duda. Le dije que estabas nerviosa, pero ¿acaso no nos ponemos todos nerviosos antes de las bodas? No parecía convencido, pero pareció ser suficiente.

—¿Por qué no me lo dijiste? —susurré.

—Estaba tratando de evitar herir tus sentimientos en ese momento. Pero como parece que no te importan los míos y quieres total honestidad, decidí dártela —espetó Liz, pasándose una mano temblorosa por la cara para limpiarse las lágrimas.

Me quedé allí, temblando y conmocionada, mientras mi ira justificada se convertía en incredulidad dolorosa. Jackson dijo algo, pero no escuché las palabras.

Si ella me hubiera dicho esto, tal vez la farsa de toda la "boda" nunca habría ocurrido. Marcus y yo lo habríamos hablado de antemano, y no me habrían dejado plantada. Me podría haber ahorrado un montón de angustia. Y mi mejor amiga, alguien que creía conocer, no pensó que fuera en absoluto necesario decírmelo. En algún momento sentí la mano de Jackson posarse sobre mi hombro en un gesto de consuelo.

—Creo que ya se han quedado más de la cuenta —dijo Liz, sin mirarme—. Me gustaría que se fueran de aquí lo antes posible.

Capítulo Dieciséis

¿ES LA HONESTIDAD LA MEJOR POLÍTICA?

¿Es la honestidad la mejor política? Meditaba sobre esta pregunta mientras estaba sentada en una cafetería cercana con Jackson a mi lado. Es decir, lo de "la honestidad es la mejor política" nos lo habían inculcado en la conciencia colectiva desde la escuela primaria. Pero, ¿era siempre mejor conocer toda la verdad? ¿Era la ignorancia, de hecho, una bendición?

Después de nuestra confrontación, Liz y Stewart se habían retirado a la habitación de Liz, donde escuchamos sus voces alzadas. Jackson me había tomado de la mano y me había llevado fuera del apartamento, cruzando la calle hasta una cafetería, donde me senté aturdida. Todavía no podía creer que Liz supiera todo el tiempo que Marcus había tenido dudas sobre nuestra boda y no me lo hubiera dicho. Mi mejor amiga. O la persona que yo creía que era mi mejor amiga. La confiable y leal Liz. Liz no solo había ocultado la información durante muchas fases de Doritos y vino, sino que también había decidido echármelo en cara como una forma de herirme. Empezaba a preguntarme si alguna vez la había conocido realmente.

—¿Adrian? —Levanté la mirada hacia el rostro preocupado de Jackson. Extendió la mano hacia mi cara y limpió una lágrima perdida. No me había dado cuenta de que estaba llorando—. ¿Qué te parece si lo dejamos por hoy? Podemos retomarlo mañana.

—Claro —dije distraídamente—. Vaya, ¿no sería divertido incluir todo lo que acaba de pasar en el artículo? Podríamos titularlo "El

amor: Esto es lo que pasa cuando sale terriblemente mal".

Jackson sonrió y extendió la mano a través de la pequeña mesa para tomar la mía. Era solo un gesto de consuelo, pero sentí una pequeña descarga a través de mi entumecimiento ante su contacto.

—No tienes que hacer bromas. Nada de eso fue agradable. Y sé que no te gusta que hable sobre tu relación con tu ex prometido, pero... —comenzó Jackson.

—No me gusta.

—Lo sé —concedió Jackson—. Pero si la honestidad es realmente lo más importante para ti en una relación, entonces realmente te libraste de una buena con ese tipo. No pudo ser franco contigo. Tal vez las cosas resultaron como debían ser. Te dejaré para que lo pienses. ¿De acuerdo?

Jackson le dio un último apretón a mi mano mientras se ponía de pie. Me sentí desamparada ante la ausencia de su contacto y le lancé una mirada suplicante.

—Espera. ¿Te importaría quedarte conmigo un rato más?

Jackson hizo una pausa y me sentí tonta. Probablemente estaba burlándose interiormente de mi necesidad emocional en este momento.

—No importa —dije, sintiéndome desnuda por mis lágrimas y obvia vulnerabilidad—. Si Solo Katerina te está esperando o algo así, lo entiendo.

—Me sentaré aquí contigo todo el tiempo que quieras —dijo, colocando su mano en mi hombro mientras volvía a sentarse.

—Gracias —susurré, conteniendo un montón de lágrimas—. Es irónico que hablara tanto sobre la honestidad cuando realmente desearía no saber nada ahora mismo.

—La verdad siempre sale a la luz al final. ¿No es mejor saberlo ahora? Si no le hubieras contado a Stewart sobre Liz, de alguna manera se habría descubierto que ella le engañaba. Y si te hubieras casado con Marcus, ¿quién sabe si hubiera sido lo correcto?

—Pero Stewart no estaría sufriendo ahora. Yo sería una recién casada feliz.

—Muy pronto, habrían empezado a aparecer grietas —dijo Jackson—. Créeme. Sí, la ignorancia es una bendición. Pero, ¿por

cuánto tiempo?

Reflexioné sobre lo que dijo mientras Jackson me pedía un chai latte y nos sentábamos en un silencio agradable, algo que no había disfrutado con nadie desde Marcus. El silencio pacífico terminó cuando Jackson me dijo que tenía que encontrarse con Katerina en el centro para almorzar.

—Puedo cancelarlo, si quieres —dijo Jackson cuando vio el destello de decepción en mis ojos.

—No, no. Estoy bien. Por favor. Adelante. Gracias por quedarte conmigo —murmuré.

Cuando nos despedimos, Jackson me dio un breve abrazo que envió todo mi cuerpo a un involuntario torbellino. Rompió el abrazo y se alejó con un saludo casual. Forcé una sonrisa y le devolví el saludo. Nunca me había abrazado antes. Debe haber pensado que yo era un desastre emocional que necesitaba consuelo. Traté de no analizar demasiado mi reacción a su abrazo casual. Las cosas en mi vida ya estaban bastante descontroladas. Y además, yo tenía un gran rebote. Novio. Douglas. Douglas.

Decidí dar un paseo por la ciudad. No había manera de que volviera al culebrón del apartamento de Liz pronto. Hasta ese momento, solo había estado buscando apartamentos a medias, revisando anuncios en línea en el trabajo cuando me aburría. Había estado demasiado preocupada con la locura de mi vida post plantón como para concentrarme adecuadamente en la búsqueda de un apartamento. Con todo lo de superar a Marcus, mamá saliendo con un cigoto, el secretismo de Liz, Douglas y trabajar en el artículo con Jackson, buscar mi propio lugar no había sido una prioridad. Pero Liz tenía razón. Cuanto antes encontrara mi propio lugar, mejor.

Mientras bajaba por la Avenida Lexington, me preguntaba si realmente habría cambiado algo saber que Marcus había ido a Liz con dudas. Y si nos hubiéramos casado, ¿tenía razón Jackson? ¿Las cosas empezarían a desmoronarse de inmediato... o habrían tardado más de veinte años en desmoronarse por completo, como el matrimonio de mis padres?

Antes de darme cuenta, me encontré frente al edificio de trabajo de Marcus. Sin pensarlo, entré en el edificio y me dirigí a su piso.

Salí del ascensor y, después de un momento de duda, me dirigí hacia su oficina.

Mi momento fue perfecto porque Marcus salía de su oficina con un grupo de sus compañeros de trabajo (sin rastro de la hermosa amazona, noté con alivio) hacia los ascensores. Mi corazón solo se sobresaltó ligeramente cuando lo vi, en comparación con mi reacción cuando vino al apartamento de Liz hace un par de semanas. Me vio al mismo tiempo que yo lo vi, y se quedó helado. Una vez más, nos miramos como si fuéramos extraños.

Un par de sus compañeros de trabajo (quienes, con una mueca, noté que estuvieron en nuestra "boda") me reconocieron y comenzaron a murmurar entre ellos. Marcus les dijo que los alcanzaría más tarde y se acercó a mí lentamente, como si fuera un tigre enjaulado a punto de saltar.

—¿Adrian? ¿Está todo bien?

—¿Le dijiste a Liz que no querías casarte conmigo dos días antes de la boda? —pregunté, decidiendo saltarme todos los preliminares corteses e ir directamente al grano.

Marcus exhaló un suspiro agotado, cerrando los ojos. Su lenguaje corporal gritaba: "No quiero hablar de esto de nuevo, Abandonada". Pero no me importaba. Yo sí quería total y completa honestidad, por dolorosa que fuera.

—¿Podemos no discutir esto aquí? —preguntó Marcus en voz baja—. ¿Puedo encontrarme contigo en algún lugar?

—No. Créeme, realmente no quiero verte más. Solo quiero una respuesta a mi pregunta.

—Mi oficina, entonces —dijo Marcus, echando una rápida mirada alrededor a varios curiosos espectadores.

—Bien.

En su oficina, Marcus cerró la puerta detrás de mí. Eché una mirada rápida alrededor de la oficina, notando que todas las fotos que antes tenía de nosotros como pareja habían desaparecido. Era como si "nosotros" nunca hubiéramos existido. Pero la ausencia de las fotos no me molestó tanto como pensé que lo haría.

Marcus caminó hacia el otro lado de su escritorio y se quedó de pie mirando hacia afuera por su ventana. Sabía que estaba evitando

mi mirada, porque su vista consistía en una pared de ladrillos sólida y una escalera de incendios.

—Pensé que Liz tendría alguna idea —dijo Marcus—. Ustedes dos siempre han sido muy cercanas. Pensé que si expresabas alguna duda sobre la boda, entonces...

—¿Tendrías tu salida? —susurré.

—No. Es decir, me habría sentido mejor hablando contigo sobre mis dudas. Y desearía haberlo hecho. De verdad. Voy a arrepentirme de lo que te hice por el resto de mi vida. Pero si nos hubiéramos casado, creo que ambos lo habríamos lamentado aún más.

—Bien —dije, exhalando—. Gracias. Es bueno saber que estabas temiendo nuestra boda días antes en lugar de quince minutos antes de caminar hacia el altar.

—Adrian —comenzó Marcus, dándose la vuelta y moviéndose hacia mí.

—No. Tienes razón. No debí haber venido —balbuceé, retrocediendo fuera de su alcance—. Lamento haberte molestado.

Marcus simplemente se quedó ahí, luciendo impotente. Empecé a irme, pero un pensamiento aún más doloroso se me ocurrió. Me di la vuelta para enfrentarlo.

—Una cosa más —dije, forzándome a mirarlo—. Ya que tenías tantas dudas... sobre nosotros... ¿alguna vez exploraste otras opciones?

—¿Explorar otras opciones? —repitió Marcus, sonando hueco, pero su expresión estaba ligeramente asustada.

—Sí. Como engañarme.

—Adrian, ¿cuál es el punto de todo esto? —preguntó Marcus, bajando la mirada.

—Solo quiero la verdad. Por favor, haz lo que no pudiste hacer cuando estábamos juntos. Sé honesto conmigo.

Hubo un largo y doloroso silencio. Esperé, literalmente conteniendo la respiración.

—Besé a alguien —admitió Marcus—. Tal vez un mes antes de la boda. Y no, no fue Gabriella. Ni siquiera la conocí hasta después de que rompimos. Era una compañera de trabajo; estábamos en un bar, y le estaba diciendo lo aterrorizado que estaba por casarme.

—Obviamente —solté.

—Y nos besamos. Pero eso fue todo lo que pasó, lo juro. Me arrepentí, ella se transfirió de oficina poco después, y nunca la volví a ver.

—Eso lo hace mucho mejor —dije con sarcasmo—. ¿Liz lo sabía?

—No. Por supuesto que no. Mira, sé que esto suena como una excusa patética, pero estaba entrando en pánico. Y no podía hablar contigo porque sentía que te estabas alejando de mí.

—Qué conveniente. Culparme por lo que hiciste —grité antes de detenerme. Lo estaba haciendo de nuevo. Participando en una pelea inútil después de la ruptura—. No voy a hacer esto. Jackson dijo que esquivé una bala al no casarme contigo. Tenía razón.

—¿Jackson? ¿Otro novio? —exigió Marcus, teniendo el descaro de parecer celoso.

—Sí —dije con convicción, decidiendo no corregirlo—. Adiós Marcus. Gracias por tu honestidad... finalmente.

Salí furiosa de su oficina, azotando la puerta detrás de mí. Siempre pensé que azotar puertas era infantil (había presenciado el acto muchas veces mientras crecía en medio del campo de batalla del matrimonio de mis padres), pero se sintió tan malditamente satisfactorio.

Así que ahí lo tenía: honestidad completa y total. Pero por muy herida que estuviera porque había besado a alguien más mientras estábamos comprometidos, me sentí aliviada de saberlo. Marcus se estaba convirtiendo menos en el hombre que pensé que amaba y con quien iba a casarme, y más en un extraño que apenas conocía.

Aunque me alegraba que Liz no hubiera sabido sobre la indiscreción de Marcus, logré evitar el apartamento todo el día, lo cual fue bastante fácil (¡gracias, American Express!). Después de una muy necesaria terapia de compras, pasé por Gristede's para comprar una carga de víveres para mi cena con Douglas.

Cuando llegué a su apartamento, él abrió la puerta luciendo desaliñado y guapo. Abrumada por una repentina emoción, dejé caer todas mis bolsas y me apresuré a sus brazos para abrazarlo.

—¿Qué es todo esto, cariño? —preguntó Douglas, dando un paso atrás y mirándome.

—Esto es una pizarra completamente nueva, tú y yo —dije—. Ningún vestigio de relaciones pasadas arruinará lo que tenemos.

—De acuerdo —respondió Douglas lentamente.

—Solo prométeme que siempre serás honesto conmigo. Sin importar qué. ¿De acuerdo? —pregunté, tomando sus manos y mirándolo fijamente. Douglas pareció incómodo, dando un paso atrás.

—¿Qué está pasando, Adrian?

Con gran reluctancia, le conté sobre mi pelea con Liz y mi revelación sobre Marcus. Se tensó al mencionar a Marcus.

—¿Fuiste a verlo?

—Sí, pero no fue así. Solo tenía que escucharlo de la boca del caballo.

—Ah —dijo Douglas, pero no parecía convencido. Hora de cambiar de tema, pronto.

—Voy a prepararte la comida de tu vida —dije, guiñándole un ojo.

Logré prepararle con éxito una comida de fettuccine con pollo con una ensalada enorme, pan francés tostado y vino. Esta vez no incendié la cocina, pero eso fue en parte porque Douglas vino corriendo a la cocina desde la sala y apagó el horno mientras yo me apoyaba contra la pared más lejana, tomando un descanso con una copa de vino mientras miraba por la ventana. Aparentemente, había precalentado el horno un poco demasiado alto; la estufa y la cocina se habrían incinerado en cuestión de minutos si Douglas no hubiera intervenido. Ejem. Así que el pan se quemó un poco y tuvimos un pequeño susto, pero consideré la cena un éxito.

Después de comer, Douglas puso "I've Got You Under My Skin" de Frank Sinatra y me tendió la mano. Mientras me acomodaba en sus brazos para bailar, mis pensamientos se desviaron hacia Jackson y la forma en que reaccioné a su abrazo. La relajación que sentía en los brazos de Douglas ni se acercaba a esa explosión de sentimientos que experimenté en los brazos de Jackson. Cerré los ojos, decidida a apartar todos los pensamientos sobre Jackson mientras nos mecíamos al ritmo de la música. Y habría sido un baile

romántico si mi pie no se hubiera enganchado en la alfombra y me hubiera hecho caer al suelo.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó Douglas, con expresión divertida mientras me ayudaba a levantarme.

—Estoy bien —dije con mi voz más sexy, inclinándome para besarlo. Douglas bajó la cabeza para que sus labios capturaran los míos, pero se detuvo.

—Una cosa primero.

—¿Qué?

—Necesito que me asegures que ya no estás enamorada de tu ex prometido. Necesito que me lo prometas —dijo Douglas, escrutando mis ojos.

Coloqué mis manos a los lados de su cara. Últimamente había estado pensando cada vez menos en Marcus, y la reciente revelación de que me había engañado mientras estábamos comprometidos no había cambiado eso. De hecho, ayudó a alejar aún más cualquier pensamiento sobre él.

—Definitivamente no estoy enamorada de mi ex prometido. Te lo prometo.

—¿Ni de nadie más? —insistió Douglas.

—¿Nadie más? —repetí mientras Jackson aparecía brevemente en mi mente—. No. Por supuesto que no.

—Gracias. A veces puedo ser un tipo bastante inseguro.

Sonreí, acariciando su mejilla. Pero odio admitir que tuve que hacer un esfuerzo supremo para apartar completamente a Jackson de mi mente cuando Douglas se inclinó para besarme.

Capítulo Diecisiete

FUERA LO VIEJO, DENTRO LO NUEVO

Pronto me di cuenta de que romper con una amiga era inquietantemente similar a romper con un novio. Tendría que pasar por las mismas etapas para seguir adelante. En mi caso, uno de los primeros pasos después de la ruptura era mudarme. Otra vez.

Realmente esperaba que Liz y yo tomando caminos separados no fuera una ruptura permanente. Yo quería a Liz. Había sido una parte integral de mi vida desde mis días universitarios.

Pero definitivamente necesitábamos un descanso la una de la otra. Y considerando que me estaba echando, realmente no tenía opción.

De hecho, cuando regresé del apartamento de Douglas a la mañana siguiente, ella había dejado una lista de sitios web de agencias inmobiliarias resaltados. La sutileza nunca fue uno de los puntos fuertes de Liz.

Salió de su habitación justo cuando yo empezaba a dirigirme a la mía, y ambas nos quedamos paralizadas.

—Dejé algunos anuncios.

—Los vi, gracias —respondí—. Me iré de aquí tan pronto como sea humanamente posible.

—Bien —dijo Liz, evitando mi mirada mientras pasaba junto a mí para dirigirse a la cocina.

Y así Liz y yo volvimos al acto de tensión silenciosa. Divertido. Decidí pasar tanto tiempo en la oficina como fuera posible cuando no estuviera reunida con Jackson para evitar a Liz hasta que

encontrara la proverbial aguja en el pajar... un apartamento decente pero asequible en Manhattan.

En la oficina, me enteré de que era una especie de celebridad en línea. Jean se acercó a mi escritorio, riendo.

—¿Qué pasa, Jean?

—Eres una superestrella de Internet, cariño —respondió Jean, hipando entre risas.

—¿De qué estás hablando?

Jean se inclinó sobre mí y escribió algo en la barra de búsqueda de Internet. Apareció un video de YouTube. Y ahí estaba yo, tambaleándome en mi extraño atuendo de esquí, precipitándome sobre Just Katerina. Miré el video, horrorizada.

—Oh, no —gemí—. Bueno, al menos no se puede saber quién es...

Las palabras se congelaron en mis labios cuando mi imagen grabada miró alrededor frenéticamente, en un momento mirando directamente a la cámara, justo antes de caer sobre Katerina.

—No, esa eres tú, sin duda —se rió Jean—. Deberías escribir un artículo sobre esto.

—Ciertamente no lo haré —respondí bruscamente, mirando con consternación el número de visitas del video. Diez mil y subiendo—. Esto es terrible. ¿Puedo demandar?

—Oh, por favor. No lo hagas. Esto es entretenimiento. Pero tengo que preguntarte, cariño: ¿Qué llevabas puesto?

—No sabía que me vería todo el mundo —dije entre dientes mientras el video se reproducía de nuevo a cámara lenta.

—Obviamente.

Cerré el navegador, reuniendo mis papeles y metiéndolos en mi mochila.

—¿Adónde vas?

—Fuera. Tengo que reunirme con Jackson. Estoy trabajando, ¿recuerdas? Si me echas de menos, puedes verme caer por esa pista de esquí una y otra vez.

—¿Dónde está tu sentido del humor? ¿Y cómo va el artículo? A ustedes solo les quedan un par de semanas.

—Soy consciente de eso, Jean. Va viento en popa —dije por encima del hombro, saliendo de la oficina.

—Dile al guapísimo Jackson que le mando saludos —gritó Jean tras de mí.

Cuando llegué a la cafetería, Jackson estaba sentado frente a su portátil, viendo algo en su pantalla. Varios curiosos se habían reunido a su alrededor.

—¿Qué está pasando? —pregunté, pero mi pregunta fue respondida por la expresión divertida en el rostro de Jackson y las miradas desconcertadas de los dos curiosos cuando me vieron allí de pie. Todos estaban disfrutando también de mi video de esquí.

—Eres una celebridad —dijo Jackson, apartando la mirada de la pantalla—. ¿Has visto esto?

—Sí —dije con un gruñido, lanzando una mirada significativa a los dos curiosos—. Lo siento, pero tenemos trabajo que hacer.

Se dispersaron, y me senté frente a Jackson con una mirada fulminante.

—Gracias por compartir mi miseria con el mundo. Ahora, ¿quieres ponerte a trabajar o no? Jean acaba de recordarme nuestra fecha límite otra vez.

—No tenía idea de que ibas tan rápido —dijo Jackson, con los ojos pegados a la pantalla de su ordenador—. Quiero decir, es asombroso que Katerina no resultara gravemente herida.

—Oh. Por supuesto. Katerina —dije con amargura, reprimiendo la punzada de celos que sentí—. A quién le importa que Adrian pudiera haber salido volando de la pista y roto su cuello. La pobre Katerina se hizo un rasguño en la mejilla.

—Solo digo —dijo Jackson, sin apartar los ojos de la pantalla.

—Tenemos que concentrarnos —Alargué la mano y cerré su portátil.

—Oye —dijo Jackson en fingida protesta. Su mirada burlona desapareció mientras me estudiaba, y brevemente colocó su mano sobre la mía—. ¿Cómo estás? Ayer estabas bastante alterada.

—Mejor —dije, retirando mi mano de la suya—. Quiero decir, tengo que buscar apartamentos, lo cual siempre es divertido de hacer en la ciudad —Suspiré—. Pero es lo mejor.

—Sabes, soy bastante bueno encontrando ofertas de apartamentos. Y soy amigo de un par de agentes inmobiliarios. Podría ayudar.

—No. Estaré bien. Será rápido y fácil.

—Claro —dijo Jackson, encogiéndose de hombros—. Avísame si cambias de opinión.

Discutimos el cuerpo del artículo, y Jackson determinó que podríamos hablar con la otra pareja que tenía programada para el final de la semana. Obviamente, descartaríamos la desastrosa pieza de Liz y Stewart.

—Oye, ¿qué tal tu madre y ese chico joven, en su lugar? —preguntó Jackson de repente.

—Ni hablar. Absolutamente no.

—¿Por qué no? Eso cubriría las citas en línea, ya que así es como se conocieron. Y la diferencia de edad es interesante. Podría reiterar nuestro punto de que el amor puede venir de los lugares más inesperados.

—En primer lugar, la diferencia de edad es extraña. En segundo lugar, ¿cómo supiste que se conocieron en línea? Y en tercer lugar, es mi madre.

—Me lo dijeron en el albergue de esquí. Piénsalo, Adrian. Sería interesante. Ampliaríamos nuestra audiencia a personas que se han divorciado en lugar de solo a los jóvenes solteros de veintitantos.

Tenía razón. Pero me horrorizaba la perspectiva de entrevistar a mamá. ¿Y si pasaba la mayor parte de la entrevista criticando a papá? ¿Sacando a relucir vergüenzas de la infancia? ¿Hablando de mi "boda"? La lista seguía y seguía.

—Podría entrevistarla yo solo, si eso ayuda —ofreció Jackson.

—¿Por qué no puedo entrevistarte a ti y a Simplemente Katerina? —pregunté, aunque me sentía vagamente enferma ante la perspectiva.

—¿Por qué no puedo entrevistarte a ti y a Douglas? —contraatacó Jackson.

La idea de que Jackson nos entrevistara a Douglas y a mí era aún más inquietante. —Vale, vale. Le preguntaré a mamá más tarde. Veré si podemos entrevistarla a principios de la próxima semana.

Discutimos algunos puntos más clave, y ambos acordamos escribir la apertura y el cierre del artículo por separado.

—Y entonces habremos terminado. Aparte de algunas sesiones de edición, nunca tendremos que volver a vernos —dijo Jackson.

—No puedo esperar.

Y no podía esperar. No podía esperar a liberarme de su condescendencia sabionda, su arrogancia, su risa, su mirada conocedora, sus ojos marrón claro que parecían ámbar a la luz del sol, su increíble sonrisa, sus fuertes brazos con músculos que podía distinguir claramente bajo la tela de sus camisas.

Sacudí la cabeza, despejándola de esos pensamientos. Ignorando la punzada aguda que sentí, enderecé los papeles frente a mí.

—Una cosa más. Mi hermano y Emma están organizando una cena en su casa este fin de semana. Me pidieron que te invitara.

—Oh —dije, gratamente sorprendida. Después del encuentro que habíamos tenido la última vez en su casa, no pensé que volvería a verlos—. Claro. Solo envíame los detalles por mensaje. ¿Puedo llevar a un invitado?

—¿El rebote?

—No es un rebote —No lo era—. Supongo que Simplemente Katerina estará allí, ¿no?

—Sí. Y está encantada de que la hayas convertido en una estrella de YouTube.

—Oh, ya estoy deseando que llegue esta cena —dije con falsa alegría.

Llamé a mamá cuando volví a la oficina para quitármelo de encima, ignorando las risitas de mis compañeros de trabajo mientras todos veían mi infame video de esquí en línea.

—¡Eres famosa, cariño! —trinó mamá cuando contestó el teléfono.

—¿Tú también lo has visto? —pregunté, horrorizada—. ¿Cómo?

—Uno de los amigos de Laurence lo vio y lo compartió. En realidad no está tan mal, cielo. Solo que no entiendo por qué llevabas ese horrible atuendo. Pareces un pingüino cubierto con un oso polar muerto.

—Ay, gracias mamá. Como si no pudiera sentirme peor.

—¿Cómo van las cosas? ¿A qué debo una de tus raras llamadas telefónicas?

—Te llamo todo el tiempo —respondí y luego procedí a preguntarle si Jackson y yo podíamos entrevistarla a ella y a Laurence para nuestro artículo. Su reacción no fue en absoluto lo que esperaba.

—Um, no estoy segura —dijo después de una larga pausa.

—¿En serio? —pregunté, encantada—. No hay problema. Se lo diré a Jackson.

—No, no, a él le encanta Jackson. Espera un segundo. —Hice una pausa mientras mamá me ponía en espera—. ¿Cariño?

—Espera. ¿Está todo bien entre tú y el Cigoto? —pregunté. Decidí añadir un poco de humor a toda la situación—. ¿Está gruñón porque necesita que le cambien los pañales?

—Adrian, Laurence es...

—¿Los otros niños no le hacen sitio en el parque infantil? ¿Se le cayó el helado? —continué, sonriendo.

—Vaya —la voz divertida de Laurence sonó en la línea.

Me quedé helada, horrorizada.

—He oído algunas bromas malas sobre mi edad en comparación con la de tu madre —continuó—. Pero esas fueron...

—Dios mío, Laurence. No lo decía como sonaba. Solo estaba bromeando. Ja, ja. Lo siento mucho.

—Está bien —dijo Laurence, riendo—. No sabías que estaba en la línea. Tal vez no debería haber dicho nada. Dejarte continuar. Ver cuánto tiempo podrías haber seguido.

—Laurence —repetí—. Lo siento muchísimo, de verdad.

—Solo quería intervenir para decir que estaríamos encantados de hacer tu entrevista —continuó Laurence—. A menos, claro está, que insistas en llamarme *el Cigoto* durante toda la entrevista. Entonces tendría que protestar.

—No. Por supuesto que no. Gracias. Y de nuevo, lo siento mucho.

—Cuanto más te disculpas, menos sincera pareces —dijo Laurence con una risa—. Te voy a pasar de nuevo con Marilyn. Puedes seguir burlándote de mí.

Laurence se retiró de la línea (o eso pensé), y me lancé a una serie de frenéticas disculpas, que mamá aceptó a regañadientes. Concluí la llamada diciéndole que pensaba que Laurence era un hombre estupendo, respetable, guapo y maravilloso.

—En realidad no está en la línea, Adrian —dijo mamá. Pude oír la sonrisa en su voz—. Te veré pronto.

Pasé el resto del día y la mayor parte de la semana escudriñando los anuncios de apartamentos de un dormitorio o estudios. Cada apartamento en alquiler que encontraba tenía el tamaño de una caja de zapatos y costaba alrededor de medio millón al mes. Siempre había conseguido vivir no muy lejos de las oficinas de la revista, pero parecía que eso tendría que cambiar. Especialmente con los silencios cada vez más hostiles entre Liz y yo. Supuse que ella y Stewart habían roto porque ya no lo veía por el apartamento. Me sentí un poco culpable por esto, pero aparté el sentimiento. No era yo quien había engañado, ¿verdad?

Le confesé mi frustración sobre la búsqueda de apartamento a Douglas durante la cena más tarde esa semana. No fue nada comprensivo.

—Es Nueva York, cariño. No es el lugar más fácil del mundo para encontrar un piso asequible. Si no te hubieras metido en los asuntos de tu amiga en primer lugar, no estarías en esta situación.

—¿Quieres decir que debería haberme quedado callada? ¿Simplemente dejar que siguiera mintiéndole? —exigí.

—Adrian, no volvamos a entrar en todo esto otra vez. Simplemente no era asunto tuyo. Eso es todo lo que digo. ¿Se me permite estar en desacuerdo contigo?

—Por supuesto que sí. Es solo que me está costando mucho lidiar con toda esta situación, y apenas me has estado escuchando.

—Yo escucho. Siempre escucho. El noventa y nueve por ciento del tiempo estoy escuchando y tú hablando, y digo una cosa y explotas —soltó Douglas—. ¿Qué tal si pido la cuenta?

En el taxi de camino al apartamento de Liz, Douglas y yo no dijimos ni una palabra.

—Douglas —rompí el silencio, volviéndome hacia él—. Mira. Lo siento. Trabajaré en ser mejor oyente. Y dejaré de quejarme tanto. A

veces debo ser un fastidio. Me gustas mucho. De verdad.

Douglas me miró durante un largo momento antes de extender la mano para tomar la mía.

—Está bien, entonces —dijo, con una cálida sonrisa rozando sus labios.

Al día siguiente, Jackson y yo entrevistamos a una pareja hipster, Lori y Trey, amigos de Emma y Daniel. Vivían en la sección de Williamsburg en Brooklyn. Nos contaron que se conocieron en el supermercado y fue amor a primera vista.

—Lo miré, y simplemente lo supe —dijo Lori, mirando ahora a Trey—. No puedo explicarlo. Simplemente una de esas cosas.

La entrevista transcurrió sin problemas —mucho menos dramática que nuestra entrevista anterior— y terminó rápidamente. Mientras nos dirigíamos hacia la estación de metro, le pregunté a Jackson si creía en el amor a primera vista.

—Ya no —respondió. Pude notar por su expresión que no era prudente presionarlo, así que lo dejé así.

Nos detuvimos en una tienda de delicatessen a poca distancia del apartamento de Liz, donde me preguntó cómo iba la búsqueda de apartamento.

—Terriblemente. Estoy considerando cajas de cartón. Son más baratas, y vi una genial cerca de Central Park.

—Ya está. Insisto en ofrecer mi ayuda —dijo Jackson, sacando su teléfono móvil.

—Solo porque estoy desesperada —respondí, cediendo—. ¿A quién estás llamando?

—Ya verás. —Se levantó para hablar por su móvil fuera del alcance de mi oído. Regresó diez minutos después, sonriendo de oreja a oreja.

—¿Qué?

—Excursión —respondió.

Jackson me llevó a varios edificios de apartamentos que eran realmente asequibles: uno en el Lower East Side, uno en el Upper East Side, y otro en el Village. Todos eran estudios y apartamentos de una habitación. Pero un espacioso estudio cerca de Midtown hizo que mi corazón se detuviera... de una buena manera. Podía ver dónde pondría los muebles, dónde me acurrucaría a leer, dónde vería películas, dónde bailaría en ropa interior.

—Estoy enamorada —dije, absorbiendo ávidamente cada centímetro del estudio.

—Déjame hacer otra llamada.

Jackson regresó momentos después y me dijo que si podía tener el depósito y el primer mes de alquiler para el final del día, el apartamento sería prácticamente mío. Su amigo era un alto cargo en una firma de corretaje, y aparentemente podía mover hilos para algunos de sus edificios. Grité de alegría y, sin pensarlo, me lancé a los brazos de Jackson.

Jackson se rió, abrazándome. Me sonrojé y di un paso atrás, pero Jackson no bajó los brazos. Me quedé en el círculo de sus brazos, con el corazón latiendo fuertemente en mi pecho, sonriéndole radiante.

No era frecuente que estuviera tan cerca de Jackson, y nuevamente me sorprendió lo guapo que era. Había pequeñas motas doradas en sus ojos que no había notado antes. Nos quedamos en silencio durante un largo momento, y antes de darme cuenta, uno de nosotros —no recuerdo exactamente quién fue porque no estaba pensando con claridad, pero realmente esperaba que fuera Jackson— se inclinó hacia adelante, y nuestros labios se encontraron en un beso.

Capítulo Dieciocho

EL CORAZÓN DELATOR

Yo no calificaba los besos. Y hasta ese momento, había tenido mi cuota de besos memorables. Estaba el beso mágico que tuve con Greg Harper en mi baile de graduación, el beso con Eric Holby en el cine durante mi tercer año de universidad, y un maravilloso beso con Marcus al final de nuestra primera cita.

Pero este beso. *Este beso*. Superó a todos mis besos anteriores. Olvidé dónde estaba. Quién era. En ese momento, solo existían sus labios sobre los míos, sus manos en la parte baja de mi espalda, mis manos aferrándose a su cuello, y una cálida sensación de euforia que parecía inundar mis sentidos.

Jackson fue quien rompió el beso, alejándose bruscamente y dándome la espalda. Me quedé allí, con la respiración entrecortada, mirando al suelo.

El silencio que siguió pareció extenderse. Cuando Jackson se volvió para mirarme, parecía culpable.

—Lo siento. Es que, está Katerina.

—Katerina —repetí, sintiendo una punzada de celos—. Cierto.

—Y Douglas —continuó Jackson, cerrando los ojos.

—Cierto. Um, mejor olvidémoslo —dije, parpadeando para contener un inesperado ataque de lágrimas—. Nunca pasó. La gente se besa todo el tiempo. No es gran cosa.

—Sí —dijo Jackson rápidamente, como si se estuviera convenciendo a sí mismo—. De acuerdo. Bueno. Toma. La tarjeta de

mi amigo. Se llama Finn Harrison. Puedes dejar el depósito al final del día.

Y se fue. Juro que dejó un agujero con su forma en la puerta, de lo rápido que salió. Apreté la tarjeta en mi mano, sintiéndome extrañamente vacía.

Todavía aturdida, me dirigí de vuelta al apartamento de Liz. Jackson había actuado como si no pudiera soportar estar en mi presencia después de nuestro beso. De hecho, parecía ligeramente disgustado consigo mismo. Esto no hizo nada por mi ego, considerando que yo apenas podía caminar derecha y mi corazón aún latía salvajemente. Todo por un simple beso.

Estaba tan concentrada analizando la reacción de Jackson que, de hecho, olvidé algo importante, o más bien alguien. Douglas. El pensamiento de Douglas me golpeó tan abruptamente que casi me atropella un taxi cuando me detuve al cruzar la calle Cincuenta y Nueve. Me apresuré mientras el taxi tocaba la bocina. No solo era oficialmente una infiel, sino que también era culpable de lo mismo que Marcus y Liz habían hecho, lo que me convertía en una hipócrita. Y una santurrona, además. La única forma de no ser hipócrita era decírselo. De inmediato. Y si quería romper conmigo, bueno, era lo que me merecía. Saqué mi teléfono celular mientras me acercaba al edificio de Liz, decidida a llamarlo en ese momento y contárselo.

Marqué su número, rezando para que saltara el buzón de voz. Mi oración se cumplió porque efectivamente se fue al buzón de voz.

Pero me acobardé y colgué. Razoné que no podía dejar un *mensaje* diciéndole que había besado a otra persona, ¿verdad? Esas no eran noticias que quisiera dejar en su buzón de voz.

Mientras continuaba hacia el apartamento de Liz, pude admitir a regañadientes que había sido demasiado crítica con ella. Sí, lo que Liz hizo fue mucho peor, considerando que mantenía una relación a espaldas de su novio. Pero yo había besado a otra persona, y Douglas no se merecía eso.

Entré en el apartamento y, para mi alivio, vi a Liz sentada en el sofá frente al televisor. Me acerqué a ella con la intención de disculparme.

—¿Ya has encontrado un lugar? —preguntó, cogiendo una revista de la mesa de café y dirigiéndose a su habitación.

—Sí, de hecho —dije, dolida—. Pero quería...

—Genial —dijo Liz, mirándome a los ojos con alivio—. ¿Cuándo te mudas?

La miré con incredulidad. Liz parecía genuinamente feliz de que me fuera. ¿Estaba realmente tan molesta por algo que en última instancia había sido su culpa en primer lugar? ¿Algo por lo que yo estaba completamente preparada para disculparme?

—Probablemente a finales de la próxima semana. Entonces nunca más tendrás que verme —espeté, dirigiéndome a mi habitación y cerrando la puerta de un golpe antes de que pudiera responder.

Así que nada de reconciliación con mi supuesta mejor amiga. Albergaba la esperanza de que viniera a tocar a mi puerta, y pudiéramos disculparnos y reírnos como en los viejos tiempos. Pero por supuesto, no sucedió nada parecido. Tuve la terrible sensación de que quizás nuestra amistad había terminado realmente.

Cuando vi a Douglas esa noche para cenar, simplemente no parecía haber un momento apropiado para decir casualmente: "Oye, por cierto, besé al guapo chico con el que trabajo. Pero ambos decidimos que simplemente no sucedió, así que técnicamente supongo que podemos decir que realmente no pasó. ¿Más vino?"

Bueno, tal vez hubo un momento apropiado al final de la noche, cuando Douglas me preguntó a qué hora deberíamos ir a casa de Emma y Daniel para la cena del día siguiente. Jackson estaría allí, y no sabía cómo actuaría a su alrededor ahora.

—Um, sobre eso —comencé.

—¿Pasa algo, cariño?

—Probablemente deberíamos llevar algo —dije, silenciando mi conciencia que gritaba con un trago de vino.

—Por supuesto. Absolutamente. —Douglas extendió la mano a través de la mesa para tomar la mía y llevársela a los labios.

Bajé la mirada para evitar sus ojos. La imagen de mi beso con Jackson se repetía una y otra vez en mi mente, un presagio de mi conciencia como el corazón latiendo en aquel cuento de Edgar Allan Poe, "El corazón delator". Aunque mi transgresión no era ni de lejos tan grave como un asesinato, aún me sentía terriblemente culpable. Así que agradecí cuando Douglas pidió la cuenta.

No pasé la noche con Douglas, fingiendo un estómago revuelto, pero en realidad no podía pasar ni un minuto más con él mientras luchaba contra mi culpa.

Cuando regresé al apartamento, me quedé de pie frente a la puerta del dormitorio de Liz durante veinte minutos completos. Echaba de menos a mi mejor amiga y necesitaba desesperadamente confesar mi transgresión, aunque sabía que me reprocharía mi hipocresía. Levanté la mano para llamar a su puerta cuando la oí aclararse la garganta detrás de mí.

Me di la vuelta de golpe. Liz estaba allí, aferrando su bolso y varias bolsas de compras. Hmm. Debía de estar en una de las primeras etapas post-ruptura que yo había seguido después de mi "boda": Terapia de compras. No parecía nada contenta de verme allí parada. Antes de que pudiera hablar, Liz levantó la mano.

—Es bueno que te mudes, necesitamos algo de tiempo separadas. Simplemente no puedo hablar contigo ahora. Lo siento.

Y con eso, Liz entró en su habitación y me cerró la puerta en la cara. Me quedé mirando la puerta en estado de shock. Plantada por mi prometido y abandonada por mi mejor amiga. Las cosas iban de maravilla.

Estaba de tan mal humor al día siguiente que consideré no ir a la cena de Emma y Daniel. Pero entonces Jackson pensaría que el beso me había afectado tanto que no podía enfrentarme a él, algo que haría maravillas por su ya tremendo ego.

Así que me encontré con Douglas en su casa más tarde ese día, y tomamos un largo viaje en taxi hasta Queens. En el taxi, Douglas buscó mi mano. Me miró durante tanto tiempo que comencé a moverme incómoda en mi asiento. ¿Podría sentir mi culpa?

—¿Qué? —pregunté, preparándome para lo peor.

—Nada —dijo Douglas, acariciando el dorso de mi mano con su pulgar—. Solo me siento afortunado de tener a la mujer más hermosa de la ciudad de Nueva York.

—Qué dulce —arrulló nuestro taxista entrometido—. ¿Están casados?

Oh Dios. Tenía que poner fin a esto. Miré a Douglas, a punto de confesarlo todo. Pero primero tenía que intentar algo.

—Ven aquí —susurré, inclinándome para besarlo. Douglas me besó. Fue agradable, pero nada comparado con el beso de Jackson. Maldita sea.

—¿A qué vino eso? —preguntó Douglas, luciendo gratamente sorprendido mientras me alejaba.

Alcé la mano para tocar su mejilla. —Por ser tú.

—Por favor, invítenme a la boda —intervino el entrometido taxista.

Sabía que no podía confesar mi pequeña infidelidad frente al taxista, que mentalmente estaba escogiendo patrones de vajilla para nosotros. De nuevo, decidí esperar.

El taxista nos dejó frente a la casa de Emma y Daniel diez minutos después, tras sugerir varios nombres para nuestros futuros hijos. Douglas aún se reía de nuestro romántico taxista mientras nos acercábamos a la puerta principal. Pero yo estaba preocupada, plenamente consciente de que Jackson estaba dentro. Ya podía oír voces desde el interior de la casa cuando llegamos a la puerta.

—¿Estás bien? —preguntó Douglas—. ¿No has estado aquí antes? ¿Por qué pareces tan aterrada?

—Debe haber sido algo que comí. Mi estómago aún está un poco revuelto desde anoche —dije, dándole la sonrisa más brillante que pude reunir. Emma abrió la puerta de golpe antes de que pudiera llamar.

—¡Me alegro tanto de que estés aquí, Adrian! Y este es...?

—Soy su novio, Douglas —dijo Douglas, tomando su mano.

—¿Un inglés? Oh, que se detenga mi corazón —dijo Emma, abanicándose—. Odio pisarte los talones, Adrian, pero si no estuviera casada...

—Puedo oírte, señora Taylor —dijo Daniel con una sonrisa, acercándose a la puerta y haciéndonos señas para que entráramos.

Me abrazó y se presentó a Douglas. Mientras Emma tomaba mi bolso, intenté hacer algo de conversación preguntando por Samantha, que estaba con su niñera. Emma nos instó a pasar a la sala de estar. Guié a Douglas adentro, con el corazón acelerado. Ya había varias personas allí. Reconocí a Lori y Trey, una de las parejas que Jackson y yo habíamos entrevistado, y levanté la mano en señal de saludo. Busqué a Jackson y lo vi salir de la cocina con una botella de vino, enfrascado en un acalorado debate con el hombre que lo seguía.

Sus ojos brillaban mientras echaba la cabeza hacia atrás y se reía de algo que dijo su acompañante. Sus ojos se encontraron con los míos, y mi ritmo cardíaco aumentó.

Pero Jackson simplemente sonrió y levantó la mano en un saludo casual. Katerina salió de la cocina con una mujer, también riendo a carcajadas. Cuando llegó a su lado, él dejó la botella de vino y rodeó sus hombros con los brazos, inclinándose para darle un beso apasionado en los labios. Algunas de las personas a su alrededor vitorearon, y alguien les instó a "buscarse una habitación".

Me obligué a apartar la mirada. Era realmente como si me hubiera imaginado ese beso entre nosotros, y ahora éramos solo extraños cordiales.

—¿Adrian? —preguntó Douglas, poniendo su mano en mi brazo.

—Déjame presentarte a las personas que conozco —dije, forzando una sonrisa brillante y entrelazando mi brazo con el suyo. Me obligué a llevarlo hacia Jackson y sus compañeros.

—Hola, Jackson. Katerina —dije, sorprendida de lo casual que sonaba mi voz a pesar de mi tormento interior. Realmente debería haber ganado un Oscar por mi actuación.

—Adrian —dijo Katerina, su boca ya crispándose de disgusto. La mujer realmente podía guardar rencor.

—Tú debes ser Douglas. ¿Cómo estás, hombre? —preguntó Jackson, apenas mirándome.

—Fantástico. —Douglas estrechó su mano extendida. Yo miraba fijamente a Jackson, deseando que mirara en mi dirección, pero él

miró a Katerina en su lugar, susurrándole algo al oído.

—Vamos a tomar nuestros asientos —dijo, sin mirarme todavía—. Nos vemos. Fue un placer conocerte, Douglas.

Y se fueron. Me quedé allí, completamente atónita. Pensé que simplemente fingiría que *nuestro beso* nunca había sucedido, no que *yo* no existía. Apenas presté atención a las otras personas a las que nos presentamos, y varias veces capté la mirada observadora de Emma sobre mí.

Douglas y yo nos sentamos a la mesa, en el extremo opuesto a Jackson y Katerina. La comida estaba deliciosa, e intenté disfrutar lo mejor que pude. Me uní a las conversaciones a mi alrededor de vez en cuando, pero todo lo que podía oír en el otro extremo de la mesa era la voz de Jackson. Él era el alma de la fiesta, contando una historia animada tras otra. De vez en cuando, Katerina se inclinaba y le acariciaba la oreja con la nariz o le besaba en la mejilla. Era como si se esforzara por marcar su territorio. No es que a Jackson pareciera importarle. De hecho, a veces le devolvía el gesto. Era repugnante. Apenas toqué mi comida mientras observaba sus excesivas muestras públicas de afecto.

—Oye, Adrian —me llamó Daniel desde el extremo opuesto de la mesa—. ¿Cómo va el artículo? ¿Mi hermano te está tratando bien?

Todos los ojos (excepto los de Jackson, noté furiosa) estaban ahora fijos en mí.

«¡Nos besamos!», quería gritar. «¡Fue uno de los tres mejores besos de mi vida! ¡Quizás incluso el número uno! ¡Apenas podía respirar! ¡Y ahora ni siquiera me mira!»

Pero por supuesto no dije eso. Aunque habría sido bastante entretenido.

—Genial. Todo va genial —dije con un entusiasmo forzado.

—Deberíamos terminar para finales de la semana que viene. Solo una semana más de tener que tolerarnos mutuamente —dijo Jackson, sonriendo a Daniel.

—Brindemos todos por Adrian —dijo Daniel con una sonrisa—. Por aguantar a mi hermano durante tanto tiempo.

—¡Salud! —dijo Jackson, sin mirarme todavía, y todos levantaron sus copas para brindar. Emma, noté, mantuvo su mirada perspicaz

sobre mí durante todo el brindis.

El resto de la cena transcurrió rápidamente, y muy pronto todos estaban de pie, despidiéndose. Mientras Douglas charlaba con la pareja que se sentó a nuestro lado, yo seguí observando a Jackson por el rabillo del ojo. Estaba apartado de los demás con el brazo alrededor de la cintura de Katerina. Se inclinó para susurrarle algo al oído, y ella se rio con voz ronca.

—Oye, Adrian —dijo Emma, interponiéndose en mi campo de visión, bloqueando la vista de Jackson—. ¿Qué tal si vamos a buscar tu bolso?

—Eh, c-claro —tartamudeé, echando una última mirada a Jackson y siguiendo a Emma hasta la habitación de atrás. Tan pronto como entramos, cerró la puerta tras ella y me miró con expresión seria.

—¿Qué pasó entre tú y Jackson? —preguntó.

Bajé la mirada. ¿Habría dicho algo Jackson?

—Nada —mentí, incapaz de mirarla a los ojos.

—Adrian. Conozco a Jackson y puedo leerlo como un libro abierto. Se está esforzando por ignorarte. ¿Os acostasteis?

Jadeé, sacudiendo la cabeza. —¡No! Emma, mira, me caes muy bien, pero no me siento cómoda hablando de esto.

—Sé que estoy siendo entrometida. Pero me importa mucho Jackson. Y lo único que puedo decir es que no es un imbécil. Dios, me mataría por contarte esto, pero lo han herido. Gravemente. Así que protege sus sentimientos. Le gustas, Adrian. Estoy bastante segura de ello. Pero por alguna razón, no se lo permite a sí mismo.

Miré a Emma con incredulidad. Jackson no había mostrado ninguna señal de estar interesado en mí aparte del beso, del que obviamente se sentía asqueado. Negué con la cabeza.

—No creo que eso sea cierto. Está haciendo un gran trabajo mostrándome que le gusto besuqueándose con Solo Katerina.

—¿Solo Katerina? ¡Ese es el apodo que Danny y yo también le hemos puesto! —dijo Emma, sonriendo—. ¿Qué pasa con el nombre único? ¿Quién se cree que es? ¿Madonna? Bromas aparte... creo que Jackson realmente se preocupa por ti.

—¿Vosotras dos os estáis besando ahí dentro? —interrumpió Daniel desde el otro lado de la puerta—. ¡Porque si es así, hay una docena de chicos aquí fuera que les encantaría ver el espectáculo!

—Vaya, me casé con todo un caballero —dijo Emma, guiñándome un ojo mientras se dirigía a la puerta para abrirla—. Piensa en lo que te he dicho.

Asentí. Emma abrió la puerta de golpe. Daniel y Douglas estaban allí, sonriendo como idiotas.

—¡Os lo habéis perdido! Es una gran besadora —bromeó Emma, enlazando su brazo con el de Daniel—. Vamos a despedirnos de todos.

Douglas se acercó a mí, extendiendo la mano para tomar la mía. Amable, dulce, sexy e inocente Douglas. Escudriñé su rostro, deseando que diera uno de los tres mejores besos de la vida.

—Hola —dijo él.

—Hola —repetí. Decidí intentarlo de nuevo, alzándome para besarlo. Él respondió, besándome apasionadamente. Pero el beso seguía palideciendo en comparación con el de Jackson.

—Vosotros dos deberíais cerrar la puerta la próxima vez.

Nos separamos. Jackson estaba junto a la puerta, mirando más allá de mí hacia Douglas. Le dedicó una sonrisa a Douglas, ignorándome completamente mientras cogía el bolso de Katerina.

—Continuad —dijo bruscamente, cerrando la puerta tras de sí.

—Nos ha dado permiso —dijo Douglas, comenzando a inclinarse para otro beso.

—Deberíamos irnos —dije, desanimada por la evidente indiferencia de Jackson. Por mucho que me gustara Emma, estaba muy equivocada en cuanto a descifrar los sentimientos de los hombres.

Cuando Douglas y yo salimos del dormitorio, vi que Jackson y Katerina ya se habían ido. Nos despedimos de Daniel y Emma, quien me dirigió una mirada significativa antes de que nos fuéramos.

Durante todo el camino de vuelta a Manhattan, intenté escuchar mientras Douglas me contaba una historia interesante sobre la pareja con la que había charlado en la fiesta. Pero todo en lo que podía pensar era en Jackson: Jackson encima de Katerina, la mirada

de asco de Jackson después de besarme, Jackson evitando mis ojos todo el tiempo durante la cena.

—¿Adrian? —preguntó Douglas.

—¿Mm? —respondí, aún perdida en mis pensamientos.

—Hogar, dulce hogar —dijo. Me enderecé en mi asiento. El taxi había llegado al edificio de apartamentos de Douglas—. ¿Subes?

Pero sabía que no podía subir. Lo miré fijamente durante un largo momento, sabiendo lo que tenía que hacer. No era justo fingir que estaba comprometida con él cuando todo en lo que podía pensar era en Jackson. Era hora de ser brutalmente honesta.

—El taxímetro sigue corriendo —espetó nuestro taxista.

—Douglas —mis ojos se llenaron de lágrimas—. Tenemos que hablar.

Douglas pareció leer todo lo que iba a decir en mi expresión. Cerró los ojos.

—Maldita sea —murmuró.

—¡El taxímetro! —repitió el taxista, girándose en su asiento y mirándonos con furia. Era el polo opuesto al taxista romántico que nos había llevado a Queens—. Todos conocemos la rutina. «No eres tú, soy yo. Espero que podamos seguir siendo amigos». Ahora, ¿van a tener esa conversación aquí en mi taxi o afuera?

Capítulo Diecinueve

NO ERES TÚ, SOY YO

Nos bajamos del taxi ante la insistente exhortación de nuestro taxista, quien o bien había pasado por muchas rupturas él mismo o había sido testigo de demasiadas en su taxi.

Mientras el taxi se alejaba a toda velocidad, Douglas se sentó en el bordillo, mirando sus rodillas. Me sentía terriblemente culpable, pero sabía que no podía seguir fingiendo una relación con él. No cuando Jackson empezaba a ocupar cada rincón de mi mente.

—Es ese tipo, ¿verdad? —preguntó Douglas, mirándome.

—¿Qué tipo? —pregunté, ganando tiempo.

—Ese Jason o Jackson.

Me sonrojé. Dios mío, ¿era tan obvia? ¿Todos en la cena, incluido Jackson, se habían dado cuenta de que lo miraba fijamente?

—No. Tal vez. No lo sé.

Honestamente, no estaba segura de cuáles eran mis sentimientos hacia Jackson. Sí sabía que me sentía atraída por él, a pesar de que era egocéntrico, condescendiente y obviamente un mujeriego. Podría engañar fácilmente a la Simplemente Katerina e ignorarme con una facilidad increíble. *Quizás lo hacía todo el tiempo*, pensé mientras se me encogía el estómago. Douglas resopló, trayéndome de vuelta al presente.

—Todo este tiempo estuve preocupado de que aún estuvieras enganchada a tu ex. Ni siquiera había pensado en ese escritor —dijo, poniéndose de pie.

—No es así. Tal vez simplemente no estaba lista para involucrarme con nadie. Quizás era demasiado pronto. No lo sé. Lo siento. Eres genial. Increíble. No eres...

—"Tú, soy yo" —concluyó Douglas, negando con la cabeza—. El taxista tenía razón, ¿no?

No dije nada. Pero *era* yo, no él. Había una razón por la que esa frase se usaba tanto en las rupturas. Incluso Marcus había usado esa frase conmigo, de alguna forma. Yo era la que no podía dejar de obsesionarme con un hombre que realmente no conocía. Yo era la que ya tenía un gran chico. Sí, tenía que esforzarme para crear chispas que deberían haber estado allí naturalmente, pero no había nada malo en Douglas. Era todo yo.

—Supongo que esto es todo —dijo Douglas ahora, volviéndose para mirar su edificio de apartamentos—. Adiós. Gracias por los recuerdos.

—Douglas —dije, pero él ya se dirigía a su edificio. Se detuvo en seco, se dio la vuelta y me tomó del brazo, llevándome a la esquina.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté, aterrada. ¿Iba a arrojarme al tráfico?

—Puede que esté enojado, pero sigo siendo un caballero. Al menos déjame conseguirte un maldito taxi.

—No tienes que hacerlo —dije, pero Douglas descartó mi protesta con un gesto.

Hizo señas a un taxi y me abrió la puerta. Me volví, abrazándolo antes de que pudiera alejarse. Se quedó inmóvil en mi abrazo por un momento antes de darme un beso reacio en la frente.

—Adiós, Adrian. —Y luego se fue.

Me senté en el taxi de camino al apartamento de Liz en un estado de aturdimiento. Jackson tenía razón sobre Douglas: después de todo, solo había sido un rebote. Y a pesar de mi culpa, sentí como si me hubieran quitado un gran peso de encima. Douglas era definitivamente atractivo y encantador, simplemente no éramos el uno para el otro.

Liz estaba encerrada en su habitación como de costumbre cuando llegué a casa, y una vez más luché contra el impulso de llamar a su puerta y hacer las paces antes de decidir no hacerlo. Liz

había dejado claro que necesitaba tiempo lejos de mí, y mi orgullo ya había sufrido lo suficiente. Además, me mudaba la próxima semana. Me echaría de menos lo suficiente como para ceder y llamarme. Al menos, eso esperaba.

El resto del fin de semana luché con mi culpa por terminar mi relación con Douglas. Traté de racionalizar que todo era para mejor, que el final de mi Relación de Rebote me había llevado más lejos en el proceso de superar completamente a Marcus. Pero apenas había pensado mucho en Marcus últimamente, especialmente desde que había besado a Jackson. No quería pasar por todo el proceso de extirpar quirúrgicamente a un hombre de mi corazón solo para repetir el proceso con otro hombre (no disponible).

Decidí mantener una distancia profesional entre Jackson y yo. Una vez que hiciéramos nuestra entrevista final y completáramos el borrador final del artículo antes de entregarlo, nunca más tendría que verlo ni pensar en sus labios sobre los míos o en la Simplemente Katerina o en los intentos de palabras de consuelo de Emma. Estaría felizmente soltera, sin prometidos que me dejaran plantada ni rebotes ni compañeros de trabajo arrogantes pero guapos. La vida continuaría. Pero el pensamiento me trajo poco consuelo.

Llegó el lunes, el día de nuestra entrevista con mamá y el Cigoto. Para la entrevista, había acordado con Jackson —por correo electrónico, por supuesto, ya que no me atrevía a llamarlo— encontrarnos con mamá y el Cigoto en su apartamento en Chelsea. Tenía curiosidad por ver dónde vivía el Cigoto y cómo vivía.

Mamá abrió la puerta. Inmediatamente pude notar que algo andaba mal. Para empezar, estaba vestida —a falta de una mejor palabra— como una fulana. Llevaba una ajustada camiseta de malla púrpura y unos vaqueros de tiro bajo que incluso yo era demasiado mayor para usar, y llevaba demasiado maquillaje. También tenía una expresión tensa en el rostro. Era la misma expresión que había visto justo después de una de las épicas peleas entre ella y papá durante su matrimonio.

—Mamá, ¿estás bien?

—Pasa, pasa. ¿Dónde está Jackson? —preguntó, ignorando mi pregunta.

—Está en camino. Llegué un poco temprano —dije—. ¿Estás bien?

—Si no es la encantadora Adrian —dijo Laurence antes de que mamá pudiera responder, bajando por el pasillo y besándome en ambas mejillas. Se veía completamente relajado. El polo opuesto a mamá. Pero definitivamente algo estaba pasando.

—Hola a todos —anunció la voz retumbante y alegre de Jackson desde detrás de mí. Me puse tensa, instándome a mantener la calma.

Jackson entró con una bolsa colgada del brazo. Me dedicó una sonrisa cortés y pasó junto a mí para abrazar a mamá y darle un abrazo varonil a Laurence (cuyos ojos se iluminaron con su presencia).

Laurence nos condujo a la sala de estar, y dejé de intentar descifrar qué le molestaba a mamá para concentrarme en ignorar la presencia desconcertante de Jackson.

Para ser un veinteañero, Laurence tenía un apartamento envidiable. Era enorme y espacioso, equipado con un salón (!), cocina, sala de estar, tres dormitorios que pude ver y una vista espectacular de la ciudad. Obviamente le iba muy bien. Hacía que el estudio del que me había enamorado pareciera un motel de mala muerte.

Laurence se sentó junto a mamá en un sofá mullido, colocando su brazo detrás de ella mientras nos indicaba a Jackson y a mí que nos sentáramos frente a ellos. Miré nerviosa el pequeño sofá de dos plazas en el que Jackson acomodaba su larga figura.

—Puedo traer una silla. No quiero incomodar a Jackson —dije, buscando una silla por la cavernosa sala de estar.

—No soy contagioso, Lexley —dijo Jackson, riendo y dando una palmadita en el asiento a su lado.

Me senté junto a él en el sofá, lo más alejada posible. Mientras Jackson preparaba su portátil, rebusqué entre mis papeles y saqué nuestra lista de preguntas.

—Marilyn es una mujer maravillosa —dijo Laurence antes de que pudiera hacer la primera pregunta—. Cuando nos conocimos en persona, la química entre nosotros fue instantánea.

—Algunas personas podrían levantar las cejas por su diferencia de edad —dijo Jackson—. ¿Qué consejos tienen para aquellos que son reacios a salir de cierto rango de edad?

—Yo digo que la edad es solo un número y el amor puede surgir para cualquiera en cualquier momento. Y la relación entre una mujer mayor y un hombre más joven ya no es tan tabú. Si acaso, creo que es liberador para una mujer hermosa salir con quien ella elija. Sin importar la edad —respondió Laurence.

Miré a mamá, esperando que añadiera algo. Pero ella solo le dedicó a Laurence una sonrisa amable.

—Mamá, ¿tienes algo que agregar?

—Oh, creo que Laurence lo resumió perfectamente —dijo mamá, sin apartar los ojos del rostro de Laurence.

La miré fijamente por un momento. Esto no se parecía en nada a la mujer de opiniones firmes que yo conocía tan bien. Actuaba y se vestía como una sexy esposa de Stepford o algo así. El resto de la entrevista transcurrió de esta manera, con Laurence adelantándose y respondiendo cada una de las preguntas que teníamos. Mamá simplemente estaba de acuerdo con todo lo que él decía.

Cuando Jackson le hizo una pregunta directa, finalmente vi una grieta en su armadura.

—Como alguien que ha estado casada, ¿diría que es más fácil o más difícil la segunda vez? —preguntó Jackson.

Mamá se puso rígida. Por un momento pensé que no respondería.

—Diría que es mejor la segunda vez —dijo mamá—. Aprendes de tus errores. Así que definitivamente lo hace más fácil.

—Y eso puede aplicarse a cualquiera —dijo Laurence, no contento con acaparar solo el 99 por ciento de la entrevista—. Creo que la mayoría de nosotros no lo hacemos bien la primera vez. Así que, con suerte, a la segunda o tercera va la vencida.

—Exactamente, cariño —dijo mamá, apretando la mano de Laurence.

Afortunadamente concluimos nuestra entrevista, ya que apenas podía soportar ver a mamá actuar como una autómata sin cerebro.

Nos despedimos y les agradecimos. Aparté a mamá mientras Laurence hablaba con Jackson.

—¿Qué te ha pasado? —exigí saber—. Dejaste que él hablara todo el tiempo y estuviste de acuerdo con todo lo que dijo.

—Eso es porque estaba de acuerdo con todo lo que dijo —respondió mamá, sin mirarme a los ojos—. ¿Qué pasa contigo y Jackson? Estabas sentada lo más lejos posible de él. Y apenas lo mirabas a los ojos. ¿Acaso ustedes dos se acostaron o algo así?

—¡Por supuesto que no! —siseé, sonrojándome. Dios, realmente era transparente—. Solo me desconcertó cómo te estabas comportando.

—Mmm-hmm —murmuró mamá con sarcasmo.

—¿Lista, Adrian? —preguntó Jackson, logrando despedirse de Laurence.

—Sí —dije, forzándome a mirarlo a los ojos y darle una sonrisa casual. Me volví hacia mamá y Laurence—. Gracias por la entrevista. Les avisaré cuando tengamos una fecha de publicación.

—Por favor, hazlo. Fue un placer —dijo Laurence, acercándose a mamá y tomando su mano. Intenté descifrar su comportamiento, pero no llegué a ninguna conclusión.

—Ella no es así —le dije a Jackson mientras salíamos del edificio de apartamentos y él pedía un taxi—. Estaba actuando como un robot sin mente.

—A mí me pareció bastante sincronizada con él —dijo Jackson, encogiéndose de hombros mientras un taxi se detenía frente a nosotros.

—No, estaba tratando de adaptarse a él. De convertirse en alguien que le interesara —dije, dándome cuenta. Me deslicé dentro, fingiendo no notar que Jackson se había situado al otro extremo del taxi—. Por eso llevaba un atuendo apropiado para una chica de dieciséis años.

Jackson solo se rio entre dientes. Se giró en su asiento, escrutándome por un momento.

—¿Qué? —pregunté. Si intentaba besarme de nuevo, no sabía qué haría.

—Te debo una disculpa. Sé que te ignoré en la cena. Simplemente no quiero que las cosas sean incómodas entre nosotros por ese beso. Pero no debería haberte ignorado así. Las cosas entre Katerina y yo se están poniendo bastante serias.

No quería oír nada más sobre Katerina. —Realmente no tienes que...

—No, déjame terminar —interrumpió Jackson—. Tú tienes a Douglas y yo tengo a Katerina. Solo quiero que dejemos atrás todo ese asunto del beso. No debería haber sucedido. No volverá a ocurrir.

—Y no es como si fuéramos a vernos de nuevo —dije, tratando de sonar despreocupada mientras un dolor inesperado me retorcía el corazón. No había necesidad de corregirlo sobre Douglas. Necesitaba algo para salvar mi ego. Me sentía como si acabaran de dejarme. Otra vez. Marcus, Liz, ahora Jackson. Estaba en racha.

—Cierto —dijo Jackson, extendiendo su mano—. ¿Amigos?

—Por supuesto —respondí, tomando su mano. Una oleada de calor me recorrió cuando nuestras manos se encontraron. ¿Qué me pasaba?

Apenas pude concentrarme mientras encontrábamos una cafetería y nos preparábamos para ultimar los detalles finales del artículo. Jackson hizo la mayor parte de la conversación mientras tecleaba en su portátil, y yo asentía de vez en cuando, preguntándome si esta sería realmente la última vez que lo vería y odiándome por preocuparme tanto.

—Adrian.

—¿Sí?

—No te asustes ni nada, pero hay una mujer en la calle mirándote fijamente.

Eché un vistazo casual a mi izquierda, donde Janet estaba parada en la calle, entrecerrando los ojos para mirar dentro de la cafetería.

—Oh, es solo la prometida de mi padre —dije, haciéndole señas para que entrara.

Janet entró, disculpándose profusamente por quedarse mirando. Nos contó que había estado buscando floristerías en la zona cuando me vio. Se la presenté a Jackson, y ella se deshizo en elogios sobre

cuánto le encantaba a papá (¡!) su libro. Me dijo que los preparativos de la boda estaban casi completos, y que solo estaba buscando una cantante para sorprender a papá en la recepción.

—Mi novia es cantante —ofreció Jackson, y mi corazón se hundió de pavor—. Si le dijera que es para una amiga mía, estoy seguro de que estaría encantada de cantar en tu boda.

—¿En serio? —preguntó Janet—. Oh, eso sería maravilloso. Me encantaría reunirme con ella.

—Yo me encargaré de todo. No te preocupes por nada. Obtendré tu información de Adrian y las pondré en contacto.

—Oh, gracias, gracias. Y si ella termina cantando en nuestra boda, por supuesto que tienes que venir. ¿Por qué no vienes de todos modos? Nos encantaría tener a un autor célebre en nuestra boda.

Miré a Janet con incredulidad. La idea de Jackson y la Justa Katerina en la boda de papá mientras yo asistía sola era mortificante.

—Estoy segura de que Jackson está ocupado —intervine.

—Para nada. Me encantaría ir —dijo Jackson, manteniendo su mirada fija en el rostro radiante de Janet.

—¡Fantástico! Haré que Adrian te pase la información y te enviaremos una invitación —dijo Janet, sonriendo. Se inclinó y me dio un beso en la mejilla—. ¡Me alegro tanto de haberte encontrado, Adrian! Te veré pronto.

Janet salió, completamente ajena al hecho de que había hecho realidad una de mis pesadillas. Miré a Jackson con ojos fulminantes al otro lado de la mesa.

—Prácticamente te invitaste solo, ¿sabes? Y puede que Katerina no quiera hacerlo si sabe que es la boda de mi padre. Me odia, ¿recuerdas?

—Lo hará si se lo pido yo. Y me encantaría ir. Me encantan las bodas —dijo Jackson sin un rastro de cinismo—. Ahora podremos vernos de nuevo. Sé que estás encantada.

Terminamos y salimos de la cafetería. Afuera, Jackson se volvió hacia mí con una sonrisa.

—Así que esto es todo. Aparte de algunas ediciones finales, realmente no es necesario que nos reunamos.

—Bien —dije, forzándome a sonreír—. Supongo que te veré en la boda de mi padre.

—Eso parece —respondió.

Dio un paso adelante, y yo instintivamente di un paso atrás. Frunció el ceño y una expresión que no pude descifrar pasó fugazmente por sus ojos. Pero la mirada desapareció al instante y fue reemplazada por una sonrisa casual y ladeada.

—Solo quiero darte un abrazo. ¿Está bien?

—Está bien —dije secamente, pero mi corazón latía con fuerza en mi pecho. Si un beso suyo podía hacer que toda mi perspectiva se inclinara sobre su eje, ¿cómo reaccionaría a otro abrazo?

Jackson se acercó para abrazarme, y podría jurar que sentí sus labios rozar mi cabello. Me quedé rígida por un momento antes de dejarme relajar, permitiendo que mis brazos se ajustaran alrededor de sus anchos hombros mientras le devolvía el abrazo.

Nos quedamos así por un largo momento. Sentí ese calor familiar extenderse por todo mi cuerpo y supe que tenía que dar un paso atrás antes de cometer un gran error.

Me moví hacia atrás para salir de sus brazos, mirándolo, y por una fracción de segundo solo quise tirar la precaución por la borda y presionar mis labios contra los suyos, aunque fuera brevemente, solo para sentir el torbellino de emociones que no había sentido en mucho tiempo. Pero el sentido común ganó, y di un paso atrás, bajando la mirada.

—Nos vemos, Adrian.

Me quedé allí, viéndolo alejarse hasta que dobló la esquina. Me dirigí de vuelta a casa de Liz en una especie de nebulosa, decidiendo que seguiría caminando un poco más solo para aclarar mi mente.

Traté de ver el lado positivo de las cosas. Apenas había pensado en Marcus últimamente, y probablemente era una buena señal que hubiera superado a un hombre si todo lo que podía hacer era fantasear con los labios de otro. Pero también noté que, por muchos pasos que pudiera dar para superar a alguien, realmente no había muchos pasos que pudiera dar para evitar enamorarme de alguien.

Capítulo Veinte

LA BODA REAL

Bueno, quizás había pasos que podía tomar para no enamorarme de Jackson. Como mantenerme ocupada. Si estaba ocupada, no habría tiempo para analizar mis crecientes sentimientos por Jackson.

Por suerte, todavía tenía algo de trabajo por hacer para terminar el artículo, aunque era mínimo. Jackson y yo solo nos comunicamos por correo electrónico dos veces con comentarios finales y ajustes durante la siguiente semana. Una vez que ambos estuvimos satisfechos con el texto, envié el artículo a Jean.

A diferencia de la sensación de logro que solía sentir cuando terminaba algo, una extraña desolación me invadió una vez que envié el artículo. Jackson Taylor ya no estaba en mi vida. *Esto es algo bueno*, me dije para convencerme.

En cualquier caso, me mantuve ocupada y me sumergí en la mudanza: me esforcé por comprar cajas, aunque no necesitaba muchas. Organicé y reorganicé algunas cosas que necesitaba empacar. Codifiqué las cajas con marcadores multicolores. Organicé hojas de cálculo de Excel detallando dónde iría todo una vez que empacara y desempacara. Encontré un programa en línea que mostraba cómo decorar un apartamento estudio. Obsesivamente vi programas de mejoras para el hogar para averiguar de qué color pintar mis paredes y qué tono de cortinas colgar. Compré más zapatos para que mi armario no pareciera demasiado vacío. Llamé a la empresa de mudanzas varias veces para asegurarme de que tuvieran la fecha y hora correctas para venir a mover mis cosas. (La

cuarta vez que llamé, me advirtieron que cancelarían si los molestaba de nuevo). Actualicé toda mi correspondencia con mi nueva dirección. Actualicé mi hoja de cálculo de Excel. Compré más zapatos.

Pero nada de esto ayudó. Todo lo que pensaba era en Jackson y en cómo cualquier contacto físico conmigo parecía no afectarle en absoluto mientras que a mí me hacía entrar en crisis. Me preguntaba si se casaría con Katerina. Me lo imaginaba en la cama con Katerina. Me preguntaba cuánto tiempo estarían comprometidos. Me preguntaba cuántos hijos tendrían, y si invitarían a Marcus y su amazona a cenar. (Sabía que esto no era probable ya que ni siquiera se conocían, pero en las fantasías paranoicas, todo es posible).

—¿Has visto o sabido algo de Adrian últimamente? —le preguntaría Marcus a Jackson en una de sus muchas cenas.

—No. Para ser honesto, se puso realmente gorda —diría Jackson, llevando la mano de Katerina a sus labios.

—Lo sé. ¿Recuerdas cuando se quedó atascada tratando de entrar en esa talla dos? Hilarante —diría Marcus, sacudiendo la cabeza divertido.

—Escribí un libro sobre ella —añadiría Jackson, mirando adorablemente a los ojos de Katerina—. Una historia aleccionadora.

Tal vez estaba siendo un poco obsesiva. Pero Liz todavía no me hablaba y no tenía a nadie más con quien desahogarme, así que mi ansiedad seguía aumentando. Incluso intenté pensar más en Marcus para dejar de pensar tanto en Jackson. Al menos eso era normal. Es decir, realmente había tenido una relación con Marcus. Pero incluso en el apogeo de nuestra pasión, los besos de Marcus ni siquiera se comparaban con los de Jackson. Intenté pensar en Douglas, pero solo me sentí culpable por lo distante que había sido finalmente con él. Razoné que todos mis pensamientos obsesivos sobre Jackson cesarían una vez que no tuviera contacto alguno con él, y eventualmente me vería obligada a olvidarme por completo de él.

Estaba en el trabajo ese lunes, tratando de no pensar en Jackson, cuando Jean apareció en mi escritorio de la nada.

—Jean, ¿qué tan difícil es decir "disculpa" para alertarme de tu presencia? —refunfuñé.

—Sé que no estás trabajando, cariño. He estado parado aquí por buenos cinco minutos —dijo Jean, dejándose caer en una silla frente a mí—. Este artículo es genial, genial, genial. Nos encanta. Solo tengo algunas ediciones menores que hacer. Tú y Jackson hacen un gran equipo.

—Ajá —dije, fingiendo estar absorta en lo que estaba escribiendo (que era un galimatías)—. ¿Has sabido algo de Jackson o algo así?

—Hablé con él esta mañana para decirle cuánto disfruté el artículo —dijo Jean.

—Bien —dije, escribiendo más galimatías en mi documento de Word. ¿Realmente esperaba que Jackson preguntara por mí? ¿Por qué lo haría, de todos modos? Probablemente estaba constantemente en la cama con la Justa Katerina.

—¿Estás bien, Adrian? Puedo ver que solo estás escribiendo galimatías.

—Siempre empiezo mis artículos escribiendo galimatías. Hace que fluyan las ideas —dije a la defensiva, sin mirarlo.

—¿Todavía no estás molesta por Marcus, verdad? —preguntó Jean—. Cariño, realmente creo que es hora de seguir adelante.

—No, no es Marcus. Él no es el que yo... —comencé pero me detuve. Las cejas de Jean se elevaron hasta la parte superior de su frente y se inclinó hacia adelante.

—Así que *hay* alguien. Alguien que no es Marcus —presionó Jean.

Necesitaba retroceder rápido antes de que se diera cuenta de que era Jackson.

—Rompí con un chico con el que estaba saliendo hace unos días. Estoy un poco molesta por eso —dije, esperando sonar lo suficientemente sincera. Jean me miró por un largo momento, como tratando de discernir mi honestidad. Finalmente, se puso de pie con un encogimiento de hombros.

—Lamento oír eso, cariño. Me alegra que hayas salido con alguien desde Marcus. Todo el mundo necesita un buen rebote. Tengo que admitir que pensé que algo pasaría entre tú y Jackson.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Por qué pensarías eso? ¿Qué te dijo Jackson? —pregunté apresuradamente.

—¡Ajá! ¡*Es* Jackson! —dijo Jean triunfalmente, volviendo a sentarse—. Solo quería probar tu reacción. ¿Qué está pasando entre ustedes dos?

—Nada. Estaba diciendo la verdad —dije, apartando la mirada de la mirada perspicaz de Jean—. Créeme, me alegro de no volver a verlo. La arrogancia de ese hombre no conoce límites. Solo quería asegurarme de que no te hubiera contado ninguna mentira sobre mí ni nada.

—Bien —respondió Jean, sin parecer nada convencido. Comenzó a levantarse pero dudó, colocando su mano en mi hombro—. Sé que puedo parecer entrometido. Pero te conozco desde hace tiempo, chica. Solo quiero verte feliz.

Miré a Jean, conmovida. A pesar de su curiosidad y tendencias chismosas, era un gran tipo. Puse mi mano sobre la suya, apretándola. Me sonrió por un momento antes de regresar a su oficina.

Me tomé el día siguiente libre del trabajo para dedicarme a la mudanza. Mientras los de la mudanza sacaban mis cajas codificadas por colores y organizadas numéricamente, Liz y yo nos encontramos cuando ella salía para el trabajo.

—Así que finalmente me largo de aquí —dije, forzando una sonrisa.

—Vale —respondió Liz, sin mirarme.

—¿Hay algo más? —preguntó uno de los de la mudanza, asomando la cabeza por el apartamento.

—No. Eso es todo. Me reuniré con ustedes allá —dije—. Así que... ¿Hablaremos?

—Sí. Lo haremos —dijo Liz—. Y Adrian...

Liz comenzó a decir algo pero se detuvo.

—Nos vemos —susurró.

La miré fijamente por un largo momento. Decidí dar un salto de fe. Extrañaba a mi mejor amiga.

—Fui demasiado crítica contigo. Ahora lo veo. Te extraño —dije, parpadeando para contener una lágrima rebelde—. Espero que podamos hablar pronto. De verdad.

—Yo también —susurró Liz. Dio un paso adelante y me abrazó antes de irse. La vi marcharse, esperando que las cosas volvieran a la normalidad entre nosotras más pronto que tarde.

Mudarme a mi nuevo apartamento fue realmente agradable, a pesar de que seguía golpeándome el dedo del pie con la puerta del armario que se abría en un ángulo extraño. No podía creer que no lo hubiera notado antes. Me senté en lo que sería el suelo de mi dormitorio (la cama sería entregada al día siguiente) y celebré mi nueva independencia con una copa de vino. Probablemente debería haberme mudado a un nuevo lugar justo después de la "boda". Un nuevo lugar propio se sentía como un verdadero nuevo comienzo.

Desafortunadamente, cada vez que bebía la más mínima cantidad de alcohol, tenía el abrumador impulso de empezar a llamar a la gente. Para mi alivio, no tenía deseos de llamar a Marcus. Prácticamente habíamos dicho todo lo que había que decir. La persona a quien realmente quería llamar era Jackson. Quería decirle que estaba bien con el hecho de que se iba a casar con Katerina, y que las cosas serían mucho mejores ahora que no íbamos a trabajar juntos. Incluso podría decir una pequeña mentira blanca y decir que Douglas y yo nos estábamos poniendo serios.

Afortunadamente, decidí que era una mala idea justo cuando empezaba a marcar su número de teléfono móvil. Terminé la llamada antes de que comenzara a sonar, aliviada de haberme detenido. Esa fue por poco.

Para mi horror, mi teléfono móvil comenzó a sonar estridentemente. Miré el número. Jackson. ¿Había sonado el teléfono en su extremo y no me di cuenta? Miré fijamente el teléfono, preguntándome si debía contestar o no. Si no lo hacía, ¿qué pensaría? Si lo hacía, ¿qué pensaría? Tomé un profundo respiro y contesté.

—Adrian Lexley —dije, tratando de sonar profesional mientras eructaba. Maldito vino.

Al otro lado de la línea, Jackson se rio. Tomé aire, tratando de componerme.

—¿Jackson? —pregunté, fingiendo sorpresa.

—Sabes que soy yo —dijo—. ¿Me llamaste?

Me apresuré a pensar en una excusa coherente. Podría usar la excusa de la llamada accidental. O podría negar haberlo llamado en absoluto.

—Sí —admití, decidiendo optar por la vieja y confiable honestidad... más o menos—. Me preguntaba si Katerina iba a cantar en la boda de papá con seguridad o no. Si no, creo que conozco a alguien a quien puedo recomendar.

Uf. Mis hombros se relajaron mientras esperaba su respuesta. Esa era una razón totalmente creíble para llamar.

—¿Me estabas llamando a las once de la noche solo para preguntarme eso? —preguntó con incredulidad. Cerré los ojos. Maldición. Me había olvidado completamente de la hora.

—Y entonces me di cuenta de lo tarde que era —dije, retrocediendo—. Así que colgué.

—Vale —dijo Jackson lentamente—. Katsy accedió a hacerlo. Así que está todo arreglado. Podría jurar que ya había hablado con Janet al respecto.

—Oh, genial. Solo quería asegurarme —dije. *¿Katsy?* ¿Tenía un apodo cariñoso para la reina de hielo?—. Siento molestarte. Buenas noches.

—Buenas noches —dijo Jackson después de una larga pausa y colgó.

Me recosté contra la pared, cerrando los ojos. *Mi obsesión con Jackson pasará*, me dije a mí misma. Tenía que hacerlo.

Llamé a Liz al día siguiente, y ella aceptó venir. Cuando abrí la puerta de golpe, supe que las cosas habían vuelto a la normalidad entre nosotras porque me saludó con una botella de vino y una bolsa de Doritos. Me reí y le hice señas para que entrara.

—Lo siento mucho, mucho, mucho por haber reaccionado de manera exagerada cuando me enteré de que estabas engañando a Stewart. Tenías razón: estaba aplicando todo el asunto de Marcus a

todas las relaciones a mi alrededor —comencé apresuradamente, pero Liz levantó la mano.

—Lo que le hice a Stewart fue una porquería. Una verdadera porquería. Y lo siento por haberte mentido —dijo Liz, abrazándome.

Me contó que Stewart había roto con ella y que quizás en el fondo, eso era lo que ella quería.

—Era como si el único siguiente paso para nosotros fuera el matrimonio. Por eso me asusté cuando encontré ese anillo. Me sentí atrapada. Seguía pensando: "¿Es esto? ¿Es Stewart mi futuro?" Y la respuesta era constantemente no. Pero no fui lo suficientemente valiente para enfrentarlo. O a mí misma, realmente. En su lugar, lo traté horriblemente —dijo Liz, suspirando mientras tomaba un trago de vino—. Así que empecé a salir con alguien del trabajo. Solo para obtener esa emoción de una nueva relación. Y para asegurarme de que había otras opciones por ahí, por egoísta que suene.

—Eres humana —insistí, recordando con culpa mi beso con Jackson.

—Siempre he sido la estable y confiable Liz, con el novio estable y confiable. De una manera extraña, engañar fue como una rebelión o algo así. Empecé a sentir que me estaba asfixiando. Pero yo también tengo defectos. Me asusto. Solo que hice todo mi pánico internamente. La mayor parte, de todos modos. Quería estar ahí para ti mientras intentabas superar lo de Marcus. Y no quería ser una carga. Por eso no te conté lo que realmente estaba pasando.

—Nunca eres ni serás una carga para mí. Lo siento, Liz —dije, sintiéndome terrible—. Te juzgué, y no debería haberlo hecho. Siempre puedes confiar en mí. Siempre.

Liz asintió, inclinándose hacia adelante para abrazarme por segunda vez. Le devolví el abrazo, feliz de tener de vuelta a mi mejor amiga. Liz se apartó, levantando su copa de vino en un brindis.

—¿Brindamos? Por nosotras, las chicas solteras. Bueno, yo soy la soltera. ¿Cómo está Douglas? —preguntó.

—Douglas —repetí, cerrando los ojos.

Le conté lo que pasó con Douglas, revelando el beso con Jackson. En lugar de señalar mi hipocresía, la reacción de Liz al beso

fue totalmente inesperada.

—¡Lo sabía! —Aplaudió con deleite—. La forma en que siempre hablas de él, la química obvia entre ustedes dos, cómo se miran el uno al otro...

—¿Qué? —balbuceé, mirándola con incredulidad—. ¿De qué estás hablando?

—Podía notar que te gustaba Jackson. ¿Quién puede culparte? Es guapísimo. Sabía que necesitarías superar a Marcus para finalmente verlo. ¡Estoy tan feliz por ti! ¿Están saliendo ahora?

Miré a Liz con asombro. Aparentemente, Liz había detectado mis sentimientos por Jackson mucho antes que yo.

—Em, n-no —tartamudeé. Le conté que Jackson decidió que fingiríamos que el beso nunca sucedió y que solo seríamos amigos.

—Oh. Lo siento —dijo Liz, frunciendo el ceño con decepción.

—Hey. Al menos parece que ya superé a Marcus. Ahora me toca ver a Jackson y a la Perfecta Katerina en la boda de papá.

—Auch —dijo Liz—. ¿Qué tal si yo soy tu acompañante?

—Eso sería genial.

—Solo tendrás que verte realmente hermosa —dijo Liz con determinación—. Jackson no podrá quitarte los ojos de encima.

Me sonrojé, encogiéndome de hombros, pero había estado mirando un vestido azul medianoche, que me pondría por encima del límite de mi línea de crédito American Express, para usar precisamente en esa ocasión.

—Tal vez sea lo mejor —dije, tratando de convencerme—. Me atrae, sí. Pero no sé mucho sobre él. Ni siquiera sé qué pasó con él y su ex. Y parece estar realmente encaprichado con la Perfecta Katerina. Creo que es mejor si estoy sola por un tiempo.

Parpadeé, limpiando una molesta lágrima. Era difícil decir todo eso en voz alta. Pero no podía permitirme pasar de una angustia a otra. Borrón y cuenta nueva significaba exactamente eso.

—Ven aquí. Más tiempo de abrazos —dijo Liz, acercándose.

—¿Tiempo de abrazos?

—Tiempo de abrazos —repitió, envolviéndome en un cálido abrazo.

El día de la boda de papá, me aseguré de vestirme de punta en blanco. No quería eclipsar a Janet, pero algunos de los mismos invitados que habían asistido a mi "boda" estarían en la recepción. Y tal vez sí quería impresionar a Jackson. Solo un poco. Al final me puse el vestido azul con cuello halter, que cubrí con una estola. Cuando me encontré con Liz, dejó escapar un silbido bajo.

—¡Pensé que no estabas tratando de impresionar a Jackson! —chilló.

—No lo estoy haciendo —dije con un guiño.

La ceremonia en el ayuntamiento fue pequeña e íntima. Además de Liz y yo, solo había un puñado de amigos de papá y Janet. Me quedé en silencio mientras papá susurraba sus votos, y no pude evitar recordar mi propia "boda". Marcus y yo habíamos escrito nuestros propios votos y el plan era recitarlos de memoria, pero el día de nuestra boda, los había olvidado por completo. De hecho, todo lo que podía recordar de ese día, aparte del dolor emocional y la pura humillación, era el puro pánico que sentí y la desesperada necesidad de que el día terminara de una vez. No una buena señal, en retrospectiva.

Vi cómo los ojos de papá y Janet brillaban de felicidad cuando los declararon marido y mujer. ¿Habría sentido esa misma felicidad si me hubiera casado con Marcus? Lo dudaba. Ahora tenía la molesta sensación de que el pánico con el que me había despertado el día de mi boda no se habría ido.

Abracé a papá y a Janet antes de que nos dirigiéramos al centro de la ciudad, al salón de banquetes que habían alquilado para su pequeña recepción. Pensé brevemente en mamá, y tuve un destello de culpa al recordar lo tensa que se veía la última vez que la vi. Me hice una nota mental para llamarla después de la boda.

En la recepción, traté de no buscar a Jackson y a la Perfecta Katerina. Pero Liz debía estar al acecho porque no mucho después de que nos sentamos, hizo un sonido gutural discreto.

—A las dos en punto —susurró, dándome un codazo.

Normalmente tenía problemas con todo eso de "en punto" cuando se trataba de localizar a alguien en una habitación. Nunca sabía dónde estaban "las doce en punto", así que siempre terminaba dando un giro de 360 grados tratando de localizar a la persona. Pero debía tener un radar interno para Jackson porque me giré ligeramente a mi derecha, y ahí estaba. Caminaba de la mano con la Perfecta Katerina, quien se veía impresionante en un vestido marrón sin hombros. Él llevaba un esmoquin formal y se veía nada menos que impresionante. Me atrapó mirándolo y sonrió. Mi corazón se agitó cuando sus ojos se encontraron con los míos. Katerina siguió su mirada hacia mí y apretó los labios en un intento sombrío de sonrisa.

Papá entró con Janet poco después, y la pequeña multitud reunida se puso de pie para aplaudir. Aparté mis ojos de Jackson para unirme a los aplausos, tratando de ignorar las miradas de simpatía de varios de los invitados. Mi propia boda nunca llegó tan lejos. Mientras tomaban sus asientos, el padrino de papá (mi tío Frank, ligeramente escalofriante) y la dama de honor de Janet (su hermana) hicieron breves discursos. Estaba tan absorta en mi intento de ignorar a Jackson y a la Perfecta Katerina que me tomó varios momentos darme cuenta de que todos en la habitación me estaban mirando. En una niebla de pánico, recordé que se suponía que debía dar un discurso.

Me puse de pie, mis manos temblorosas buscando el discurso que, afortunadamente, había recordado escribir. Pero no pude encontrarlo. Me palpé el frente y los costados del vestido y rebusqué en mi bolso de mano mientras los ojos de todos parecían taladrarme.

—Parece que perdí el discurso que preparé —dije, dando a papá y Janet una mirada culpable. Pero cuando vi sus miradas mutuas de decepción, supe que tenía que seguir adelante de todos modos—. Pero lo que tengo que decir viene del corazón.

Después de los apropiados *aahs*, levanté mi copa de vino. Para mi total molestia, Jackson entró en mi campo de visión. Noté que estaba sentado solo. Katerina debía haberse levantado para prepararse para su canción.

—Como puedo atestiguar personalmente, el amor puede no funcionar siempre a la primera —dije, decidiendo abordar directamente mi propia "boda". Sabía que estaba en la mente de todos de todos modos. Algunas personas susurraron entre ellas ante esto; Liz y papá me dieron miradas de simpatía. Por el rabillo del ojo, vi a Jackson observándome con una expresión indescifrable.

—Pero mi padre me ha demostrado que es posible encontrar el amor por segunda vez, y que puede ser incluso más mágico, más fuerte y que *puede* durar para siempre —dije, sonriendo desde el otro lado de la sala a papá y Janet—. En ti, Janet, él ha encontrado a su compañera y alma gemela, y lo has hecho tan feliz. Vuestro amor ha dado esperanza al resto de nosotros, los románticos frustrados, de que está ahí fuera para todos. Así que brindo por vosotros, papá y Janet. Brindo por la eternidad.

Todos aplaudieron mientras me sentaba. Eché un vistazo a Jackson, que parecía sumido en sus pensamientos. Liz se inclinó y me apretó el hombro.

—Ha sido precioso —susurró.

Sonreí, echando otra mirada a Jackson, pero su vista estaba ahora centrada en el pequeño escenario. Katerina se había acercado al micrófono en el centro del escenario. Tenía los ojos cerrados y parecía estar en trance mientras el técnico de sonido preparaba los altavoces.

—¿Podrían el señor y la señora Lexley acercarse a la pista de baile para su primer baile como marido y mujer? —retumbó la voz del tío Frank por uno de los micrófonos.

Observé cómo papá acompañaba a Janet a la pista principal. Katerina cerró los ojos y tomó aire. Comenzó a cantar "Here and Now" de Luther Vandross. Odiaba admitirlo, pero su voz era increíble. Era etérea y llena de alma. Papá y Janet empezaron a moverse al ritmo de la música. Miré de nuevo a Jackson, pero sus ojos estaban clavados en Katerina con adoración. Di un trago de champán, decidiendo que no me quedaría mucho más tiempo.

—Creo que me iré después de esta canción —le susurré a Liz.

—¿Qué? —preguntó Liz mientras otras parejas empezaban a unirse a papá y Janet en la pista.

—Voy a bailar con papá y luego me largaré de aquí.

—¿Me concedes este baile? —preguntó Jackson desde detrás de mí. Me quedé paralizada, girándome para mirar a Jackson. Estaba allí con la mano extendida—. ¿Por favor?

—Claro —dije, tratando de parecer indiferente mientras me ayudaba a ponerme de pie. Liz me guiñó un ojo mientras me acompañaba a la pista de baile. Katerina comenzó a cantar "Will You Still Love Me Tomorrow" de The Shirelles.

Cuando Jackson me atrajo hacia sus brazos, esperé que no pudiera detectar los latidos descontrolados de mi corazón por su cercanía.

—¿Dónde está Douglas? —preguntó.

—Hemos roto —respondí, principalmente porque no tenía una excusa ingeniosa preparada.

—Lamento oír eso. ¿Cuál fue la causa? ¿Se dio cuenta de que sigues enamorada de tu prometido? —preguntó, tan bajo que tuve que esforzarme para oírlo.

—Por supuesto que no. —Fruncí el ceño, buscando en sus ojos. ¿De verdad pensaba eso?

—Bueno. Ha sido un gran discurso. Parecía que estabas hablando de alguien en particular.

Mi corazón casi se detuvo. ¿Acaso había detectado mis crecientes sentimientos por él? Pero noté que seguía mirando por encima de mi hombro hacia Katerina. No podía quitarle los ojos de encima ni por un segundo mientras bailaba conmigo.

—Douglas —dije finalmente—. Sigo pensando mucho en Douglas.

—Ya veo —dijo Jackson tras una larga pausa. Me apretó más contra él—. No más charla. ¿Qué tal si solo bailamos?

Demasiado nerviosa por su cercanía para protestar, solo asentí. Nos balanceamos en silencio al ritmo de la música. Cuando la canción llegaba a su fin, Jackson dio un paso atrás, su mirada recorriendo íntimamente mi rostro. Sus manos seguían en mis brazos, y el calor acelerado que sentía con su tacto era... embriagador. Quería decirle que era él quien había empezado a ocupar mis pensamientos, que nunca me había sentido así con nadie antes, ni siquiera con Marcus, y lo desesperadamente que quería

saber todo sobre él que parecía tan decidido a ocultarme. Abrí la boca para decir justo eso cuando un salpicado de aplausos interrumpió el momento y la banda cambió a música pregrabada.

Me giré para ver a Katerina hacer sus reverencias, y Jackson me hizo un educado gesto con la cabeza, soltando mis brazos. Se acercó al escenario para ayudarla a bajar antes de rodear su cintura con los brazos. Ella se puso de puntillas para besarlo, y por primera vez desde que Marcus me dejó plantada, sentí un dolor punzante, y supe con desgarradora certeza que de alguna manera, sin darme cuenta, me había enamorado de Jackson Taylor.

Capítulo Veintiuno

LOS FANTASMAS DE LAS RELACIONES PASADAS

Mientras observaba a Jackson con Katerina, Liz debió haber percibido mi revelación porque apareció de la nada, deslizando su brazo alrededor de mis hombros.

—Parece que no me va muy bien en las bodas —susurré, parpadeando para contener las lágrimas.

—Vamos a sacarte de aquí —dijo, apretando mi brazo.

Cuando regresé a mi apartamento más tarde esa noche, me tomé un tiempo para reflexionar sobre mis sentimientos. Tal vez no estaba enamorada de Jackson. Tal vez solo era atracción física. Infatuación.

Pero sabía que esas dos teorías eran completamente falsas. Había estado enamorada antes. Era como tener una enfermedad o algo así. Una vez que la has tenido, reconoces los síntomas cuando vuelve a aparecer. Solo que esta vez, la enfermedad parecía mucho peor. Al menos cuando me enamoré de Marcus, sabía que él me amaba. De hecho, estábamos en una relación estable, y él fue el primero en soltar la bomba del amor. Conocía prácticamente todo lo que había que saber sobre Marcus cuando me enamoré de él. Todo lo que sabía sobre Jackson era que había estado casado, se negaba a hablar sobre lo que fuera que hubiera pasado para terminar su matrimonio, y que estaba enamorado de la famosa Katerina. Hasta la semana pasada ni siquiera me caía bien el tipo, o eso creía. Amarlo no tenía ningún sentido lógico. Pero, ¿acaso el amor alguna vez tenía sentido?

Todavía estaba debatiendo la lógica de mis sentimientos cuando mamá llamó. Por un momento, consideré no contestar. No quería escuchar sobre su drama con el Cigoto cuando yo estaba lidiando con un tsunami emocional propio. Pero mi culpa me venció, y contesté.

—Adrian —mamá estaba sollozando.

—¿Mamá? ¿Está todo bien? —pregunté, alarmada.

—¡Laurence y yo hemos roto!

—Uf —dije, aliviada—. Pensé que había pasado algo realmente terrible.

—¡Adrian Lexley! —gritó mamá—. ¡Eso es extremadamente insensible de tu parte!

—Lo siento, lo siento —dije, arrepentida—. ¿Qué pasó?

Me contó que ella y Laurence habían estado peleando cada vez más últimamente. Él recientemente consiguió un trabajo en París que lo alejaría por unos meses, y en lugar de mantener una relación a distancia, simplemente quería terminar las cosas entre ellos.

—Oh, no —dije, tratando de sonar tan comprensiva como pude —. ¿Hay algo que pueda hacer?

—Me encantaría algo de compañía —sollozó mamá—. ¿Tu padre ya tuvo su boda?

—Sí —dije después de dudar un momento. Hubo un largo silencio al otro lado de la línea—. Iré mañana. Y podemos pasar todo el día juntas. ¿Cómo suena eso?

—Genial —dijo mamá, aunque su voz estaba teñida de tristeza—. Te veré mañana.

Mamá colgó, y me quedé mirando el teléfono con culpa. Supongo que debería haber actuado un poco más comprensiva, pero nunca me cayó bien realmente el Cigoto. Simplemente no confiaba en los modelos. Nadie debería ser tan atractivo. Era antinatural. ¿Cómo podía un ser humano ser humano sin defectos?

Me alegré de tener el problema de relación de mamá para ayudarme a olvidar mi inexplicable amor por Jackson. Esa noche di vueltas en la cama, tratando de concentrarme en sus defectos, y había muchos. Pero cada vez que evocaba la manera molesta en que masticaba su chicle, todo en lo que podía pensar era en la forma

mágica en que sus labios parecían encajar con los míos, y no podía concentrarme. Cuando finalmente me quedé dormida, tuve un sueño bizarro en el que yo era una tortuga (!) tratando desesperadamente de alcanzar a Jackson y Katerina, que eran jirafas (!!!). Por alguna razón estábamos en la selva africana, y una cebra nos perseguía. Justo cuando la cebra me alcanzaba, Jackson y Katerina escapaban, y me desperté sudando frío. Extraño.

En el tren hacia donde vivía mamá en Westchester, todo en lo que podía pensar era en lo tranquilas que habían sido las cosas con Marcus en comparación con los sentimientos explosivos que tenía por Jackson. Marcus había sido un gran amigo, con quien me sentía cómoda y a quien amaba. En todo caso, él era esa cómoda camiseta de los ochenta a la que Liz se había referido. Parecíamos encajar, parecíamos ajustarnos. Y en ese momento estaba bien con eso. Pero ¿Jackson? Él era la nueva y trendy camiseta de diseñador que podía o no quedarme bien, pero me atraía por razones que no podía entender. Y cuando la usaba me sentía como una persona completamente nueva. Mmm. La analogía de la camiseta podía funcionar de más maneras de las que pensaba.

Llegué a casa de mamá alrededor del mediodía. Abrió la puerta con aspecto cansado y demacrado, vestida con ropa de "ruptura". Esto consistía en cualquier variación de chándal, pelo en cola de caballo y una mirada de ojos hinchados. Yo había usado un atuendo así en los días inmediatamente posteriores a mi ruptura con Marcus. Mamá había lucido este aspecto el año después de su divorcio de papá.

Nos desplomamos en el sofá para ver una serie de comedias románticas. Mamá me contó cómo Laurence había estado actuando cada vez más distante, y cómo ella seguía intentando cambiar para complacerlo. De ahí los atuendos de adolescente que había empezado a usar.

—No deberías tener que cambiar quién eres por nadie, mamá.

—Lo sé, lo sé —murmuró mamá—. Pero tu padre ya conoció a alguien y se iba a casar con ella, y yo tenía a este joven guapo que estaba infatuado conmigo. No quería dejar ir eso.

—No puedo creer que le esté diciendo esto a mi madre... pero hay muchos hombres ahí fuera que se sentirían honrados de tenerte.

—Mmm —dijo mamá, concentrándose en la televisión, donde Julia Roberts estaba cantando una canción de Prince en una bañera —. ¿La boda fue hermosa?

Miré fijamente a mamá, pero ella no me estaba mirando. No quería contarle nada sobre la boda de papá. Definitivamente ya había superado a Marcus, pero no querría escuchar los detalles de su boda con otra persona. Y la idea de que Jackson se casara con alguien más era demasiado traumática para siquiera imaginarla.

—Estuvo bien —dije.

—Nuestra boda fue hermosa —murmuró mamá—. Fue en la playa. Recuerdo haber pensado: *Esto va a ser para siempre*.

—Mamá —susurré, extendiendo la mano para ponerla sobre la suya. No tenía idea de que el nuevo matrimonio de papá le afectaría tanto.

—La cosa es —continuó, mirándome y apretando mi mano—, sé que no quieres oír esto, pero tu padre y yo...

—No quiero —la interrumpí.

—Necesito desahogarme, Adrian.

—Está bien —cedí.

—Tu padre y yo probablemente nunca fuimos el uno para el otro. Simplemente resultamos ser la primera persona de quien el otro se enamoró de verdad. Éramos tan jóvenes cuando nos conocimos. Después de casarnos, nos vimos obligados a crecer juntos. Y terminamos creciendo en direcciones diferentes.

La miré por un momento. Esto empezaba a sonar inquietantemente parecido a Marcus y a mí.

—Y crees que es correcto porque parece que se aman tanto y son tan buenos amigos al principio —repetí. Mamá me miró, sorprendida, y asintió en señal de acuerdo.

—Pero un día despiertas y te das cuenta de que la persona con la que te casaste se ha convertido en un extraño. Comienzan las discusiones. Triviales al principio, y luego se vuelven repetitivas. Es como si estuvieras discutiendo sobre lo mismo una y otra vez, pero de diferentes maneras. Hasta que empiezas a desagradar a la

persona con la que te casaste, aunque el amor siga ahí —concluyó mamá.

Asentí, preguntándome si esto nos habría pasado a Marcus y a mí con el paso de los años. Recordé haber crecido escuchando las constantes discusiones, los portazos, los silencios fríos. Me había preguntado si mis padres alguna vez se amaron, y si fue así, ¿cómo pudo el amor convertirse en tal animosidad? Mamá pareció percibir mis pensamientos y extendió la mano para limpiar una lágrima de mi rostro.

—Siento que hayas tenido que presenciar lo peor de nuestra infelicidad. Eres nuestro regalo brillante de nuestro matrimonio. Siempre lo serás. Por muy equivocados que Robert y yo hayamos terminado siendo el uno para el otro, siempre lo amaré. Y aunque llevamos cinco años divorciados, tengo que decir que duele un poco que haya podido seguir adelante así como así después de un matrimonio de veinticinco años.

—Nadie lo hace bien a la primera —dije—. Tengo la sensación de que si me hubiera casado con Marcus...

—Tengo otra confesión que hacer —dijo mamá, mirándome de reojo—. No estaba emocionada cuando me dijiste que te ibas a casar con Marcus. Solo esperaba que lo hicieras con los ojos bien abiertos, no solo porque fuera el siguiente paso lógico.

—Creo que eso es exactamente lo que estaba haciendo.

—Entonces es bueno que no te casaras con él. Tal vez Marcus les hizo un favor a los dos. Porque habría dolido mucho más a largo plazo. Créeme.

Mamá y yo nos quedamos en silencio durante el resto de la película, reflexionando sobre lo que se había dicho. Tenía un nuevo respeto por la honestidad de mamá, así como por su revelación sobre Marcus y yo.

Me encontré pensando en las relaciones. Más a menudo que no, no hacemos las cosas bien a la primera, y estas viejas relaciones pueden perseguir a cualquiera de nosotros. Si lo permitimos.

Consideré contarle a mamá sobre mis sentimientos por Jackson, pero decidí no hacerlo por temor a que inmediatamente se pusiera al teléfono para difundir la noticia. Además, primero necesitaba aceptar

mis sentimientos. Todavía tenía la esperanza de que mi amor fuera solo un enamoramiento que se desvanecería, pero lo dudaba.

Terminé quedándome a dormir en casa de mamá. Quería asegurarme de que realmente estuviera bien, y quería ver *Sixteen Candles* y *Pretty in Pink* en su totalidad. Clásicos. No había nada como un final feliz cinematográfico para animarme adecuadamente.

Estaba intentando cocinar panqueques de arándanos para mamá a la mañana siguiente cuando recibí una llamada en mi celular de un número que no reconocía. Dudé por un momento antes de contestar.

—¿Adrian? Soy yo, Emma —dijo, sonando tensa.

Me hundí lentamente en una silla de la cocina, con el corazón latiendo fuerte. Fallé la silla y aterricé en el suelo, pero no me importó. Jackson. La llamada tenía que ser sobre Jackson. Algo había pasado.

—¿Es Jackson? ¿Pasó algo? —susurré.

—¿Qué? Oh, no, no, no —dijo Emma, riendo—. Sueno tan molesta porque Danny sigue... ¡Danny! ¡Para! ¡No es gracioso! ¡Bájate!

Mis hombros se relajaron de alivio mientras Emma reía y ahuyentaba a Daniel en el fondo.

—Perdón por eso. Queríamos invitarte esta noche. Tenemos nuestra noche anual de Monopoly. Antes de que digas que no o inventes una excusa porque suena increíblemente aburrido, no lo es. Lo hemos convertido en un juego de beber.

Sonreí, gustándome Emma aún más. Pero la idea de ver a Jackson besuqueándose con Katerina era menos que atractiva.

—Solo Katerina no estará aquí, lo prometo —añadió Emma, leyendo mis pensamientos—. Me aseguré de ello.

—Oh —dije, animándome—. ¿Jackson sabe que me invitaste?

—Él no tiene nada que ver con la invitación. Conseguí tu número cuando dejó su teléfono por ahí. Espeluznante, lo sé, pero era más fácil que preguntarle. Se pone todo raro cada vez que le pregunto por ti.

—¿Lo hace? —pregunté, intrigada. Me preguntaba si eso era algo bueno o malo—. Estaré allí. ¿A qué hora?

Emma me dijo que estuviera en su casa a las siete de esa noche. Acepté, tratando de no sonar demasiado ansiosa, pero estaba emocionada de poder ver a Jackson de nuevo.

—¡Adrian! —gritó mamá, corriendo a la cocina.

Miré hacia arriba. Había dejado los panqueques chisporroteando en la estufa, y ahora un pequeño fuego ardía sobre el quemador. Tanto para no quemar cocinas.

Llegué a la casa de Emma y Daniel un poco temprano esa noche, llevando dos botellas de merlot. Estaba terriblemente nerviosa y decidí que huiría si Solo Katerina aparecía. Emma abrió la puerta.

—¡Hola, Adrian! —dijo con una sonrisa—. Pasa.

Entré, buscando a Jackson con la mirada. Emma me lanzó una mirada.

—No te preocupes, aún no ha llegado. Danny está atrás —dijo, señalando hacia la cocina—. Sam está en casa de mi madre en Jersey por la noche.

Me dirigí a la cocina, levantando las botellas de vino mientras Daniel se giraba. Sonrió, dándome un rápido abrazo.

—Gracias por venir. Siempre estamos tratando de reclutar jugadores para lo que llamamos Monopoly Borracho.

—¿Quién más viene? —pregunté, observando cómo apilaba las botellas de vino en la encimera.

—Solo Jackson —dijo Daniel con calma.

—¿Solo Jackson? —repetí, horrorizada. Había asumido que habría un grupo de personas como la última vez. Podría esconderme fácilmente detrás de un grupo de gente. ¿Cómo iba a ocultar mis sentimientos de él ahora?

—¿Está bien eso? —preguntó Daniel, pareciendo captar mi inquietud.

—Por supuesto. Está genial —dije con una sonrisa para ocultar mi sensación de hundimiento.

Daniel sirvió tres copas de vino para él, Emma y yo antes de llevarme a la sala de estar. Miré alrededor de la acogedora sala, notando una fotografía que no había visto antes sobre la mesa de café. Era una foto de Jackson y Daniel de niños. Parecían tener unos nueve o diez años. Estaban vestidos con trajes de conejo idénticos, con los brazos alrededor del otro, sonriendo radiantes a la cámara. Me quedé mirando al joven Jackson, mi corazón creciendo con aún más amor por él. A pesar de lo obviamente tonto de la imagen, había una inocencia despreocupada en su rostro que nunca había visto en el rostro del Jackson adulto. ¿Qué le había pasado que se lo había quitado todo?

—Jackson odia que mantenga esa foto a la vista, pero Emma la adora —dijo Daniel, notando mi evaluación de la foto—. Podría aburrirte con otras fotos más vergonzosas, pero Jackson me mataría.

—Me encantaría verlas —solté antes de poder contenerme. Daniel me miró por un momento con las cejas levantadas, y me sonrojé.

—Fotos vergonzosas, en camino —dijo Daniel, dirigiéndose a una enorme estantería.

Emma salió de la habitación de atrás mientras Daniel hojeaba varios álbumes de fotos, mostrándome fotos de él y Jackson en todas las fases de su niñez: fotos de Jackson en pañales (¡aw!), fotos de Jackson vestido de girasol para un recital (¡hilarante!), Jackson haciendo una rutina de break dance en su patio trasero (cursi pero entrañable). Estaba ansiosa por ver todas y cada una de sus fotos mientras crecía, para ver lados de un Jackson que nunca había conocido. Ver fotos de él de niño me hacía sentir como si lo conociera un poco más.

Cuando llegamos a las fotos de Jackson en la secundaria, nos encontramos con una donde posaba para el baile de graduación, de pie brazo con brazo con una mujer menuda.

—Danny, tal vez deberíamos guardar estas —dijo Emma mientras yo examinaba la fotografía. Levanté la mirada hacia ellos. ¿Podría ser esta la enigmática esposa de Jackson?

—¿Qué está pasando aquí? —llegó la voz molesta de Jackson desde detrás de nosotros.

Todos nos giramos para enfrentar a Jackson, que estaba en la entrada de la sala con una botella de vino (sin Just Katerina, afortunadamente). No estaba sonriendo, y no parecía nada complacido de verme allí.

—¿Y qué hace Adrian aquí? —exigió Jackson, mirando más allá de mí hacia Emma y Daniel.

Emma y Daniel parecían culpables, y me di cuenta de que Jackson no tenía idea de que yo estaría allí. Ni quería que estuviera allí, al parecer. Me puse de pie.

—Me iré. Está bien.

Jackson no dijo nada, pero Emma también se puso de pie.

—Consideramos a Adrian una amiga, así que la invité —dijo Emma desafiante—. Y solo estamos viendo algunas fotos antiguas.

—¿Estás bien, hermano? —preguntó Daniel, poniéndose de pie y acercándose a su hermano. Jackson permaneció tenso por un momento antes de dejar que sus hombros se relajaran.

—Estoy bien. Simplemente no me gusta que gente al azar me vea en mi traje de conejo cuando tenía nueve años. ¿Le mostraste también la del recital del girasol?

—Por supuesto —dijo Daniel. Emma se rio, pero yo solo pude esbozar una sonrisa tensa. ¿Ahora era "gente al azar"?

—Hemos invitado a Adrian a convertirse en miembro honorario de nuestro club de Monopoly borracho —dijo Emma, dando un paso adelante y enlazando su brazo con el de Daniel.

—Ya veo —dijo Jackson, sus ojos finalmente deslizándose hacia mí. Le devolví la mirada, aunque mi corazón latía a mil por hora. ¿Podría de alguna manera sentir lo que yo sentía por él con solo mirarme?

Emma y Daniel prepararon el juego de Monopoly mientras Jackson y yo nos movíamos a la cocina para organizar el vino y los aperitivos. Trabajamos en un silencio tenso hasta que tuve que decir algo.

—Agradece a Katerina por cantar en la boda de papá —dije, por doloroso que fuera mencionar su nombre—. Tiene una voz hermosa.

—Lo haría si pudiera —dijo Jackson, cortando un bloque de queso provolone y colocándolo en un plato—. Rompimos.

—¿Rompieron? —repetí, un escalofrío de alegría recorriéndome.

—Justo ahora.

—Lo siento —mentí mientras gritaba de alegría por dentro—. ¿Qué pasó?

—Hmm, ahora ¿qué me dirías tú? "No es asunto tuyo" —dijo Jackson fríamente, volviéndose para mirarme.

Lo miré fijamente, tratando de no mostrar mi dolor. No tenía idea de qué había hecho para que de repente fuera tan frío conmigo, pero lo amara o no, no iba a tolerarlo.

—No sé cuál es tu problema, Jackson, pero no vas a descargar lo que sea que te moleste en mí. Obviamente no me quieres aquí, así que si vas a seguir tratándome así, me voy.

—Emma te invitó. Puedes quedarte —ladró Jackson, volviéndose para sacar más comida del refrigerador.

—Pero tú no quieres que me quede.

—No, no quiero —prácticamente gritó, cerrando de golpe la puerta del refrigerador y enfrentándome con una mirada tan feroz que casi retrocedí—. Quería disfrutar de una noche tranquila con mi familia para discutir algunas cosas, y no puedo hacer eso mientras estés aquí. No puedo pensar con claridad cuando estás cerca, Adrian.

Lo estudié, mi corazón latiendo salvajemente, preguntándome qué quería decir con eso. Y lo habría preguntado, pero me estaba mirando con tanto desagrado que tuve que apartar la mirada. Estaba tratando de ser fuerte, pero la dureza de Jackson hacia mí estaba desgastando mi tenue control sobre la fuerza emocional.

Me giré para salir de la cocina, pero Jackson me agarró del brazo, empujándome de vuelta hacia él.

—Adrian —comenzó, acercándome—. Una vez más, mi cuerpo reaccionó a su toque. Me puse rígida y Jackson me soltó, pero permaneció tentadoramente cerca—. Lo siento. Lo siento mucho. Es solo que... ¡maldita sea!

Tomó aire y luego dio un paso adelante para tomar mis manos entre las suyas. Me sentía desconcertada e intrigada por su comportamiento al mismo tiempo. Abrió la boca varias veces para decir algo, pero se detenía a sí mismo.

—¿Qué? —pregunté, sin importarme lo desesperada que sonaba.

—Me voy de Nueva York. He estado en proceso de vender mi apartamento durante un par de semanas. Esa es una de las razones por las que Kat y yo rompimos.

—¿Te vas? —pregunté, ahora sin importarme lo destrozada que sonaba.

Tuve que apartarme de él debido al velo de lágrimas que se formó en mis ojos. De ninguna manera iba a dejar que viera cuánto me dolía esto. El dolor que sentí cuando Marcus me dejó momentos antes de nuestra boda parecía un simple parpadeo en mi radar emocional comparado con esto.

Respiré profundamente, me volví para mirarlo de frente y realicé la mejor actuación que pude lograr.

—Eso es genial —dije—. Extrañaré nuestras bromas, por supuesto. Supongo que ya no podremos escribir más artículos juntos. ¿Adónde vas?

—De vuelta a mi ciudad natal en Virginia por un tiempo. Luego creo que viajaré por Europa mientras trabajo en otro libro —dijo Jackson, sus ojos recorriendo mi rostro, como si buscara algo.

Virginia. Europa. En lo que a mí respectaba, ambos estaban a un millón de millas de distancia. Pero mantuve mi expresión y tono neutrales, prometiéndome que lloraría a mares en cuanto llegara a casa.

—Bueno, eso es emocionante —dije con suavidad—. ¿Alguna razón por la que decidiste irte?

—Solo necesito un descanso —dijo, continuando con la búsqueda en mi rostro—. No hay razón para quedarme aquí.

Mi fuerza de voluntad era asombrosa. Logré sonreír y asentir, tomando una bandeja y dirigiéndome a la sala de estar cuando solo quería sollozar. Jackson había tomado el cuchillo que figurativamente había estado clavado en mi corazón desde que me di cuenta de que lo amaba y lo había retorcido varias veces. Por muy melodramático que sonara, quería decirle que yo era una razón para quedarse en Nueva York, que estaba enamorada de él, y que me diera una oportunidad aunque él no sintiera lo mismo. Pero mi orgullo ganó, y estaba decidida a pasar la noche con mi cara de póker intacta.

Emma, por supuesto, supo instantáneamente que algo pasaba mientras yo acomodaba la bandeja en la mesa de centro.

—¿Qué pasa?

—Nada —mentí—. Solo voy a usar el baño antes de que empecemos.

—Vale —dijo Emma, pero aún parecía preocupada.

Pasé rozando a Jackson al entrar, dándole una sonrisa despreocupada. Tan pronto como llegué al baño, me encerré dentro y me senté en el inodoro, enterrando la cabeza entre mis rodillas mientras comenzaba a llorar.

El llanto silencioso era difícil de lograr, pero no tenía opción. Sentía que estaba a punto de estallar. Después de unos cinco minutos, tomé aire y me puse de pie. Me enjuagué la cara y rebusqué en los armarios para encontrar Visine para aclarar mis ojos rojos. Me examiné en el espejo antes de abrir la puerta y volver a la sala de estar para dar la actuación de mi vida.

—¡Juguemos al Monopoly! —grité con demasiado entusiasmo, sentándome junto a Emma, sin mirar a Jackson o Daniel—. Prepárense para perder. Soy una campeona en este juego.

—Ese es el tipo de charla que me gusta escuchar —dijo Daniel, y pareció forzar una sonrisa también.

Jugamos al Monopoly, con todos tomando un trago de vino cada vez que alguien pasaba por "Salida". Sin embargo, yo tomé aún más tragos, determinando que cuanto más achispada estuviera, más fácil sería fingir mi actitud despreocupada. Logré no mirar a Jackson durante todo el juego, aunque sentí su mirada ardiente sobre mí varias veces. El juego terminó cuando Daniel ganó el tablero.

Finalmente me permití mirar a Jackson. Me estaba mirando con una expresión inusualmente vulnerable. Decidí en ese momento que ya había tenido suficiente. Podía decir cualquier cosa que estuviera en mi mente. Jackson se iba. No tenía nada que perder. Me puse de pie temblorosamente.

—Solo quería proponer un brindis —dije, reprimiendo un eructo mientras me balanceaba sobre mis pies—. Supongo que ambos saben que Jackson se irá muy pronto.

Pude notar por las miradas tensas de Daniel y Emma que lo sabían.

—Adrian, tal vez deberías sentarte. Estás un poco achispada —dijo Daniel, pero rechacé su sugerencia con un gesto.

—No, no, no, quiero hacer un brindis de despedida para Jackson, porque puede que nunca lo vuelva a ver después de esta noche —dije, obligándome a sonreír—. Por Jackson.

Luciendo incómodos, Emma y Daniel levantaron sus copas. Jackson permaneció inmóvil, manteniendo su mirada fija en mi rostro enrojecido por el vino.

—Que tenga toda la felicidad del mundo mientras se embarca en sus futuros proyectos. Que deje atrás Nueva York, libre y feliz, sin importar aquellos que se preocupan por él, aquellos a quienes está dejando atrás. Aquellos que se preocupan por él. Aquellos que lo aman, incluso —dije sin rodeos.

Por el rabillo del ojo vi a Emma hacer una mueca, pero estaba demasiado lejos como para que me importara. La combinación de vino y desamor me impulsó a continuar.

—Aquellos que pueden haberlo regañado o incluso haber sido crueles con él, todo el tiempo albergando una gran admiración por él. Lo lamentan profundamente, por supuesto, porque nunca tuvieron la oportunidad de revelarle sus verdaderos sentimientos. Pero quieren que sepa que, no obstante, están felices por él —continué apresuradamente, nuevamente tambaleándome sobre mis pies y chocando contra la mesa de centro.

—Adrian —dijo Jackson, poniéndose de pie—. ¿Puedo hablar contigo a solas?

—Pero saben que a pesar de su repentino amor por él, el resto del mundo no puede ser privado de la presencia de Jackson Taylor, y le desean una cariñosa despedida —continué, ignorando la interrupción de Jackson.

—Adrian —repitió Jackson, moviéndose alrededor de la mesa de centro para acercarse a mí.

—¡Déjame terminar! —grité, y Jackson se detuvo a medio camino. Emma y Daniel miraban de uno a otro, tanto intrigados

como horrorizados, como si estuvieran viendo un accidente automovilístico en cámara lenta.

—No sé si yo- —empecé, pero ahí estaban esas malditas lágrimas de nuevo. Parpadeé furiosamente; se derramaron sobre mis mejillas de todos modos.

—Los dejaremos solos —dijo Daniel.

—¡No! —grité—. Déjenme terminar mi brindis. Así que. Por Jackson. Te amo.

Aparte del audible jadeo de Emma, hubo un silencio completo. Jackson me miró con asombro.

—Te amo —repetí, con el corazón retumbando—. No lo entiendo, y no sé cómo. Pero te amo. Así que. Por ti. Jackson Taylor.

Los ojos de Emma brillaban con lágrimas, Daniel parpadeaba con asombro, y Jackson parecía afligido. No era la expresión de alguien a quien le acababan de decir que lo amaban.

—No lo dices en serio, Adrian —susurró.

Su hermoso rostro se desdibujó ante mí mientras mis ojos se llenaban de más lágrimas involuntarias. Esa era solo una forma educada de decir "No te amo" o "Estás loca". Tal vez ambas. Ahora el vino hacía poco para adormecer el dolor que sentía.

—Salud —susurré, levantando mi copa de vino en un brindis.

Y entonces mi mundo se volvió completamente negro.

Capítulo Veintidós

CUANDO LLUEVE, DILUVIA

Al volver en sí entre la neblina, escuché varias voces. Al principio no pude distinguir las palabras, pero reconocí las voces de Daniel y Emma mientras su conversación se volvía gradualmente más clara.

—Ese fue el juego de Monopoly más entretenido que hemos tenido —dijo Daniel.

—Eso no es gracioso, Danny. No deberíamos haberla dejado beber tanto. Parecía muy alterada.

—Estará bien —respondió Daniel—. Tienes que admitir que todo el asunto fue un poco gracioso. Un poco.

—Deberíamos llevarla al hospital —dijo Jackson, su voz sonando cerca de mi oído—. Ha estado inconsciente durante horas.

—Está durmiendo. Cálmate —dijo Daniel—. Si la lleváramos al hospital, le darían una aspirina para la resaca horrible que va a tener durante la próxima semana. Y luego se reirían un buen rato.

—Si no despierta en quince minutos, voy a...

—Estoy bien —dije con voz ronca, abriendo los ojos.

La sala de estar entró en foco. Estaba tirada en el sofá, acurrucada bajo una manta y almohadas. Daniel y Emma estaban de pie frente a mí; Jackson estaba sentado a mi lado en el brazo del sofá, con su mano apoyada en mi hombro izquierdo. Retiró su mano y se puso de pie cuando desperté. Intenté incorporarme, pero Jackson me empujó suavemente hacia atrás.

—¿Estás bien? —preguntó Emma, arrodillándose frente a mí y tomando mi mano—. Por suerte caíste hacia atrás en el sofá, así que

no te golpeaste la cabeza.

—Oh, Dios —gemí, mientras los eventos de la noche anterior volvían a mi mente. Le había dicho a Jackson que lo amaba. Le. Había. Dicho. A. Jackson. Que. Lo. Amaba. *¡Le había dicho a Jackson que lo amaba!*

—Le pasa a los mejores —dijo Emma, pareciendo leer mis pensamientos—. Todos estábamos un poco achispados anoche.

—Tendrías que haber visto a Jackson cuando te desmayaste —intervino Daniel con una sonrisa—. Te estaba acomodando en el sofá, comprobando tus signos vitales, a punto de llamar al 911. Era como un episodio de *ER* o algo así.

—Vamos, se desmayó —dijo Jackson, sin mirarme.

—¿Podemos traerte algo? ¿Aspirina? —preguntó Emma.

—No, estoy bien —respondí, sentándome. Tenía que salir de allí. Ya.

—No. Vas a tomar una aspirina antes de irte, y me voy a asegurar de que llegues bien a casa —dijo Jackson.

—¡No! —grité, aterrorizada ante la perspectiva de un largo y incómodo viaje en taxi con Jackson—. Quiero decir... me siento bien. No me golpeé la cabeza ni nada. Solo tengo resaca.

—Te lo dije —dijo Daniel, lanzando una mirada significativa a Jackson y Emma.

—Adrian, voy a tener que insistir en esto —dijo Jackson, sentándose a mi lado—. Te voy a llevar a casa.

—No es necesario.

—Así que dijiste algunas cosas anoche que no querías decir. Pasa. Una vez le propuse matrimonio a un tipo vestido como un sándwich de Subway cuando había bebido de más. Fui a una máquina de chicles, conseguí un anillo y todo. Se asustó tanto que llamó a la policía —dijo Jackson, sonriéndome.

—Sí, recuerdo eso —dijo Daniel, riendo, pero yo solo forcé una sonrisa.

No solo Jackson había descartado sumariamente mi honesta confesión de amor, sino que la comparó con una propuesta de matrimonio ebria que le hizo a un sándwich humano. Además, tenía que saber que las propuestas eran un tema delicado para mí.

—Está bien —acepté a regañadientes.

Pero realmente te amo, quería decir. Emma estaba tan callada como yo, escrutando mi expresión.

Emma y Daniel me dieron una aspirina e insistieron en que comiera un bagel antes de irme a casa. Afortunadamente, mantuvieron la conversación ligera mientras comía, optando por saltarse mi confesión de amor y centrándose en lo que sucedió durante el frenético momento posterior a mi desmayo. Los detalles eran en realidad entretenidos, y a pesar de mi mortificación, logré esbozar una sonrisa ante lo que había sucedido.

Jackson había corrido inmediatamente a mi lado; Daniel y Emma se habían quedado congelados en estado de shock durante un minuto completo antes de entrar en acción. Emma había gritado ansiosamente: "¿Está respirando? ¿Está respirando?". Emma y Daniel luego procedieron a correr frenéticamente de un lado a otro, chocando entre sí y cayendo al suelo, como dos de los Tres Chiflados. Esto hizo que Daniel, que también estaba bastante borracho, se riera histéricamente mientras Jackson lo fulminaba con la mirada mientras comprobaba mis signos vitales. Todos habían discutido sobre si llevarme o no al hospital, y Daniel ganó diciéndoles que solo había bebido de más y necesitaba dormir la mona. Jackson se quedó en la sala conmigo y durmió en el sillón.

Jackson permaneció callado durante toda la historia, sin mirarme a los ojos ni una sola vez.

Después de que terminé mi bagel y un vaso de jugo de naranja, me despidieron. Emma me abrazó, dio un paso atrás y pareció querer decir algo, pero teníamos público: Daniel y Jackson.

—Llámame alguna vez —dijo—. Te prometo que haremos algo que de ninguna manera involucre alcohol.

—Me parece bien —dije con una pequeña sonrisa.

Jackson me llevó hasta un taxi que esperaba, asegurándose de que estuviera dentro antes de subir él. Saludamos con la mano a Emma y Daniel mientras el taxi arrancaba.

Tenía un dolor de cabeza punzante y una leve sensación de náusea, pero la presencia de Jackson consumía mis sentidos. No podía recordar cada detalle de lo que había dicho la noche anterior,

pero sí recordaba claramente la parte de la confesión de amor. Aunque Jackson no parecía tomar en serio la confesión, intenté pensar en alguna forma de salvar las apariencias. Mientras luchaba por encontrar algo, ¡lo que fuera!, que decir, mi teléfono comenzó a sonar estridente. Miré la identificación de llamada.

Era Janet. Fruncí el ceño. Janet rara vez me llamaba, y era extraño que lo hiciera cuando se suponía que estaba de luna de miel en los Hamptons con papá.

—Déjame atender esto rápido —le dije a Jackson, con el corazón latiendo de anticipación nerviosa mientras contestaba el teléfono—. ¿Janet?

—Tengo malas noticias —La voz de Janet era temblorosa, como si estuviera al borde de las lágrimas.

—¿Qué? —pregunté, aferrándome al teléfono.

—Es tu padre. Íbamos camino a los Hamptons y... y sufrió un ataque al corazón, Adrian —dijo, con la voz entrecortada por un sollozo—. Lo llevaron de urgencia al Hospital Presbiteriano de Nueva York. Ahora mismo le están haciendo una operación de bypass de emergencia.

Mi corazón se desplomó; todo a mi alrededor pareció desvanecerse. Ya no sentía el dolor palpitante en mi cabeza, ni las náuseas leves, e incluso olvidé que Jackson estaba sentado a mi lado.

—¿Adrian? —preguntó Janet con voz tensa—. ¿Adrian, estás ahí?

—Voy para allá —susurré—. Estoy en Queens, pero llegaré lo antes posible.

Jackson me tocó el brazo y me volví hacia él. Aturdida, le conté lo que había sucedido. Él me rodeó los hombros con el brazo y le dijo algo al taxista, quien inmediatamente cambió de dirección.

Mientras regresábamos a Manhattan, todo era borroso. Intenté no pensar en lo que papá estaba pasando en ese momento. El brazo de Jackson seguía alrededor de mis hombros, y acercó sus labios a mi oído, susurrando palabras de consuelo.

—Todo va a estar bien. Voy contigo. ¿De acuerdo?

Asentí, permitiéndome apoyarme en su hombro. Dejando de lado las confesiones de amor bajo los efectos del alcohol, me alegraba

que estuviera conmigo.

Quince minutos después llegamos al hospital, y fue Jackson quien llamó a Janet desde mi teléfono para saber exactamente dónde estaba. Nos dirigimos a la sala de emergencias, donde Janet se apresuró a abrazarme. Logré contener las lágrimas mientras Janet nos daba más detalles con voz temblorosa.

—Al parecer, había algún tipo de coágulo en una de sus arterias que causó el ataque al corazón. No *esperan* ningún problema con la cirugía para remover el coágulo, pero enfatizaron que siempre hay un riesgo en cualquier operación —dijo Janet, tomando aire para no desmoronarse—. Todavía está allí dentro. Ha pasado como una hora. La cirugía debería durar solo unas pocas horas.

Asentí, aún sintiéndome entumecida. Extendí la mano para tomar la de Janet y me volví hacia Jackson.

—Gracias por traerme aquí, Jackson. Te lo agradezco.

—Me voy a quedar —dijo Jackson—. Es decir, me gustaría quedarme. Si les parece bien a las dos.

—Por supuesto —dijo Janet, conmovida. Yo asentí en silencio, pero me sorprendió que Jackson quisiera quedarse.

—Estará bien. El padre de mi cuñada tuvo un ataque al corazón hace un par de años y nos asustó mucho. Pero lo superó. Estoy seguro de que tu esposo lo superará sin problemas.

—Gracias —respondió Janet, con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Puedo traerles algo? ¿Café? ¿Un aperitivo?

—No, gracias —respondió Janet—. ¿Adrian?

Negué con la cabeza. Janet y yo nos sentamos en la sala de espera mientras Jackson iba a buscar café. Volvió y se sentó a mi lado unos minutos después. Yo miraba fijamente al frente, aturdida. Sentí la mano de Jackson alcanzar la mía y apretarla. Me volví para darle una mirada de agradecimiento. Su presencia era reconfortante.

Simplemente nos quedamos sentados allí por lo que pareció una eternidad. Logré llamar a mamá y contarle lo que estaba pasando. Susurró que conduciría hacia la ciudad de inmediato. Llamé a Liz, quien insistió en venir al hospital, pero le dije que esperara hasta que supiera más.

Cuando terminé con las llamadas telefónicas, volvimos a la espera. Intenté mantener la calma, pero eso se estaba volviendo cada vez más difícil. Todo lo que podía pensar era en la Ley de Murphy: todo lo que puede salir mal, *saldrá* mal. Pensé que después de que mi prometido me dejara plantada en el altar y luego me enamorara sin ser correspondida de Jackson, las cosas no podían empeorar. Pero sí podían. Exponencialmente peor. Cuando llueve, diluvia.

En algún momento salió una doctora y nos pusimos de pie. Se presentó como la doctora Howard, la cirujana que realizó la operación a papá. Para mi inmenso alivio, estaba sonriendo.

—La operación fue más sencilla de lo que pensábamos. Removimos completamente el coágulo y hemos restaurado todo el flujo sanguíneo al corazón. Estará bien. Lo tenemos en una unidad de recuperación postoperatoria y quiero mantenerlo aquí un par de días para vigilarlo. Pero esperamos que se recupere por completo —dijo.

—¿Cuándo podemos verlo? —pregunté.

—Todavía está descansando y estará sedado por el resto de la noche. Pero pueden verlo en unas horas, si quieren.

—Gracias —dije mientras la doctora Howard se daba la vuelta y se alejaba.

Respiré hondo, una inmensa oleada de emociones llenando mi corazón. Alivio, felicidad, alegría, temor, amor y más alivio. Era casi demasiado. Necesitaba un respiro. Necesitaba aire.

—Disculpen —susurré a Janet y Jackson, alejándome con pasos temblorosos hacia la salida. Salí al pequeño atrio, finalmente permitiéndome llorar.

No me había dado cuenta de lo importante que era mi padre para mí hasta que estuve a punto de perderlo. Recordé cómo papá me enseñó a andar en bicicleta por primera vez sin rueditas de entrenamiento, lo aterrorizada que me sentí mientras él corría junto a mí en mi flamante bicicleta de diez velocidades. Papá había soltado sus manos y me vi obligada a pedalear por mi cuenta. Mi certeza al pedalear sola se solidificó por el hecho de que él estaba allí para atraparme en caso de que la bicicleta se tambaleara y me cayera.

Supongo que había vivido toda mi vida de esa manera, y la idea de no tener el terreno firme que mi padre había llegado a representar era absolutamente aterradora. Lo había dado por sentado.

—Adrian.

Jackson se acercó por detrás y sentí su mano en mi hombro, girándome para que lo mirara.

Intenté con todas mis fuerzas evitar su mirada. Ciertamente no era la persona que lloraba de la forma más bonita en el mundo. Mi cara se arruga, mis ojos desaparecen y mis labios tiemblan violentamente. No era una vista agradable.

Pero Jackson acunó mi rostro con sus manos, levantándolo para poder mirarme a los ojos.

—Está bien llorar —murmuró—. Llora. Desahógate.

Así que lloré. Y Jackson simplemente me abrazó.

Jackson se quedó en el hospital un par de horas más hasta que una enfermera nos dijo que los familiares podían pasar a ver a papá. Me volví hacia Jackson.

—De verdad no tienes que quedarte —insistí—. Has hecho más que suficiente. Ni siquiera has comido.

—No quiero dejarte.

—Estaré bien. Janet está aquí y mamá viene en camino —dije, conmovida por su preocupación. Pero no me permitiría esperar que su preocupación estuviera motivada por algo más que ser un buen tipo.

—Iré a comer algo y a ducharme —dijo Jackson—. Luego volveré.

—No tienes que hacerlo.

—Lo sé. Pero quiero hacerlo —dijo Jackson con sinceridad, extendiendo la mano para tomar la mía. Me dio una última mirada antes de marcharse.

Janet y yo fuimos conducidas a la unidad postoperatoria por una enfermera. La enfermera miró hacia atrás, a la figura de Jackson que

se alejaba.

—¿Es ese tu novio? —preguntó con gran interés.

—No. Solo un compañero de trabajo —dije apresuradamente.

—Ojalá mi marido mostrara la mitad de la preocupación por mí que tu "compañero de trabajo" está mostrando por ti.

Sonreí. *Pero él no me ama*, quise decirle. Le dije que lo amaba, pero él comparó mi confesión con su amor ebrio por un hombre vestido de sándwich de Subway.

Llegamos a la habitación de papá, y me olvidé por completo de Jackson y del hombre vestido de sándwich de Subway. Mi padre, a quien nunca había visto ni siquiera con un resfriado, estaba conectado a lo que parecían un millón de máquinas. Tenía los ojos cerrados y estaba dormido, pero se veía inquietantemente inmóvil. Janet y yo intercambiamos una mirada nerviosa.

—No se preocupen. Sé cómo se ve. Está respirando por sí mismo y todo. Solo estamos monitoreando sus signos vitales. Podremos quitarle todo esto mañana por la mañana. Estará sentado y hablando. Aunque probablemente no esté muy contento con el atuendo color granate que le hemos puesto —dijo la enfermera, dándonos una sonrisa reconfortante.

—Uf —dijo Janet, secándose una lágrima perdida.

La enfermera nos dejó a solas, y Janet y yo nos acercamos a la cama de papá, mirándolo por un momento. Me sequé más lágrimas, apretando su mano y llevándola a mis labios, esperando que de alguna manera pudiera sentir que yo estaba allí. Miré a Janet, quien lo observaba con tanto amor que sentí como si estuviera espiando un momento íntimo entre ellos. Había decidido que la dejaría a solas con él cuando escuché una voz suave en la puerta.

—Robert.

Janet y yo levantamos la vista, y yo me estremecí interiormente. Mamá estaba allí, mirando a papá con la misma expresión de pánico que Janet y yo habíamos tenido antes. Mantuvo sus ojos fijos en el rostro de papá mientras entraba.

Esperé que dijera algo grosero a Janet, pero solo parecía ser consciente de papá. Se movió al lado de la cama opuesto a Janet y tomó su mano. Me quedé allí, nerviosa, mientras la primera y

segunda esposa de papá mantenían una silenciosa vigilia a su lado por un momento.

—¿Cómo está? —preguntó mamá con calma.

Janet le dio el pronóstico de papá. Mamá escuchó, asintió y le agradeció a Janet. Le dio un último apretón a la mano de papá y luego dejó a Janet a solas con él respetuosamente. Me impresionó su contención.

Mamá se veía notablemente conmocionada mientras nos dirigíamos de vuelta a la sala de espera, así que extendí mi brazo y la rodeé. Pareció agradecer mi gesto de apoyo, apoyando brevemente su cabeza en mi hombro.

—Siempre le dije que dejara de comer tan mal —dijo cuando estuvimos de vuelta en la sala de espera—. Pero es tan terco. Él... él...

La voz de mamá se quebró, y se inclinó hacia adelante, apoyando la cabeza en sus palmas.

—Supongo que ahora es problema de Janet —resopló mamá, enderezándose. Se quedó paralizada, mirando algo en el lado opuesto de la sala de espera. Seguí su mirada.

Marcus estaba cerca de la entrada de la sala de espera, luciendo nervioso y extrañamente desaliñado. Me puse de pie, atónita, mientras se acercaba.

—Te llamé para avisarte que la segunda parte del depósito del arrendador finalmente llegó. Cuando no supe de ti de inmediato, me preocupé un poco y llamé a Liz. Ella me contó lo que pasó. ¿Cómo está él?

Le di el pronóstico de papá, y pareció aliviado. No pude evitar mirar por encima de su hombro de vez en cuando para ver si Jackson había regresado.

—¿Y tú? —insistió Marcus, mientras yo echaba otra mirada furtiva por encima de su hombro—. ¿Cómo estás tú?

—Mejor —dije, dándole una pequeña sonrisa.

—Bien —dijo Marcus, sosteniendo mi mirada. Mamá se aclaró la garganta de manera obvia.

—Voy a buscar café. ¿Alguien quiere algo? —preguntó. Marcus y yo negamos con la cabeza, y ella se fue.

—Estaba realmente asustada al principio —dije, secándome una lágrima que apareció de la nada—. No entendía cuánto lo necesitaba hasta que pensé que iba a perderlo.

—Entiendo. Yo también me asusté. Siempre me ha caído bien tu padre. Es la única persona que está de acuerdo conmigo en que los New York Yankees están sobrevalorados —dijo tímidamente.

Me reí, mirando el rostro familiar y atractivo que una vez había amado tanto. Pero mi risa se ahogó en un medio sollozo y Marcus dio un paso adelante, envolviéndome con sus brazos en un abrazo reconfortante. Aunque no experimenté ni de cerca la misma emoción que sentía cada vez que Jackson estaba en mi campo de visión, una calidez reconfortante me llenó. Este era el hombre con el que casi me casé, de quien había estado enamorada, quien en un momento había sido mi mejor amigo. Por un instante, pude olvidar cuán amargamente había terminado todo, y me permití ser consolada por lo familiar.

Mientras estaba en los brazos de Marcus, sentí que los vellos de mi nuca se erizaban, como si alguien me estuviera observando. Me puse rígida en los brazos de Marcus y me volví hacia la entrada de la sala de espera, pero no había nadie allí.

—¿Estás bien? —preguntó Marcus.

—Sí —respondí, escaneando la entrada de la sala de espera.

Marcus esperó con mamá y conmigo durante unas horas más. Janet permaneció con papá, saliendo periódicamente para tomar café o ir al baño. Durante todo ese tiempo, mamá y Janet se mantuvieron civiles. Quería quedarme en el hospital toda la noche, pero mis ojos se volvieron pesados y mi cabeza hacía esa cosa vergonzosa donde caía bruscamente hacia un lado mientras cabeceaba. Cuando no estaba cabeceando, seguía echando miradas furtivas a la entrada, esperando que Jackson volviera.

—Estás babeando, Adrian —dijo mamá alrededor de la medianoche—. Deberías ir a casa. Tu padre no despertará hasta la mañana de todos modos.

—Quiero quedarme —protesté—. Quiero estar aquí en el momento en que despierte.

—Yo vivo cerca —dijo Marcus—. Podrías quedarte en mi casa y volver aquí a primera hora. Literalmente estoy a dos cuadras.

Pasar la noche con un ex, sin importar cuán platónicas fueran las circunstancias, nunca era una buena idea. Pero sabía que oficialmente había superado mis sentimientos por Marcus, y quería estar cerca.

—De acuerdo —acepté, poniéndome de pie mientras reprimía un bostezo—. ¿Me mantendrás informada de cualquier novedad, mamá?

—Por supuesto —dijo mamá, mirando más allá de mí hacia Marcus. Pude notar que no estaba contenta con que yo pasara la noche con él.

Marcus y yo salimos. Marcus extendió la mano para estabilizarme cuando me tambaleé un poco por el cansancio. Me sorprendió lo poco que me afectaba su toque, cuando solo unas semanas antes la mera visión de él me inundaba de tantas emociones antiguas. Ahora parecía poco más que un amigo cercano con quien había perdido el contacto por un tiempo.

Tomamos un taxi hasta su apartamento debido a mi agotamiento, aunque resultó que sí vivía muy cerca del hospital. Estaba demasiado somnolienta para notar mucho sobre su apartamento cuando entramos, solo que era un espacio bastante amplio de una habitación y que su gusto en muebles era bastante vulgar; no le había dejado decorar mucho nuestro apartamento y ahora podía recordar por qué. Marcus me llevó al dormitorio, diciéndome que él dormiría en el sofá. Creo que protesté, insistiendo en que yo tomaría el sofá, pero estaba tan cansada que me quedé dormida tan pronto como mi cabeza tocó la almohada.

Capítulo Veintitrés

EL VERDADERO ADIÓS

Apenas desperté, miré alrededor alarmada. Marcus yacía a mi lado, roncando fuertemente con la boca abierta. Por un momento horrorizado, me pregunté si me había acostado con Marcus en una bruma de pánico afligida por el dolor.

—No hicimos nada —murmuró Marcus, abriendo los ojos mientras observaba mi expresión. Se sentó, frotándose los ojos—. Pero esa mirada horrorizada en tu cara es halagadora. Gracias.

Ambos estábamos completamente vestidos: yo con mi ropa de calle y Marcus con su familiar pijama de Star Wars, del que siempre me había burlado. Habíamos estado en la cama incontables veces antes con mucha menos ropa, pero las cosas eran diferentes ahora, y me sentí un poco avergonzada mientras me levantaba de la cama.

—Te dije que dormiría en el sofá, pero insististe. Incluso me rodeaste el cuello con el brazo, como solías hacer, y me obligaste a dormir a tu lado —dijo Marcus, bajando la cabeza.

Al parecer, el sueño tenía el mismo efecto en mí que demasiado vino.

—Lo siento —dije después de una breve pausa.

—Está bien —dijo, mirándome con una sonrisa que antes hacía que se me derritieran las entrañas—. Tu madre llamó muy temprano, y...

—¿Llamó?

—Contesté porque tú seguías profundamente dormida y podría haber sido importante. Solo quería que te avisara que tu padre

seguía durmiendo, así que no tienes que apresurarte a volver al hospital. Se ve muy bien y está estable. Debería despertar más tarde hoy, y están pensando en darle el alta en uno o dos días.

—Oh, gracias a Dios —dije, mis hombros hundiéndose de alivio.

—Déjame prepararte el desayuno. Tengo que trabajar más tarde, pero te acompañaré al hospital antes de irme. Insisto.

Le sonreí a Marcus. Esta era una de las cosas peligrosas de pasar tiempo con un ex: me recordaba todas las razones por las que me enamoré de él en primer lugar. Sin embargo, afortunadamente era inmune a él debido a mi amor no correspondido por Jackson.

Seguí a Marcus a la cocina, donde procedió a hacer panqueques y huevos revueltos. Marcus definitivamente era quien cocinaba mucho en nuestro antiguo apartamento, algo que parecía disfrutar. Me pregunté si Jackson cocinaba, aunque no parecía del tipo.

—Um, ¿alguien más llamó? —pregunté, tratando de sonar casual.

—No creo. Solo tu madre. ¿Esperabas a alguien? —preguntó Marcus, revolviendo en sus armarios.

—No, no realmente. Solo me preguntaba —mentí.

—¿El novio? —preguntó Marcus, mirándome con una media sonrisa dolorida.

—No. Para nada.

—Y no es asunto mío. Lo siento —dijo Marcus, sonriendo con pesar mientras vertía las claras de huevo en una sartén sobre la estufa.

—Tienes razón —bromeé, tomando asiento en la pequeña mesa. Observé su espacioso apartamento—. ¿Cómo encontraste este lugar?

—Gabrielle conocía a alguien —dijo Marcus. Sonreí y asentí, sintiendo solo un pequeño destello de molestia. Mi amor por Jackson aparentemente había eliminado toda esa locura de celos.

—¿Sigues viéndola? —pregunté, solo ligeramente curiosa.

—No. Ahora solo somos amigos —dijo Marcus, echándome un vistazo de reojo. Sentí una pequeña satisfacción ante esta noticia.

Marcus terminó de prepararnos el desayuno, rechazando mis ofertas de ayuda, diciéndome que no quería que incendiara esta cocina. Se dejó caer a mi lado en la mesa.

—Lamento haber sido tan dura contigo cuando me contactaste de nuevo —dije en voz baja—. Ahora me siento mal por pedirte que no vinieras a la boda de papá. Él siempre te ha apreciado, a pesar de todo.

—No te disculpes por nada. Lo que te hice fue imperdonable —dijo Marcus, sacudiendo la cabeza con arrepentimiento.

—¿Por qué empezaste a contactarme de nuevo?

—Te extrañaba. Mucho. Sé que no tenía derecho, pero no estaba muy contento de que estuvieras saliendo con alguien más. Sentí que necesitaba verte. Para asegurarme de que estabas bien después de lo que hice. Y solo quería estar cerca de ti otra vez.

Encontré su mirada, recordando cómo una vez había deseado desesperadamente escuchar esas palabras. Ahora solo traían una sensación de cierre.

—Yo también te extrañé. Mucho. Después de que terminé de estar ferozmente enojada contigo —dije con un atisbo de sonrisa.

—Nada menos de lo que merezco.

—Y lo de besar a alguien más tampoco ayudó —añadí con un toque de amargura.

Tomé un respiro para calmarme. Otra razón para no pasar tiempo con el ex: el inevitable desenterramiento de rencores. Pero por alguna razón, sentí que era necesario sacar todo esto. Era como el exorcismo de los demonios de nuestra relación.

—Culpable de todos los cargos —respondió Marcus, su rostro enrojeciendo.

—Lo del plantón tampoco fue agradable —continué mientras Marcus hacía una mueca—. Dolió como el infierno. Por eso salí corriendo de la iglesia así. Tenía que alejarme de ti.

—Lo sé, lo sé —gimió Marcus, poniendo la cabeza entre las manos—. Tengo el peor sentido del tiempo del mundo. El peor. Cuando fui a verte justo antes de la boda, no había decidido no seguir adelante con nuestra boda. Sí, las dudas me habían estado molestando. Y debería haber hablado contigo. Pero cuando te vi en ese hermoso vestido, me di cuenta de lo ridículas que eran todas mis dudas, e iba a darme la vuelta para encontrarme contigo en el altar. Hasta que miré tu rostro y vi tu expresión. ¿Lo recuerdas?

Asentí lentamente, permitiéndome recordar los momentos que había estado tan desesperada por olvidar.

Caminaba de un lado a otro en la sala trasera de la iglesia, con el corazón acelerado, al borde de vomitar. Pensamientos de pánico cruzaban por mi mente: había sido demasiado apresurada, no había querido decir que sí, la fecha de la boda me había tomado por sorpresa, Dios mío, ¿qué estaba a punto de hacer? Todo lo que podía pensar era en apresurarme y terminar con todo esto para poder recuperar el equilibrio.

Cuando la puerta se abrió, me di la vuelta esperando que fuera Liz para que pudiera calmarme. Me quedé inmóvil cuando vi a Marcus parado junto a la entrada. Su sonrisa se congeló en su rostro al ver mi expresión de pánico.

—Marcus —susurré—. ¿Qué haces aquí?

Marcus no respondió. En su lugar, cruzó la habitación, tomó mis manos entre las suyas y me miró a los ojos.

—¿Sigues conmigo? —murmuró. Lo miré fijamente, con el corazón latiendo salvajemente en mi pecho. Traté de forzar una sonrisa.

—Sí, por supuesto, terminemos con esto —logré decir, sintiéndome nauseabunda—. Sal de aquí. Sabes que es de mala suerte ver a la novia antes de la boda. Vamos.

Le di una sonrisa temblorosa y me di la vuelta. Pero pude sentir que Marcus se quedó ahí parado por lo que parecieron horas, hasta que sentí una mano cálida en mi hombro. Me giró para que lo mirara. Sus ojos brillaban con lágrimas.

—No puedo hacerte esto. No podemos hacer esto —dijo. Lo miré horrorizada, mi pánico dando paso a la ira.

—Q-qué... —balbuceé.

—Nosotros a los setenta y cuatro. Sentados en mecedoras. Una vieja pareja casada. ¿Lo ves? —preguntó Marcus.

—¿Qué? No sé de qué estás hablando —sollocé, mis ojos empezando a llenarse de lágrimas.

—¿Lo ves, Adrian? —insistió Marcus.

—¡No quiero verme a los setenta y cuatro! ¡Probablemente no sea la mejor vista del mundo! ¿Qué tiene que ver esto con algo? —

grité.

—Treinta y cuatro. Treinta. El próximo mes. La próxima semana.

—Eso no importa —dije—. Mira, tenemos que seguir adelante con esto. Los invitados están esperando.

—No se trata de los invitados; se trata de nosotros. Apenas puedes mantenerte en pie, estás temblando tanto. Quieres salir de esto, ¿no es así?

—¡No intentes darle la vuelta a esto! —grité—. Tú *quieres salir, y estás tratando de tergiversar esto. Ahora simplemente terminemos con esto.*

—"Terminar con esto. Seguir adelante". Has estado usando esos términos para nuestra boda durante el último mes. ¡No es una operación de hernia, es nuestra boda!

—Calmé-monos —dije, luchando por contener las lágrimas—. Simplemente terminemos con esto. Quiero decir, casémonos y luego...

—¿Para que luego nos arrepintamos? ¿Y terminemos divorciados? ¿Como tus padres? ¿Mis padres? No deberíamos... no puedo...

Se detuvo, sentándose en uno de los bancos largos de la habitación. Enterró su rostro entre sus manos, y sus hombros temblaron. Estaba llorando. Yo solo me quedé ahí, luchando contra una creciente ola de ansiedad. Finalmente levantó la mirada hacia mí.

—Te amo, Adrian. Siempre lo haré. Pero no podemos hacer esto, Adrian. No lo haré. Lo siento.

Retrocedí lentamente mientras él se ponía de pie, sintiendo como si las paredes se cerraran a mi alrededor. Miré alrededor de la habitación buscando una salida. Cualquier salida. Sabía que no podía salir por la puerta principal: Liz y mis padres estaban allí. Vi una pequeña salida de emergencia en la parte trasera de la habitación. La salida perfecta. Marcus siguió mi mirada, intuyendo mis pensamientos.

—Adrian —comenzó, dando un paso hacia mí. Tropecé fuera de su alcance, quitándome el velo y lanzándoselo.

—¡Quítate de mi camino!

Me dirigí hacia la salida, pero Marcus me bloqueó el paso.

—Mírame. Mírame y dime honestamente que quieres casarte. Y entonces lo haremos. Caminaremos por ese pasillo —dijo Marcus.

Lo miré, furiosa, pero no pude hacer que las palabras que él quería oír salieran de mi boca. Simplemente tenía que salir de allí a toda costa. Así que le pisé el pie, haciéndolo gruñir de dolor y tambalearse fuera de mi camino. Abrí la puerta de salida de un tirón y salí corriendo.

Ahora Marcus se inclinó sobre la mesa, colocando sus manos sobre las mías, trayéndome de vuelta al presente. No hice nada para quitarlas, aún perdida en el doloroso recuerdo.

—Adrian, lo siento mucho.

Miré a Marcus con una sonrisa triste, y para mi sorpresa no sentí ninguna ira persistente. Ninguna amargura. Me permití dejar ir todos esos sentimientos. En mi caso, mi amor por Jackson me permitió dejar ir toda la ira residual que había albergado hacia Marcus. Y finalmente pude llegar a la conclusión de que realmente no había querido casarme con Marcus. En cierto nivel, sentí alivio mientras huía de la iglesia aquel fatídico día.

—No tienes que disculparte. Tenías razón desde el principio. Ninguno de los dos quería casarse —reflexioné en voz alta.

Marcus y yo desayunamos, y esperé mientras él se vestía antes de dirigirnos al hospital. En la entrada del hospital, Marcus me miró por un largo momento, tocando con cuidado el costado de mi rostro. Su mano cayó a un lado y yo la tomé entre las mías.

—Gracias por todo —dije.

—Cuando quieras. Siempre estaré aquí para ti. Lo sabes, ¿verdad?

—Por supuesto —dije, sonriendo ampliamente. Di un paso hacia el hospital antes de volverme para mirarlo—. Adiós, Marcus.

—Adiós, Adrian.

Lo observé alejarse por la calle hasta que desapareció de vista. Esta vez el adiós se sintió definitivo. Se sintió real. Supuse que así era como se sentía el cierre. Ahora podía decir honestamente que Marcus estaba completamente fuera de mi corazón. Sí, Jackson ahora estaba firmemente arraigado allí, pero se sentía bien tener a mi ex prometido completamente fuera.

Entré al hospital. La misma enfermera de ayer me condujo a la nueva habitación de papá.

—¿Está por aquí tu "compañero de trabajo"? —preguntó esperanzada, escudriñando el área detrás de mí en busca de alguna señal de Jackson—. Necesitamos algo de belleza masculina por aquí.

—No. Probablemente esté ocupado —dije, tratando de que mi voz sonara ligera. Ella no tenía idea de lo desesperada que estaba por ver a Jackson.

Cuando llegué a la habitación de papá, él estaba sentado en la cama, hablando animadamente con mamá y Janet. Era un cambio tan radical de 180 grados con respecto a cómo se veía la noche anterior que hice un doble take. Papá se detuvo a mitad de la frase, dándome una amplia sonrisa.

—Hola, cariño.

Estallé en lágrimas.

Me recuperé poco después cuando mamá se apresuró a abrazarme. Papá me dijo en broma que aún no estaba muerto, así que las lágrimas no eran necesarias, lo que me hizo estallar en otro ataque de llanto.

—Eso no es gracioso, Robert —regañó mamá a papá, apretando mis hombros.

—Lo siento —dijo papá con timidez. Me apresuré y le di un abrazo suave. Él me devolvió el abrazo.

Mamá y Janet nos dejaron solos. (Estaba nerviosa de que estuvieran solas juntas, pero las vi dirigirse en direcciones separadas al salir al pasillo). Papá me contó cómo se había desmayado camino a los Hamptons. Bromeó sobre lo mucho que odiaba renunciar a su comida favorita de pollo frito grasiento con tater tots y montones de papas fritas, pero sus médicos le habían dado estrictas órdenes dietéticas. Lo mantendrían otra noche en observación y lo darían de alta al día siguiente.

—Bien —dije, aliviada—. Me alegro tanto de que estés bien. Tanto.

Contuve otra nueva ola de lágrimas. Papá se rio entre dientes, extendiendo los brazos para atraerme hacia él, apoyando su barbilla sobre mi cabeza.

—Lo sé, cariño. Lo sé.

Me quedé al lado de papá mientras una enfermera le traía el almuerzo. No pude evitar revisar mi teléfono celular un par de veces para ver si Jackson había llamado. No lo había hecho.

—Tu madre me dice que Marcus vino al hospital —dijo papá, picoteando su ensalada.

Me quedé paralizada. Papá probablemente asumía que era Marcus cuya llamada estaba esperando. Le dije que sí había venido y que habíamos resuelto nuestras diferencias y nos habíamos separado como amigos. De verdad, esta vez.

—Bien —dijo papá—. Entonces debe ser ese otro chico. ¿Jack algo?

—Eh, Jackson —dije. Mis sentimientos por Jackson debían haber sido obvios.

—Sé que no quieres hablar de ciertas cosas con tu viejo padre —dijo papá con una sonrisa, recostándose en sus almohadas—. Pero ¿puedo decir una cosa?

—Claro.

—Si hay algo que aprendí de esta experiencia, además del hecho de que las hamburguesas triples con tocino y montones de cheddar no son una comida ideal para el desayuno, es lo corta y preciosa que es la vida. Es demasiado corta para no mantener a los que queremos y amamos tan cerca de nosotros como sea humanamente posible. Nada debería interponerse en eso. Eso es todo lo que quiero decir al respecto. —Asintió hacia la bandeja del hospital—. ¿Puedes pasarme la sección de deportes?

Papá me dio una sonrisa traviesa. Janet entró, así que me incliné para besar a papá en la frente, diciéndole que volvería más tarde. Tenía mucho en qué pensar. Su pequeño discurso pesaba mucho en mi mente.

Me encontré con mamá en la sala de espera para decirle que me iba.

—Oh, probablemente deberías saber que Jackson pasó por aquí anoche tarde —dijo, evitando mi mirada.

—¿Qué? —graznó, llenándome de esperanza—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Acabo de recordarlo. Preguntó por tu padre, luego por ti, y le dije que te habías ido a dormir un poco. Mencionó ir a tu casa para ver cómo estabas, pero yo como que le dije que Marcus te había llevado a su casa. Bueno, nos vemos luego —dijo mamá, empezando a alejarse.

Extendí la mano y agarré el brazo de mamá, sintiendo crecer el temor en mi estómago.

—¿Le dijiste a Jackson que pasé la noche con Marcus? —susurré.

—Em, sí —respondió mamá—. ¿Estás segura de que no hay nada entre ustedes dos? No parecía muy feliz cuando le dije que estabas con Marcus.

—¿No? —pregunté esperanzada—. ¿Cómo se veía? ¿Enojado?

—Por un momento temí por Marcus —admitió mamá—. Parecía que quería golpearlo o algo así. Incluso consideré llamar a Marcus para advertirle, pero luego me di cuenta de que Jackson no sabe dónde vive Marcus.

Eso tenía que significar que Jackson estaba celoso. Tenía que serlo. Y si estaba celoso, tenía que haber algunos sentimientos involucrados. —Entonces, ¿qué dijo?

—¡Ustedes dos están juntos! —chilló mamá, viéndose encantada y molesta a la vez—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—No estamos juntos. Solo quiero saber qué dijo.

—Después de que le dije sobre ti y Marcus, se quedó muy callado y parecía enojado. Luego pareció calmarse, me dio una de esas sonrisas encantadoras, y simplemente se fue.

Asentí, sintiéndome desanimada. Eso no era mucho en qué basarse, aparte de los celos obvios. Tenía que hablar con él.

—Gracias. Nos vemos luego —dije, saliendo.

Inmediatamente llamé al teléfono celular de Jackson mientras salía del hospital. No hubo respuesta. Dejé un mensaje breve pero (esperaba) casual, pidiéndole que me llamara tan pronto como lo recibiera.

Jean había sido comprensiva y me permitió tomar unos días libres del trabajo hasta que papá saliera del hospital. Y me gustaría decir que seguí una rutina normal y productiva durante el resto del día, pero no lo hice. Esperé todo el día a que Jackson llamara con el

timbre de mi celular en el volumen más alto y en vibración también. Sin suerte.

Cuando regresé al hospital esa noche, intenté llamar a Jackson a su celular de nuevo. Sin respuesta. Decidí que dejar un mensaje más no haría daño. Pasé un rato con papá y Janet (mamá ya se había ido) y revisé obsesivamente mi teléfono. Ninguna llamada. Decidí arriesgarme y intentar llamarlo de nuevo. Esta vez ni siquiera sonó; fue directamente al buzón de voz.

Ahora estaba empezando a entrar en pánico. Jackson era el tipo de persona que siempre contestaba su teléfono celular, generalmente al primer timbre, a menos que algo estuviera mal. De vuelta en mi apartamento, caminaba inquieta, tratando de alejar varias imágenes de un Jackson asesinado o herido tirado en alguna alcantarilla. Finalmente, llamé a Emma.

—Adrian —dijo en voz baja al contestar el teléfono, enviando mi corazón a un torbellino. Algo estaba mal.

—¿Dónde está Jackson? —pregunté, saltándome las cortesías.

—No te lo dijo. Por supuesto —murmuró.

—¿No me dijo qué? —exigí.

—Cambió su vuelo para irse unas semanas antes. No pudimos convencerlo de lo contrario. Se fue más temprano hoy. Está de vuelta en Virginia —dijo Emma con un profundo suspiro—. Lo siento.

—¿Cuándo va a volver? —pregunté, esforzándome por encontrar algún atisbo de esperanza.

—Prácticamente se ha establecido allí. Lo que no tiene allí, lo va a hacer enviar —dijo Emma—. Odio ser yo quien te diga esto, Adrian: Jackson no va a volver. Se ha ido.

Capítulo Veinticuatro

RIESGO

Experimenté una gama de emociones cuando colgué el teléfono con Emma: ira, dolor, pena, arrepentimiento, más ira, y aún más pena. El hecho de que Jackson se fuera tan abruptamente era una buena señal de que no le importaba demasiado yo, a pesar de su evidente enojo por haber pasado la noche con Marcus. Tal vez ni siquiera eran celos. Probablemente solo era su ego herido por el hecho de que yo (aparentemente) había elegido la compañía de Marcus sobre la suya.

Sí, eso es, me dije mientras caminaba de un lado a otro de mi apartamento hasta bien entrada la noche. *En realidad no le importaba en absoluto, solo estaba siendo amable, y cuando quedó claro que todo estaba bien, pensó que estaba bien irse*. Pero nada de esto me hacía sentir mejor porque seguía enamorada de él. Una ola de angustia me invadió al pensar que nunca lo volvería a ver, y las lágrimas asomaron a mis ojos. Ni siquiera el plantón me había causado tanto dolor.

No dormí mucho esa noche, con lágrimas corriendo por mis mejillas mientras los pensamientos sobre Jackson atravesaban mi mente.

Mientras me dirigía somnolienta al hospital a la mañana siguiente, hice todo lo posible por dejar de pensar en Jackson y en el hecho de que nunca lo volvería a ver, pero era prácticamente imposible. Mis emociones debieron notarse en mi rostro cuando

llegué al hospital porque mamá se levantó lentamente cuando entré en la sala de espera.

—Tu padre va a estar bien, Adrian.

—Lo sé.

Mamá me estudió por un largo momento y asintió. Optó por no insistir más; en su lugar, simplemente me siguió de vuelta a la habitación de papá.

Papá ya se estaba preparando para irse cuando llegamos a su habitación. Janet estaba a su lado con una pequeña bolsa empacada. Mamá y Janet se saludaron fríamente, y yo abracé a papá.

—Me voy de aquí, pequeña —dijo él—. ¿Vendrás a visitarnos pronto?

—Por supuesto.

—Me alegro de que te sientas mejor, Robert —dijo mamá, apartando la mirada de las manos entrelazadas de Janet y Robert—. Me voy ahora.

—Marilyn —dijo papá, justo cuando mamá empezaba a salir. Ella se detuvo y se dio la vuelta—. Gracias por venir. Lo aprecio.

—Por supuesto —respondió mamá. Miró a Janet—. Cuídalo.

Janet asintió, y mamá salió de la habitación. Me pregunté si esa era la forma de mamá de decir su adiós final, de finalmente aceptar el hecho de que papá estaba oficialmente casado de nuevo y realmente había seguido adelante. Me despedí de papá y Janet y me apresuré para alcanzar a mamá.

—Me alegro de que hayas venido —dije, mientras nos dirigíamos hacia la salida.

—Estuve casada con ese hombre durante veinticinco años —resopló mamá, molesta—. Todavía me importa, por supuesto que vendría. ¿Adrian? ¿Qué pasa?

Me había quedado paralizada porque creí ver a Jackson. Un hombre de complexión similar había entrado por la puerta principal, y por un segundo, me permití esperar que fuera él. Pero cuando el hombre giró la cabeza y ayudó a entrar a una mujer embarazada, vi que ciertamente no era él. La decepción fue más que aplastante.

—Nada. Solo creí ver a alguien.

—Esto es por Jackson, ¿verdad? —preguntó mamá.

—No. Sí. No. Sí, lo es. No quiero hablar de ello —dije obstinadamente mientras salíamos del hospital.

—Sabía que no debería haberle dicho nada. ¿Qué pasó?

—Acabo de decir que no quiero hablar de ello —refunfuñé—. Se ha ido. Dejó Nueva York para siempre. Ya se iba de todos modos, pero se fue mucho antes por alguna razón.

—Oh, no. Lo siento mucho, cariño. No pensé que se molestaría tanto. Tal vez esto sea lo mejor. Quiero decir, acabas de estar comprometida con Marcus, y...

—No quiero hablar de ello.

—Oh, mi amor —murmuró mamá, deteniéndose a mitad de camino para abrazarme—. Si hubiera tenido idea de que realmente te importaba, no habría dicho nada. Siempre pude notar que él estaba interesado en ti. Nunca podía quitarte los ojos de encima cuando estaban en la misma habitación, incluso cuando salía con esa horrible mujer de un solo nombre.

—Obviamente no le importo —dije, aunque tuve que sonreír ante la referencia de mamá a Solo Katerina—. Tenías razón. Probablemente esto sea lo mejor. Te llamaré más tarde.

Necesitaba algo de tiempo para pensar, así que decidí bajarme del metro un par de paradas antes de mi apartamento y simplemente caminar. Si pude superar a Marcus, definitivamente podría superar a Jackson, especialmente considerando el hecho de que no tuvimos una relación real. Podría tomar los mismos pasos que tomé para superar a Marcus, menos la parte del rebote, menos la parte de enamorarme de alguien más. Porque en ese momento, la parte de enamorarse era mucho más dolorosa que la de desenamorarse.

Liz vino más tarde ese día, sin anunciarse. Había intentado ponerme al día con algo de trabajo para la revista en casa, pero sin éxito. Todo en lo que podía pensar era Jackson, Jackson, Jackson. ¿Por qué no había llamado al menos? ¿Por qué no había devuelto mis llamadas? ¿Habíamos terminado antes incluso de empezar? ¿No quería que fuera parte de su vida en absoluto? ¿Qué había hecho yo

para merecer ser tratada como si ni siquiera hubiera existido en su vida?

Liz jadeó cuando le abrí la puerta. —Dios mío, me dijiste que tu padre estaba bien.

—Él está bien. La miseria en mi rostro se debe toda a Jackson.

Puse a Liz al tanto de los últimos acontecimientos con Jackson, incluyendo mi declaración de amor inducida por el vino. Los labios de Liz se comprimieron cuando le conté esta parte de la historia, y pude ver que estaba haciendo un gran esfuerzo por no reírse. Se puso considerablemente más seria cuando le conté sobre el vuelo de regreso de Jackson a Virginia.

—Bueno, es obvio lo que tienes que hacer —dijo ella.

—¿Qué?

—Ir tras él.

—¿Ir tras él? ¿A Virginia? —repetí con incredulidad.

—No, a Marte —dijo Liz, poniendo los ojos en blanco—. Sí, a Virginia. Obviamente no tiene idea de que lo amas. Cree que todavía estás involucrada con Marcus. Hasta donde él sabe, pasaste una noche llena de pasión con tu ex prometido. Y *estabas* realmente borracha cuando le dijiste que lo amabas. Y si tiene sentimientos por ti, lo cual sospecho que sí...

—No los tiene.

—Creo que sí. Y no quiere arriesgarse a ser rechazado si piensa que todavía estás enamorada de Marcus.

—Liz, ni siquiera responde mis llamadas o mensajes. No puedo perseguirlo como una acosadora loca solo para decirle que lo amo. *Otra vez*. Pensará que estoy demente.

—¿Entonces cuál es la alternativa? —exigió Liz, poniéndose de pie—. ¿Nunca decirle lo que sientes? ¿No volver a verlo jamás?

Cerré los ojos ante esas dolorosas palabras. No quería pensar en no volver a verlo nunca. Pero ¿cómo podía ir tras él sin parecer una loca? Las mujeres que persiguen a los hombres siempre han sido comparadas con el personaje de Glenn Close en *Atracción Fatal*. Y ella termina muerta a tiros en la bañera al final de la película. Suspiro.

Pero siempre se podían hacer excepciones. Y Liz tenía razón: la única alternativa era no volver a ver a Jackson nunca más, perder la oportunidad de decirle que definitivamente había superado a Marcus y que definitivamente estaba enamorada de él.

—Lo estás considerando. Bien. Olvídate de todas esas reglas estúpidas. Lo amas, así que díselo. Hazlo —me instó Liz.

—Deberías dar charlas motivacionales —dije, esbozando una pequeña sonrisa—. ¿Por qué quieres tanto que vaya tras él?

—Porque te he visto lamentarte por Marcus durante demasiado tiempo, y he estado esperando que entres en razón y veas al hombre que ha sido el indicado para ti todo este tiempo. Solo quiero que seas feliz —dijo Liz, extendiendo la mano y apretando la mía—. No tienes nada que perder. Para tenerlo todo, tienes que arriesgarlo todo.

—Sí, recuerdo haber dicho eso una vez. —Le di a Liz una sonrisa temblorosa—. Supongo que debería seguir mi propio consejo.

Antes de que pudiera cambiar de opinión, llamé a Emma. Contestó de inmediato.

—¿Cómo estás? —preguntó—. Danny y yo estábamos hablando de ti...

—Emma —la interrumpí—. Voy a ir tras él. Sé que esto suena un poco acosador de mi parte, pero necesito saber dónde está.

Hubo un silencio atónito al otro lado de la línea, y por un momento me pregunté si Emma había colgado y posiblemente llamado a la policía para advertirles sobre una posible acosadora. Y entonces escuché un chillido de alegría. Oí un clic y la voz de Daniel apareció en la línea.

—Ve a buscar a mi terco hermano y tráelo de vuelta a casa —dijo Daniel alegremente—. El tipo está loco por ti. Te diremos todo lo que necesitas saber.

A primera hora de la mañana siguiente, estaba en un vuelo a Virginia. Con tan poco tiempo de antelación era extremadamente

caro, pero pude usar mi crédito de la aerolínea por el viaje no utilizado a Grecia. Todo lo que podía pensar era en lo absolutamente loca que era esta situación, pero Liz tenía razón: la alternativa era demasiado devastadora.

Emma y Daniel me habían dado la dirección de Jackson y me dijeron que debería estar en casa la mayor parte del tiempo porque estaba trabajando en su nuevo libro. Daniel me dijo que le habían aconsejado estar en casa porque le estaban enviando un "paquete" y necesitaba estar allí para firmarlo.

Estaba aterrada pensando en todas las cosas que podían salir mal. ¿Y si se asustaba y solicitaba una orden de alejamiento contra mí? Expresé esta preocupación en voz alta a Emma por mi teléfono celular mientras me dirigía al aeropuerto, y ella se rio.

—Jackson no ha parado de hablar de ti desde que te conoció. No lo he visto actuar así con nadie, incluyendo a Katerina, en años. Te adora. Está asustado, y es demasiado terco para admitirlo.

En el avión, me senté con la cabeza apoyada contra la ventana, reflexionando sobre lo que diría. ¿Podría simplemente fingir que casualmente estaba en Virginia y me topé con él? No. No habría más fachadas. Honestidad completa y total. Y si me rechazaba, me rechazaba. Por doloroso que fuera, la vida continuaría.

Llegué al Aeropuerto Internacional de Norfolk y reservé una habitación en el hotel del aeropuerto. Con las indicaciones en mano, conduje por la ciudad costera de Virginia Beach hasta el apartamento de Jackson. Era un edificio de apartamentos elegante situado no muy lejos de la playa. Estacioné, respiré hondo y me acerqué a su edificio.

Cuando llegué a su apartamento, simplemente me quedé allí, sintiendo un pánico creciente. Podía irme a casa. Podía simplemente regresar al aeropuerto y fingir que nada de esto había sucedido. Mis sentimientos se desvanecerían con el tiempo. Tenían que hacerlo.

Pero interiormente resolví que tenía que decirle a Jackson que lo amaba cuando estuviera completa y totalmente sobria. Y luego podría salir corriendo de vuelta a Nueva York tan rápido como pudiera.

Me obligué a levantar la mano hacia la puerta y llamar. Había llegado hasta aquí, así que no había vuelta atrás ahora. Mi corazón latía tan fuerte que me pregunté si todos en el edificio podían oírlo. No hubo respuesta, así que llamé de nuevo.

La puerta se abrió de golpe, pero no fue Jackson quien la abrió. Era una hermosa mujer con rasgos angulosos y ojos color avellana. Estaba escasamente vestida con una bata suelta y transparente que envolvía su esbelta figura. Me miró de arriba abajo con pereza, apoyándose en el marco de la puerta.

—¿Sí? —preguntó, sonando más aburrida que curiosa.

—Um, yo... ¿es este el apartamento correcto? E-estoy buscando a Jackson Taylor —balbuceé.

—Este es el apartamento correcto —dijo la mujer fríamente—. Soy Karen Taylor. Su esposa.

Capítulo Veinticinco

EL PRÓXIMO GRAN AMOR

Mientras tropezaba por el pasillo alejándome del apartamento de Jackson, luchando por contener las lágrimas, decidí que nunca más perseguiría a otro hombre. De hecho, decidí que nunca volvería a enamorarme. Las cosas no parecían funcionar para mí en el departamento del amor.

Tan pronto como estuve de vuelta en mi habitación de hotel, cerré la puerta con llave y me tiré sobre la cama.

¿Había estado Jackson casado todo este tiempo? Suponía que estaba divorciado, pero si ella seguía refiriéndose a sí misma como su esposa, ¿podrían estar simplemente separados? ¿Por qué no lo había mencionado? ¿Por qué Emma y Daniel no lo habían mencionado? ¿No lo sabían? En todo caso, esto me demostraba cuánto de Jackson seguía siendo un misterio, y me sentí idiota por haberme enamorado de alguien de quien sabía tan poco. Tenía que volver a Nueva York y sacármelo del sistema lo antes posible. Me sentía como una tonta por haber venido hasta Virginia para decirle a un hombre *casado* que estaba enamorada de él. Estúpida, estúpida, estúpida.

Tenía un vuelo de regreso para la mañana siguiente, pero la idea de estar en el mismo estado por cualquier cantidad de tiempo con el Sr. y la Sra. Jackson Taylor era demasiado para soportar. Me puse en contacto con la aerolínea para cambiar mi vuelo y tomar el próximo que saliera de allí. Todavía estaba en espera con la aerolínea cuando escuché que llamaban a la puerta.

Me quedé temporalmente paralizada. Nadie fuera de Manhattan sabía que estaba aquí, o eso creía. Me acerqué a la puerta, mirando por la mirilla. Mi corazón se desplomó en mi pecho. (Iba a tener que hacerme revisar el corazón después de toda esta agitación emocional.) Un Jackson con aspecto desaliñado estaba allí, mirándome directamente a través de la mirilla.

Me alejé tambaleándome de la puerta. Las mirillas de las puertas me ponían nerviosa. Siempre parecía que la persona del otro lado de la puerta también podía verme y que nos estábamos mirando a través de este minúsculo agujero.

—Adrian, sé que estás ahí. Déjame entrar.

—¡Vete! —grité, recordando a la escasamente vestida Sra. Jackson Taylor—. Esto fue un error. No debería haber venido aquí.

—Abre la puerta. Por favor.

—*Vete.*

Hubo una pausa, y por un momento pensé que se había ido. Pero entonces escuché un clic y vi con horror cómo Jackson abría la puerta con una tarjeta llave y entraba en la habitación.

—¿Cómo hiciste eso?

—Magia —dijo Jackson, con una sonrisa tirando de las comisuras de su boca—. Conseguí una tarjeta llave en la recepción. Les conté una historia muy convincente. ¿Ahora me dejarás explicarte?

—No. Me voy —dije enojada, moviéndome alrededor de él para salir de allí, pero Jackson cerró la puerta con el pie y bloqueó la salida con su cuerpo.

—Déjame salir —dije, tratando de sonar firme, pero mi voz salió como un débil susurro.

—No hasta que escuches lo que tengo que decir.

—No quiero escuchar lo que tienes que decir.

—¿Por qué viniste aquí, Adrian?

—Eso ya no importa —dije, sin mirarlo—. ¿Me dejarás pasar? Tengo un vuelo que tomar.

—Adrian.

Jackson colocó suavemente sus manos a los lados de mi cara, inclinando mi cabeza para que lo mirara. Tenía sombras bajo los ojos y una ligera barba. A pesar de su evidente fatiga, seguía viéndose

tan guapo como siempre. Mi estómago dio un vuelco y traté de apartar la mirada, pero él mantuvo mi rostro firme.

—¿Por qué viniste aquí? —repitió.

Lo miré por un largo momento, decidiendo que bien podría terminar con la humillación ahora. Luego podría llorar a mares y volver a Nueva York, donde me consolaría con vino y Doritos.

—Para decirte que sí te amo —susurré—. No era el vino hablando. Lo decía en serio. Lo digo en serio. Estoy enamorada de ti. Probablemente lo he estado por mucho más tiempo del que me di cuenta.

—¿Por qué pasaste la noche con tu ex prometido? —preguntó, escrutando mi rostro.

—No pasó nada —insistí—. Quería quedarme en el hospital toda la noche. Él vive cerca y me ofreció quedarme en su casa para poder llegar al hospital a primera hora de la mañana. Te prometo que no fue nada romántico. Para nada. No lo amo. Estoy enamorada de ti.

—Volví al hospital... y te vi con él —dijo Jackson después de una breve pausa—. Me fui y di un paseo. Volví y tu madre me dijo que te habías ido a casa con él.

Recordé la sensación de que alguien me observaba mientras abrazaba a Marcus e interiormente me estremecí. Había sido Jackson.

—Jackson, escúchame. Ya no amo a Marcus. Nos ahorramos muchos problemas al no casarnos. Me ha llevado tiempo reconocerlo. Ni siquiera he pensado tanto en él desde que tú apareciste en escena.

Jackson continuó estudiándome, su expresión estoica. Mantuve mis ojos fijos en los suyos, deseando que viera que estaba diciendo la verdad.

Sonrió, dando un paso hacia mí para tomar mis manos. Pero me obligué a alejarme de él.

—Tú eres el que sigue casado —dije, pensando en la Sra. Jackson Taylor—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Definitivamente no estoy casado —dijo Jackson, sus ojos ensombreciéndose—. No tenía idea de que ella estuviera siquiera en

mi apartamento. Si lo hubiera sabido, habría llamado a la policía y la habría echado.

Tomó un respiro calmante antes de dar un paso atrás y apoyarse contra la pared, cerrando los ojos. Después de un largo momento, me miró.

—Me casé con Karen cuando tenía diecinueve años. Estaba completa y totalmente infatuado hasta el punto de la ceguera. Habíamos estado juntos desde que yo tenía diecisiete. Novios del instituto —añadió con una sonrisa amarga—. Cuando Karen quedó embarazada un par de años después de nuestro matrimonio, estaba emocionado. Hasta que descubrí que el bebé no era mío. Resulta que Karen estaba realmente enamorada de mi mejor amigo, pero él la rechazó. Era rico, sus padres eran unos completos esnobs y no aprobaban sus orígenes. Pensaban que podría ser una cazafortunas. Pero yo siempre había estado rondándola como un tonto. Para ella, yo era un impulso para su autoestima. Un rebote. Así que aceptó casarse conmigo. Mi ex mejor amigo se contentó con mantener una relación con ella a mis espaldas después de que nos casáramos. Tal vez lo sabía en el fondo, pero me negué a creerlo hasta que decidí seguirla un día cuando le dije que estaría fuera de la ciudad. Y vaya sorpresa, se encontró con él en un hotel.

Mi corazón se encogió de tristeza por él, pero permanecí en silencio mientras continuaba.

—Tuvimos una pelea terrible, por supuesto. Ella se fue con él y tuvieron un accidente de coche. Él murió; ella solo resultó herida, pero sufrió un aborto. Me sentí terriblemente culpable, y ella estaba, por supuesto, arrepentida. Karen nunca ha sido capaz de cuidar de sí misma, así que por culpa acepté seguir casado con ella. Pero no podía mirarla sin sentirme tan enojado. Y herido. Me divorcié de ella, escribí mi irónico libro sobre encontrar el amor verdadero, que era solo un deseo cumplido para mí. Cuando se convirtió en un éxito, me mudé a Nueva York. Le pagué para que guardara silencio sobre nuestra relación. Ciertamente no ayudaría a mis lectores saber sobre una relación tan desastrosa en mi pasado —dijo Jackson, lanzándome una mirada de remordimiento—. Realmente no me he permitido acercarme a nadie desde entonces. Ser herido así deja

una cicatriz. He salido con gente, por supuesto, pero no me he permitido enamorarme tan completamente de nadie. Todo eso cambió cuando te conocí. Pero no iba a permitirme sentir nada por ti. Iba a ponerme mi cara de juego. Aun así... me encontré queriendo verte, queriendo estar cerca de ti. Estaba empezando a sentir lo que no me había permitido sentir por nadie en años. Cuando me dijiste borracha que me amabas, no pude permitirme creer que era verdad. ¿Cuántas veces Karen me había declarado su amor estando borracha? Cuando te vi con tu ex prometido, y tu madre me dijo que pasaste la noche con él... era la historia repitiéndose. Así que tuve que largarme de Nueva York. Lejos de ti y de él. No podía pasar por todo eso otra vez.

—¿Qué estaba haciendo ella en tu apartamento? —insistí.

—He tenido ese apartamento durante años, desde antes de que nos casáramos. No lo dejé cuando me mudé a Nueva York. Aparentemente ella todavía tiene una llave. No tenía idea de que aún venía a usarlo. Conociéndola, tiene sentido, considerando que hay un jacuzzi en la azotea. Estuve fuera todo el día. Si te hubieras quedado, habrías visto que su novio estaba en el apartamento con ella. La eché y amenacé con llamar a la policía si volvía a aparecer. Voy a cambiar las cerraduras de inmediato. Mi hermano y Emma me llamaron, me dijeron que habías venido a Virginia para decirme algo extremadamente importante. Me dijeron dónde podía encontrarte.

Miré fijamente a Jackson, con el corazón latiendo fuertemente en mi pecho. Me sentí culpable por lo mal que lo había juzgado. Ahora podía ver que Emma tenía razón sobre él: su arrogancia era solo un escudo para proteger lo que obviamente era un corazón herido. Su ex realmente le había hecho daño, dejándole cicatrices evidentes.

Esa era la cosa con las cicatrices, emocionales o de otro tipo: siempre cortaban profundo y dejaban una marca. Jackson y yo habíamos sido heridos por nuestras viejas relaciones, Jackson incluso más, hasta el punto de que casi dejamos que sabotearan nuestras nuevas relaciones. Era hora de romper ese patrón.

Di un paso adelante, tomando ambas manos de Jackson entre las mías. Las sostuve con fuerza mientras presionaba mi frente contra la suya. Jackson levantó mi barbilla, inclinándose para besarme. Si es

posible, este beso fue aún más apasionado que el último. Cuando nos separamos para tomar aire, con las manos aún entrelazadas, Jackson me miró.

—Estoy enamorado de ti, Adrian Lexley. Dios, qué bien se siente decirlo en voz alta. Te amo. Te amo. Te amo.

—Se siente bien escucharte decirlo —susurré—. Yo también te amo. Vamos, sigue diciéndolo.

—Te amo, Adrian —repitió Jackson suavemente—. Te amo. Te amo. Te amo. Te amo...

Lo silencié con otro beso.

Jackson y yo regresamos juntos a Nueva York. Nos recibieron en el aeropuerto Emma y Daniel, quienes se veían extasiados cuando nos vieron emerger de nuestra puerta, brazo con brazo. Jackson pudo detener la venta de su apartamento y se quedó en la ciudad para trabajar en su libro de seguimiento. Nuestro artículo se publicó un mes después con críticas entusiastas del personal editorial y nuestros lectores, para deleite de Jean.

Después de que Jackson y yo regresamos a Nueva York, seguí pensando en un dicho que una vez escuché: La vida se entiende mejor hacia atrás, pero debe vivirse hacia adelante. Si me hubiera casado con Marcus, nunca habría conocido a Jackson. Las rupturas, por dolorosas que puedan ser en el momento, son en última instancia para mejor. El universo tiene una forma de poner las cosas en movimiento como deben ser. Y lo más probable es que... el próximo gran amor superará al anterior.

Ahora puedo dar fe de eso como un hecho.

EPÍLOGO

Dos años después

—Vaya.

Solté un grito, girándome lejos del espejo y casi tropezando con el dobladillo de mi vestido de novia de seda.

Jackson estaba en la puerta de mi habitación de hotel, sus ojos oscuros llenos de silenciosa admiración.

Por una fracción de segundo, el pánico se apoderó de mí y me transporté varios años atrás, quedándome rígida de sorpresa mientras Marcus entraba en la sala trasera de la iglesia, con los ojos ensombrecidos por la tristeza.

Pero el pánico fue fugaz; desapareció tan rápido como llegó. A diferencia de entonces, los ojos de mi prometido brillaban de amor. A diferencia de entonces, una alegría abrumadora me inundó.

Era un sentimiento al que ahora estaba acostumbrada. Durante los últimos meses, había pasado de ser Novia Entusiasmada a Prometida Entusiasmada.

Pronto, sería Esposa Entusiasmada.

Intenté lanzarle a Jackson una mirada severa, rodeándome con los brazos para proteger mi vestido de crepé sexy pero elegante de su mirada hambrienta.

—¿Qué haces aquí? Es de mala suerte ver a la novia antes de la boda.

Jackson me dio una de esas sonrisas perezosas que antes me enfurecían, pero que ahora hacían que mi corazón diera un vuelco en mi pecho. Se veía absolutamente delicioso en el traje oscuro que se ajustaba a su figura alta y musculosa. Se había vuelto cada vez más guapo durante los últimos años, y mi cuerpo nunca dejaba de reaccionar cada vez que entraba en la habitación.

—Quería un momento a solas contigo antes de que pronunciemos nuestros votos.

Se acercó a mí, atrayéndome a sus brazos, su mirada recorriéndome lobunamente. Un calor familiar se extendió por mi cuerpo, y murmuré, con una sonrisa:

—Habrá mucho tiempo para eso más tarde.

—Lo sé —dijo, con la voz ronca de deseo—. Es todo en lo que puedo pensar. *Eso*.

—¿Todo? —pregunté, alzando las cejas en fingida ofensa.

—Bueno, está también lo de pasar el resto de mi vida contigo. Puede que eso haya cruzado por mi mente.

—Sí —dije, sonriéndole radiante mientras esa alegría abrumadora volvía a surgir en mi pecho—. Supongo que también está eso.

Desde que habíamos regresado juntos a Nueva York, nuestra relación había sido un viaje dichoso. Jackson se había abierto completamente a mí y yo a él. Pasamos esas primeras dos semanas en la cama descubriendo nuestros cuerpos y nuestros corazones. Éramos asombrosamente compatibles, tanto en la cama como fuera de ella, y nos mudamos juntos después de solo seis meses.

Ahora era editora de reportajes en mi revista, tomando el puesto de Jean, quien ahora vivía en París con su nuevo amor. Jackson había escrito una secuela de su primer libro detallando cómo abrirse al amor después de una desilusión. Fue otro éxito de ventas que había encabezado todas las listas.

Cuando me propuso matrimonio hace tres meses, escondiendo el anillo en una rebanada de pastel de chocolate en nuestro restaurante italiano favorito —un anillo con el que casi me ahogo—, ninguna de la incertidumbre o el miedo que me invadieron cuando Marcus me propuso matrimonio apareció. En su lugar, no hubo más

que alegría y una sensación de... corrección. Como si este fuera el lugar al que siempre había pertenecido.

Después de haber tosido con éxito el anillo y no haberme ahogado, dije que sí con lágrimas en los ojos.

Mis padres, Liz, Emma y Daniel reaccionaron todos con deleite. Aparentemente, todos sabían que Jackson y yo terminaríamos juntos antes que nosotros mismos.

Jackson y yo decidimos tener una boda muy pequeña en la playa, dado nuestra no tan buena suerte en nuestras bodas anteriores, volando solo a nuestra familia y a un puñado de amigos a la pequeña isla de Cozumel en la costa de México. Mamá casi tuvo un ataque al corazón ante la idea de una boda pequeña y fuera de la iglesia, lo opuesto a mi "boda" con Marcus, y casi llegamos a las manos (verbalmente) por el tema un par de veces. Pero mi padre y James, su nuevo novio que la hacía muy feliz, la habían calmado, algo que me hizo que me agradara aún más.

Ahora, le sonreía radiante a mi apuesto futuro esposo, rodeando su cuello con mis brazos.

—Dada mi historia, podrías haberme puesto muy nerviosa entrando aquí así —dije, guiñándole un ojo con picardía.

—Lo pensé. Pero valía la pena el riesgo.

Dio un paso atrás, extendiendo la mano para tomar la mía y presionarla contra sus labios, provocando una corriente de deseo en mi vientre, especialmente con sus siguientes palabras.

—Adrian... te amo tanto. No puedo esperar para comenzar la eternidad contigo.

—Jackson —susurré, mi corazón derritiéndose mientras me ponía de puntillas para presionar mis labios contra los suyos.

Todavía estábamos inmersos en nuestro apasionado beso cuando sonó un golpe en la puerta, junto con la voz molesta de Liz.

—Ya entendí, ustedes dos están enamoradoooos. Pero necesitamos a la novia y al novio para la boda.

Nos separamos a regañadientes, y Jackson presionó su frente contra la mía.

—Tu dama de honor se está impacientando. Supongo que será mejor que salgamos.

—Supongo —murmuré, dándole un último beso.

Se dirigió a la puerta, caminando hacia atrás para poder mantener sus ojos en mí. Lo vi marcharse con anhelo mientras Liz pasaba junto a él, poniendo los ojos en blanco juguetonamente.

—Ustedes dos son asquerosos, ¿lo saben?

—Lo sabemos —me jacté, guiñándole un ojo—. Pero no somos los únicos.

Le lancé una mirada significativa a su dedo anular, donde lucía un deslumbrante diamante de corte princesa.

Liz y su novio Graham se habían comprometido hace un par de semanas. Lo había conocido poco después de que Jackson y yo nos mudáramos juntos. Dada lo ansiosa que había estado con Stuart, su relación con Graham, un atractivo banquero de inversiones, la había vuelto nada más que risueña y contenta.

—Creo que ustedes nos llevan la delantera —dijo, aunque sus ojos brillaban de alegría—. ¿Lista?

—Más que lista —respondí, radiante.

Momentos después, estaba caminando por el pasillo con mis dos padres a mi lado. La docena de invitados, que incluían a Emma y Daniel, me sonreían, pero mi atención estaba en mi futuro esposo, de pie al final del pasillo.

Esa sensación de certeza volvió a apoderarse de mí, la de que avanzaba hacia donde pertenecía. Hacia mi futuro. Y al mirar atrás en nuestra relación, me di cuenta de que me había sentido así desde el momento en que lo conocí, tan arrogante y apuesto con su corazón magullado, el mismo corazón magullado que yo tenía. Corazones magullados que habían sanado, que habían encontrado un amor más grande y fuerte juntos.

Cuando llegué junto a Jackson, las lágrimas brillaban en sus ojos mientras nuestras manos se entrelazaban. Permanecieron entrelazadas durante y después de la recitación de nuestros votos, e incluso después de que el oficiante anunciara que éramos marido y mujer.

—Bueno, señora Taylor —murmuró Jackson, mientras nuestros invitados vitoreaban y aplaudían—. ¿Qué te parece si empezamos con ese para siempre?

—Me parece un buen plan —respondí, sonriendo mientras nuestros labios se unían en un beso.

¡CORRE LA VOZ!

¿Disfrutaste esta novela? Por favor, considera dejar una reseña. Las reseñas ayudan a otros lectores a descubrir libros y son muy apreciadas. ¡Gracias!

SOBRE LA AUTORA

Lila James creció en la costa de Virginia y ahora reside en la soleada California. Cuando no está escribiendo, disfruta viajar, hacer senderismo, leer y disfrutar de su propio final feliz junto a su esposo.

Como L.D. Hall, escribe novelas de romance paranormal.

lilajamesbooks@gmail.com